ELSA OSORIO

La Capitana



ELSA OSORIO

La Capitana



Ediciones Siruela

.

Elsa Osorio

La Capitana

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

La Capitana



Mika e Hipólito en la Patagonia

Primera parte

1

Sigüenza, septiembre de 1936

Nadie se lo pide, nadie lo pretende, pero allí está Mika, en la noche oscura, montando guardia en el cerro, al igual que otros en el campo y en las inmediaciones de la ciudad de Sigüenza.

Un temblor la sacude cuando distingue los puestos del enemigo, cada vez más cerca. También los fascistas apilan piedras, pero detrás tienen poderosas ametralladoras, y ellos ¿qué?: una miseria de fusiles, unos pocos cañones, dinamita y bombas caseras.

Los altos mandos han ordenado resistir el mayor tiempo posible para bloquear a las tropas de los rebeldes e impedir que entren en Madrid. Mika duda de que envíen refuerzos, como prometieron. Les ha tocado este hoyo maldito, el peor lugar. Piensa que es un combate perdido de antemano; sin embargo, esta tarde, cuando sintió que el desaliento ganaba a los milicianos, les soltó:

–Si nos fuéramos ahora de Sigüenza, dirían que tenemos miedo. Los milicianos del POUM no somos cobardes.

Una palabra eficaz. ¿Cobardes? No, ellos tienen cojones, resistirán. Pero ¿cómo?, ¿qué podrán hacer sólo con voluntad, por mucha pasión revolucionaria que tengan, contra los aviones de los fascistas, contra soldados mejor armados y entrenados para la guerra?

Tendrá que hablar con el comandante, exigirle que ordene la evacuación de la ciudad o encuentre con urgencia los refuerzos para defenderla. ¿Exigirle Mika a un comandante del Ejército, a un militar de carrera, ella que todo lo ignora sobre asuntos militares?

Sí, porque ya no es sólo que no les falte abrigo o comida, como antes, ahora se

siente responsable del destino de sus milicianos.

¿Mis milicianos?, se sorprende. Cuánto tiempo ha pasado de aquella incomodidad de los primeros días ante estos combatientes tan poco parecidos a los militantes internacionalistas a los que Mika estaba acostumbrada. ¿Dos, tres meses? Tres siglos. El tiempo se cuenta distinto en la guerra.

¿Fue aquella noche en el cerro? ¿Qué día, qué situación, qué hecho, qué batalla te hizo capitana, Mika?

¿Fue cuando requeriste al emisario fascista un pliego firmado con las condiciones de la rendición? Por él supiste que te identificaban como una mujer peligrosa que mandaba entre los rojos.

¿Fue cuando honraron a tu columna con la Internacional por su desempeño en la batalla de Moncloa? ¿Cuando la bomba te sepultó y sin embargo lograste sobrevivir? ¿Cuando en Pineda de Húmera encontraste la manera de resistir catorce horas a los ataques? Ya tenías los galones en la capa cuando les dabas a tus hombres el jarabe para la tos en las trincheras, entre el silbido de las balas.

Y aun antes, ¿qué te llevó a luchar en España, tan lejos de donde naciste, a entregarte tan íntegramente a esa guerra, a hacerla tan tuya que los mismos milicianos te eligieron capitana?

Los pueblos vecinos están cayendo en manos del enemigo, pero para extender el frente les haría falta diez veces más armas, y el triple de milicianos. Ellos deben resistir en Sigüenza, defenderla calle a calle, compañeros, dice el comandante, y mantener las posiciones en los alrededores de la ciudad.

Y llega esa mañana agujereada por las ametralladoras y los chillidos de mortero. Y al día siguiente los aviones de los fascistas, tres y otros tres, y más. Mika cuenta veintitrés. Un alarde de poder. La estación de tren donde está el cuartel del POUM no la tocan, buscan la ciudad, un barrio al azar, el hospital, y las carreteras donde se concentran los grupos de combatientes. Cuerpos destrozados. Cientos de víctimas, civiles y milicianos.

Hay que resistir y esperar refuerzos. Esperar. Y en la espera, Mika organiza,

habla, sostiene, crece. Y se entrena con el flamante mosquetón que le regaló el sargento López dos días después de la batalla de Atienza.

–Es para ti –le dijo López y puso el lustroso fusil en sus brazos–. Te aliviará la pena, te cambiará las ideas. Aprende a usarlo y no te separes de él.

Y no se separa, ya ha aprendido a tirar.

Mis padres pusieron el grito en el cielo cuando les dije que me iba al frente: ¿Te has vuelto loca, Emma? Que no, de ningún modo, que no me lo permitían. Llevaba dos años, desde los catorce, cuidando los niños en la misma casa en la que mi madre es criada. Para servir a los ricos, para ser explotada tenía edad, pero para tomar decisiones, para pensar, era una cría. Yo ya estaba afiliada a la Izquierda Comunista, que luego se fusionó con el Bloque Obrero y Campesino y se hizo el POUM, y tengo claras mis ideas. Me escapé de mi casa. Como la Abisinia, Carmen y María de las Mercedes. Somos todas muy jóvenes, ninguna llega a los veinte.

La jefa no, ella es mayor, tiene más de treinta.

–No soy la jefa –me dijo Mika el otro día.

Pero lo es, porque manda. Nadie la habrá nombrado jefa, pero es ella quien le pidió al comandante que mandara refuerzos o evacuara la ciudad, me lo contó el Deolindo, que siempre se mete donde nadie lo llama y lo escuchó. Aunque el comandante no le hizo ni caso, ni a ella ni a los otros jefes: que aguantemos donde estamos, que hay que resistir. Es Mika quien se reúne con los que mandan en las otras organizaciones, y luego conversa con nosotros sobre lo que está pasando, y es ella, que es mujer y extranjera, la que pone los puntos sobre las íes cuando hace falta en la columna del POUM.

Es esa manera tan especial que tiene de imponerse: explicarnos lo que ella misma va aprendiendo, abrigarnos, darnos el chocolate caliente, encender antorchas en nuestro desamparo. Y esas verdades como puños que dice y que nadie se atreve a discutirle. Hay que ver lo que manda. Y sin gritos. Aunque a algunos no les gusta que Mika organice, que es una metomentodo, dicen, que a ver por qué tiene una guiri que decirles lo que hay que hacer. Pero lo que les molesta no es que sea extranjera sino que es mujer, a mí ésos no me engañan.

Menos mal que son pocos, por suerte. Y están nerviosos, como todos, porque no hay combate.

Desde el ataque de la aviación fascista, qué miedo espantoso me dio, casi no hay movimiento en la ciudad. Están preparando algo gordo, parece.

Espero que lleguen pronto los refuerzos de Madrid. Hay quien dice que los militares son unos traidores, hijos de su madre, y que nos van a dejar pudrir en Sigüenza. Yo no lo creo, cómo nos van a hacer eso. Han matado a no sé cuántos en el ataque aéreo, familias enteras se han refugiado en la catedral y los compañeros que combaten en las afueras se ven obligados a replegarse más y más sobre la ciudad. Dicen que un día de éstos habrá batalla aquí mismo.

A mí ya se me pasó el miedo. Ese nudo tenaz en el estómago, en todo mi cuerpo, no aflojó hasta muchos días después de la batalla de Atienza. Yo no fui, quería pero no me dejaron, me quedé en el puesto de primeros auxilios, con el médico y Mika. Fue terrible verlos llegar, algunos tan tremendamente heridos, y con las peores noticias: los muertos.

Pero ahora estoy más preparada. Ya sé hacer una bomba y pronto aprenderé a tirar con el fusil, la próxima batalla no me dejan en la retaguardia.

No lo diré para que no se rían de mí, ¡marxista y supersticiosa!, pero pienso que esta casa a la que nos mudamos ahora, cerca de la estación de Sigüenza, nos traerá buena suerte en la próxima batalla. Vamos a ganar la guerra, estoy segura.

Tampoco estamos solos en este frente. Están los ferroviarios de la UGT, socialistas; el batallón Pasionaria, del Partido Comunista; la columna CNT-FAI, anarquistas, y nuestra columna del POUM, la menos numerosa, pero la mejor, como le dije ayer a Sebastián, que es de los nuestros. Y nos reímos los dos, orgullosos.

Ligera, así se siente Mika. Casi aérea, sin angustia, como escribió anoche en sus notas. Su mundo se ha reducido a esa casa de dos pisos que ocupa ahora con su columna del POUM, la estación de tren de Sigüenza donde se reúne con los responsables de las organizaciones, el telégrafo para comunicarse con los altos mandos en Madrid y esa frontera imprecisa con el enemigo.

Fuera de ese frente no existe nada, ni existió nunca. Sin pasado, sin porvenir, el presente puede acabar mañana, dentro de cincuenta años o en cinco minutos. Por eso es tan inmenso… y tan terrible. Tan distinto de todo lo conocido.

Su propio cuerpo reacciona de una manera extraña, como si hubiera cambiado su composición química y no necesitara alimentarse ni descansar. Puede estar hasta tres días con sus noches despierta. Y lúcida.

Cómo explicar esa loca alegría que sintió cuando consiguió organizar las comidas, las botas para cada uno de sus milicianos, y el termo con el café caliente; o ese entusiasmo que brota al calor de las discusiones con los compañeros en la estación de Sigüenza.

Aunque después de lo que le dijo Emma, Mika procura no quedarse tanto tiempo en la estación, no quiere inquietar a sus hombres.

A los milicianos no les gusta que la jefa pase mucho tiempo fuera de la casa, no lo dicen claramente pero yo sé que tienen celos de los hombres de la estación. Pesqué un comentario suelto, una grosería, una sospecha de uno que otro rechazó duramente. No es bueno que comiencen a desconfiar, ahora que le hacen caso sin tanta protesta. Dudé porque no sabía cómo podía reaccionar Mika, pero al final junté coraje y se lo dije esta tarde, ella sabrá qué hacer.

–¿Celos? –se sorprendió Mika–. ¿De quién, de qué?

–Sí, celos. De los hombres de la estación, creen que les haces más caso que a ellos. Parece que fueran tu marido –y me reí para disimular la vergüenza que me daba–. ¡Todos esos de marido… menuda faena! –ella también se rió–. Pero tenlo en cuenta, Mika, no vaya a ser que se cabreen ahora que ya están conformes, y hasta orgullosos de tenerte de jefa. Ya sabes cómo son los hombres, si no confían en ti…

–Gracias, Emma.

No se lo dije sólo para convencerla, es cierto, están contentos con Mika, a su manera la quieren; si no, por qué los celos. Yo creo que ahora hasta les gusta hacer lo que ella dice, se sienten más tranquilos. No hay más que ver al Hilario, lo que ha cambiado. En la casa nueva pone su colchón en la puerta del cuarto de

Mika para impedir que alguien entre y la despierte. Me acuerdo de lo que pasó con él cuando estábamos en el cuartel del andén y me río sola.

A todas las muchachas (pero a mí especialmente porque me conoce de niña, es amigo de mi hermano), Hilario nos hartaba con sus órdenes: que limpiáramos las botas, que fregáramos el suelo. Una tarde se puso a insultarme porque le desobedecí: yo también había hecho guardia, estaba tan cansada como él.

Casi ninguno de los compañeros quería barrer ni recoger sus camas. Cuando Mika preguntó a quién le tocaba limpiar, hubo algunos murmullos, pero nadie se atrevió a contestarle. Yo no quería acusar al Hilario; al fin, él no hizo más que expresar lo que muchos pensaban:

–En otras compañías las mujeres lo hacen todo: fregar, cocinar, hasta remiendan los calcetines.

Mika se acercó para no tener que alzar la voz, y lo miró detenidamente, como estudiándolo. No se rió, pero parecía:

–¿Así que crees que yo debo lavarte los calcetines?

–Tú no, claro está –se habrá sentido ridículo.

–Ni las otras tampoco. Las muchachas que están con nosotros son milicianas, no criadas. Estamos luchando por la revolución todos juntos, hombres y mujeres, de igual a igual, nadie debe olvidarlo.

Les cuesta porque no están acostumbrados, pero lo aceptan, y no faltan voluntarios, chica o chico, para esas tareas.

Esta mañana, cuando las dos muchachas de otra columna pidieron incorporarse a la nuestra, hasta orgullosos se los veía. Entre los comunistas, son las mujeres las que hacen las tareas domésticas y de enfermería.

–No he venido al frente para morir por la revolución con un trapo de cocina en la mano –nos hizo reír Manolita.

–¡Ole tu madre! –le festejaron hasta los nuevos, que son más secos que una uva pasa.

Tan serios que estaban hace una semana, cuando llegaron, y ya les está cambiando el humor. Ayer uno hasta me sonrió cuando le engrasé el fusil. Es que estamos bien en la casa del POUM: comida caliente, dinamita escondida en un pozo del jardín, los dos cantaores de flamenco por las noches, y buena gente que quiere lo mismo que yo. Está Sebastián, que se las da de mayor pero tiene mi edad, un cielo. Están Mika, Anselmo, y hasta al Hilario lo estoy queriendo un pelín. Y ayer llegaron unos chavales, dos hermanos, que vienen de otro frente. El mayor me hacía ojitos ¿o eso me pareció? Vaya tunante, en plena guerra.

Y aunque no es de los nuestros, está Juan Laborda, el ferroviario que me enseña a llenar los cartuchos de dinamita, guapísimo y tan valiente. Él sí que me trata como a una combatiente.

Vamos a ganar, tenemos que ganar. Que lleguen de una vez los refuerzos.

Mika ha ido otra vez a la estación para saber si hay novedades, toda la ilusión abrochada a ese tren blindado que les traerá algunas municiones, pero ¿cuándo, cuándo llegará? ¿Y los refuerzos de hombres que les han prometido? Si no vienen, deberá tomar decisiones, y sin equivocarse, es lo que los milicianos esperan de ella.

Los hombres reaccionaron muy mal cuando el comandante los reunió y les dijo que deben seguir defendiendo la ciudad, hasta el último palmo de terreno, y si se pierde, que se encierren en la catedral, una «fortaleza inexpugnable».

Pa’ tu padre la catedral, cretino, gritó Anselmo; traidor, gritó otro, y una feroz andanada de insultos se desató. Que mandara gente y armas. Lo haría, afirmó el comandante, y partió hacia Madrid.

Pero cuando Mika les preguntó qué querían hacer, ellos respondieron con otra pregunta: ¿Qué harás tú? Que lo hablaran entre todos, les pidió, tampoco a ella le gustaba la idea de encerrarse en la catedral, pero pensaba que había que quedarse y esperar los refuerzos.

–El que se quiera ir que dé un paso adelante –propuso Mika.

Sólo tres lo dieron.

¿Fue entonces, Mika, cuando asumiste la responsabilidad de permanecer en Sigüenza y esperar ese tren blindado?

Mika chapoteando a tientas en el barro de la guerra, el suelo cada vez más firme bajo sus pies.

Ayer fue muy clara con sus queridos amigos Alfred y Marguerite Rosmer, que vinieron a visitarla desde Francia. No podía ni siquiera detenerse a reflexionar sobre lo que hablaban: que la no intervención de Francia e Inglaterra, que Rusia quizás ayude pero Stalin se lo cobrará con creces al pueblo español.

Esas preciosas horas de discusiones políticas, de debates con los camaradas, lejanas como la imagen candorosa de la revolución de su adolescencia, tan distinta de esta guerra.

¿Regresará Mika a Francia?, le preguntaron.

No, no regresará. Ella pertenece a esta guerra, es su guerra, el único sentido que tiene ahora su vida.

Los Rosmer la comprenden, pero les duele enormemente –también a Mika– la sola idea de no volver a verse. Se estrecharon en un fuerte abrazo. Probablemente, el último. ¿Cuánto más podrá conservar su vida Mika? Unos días… con suerte, unos meses.

2

París, 1992

En cuanto le avisaron que murió Mika Etchebéhère, Conchita Arduendo se preguntó cómo lo haría, no era ella quien tenía que decidir sobre su cadáver ni sobre ninguna otra cosa. Estaban Paulette, Guillermo, la China, Felisia, Guy y todos esos amigos ateos que la quemarían sin más, tal como la propia Mika había dispuesto. Pero Madame había autorizado a Conchita a bendecirla. A su manera se lo había pedido, se envalentonó.

Si Conchita lo lograba, pero como Dios manda, en latín, quizás podría evitar que Madame Mika se fuera al infierno, porque ella era buena, mandona pero buena; si no, no hubiera ido a pelear a la guerra, como su padre y sus tíos, y porque sí –aunque tampoco porque sí, por lo que le había explicado–. ¡Y ni siquiera era española! Fue lo primero que le contó Monsieur André Breton, para quien Conchita trabajó años, cuando le pidió que fuera a ayudar a su amiga con la limpieza: que Mika Etchebéhère había luchado con los republicanos en su país, que fue capitana.

Conchita estaba muy impresionada, por eso aquella tarde se animó a pedirle ese favor. Si había luchado contra los franquistas, armados hasta los dientes, cómo no iba a poder con su marido, que era un mequetrefe. Aunque Mika nunca le dio cuatro tortas bien dadas, como Conchita quería, que Dios me perdone pero se las merecía, la puso a salvo de sus malos tratos. La convenció de que debía dejar a su marido, y le consiguió el trabajo y el apartamento de la portería de la Rue Saint-Sulpice para que Conchita pudiera vivir allí con sus chavales. Y varias veces la invitó, con sus hijos, a la casita que tenía en Perigny, pero no para trabajar sino de vacaciones.

Sí, Madame había sido muy generosa con ella y Conchita no la dejaría abandonada a su suerte en la eternidad. Eso se lo había enseñado Mika: no hay que dejar las cosas en manos del destino, hay que actuar para cambiarlas.

Aunque se lo dijo por problemas de Conchita, no suyos, a Madame su futuro en la eternidad la tenía sin cuidado: ella iba a desaparecer, volatilizarse, ser nada.

¿Cómo podía querer que la incineraran? Era espantoso. ¡Y sin siquiera una bendición! Lo habían hablado más de una vez cuando Conchita trabajaba en su casa, en la residencia para mayores de Alésia, y en el hospital.

–Yo odio a los curas, Conchita. Si fueras tú quien me bendice...

Lo que quería la última vez que la vio en el hospital, aunque sabía que era casi imposible convencerla, era que Mika aceptara confesarse y que le dieran la absolución para que se fuera al cielo, como había hecho la madre de Conchita cuando su padre –también rojo– se moría.

El padre de Conchita estaba inconsciente –o quizás ya muerto– cuando llegó el cura, pero con esas palabras en latín y los rezos de toda la familia se había salvado para toda la eternidad. Y si había valido para su padre ¿por qué no para Mika?

Los amigos no permitirían nunca un cura en el entierro. El gran problema era cómo Conchita se animaría a pronunciar en voz alta las palabras precisas que tenía anotadas, porque para algo tan importante no valía cualquier frase. Se las dio, después de darle la tabarra no sé cuántas veces, el cura de Saint-Sulpice, virgen santísima, lo que hay que rogar para que le digan a una esas palabritas en latín que ni Dios debe entender; a que si se las hubiera pedido el dueño del hotel de la Rue Bonaparte se las daban en seguida, pensó, y eso que Jesús decía que era más difícil que un rico entre en el reino de los cielos que un camello pase por el ojo de una aguja. Conocía a varios de los que fueron al entierro de Mika en el cementerio de Père-Lachaise, pero no tenía confianza con ninguno. Podría animarse a pedírselo al sobrino, pero estaba leyendo un poema de la poetisa que fue tan amiga de Mika, Alfonsina Storni, y Conchita no se atrevía a interrumpirlo.

Tanto pensarlo, que así no y así tampoco, y cuando ya parecía que iba a ser imposible, en el momento que metían el cajón de Mika en ese siniestro lugar donde iban a quemarla, resultó que alguien tenía que entrar con ella, y ahí saltó Conchita: que yo, y nadie se lo discutió. Ella, a quien la sola idea de quedarse a solas con un muerto le quitaba el sueño, fue quien vio el cuerpo de Mika, justo antes de ser metido en las llamas.

–Un moment –le pidió al hombre, con una mano en alto, la otra buscando el papelito en su bolsillo.

Quizás quedó ahí, tirado en el suelo, o lo consumieron las mismas llamas. Conchita no lo leyó, una determinación desconocida le alzó la mano derecha, que trazó una cruz en el aire, y su voz sonó estridente y clara:

–Yo te bendigo, Mika, que descanses en paz.

Horas más tarde, Guy Prévan y su mujer, Ded Dinouart, salieron de su casa con las sombras cómplices del anochecer. Tomaron el metro en Hôtel de Ville. El bolso que escondía la urna lo llevó Guy y no despertó sospechas en ningún pasajero.

Al llegar al Quai aux Fleurs ya era plena noche. Ded se apoyó en el brazo de su marido y juntos bajaron la escalera que conduce hasta el agua. La pareja de jóvenes que se acercaba estaba demasiado atenta a lo suyo como para detenerse a observar sus maniobras, pero, aun así, esperaron que pasaran. Había que hacerlo con la mayor discreción porque está prohibido. Cuando ya no se veía a nadie, Guy abrió el bolso, sacó la urna y morosamente tiró las cenizas de Mika al Sena. Ded dejó caer uno a uno sobre el agua los lirios que había cortado del jardín de la casa de Mika en Perigny.

Desaparecer completamente era su deseo. Como desapareció el cuerpo de Hippolyte.

–Ahora están juntos –dijo Ded–, juntos en la inmensidad, en lo desconocido.

–Dans le néant –dijo Guy–. Una bella forma de reunirse después de tantos años.

3

Moisés Ville, 1902

Guy Prévan escribió en Le Monde, en julio de 1992, después de mi muerte: «Revolucionaria de la primera hora, antifascista y antiestalinista, vivió siempre de acuerdo al camino que se trazó siendo casi una niña». Y tenía razón, porque ya en Moisés Ville, la colonia judía de Entre Ríos donde nací, en marzo de 1902, mientras saltaba a la rayuela, soñaba con ir a darles su merecido a esos malvados que tanto habían hecho sufrir a mi familia y a las de mis vecinos. La revolución estuvo en mi vida desde siempre. Crecí con los relatos de los revolucionarios evadidos de los pogroms y las cárceles de la Rusia zarista.

Años después, instalada ya en Francia, yo viví una experiencia similar en la casa de Perigny donde nos reuníamos con militantes revolucionarios de distintos países. Los actores y los lugares cambiaban pero la lucha por la revolución continuaba.

Los Milstein, la familia de mi madre, formaban parte de un grupo de judíos que decidieron huir juntos de las terribles condiciones en las que vivían en Podolia a fines del xix: limitados a las zonas de residencia para judíos, excluidos del trabajo digno y la cultura, calumniados, despreciados, perseguidos ferozmente, torturados, encarcelados. La política argentina de inmigración les abría las puertas y, con mucha ilusión, compraron tierras al cónsul argentino. El proyecto era convertirse en agricultores, aunque muchos, como mis mayores, no tenían experiencia.

Matanzas, cárceles, persecuciones, todo quedaba atrás, cuando las 136 familias unieron su esperanza y subieron al vapor Weser, que los llevó a la Argentina en 1889.

La travesía duró un mes y medio. Erch Feldman y Shneidel Milstein, mis padres, se enamoraron en aquel barco.

Mi abuela Sima nos contó de aquella noche en que los sorprendieron dándose un beso, en la cubierta del Weser. Gran escándalo. Mi madre era una niña aún, y se había escapado del camarote donde dormía con las mujeres para encontrarse con mi padre, un joven larguirucho de dieciocho años, que no se resignaba a que su vida fuera la miseria y la injusticia y osó subirse al barco y atravesar el océano sin familia, sin amigos, sin estudios, sin más que lo puesto y una inmensa esperanza. Toda su familia había quedado en Odessa.

Bien distinta era la situación de Shneidel, Nadia como la llamaban, que viajó junto a sus padres, sus cinco hermanos, primos y amigos.

Mi abuelo Naum-Nehemiah Milstein era un intelectual que había ganado celebridad por sus artículos en la época del zar Alejandro II –cuando se liberalizaron las condiciones de los judíos–, y mi abuela, Sima-Liebe Waisman, era una gran lectora, algo excepcional en las mujeres en aquellos años. Pero llegó ese fatídico 1881, el asesinato del zar en San Petersburgo, y la consecuente represión que se desató contra los judíos, a quienes responsabilizaron del crimen. Mi abuelo Naum estuvo preso cinco largos años.

Me encantaba escuchar el relato de cómo lograron fugarse de la prisión, contámelo otra vez, le pedía.

El abuelo Naum contactó entonces con la organización que estaba gestionando la compra de tierras en Argentina, y logró incluir a su familia en la huida grupal.

Para mi madre, Argentina era el sueño de poder estar todos juntos, sin amenazas. Para mi padre, era la esperanza de un mundo mejor, y encontrar a Nadia en el Weser, la prueba de que la felicidad era posible.

–¿Qué hacen allí, a oscuras y en esas posturas? –preguntó mi abuela, escandalizada.

–Nos vamos a casar –explicó Erch, orgulloso– en cuanto lleguemos a Argentina. Nos amamos.

–Sí, vamos a tener nuestra casa, nuestra tierra –dijo Nadia–. Y nuestros hijos irán a la escuela y estudiarán lo que quieran –un anhelo de la familia Milstein,

reconocieron los abuelos.

Eso ya se hablaría cuando tuvieran edad, por ahora, en penitencia, terminantemente prohibido encontrarse a solas. Y nada de besos, ni caricias impacientes. Lo que nadie pudo prohibirles fue esa amistad que habría de solidificarse con las difíciles circunstancias que iban a atravesar pronto. Mis padres, mucho antes de casarse –y también después– fueron grandes amigos, solidarios compañeros, y sin duda eso configuró en mí un modelo de pareja.

Llevaban más de diez días en el Hotel de Inmigrantes, abandonados a su suerte. Caras largas, murmullos, llantos apagados.

–¿Cuándo nos vamos a nuestras tierras? –preguntaba Nadia.

–Hay una pequeña demora –le decían.

Nadie le explicaba. Aunque Erch no formaba parte del grupo inicial que partió de Podolia, ya lo consideraban uno más antes de bajar del barco. Y ahora estaba de un lado a otro, en conciliábulos con los hermanos y primos de Nadia.

–¿Qué pasa, Erch?, dime la verdad –lo encaró.

–Las tierras que compraron están ocupadas. Les devolverán el dinero, pero no sabemos adónde ir. Vayan donde vayan, yo iré contigo.

Habían constituido una comisión que estaba en negociaciones con distintas personas para ver cómo salían de aquel embrollo.

–Ya lo resolveremos, mi amor, confía en nosotros.

Al fin firmaron un convenio con el terrateniente Palacios para asentarse en tierras de su propiedad, en Santa Fe. Se instalaron en las inmediaciones de la estación de tren que unía Buenos Aires con Tucumán.

–Allí nos casaremos –soñaba Nadia–, allí nacerán nuestros hijos.

Y fue cierto. Porque en ese lugar, donde habrían de sufrir tantas penurias, fundaron Moisés Ville, traducción del hebreo Kiriat Moshé, que evoca el éxodo

de Egipto y la llegada a la tierra prometida.

Nada era como se había acordado en las tierras de Palacios. No tenían donde dormir. Hambre, miseria, enfermedades. La muerte de Abraham, el niño de los Gutman, y de Sarah, la menor de los Lifschitz, que no sobrevivieron a las duras condiciones. Y Feigue y Jacob. Todos muertos. Los enterraron allí, tiraron flores silvestres sobre sus tumbas.

La noticia de esos seiscientos judíos que no tenían dónde dormir ni qué comer, engañados varias veces, llegó al barón Hirsch, un millonario alemán que ya había fundado una colonia. Les ofrecieron instalarse allí, pero ellos no aceptaron, ¿cómo dejar sus muertos y partir? No, ellos no se moverían.

Cuando Erch Feldman y Shneidel Milstein se casaron, un año más tarde, el pueblo que fundaron, Moisés Ville, se había transformado en otra colonia de la empresa del barón Mauricio Hirsh. Allí inscribieron a sus hijas Micaela y Rivka.

Una ironía que fuera un cementerio la razón de ser de Moisés Ville. Para nosotros, los niños, que crecimos con esas historias de pogroms, persecuciones y angustias, Moisés Ville era el símbolo de la vida, de la libertad.

Nosotros jugábamos a los indios y a la mancha venenosa. Una mancha adaptada a nuestras historias. No sé cuál de los chicos –tal vez fui yo misma–inventó esa mancha que tanto nos divertía en aquellos años de glicinas: si eras tocado por el otro, caías en una cárcel rusa; si te liberaban, podías tomar un barco a la Argentina.

–Piedra libre para todos los compañeros –gritaba yo, y todos los chicos eran arrancados de los pogroms y transportados a la felicidad sin fisuras de Moisés Ville.

Entonces no sabía que me pasaría la vida gritando «Piedra libre para todos los compañeros».

4

Sigüenza, septiembre-octubre de 1936

Y esa noche, después de sus trajines, de la casa del POUM a la estación de Sigüenza, el tren blindado con las pocas municiones que les trajo, el fuego de las ametralladoras que la sorprendió al regreso a la casa, Mika cayó desmayada sobre el catre. La pesadilla que la acosaba desde los años veinte no había vuelto. Ni ésa ni ninguna otra. Dormir era zambullirse en el pozo del ansiado olvido, refugiarse en la nada. Sin imágenes, sin sonidos.

Alguien pretendía arrancarla del sueño, sacudiéndola, ella se resistía, cerrando los ojos con tenacidad. Pero el hombre insistió.

–¿Por qué me despiertas, qué ocurre?

–He hecho una hora más de guardia. Pablo, mi relevo, duerme, ni caso me hace, ni se mueve. Es un fresco, un aprovechado, tienes que despertarlo.

Con la misma rabia con que se levantó de la cama, se puso frente al colchón y lo llamó a gritos: Pablo, Pablo. El hombre trató de desentenderse girando su cuerpo, ella lo agarró del pelo con la mano izquierda, y con la derecha lo abofeteó una y otra vez. El hombre la miró, sorprendido. Mika tenía tanto miedo como él, o más, no comprendía de qué oscuro manantial le había brotado tal violencia. Me partirá la cara y me lo merezco, pensó mientras le soltaba el pelo. Pero no, Pablo tomó el fusil que le tendía el compañero y se fue a su puesto de guardia.

Gracias, camarada, le dijo el miliciano que la había arrancado del sueño para ganarse el suyo. Era lo que esperaba de Mika: autoridad.

¿Fue entonces, Mika? En esos gestos, en esas reacciones, ya se perfilaba lo que más tarde habrían de reconocerte con galones de capitana.

Pensó que era extraño que ese hombre rudo, hosco, hubiera aceptado sin más su duro comportamiento. Pablo flaqueó, sólo eso, no era tan grave. Pero Mika no lo toleraba. La sacaba de quicio.

También en la estación de Sigüenza, cuando encontró a Baquero, el único que podía descifrar el código morse, desplomado sobre una capa de serpentinas, completamente dormido, la furia la dominó.

Madrid había anunciado que mandaría noticias a las cinco, y faltaban apenas unos minutos. Mika comenzó a patearlo, pero ni aun así reaccionaba.

–Has debido despertarlo, Juan –le dijo a Laborda, que estaba allí.

–No he podido. Está como muerto.

–Rápido, trae un cubo de agua.

Tuvieron que extender a Baquero sobre el banco y tirarle agua fría en la cabeza hasta que reaccionó. Mika no se dijo en ningún momento «Pobre hombre», ni asomo de lástima.

El Marsellés, el estibador francés que comandaba la columna de la CNT, entró durante los baldazos y los gritos. No se conocían. Sonreía cuando le tendió la mano:

–Salud, compañera. Y que nunca me quede dormido en su presencia cuando la revolución me demande estar despierto.

La risa, a la que se sumaron todos cuando Mika tradujo sus palabras, los distendió.

Juan Laborda propuso que miraran los planos que había hecho.

Pero no era prudente seguir en la estación… se lo había advertido Emma: a sus milicianos no les gusta que Mika se aleje mucho tiempo de la casa.

Invitó a Juan, al Marsellés y a Baquero a la casa del POUM.

–Beberemos buen café, miraremos el mapa y se lo mostraremos a los milicianos para que opinen.

Mika estaba cómoda con esos hombres que luchaban por lo mismo que ella. Comida caliente, coñac, cigarros. Tan lejos aquellos días, al comienzo de la guerra, en los que ella insistía en que se debería prohibir el alcohol, cuando el tabaco rubio al que la habían convidado le hacía toser. Era otra vida, aunque habían pasado apenas tres meses. Ahora aceptaba el tabaco negro que le ofrecía el Marsellés, bebía coñac.

Se sentía bien allí, en la casa del POUM, protegida y protegiendo a sus hombres.

Me cae simpático ese francés que viene a luchar a nuestra guerra, un hombre enorme, con una chaqueta de cuero de oveja, dos tallas menos de la que le iría, y esa boina encajada hasta las orejas, que le parte la frente en dos. Y ese español tan gracioso, todo arrastrado. Abra la boca, compañero, le dije, parece que se ha tragado una patata, no se le entiende nada. Anselmo me chistó, calla, atrevida, pero el Marsellés explotó en una carcajada. Y la jefa no estaba para regañarme porque se le había contagiado la risa del gigante.

El guapísimo de Juan Laborda nos mostró unos planos. Sabe tanto de la guerra, es tan inteligente, y tan bueno. Le quiero tanto. Con compañeros como ellos –no digo camaradas porque Juan y el Marsellés no son del POUM– no podemos perder. Y los nuestros, claro, y la jefa, menudo lujo tener una jefa.

Por suerte Mika me hizo caso y fueron a la casa a conversar. A los milicianos se los veía tranquilos, cuando ella les pedía su opinión, delante de los hombres de la estación.

Celos. Qué curioso. Entonces, para sus milicianos ella es una mujer después de todo, se sorprende… gratamente. Una mujer a quien no se le concede ningún derecho a relacionarse íntimamente con hombres. Y menos con ellos. Debe tener en cuenta los sentimientos de sus milicianos, y comportarse como ellos esperan, por más absurdo que le parezca.

¿Fue cuando comprendiste que no era cuestión de entender, sino de aceptar lo que esa compleja relación te demandaba?

Aunque el sentimiento oscuro de los milicianos no se equivoca, admite Mika,

ella prefiere a los hombres de la estación, con una larga militancia, formados, que reflexionan y debaten, como ella. Son más parecidos a las personas que la han rodeado toda su vida. Y evoca a Pancho Piñero y a Angélica Mendoza, a Marguerite y Alfred Rosmer, a René Lefeuvre, a Kurt y Katia Landau, a Juan y María Teresa Andrade. Y aquellas discusiones en las que arreglaban el mundo.

Nada que no sea esta guerra la une a estos campesinos adustos, hombres rudos y herméticos con los que convive. Pero con ellos está haciendo esta guerra, y quiere comprenderlos, quiere… mejor no negarlo, ser aceptada… querida por ellos.

Mika sacude la cabeza, como si este gesto mínimo bastara para dar por terminado el conflicto. No hay tiempo, ni son las circunstancias adecuadas para tales especulaciones.

Tiene que decidir qué hacer si insisten en mandarlos a la catedral. Nuestra página de gloria será la catedral, les ha dicho el comandante.

Comprende que la República necesite su bastión simbólico, como es el Alcázar de Toledo para los rebeldes, pero no le gusta, no tolera que les impongan una resistencia heroica en la catedral, y no está de acuerdo con Martínez de Aragón en que la catedral es una «fortaleza inexpugnable».

Tampoco el Marsellés, ni Juan, ni el Maño quieren encerrarse en esa trampa. ¿Y qué hacemos, compañeros? ¿Nos vamos? Los milicianos están cabreados con las órdenes del comandante, son voluntarios, no se los puede obligar. También los de la CNT, dice el Marsellés, y los que manda Pepe Lagos, socialistas. ¿Entonces?

Hay que ver en qué situación quedan después del próximo ataque, porque sin duda esa calma no anuncia nada bueno, dice Juan Laborda, pero él está persuadido de que pueden resistir, y si los milicianos se han quedado en Sigüenza, es porque quieren echar a patadas a esos putos fascistas.

Estábamos tomando un chocolate caliente cuando escuchamos el ruido, miles de abejas, cientos de miles, millones. Un zumbido atroz. Las primeras bombas estallaron en las colinas, nuestra casa no la tocaron hasta bastante después. Los aviones iban y venían de la montaña a la ciudad. Sebastián decía que no nos iban

a tirar porque estábamos al lado de la estación, y los fascistas la necesitaban. Y yo me lo creí.

Cuando la primera metralla enemiga pegó en la pared, me acodé en una ventana, con mi fusil, y tiré, más para descargar la furia y el miedo que para matar.

–Déjalo ya, niña –me ordenó Juan, que justo estaba en casa cuando empezó el bombardeo–. Ayuda a los heridos.

Su mirada húmeda se detuvo un momento en mí antes de subir la escalera, con su pequeño mortero.

En el rellano iba a encontrarlo unos minutos después, un tajo le partía en dos el pecho, una enormidad de sangre manaba de él, sus ojos, abiertos y espantados. Se estaba muriendo a chorros. Quizás ya se había ido cuando yo apoyé mi mano en su herida, y luego, como no lograba cubrirla, puse mi cuerpo entero. Lo abracé con desesperación, como si así pudiera traerlo otra vez del lado de los vivos. No te vayas, Juan, no te mueras, le gritaba. Lágrimas, mocos y sangre, y la voz enérgica de Mika: Bajad todos, se acabó, rápido.

Yo no podía separarme de Juan. No lo iba a dejar ahí, me quedaría con él. Pero me despegaron con fuerza de su cuerpo despedazado. Y tenían razón.

Mika le tuvo que pedir al Maño y a Pepe que arrancaran a Emma, como fuera, de Juan Laborda, que le pegaran si era necesario, y que la llevaran abajo, donde ella estaba juntando a su gente.

–¿Es que no ves que me quiero quedar con él? –le gritó Emma, desencajada. ¿Me llevarás a la fuerza? –su cuerpito delgado forcejeaba para desprenderse del Maño, que la sostenía con firmeza.

Mika se acercó: Sí, te llevaré a la fuerza, niña.

Bastó esa breve caricia a su carita mojada para que Emma se desbarrancara en llanto, abrazándose a Mika. Pero no podía permitirse quedarse allí, consolándola, la apartó con suavidad.

–Debemos irnos ahora, Emma, ya hablaremos más tarde.

Los brazos de Emma quedaron extendidos, como abrazando la nada, cuando Mika se apartó. El dolor le desfiguraba la expresión. En un esfuerzo descomunal, le dio la espalda. ¿Qué hacía esa niña allí, en medio del horror de la guerra? Debía estar en su casa, al cuidado de su madre.

Tenías su edad cuando te ligaste a la organización Luisa Michel. No había guerra en la Argentina pero también querías cambiar el mundo, como Emma. Anarquista y libertaria, te definías estentóreamente. La vida se cargó de compromiso, de responsabilidad. Y de esperanzas. Cuando pronunciaste tu primer discurso, a los quince años, supiste que tenías la capacidad de transmitir ideas y animar a otros a la acción.

5

Sigüenza, octubre de 1936

A los otros muertos, quince, veinte, también los dejamos en la casa del POUM. Aunque a nadie le gustaba la idea, terminamos haciendo lo que los altos mandos de Madrid querían: encerrarnos en la catedral. Fuimos los últimos en entrar. Dos milicianos mantenían las puertas entreabiertas cuando llegamos.

En esta iglesia inmensa, llena de oros y estatuas, nos entreveramos milicianos de los distintos grupos del frente republicano con campesinos, mujeres y niños. Somos 700, unos 200 civiles. Derrota y amargura en nuestros rostros. Hasta la jefa está envenenada, se le nota, para mí que los santos y estas gentes muertas de miedo la están afectando.

–¿Nos vamos? –le pregunté.

–No –me contestó cortante.

–Yo me quiero ir –le dije–. Sebastián también, él es de la zona y podrá guiarnos. Morir peleando, como Juan, es una cosa, pero morir encerrada como una rata en esta iglesia, no.

–Lo estamos discutiendo con los compañeros de otras organizaciones. Ya te diré, Emma.

Mika estaba segura, aun antes de entrar, de que nunca debieron poner un pie en esa catedral. Hay que huir ahora, antes de que los fascistas instalen un corredor de ametralladoras, dijo Sebastián, el joven del POUM, nada más llegar, y ella estuvo de acuerdo. Pero pospuso la decisión de huir esa noche, y luego otra, cuando el Marsellés, Pepe Lagos, Manolo y los dinamiteros insistían en seguir

dando el combate, en mantener a los nacionales fuera, a golpe de dinamita y audacia.

Y allí está ahora, reunida con los responsables. Pero no por solidaridad. Junto a ellos Mika vuelve a encontrar la fuerza de esas noches intensas en la estación, cuando lo que les esperaba era el campo de batalla, y no esos muros de oropeles aplastantes que los están convirtiendo en una jauría acobardada.

Mika se siente irreal, ajena, grotesca, como las estatuas que la rodean. No puede sostenerse ni de sus notas, las que escribió día a día desde que empezó la guerra. Cuando quiso ir a buscar su cuaderno, ya no era posible subir al segundo piso de la casa del POUM, y tuvo que dejarlas debajo de su colchón. Lo que sí llevó fue su mosquetón y los 150 cuartuchos. Pero ni los usó.

El mensajero que enviaron los fascistas pidiendo la rendición, un pobre hombre aterrado, le dijo a Mika que no se entregara, que los demás quizás salvaran su vida, pero ella no. Habían encontrado sus papeles, y la consideraban una mujer peligrosa que mandaba entre los rojos.

Para ganar tiempo, Mika le pidió que llevara el pliego con las condiciones de la rendición por escrito.

¿Fue entonces, Mika, cuando el emisario te hizo saber que eras conocida y temida por el enemigo, que, si te encontraban, te matarían?

No habrían de ser los fascistas, sin embargo, quienes te llevaran a prisión al año siguiente. Los que te encerraron estaban de tu lado, en el mismo frente, combatían contra el mismo enemigo. ¿Querían lo mismo? No te lo preguntabas entonces, lo dabas por supuesto.

Ya no tiene sentido seguir esperando, está claro que la famosa fortaleza inexpugnable no es tal: tres cañoneos hicieron un enorme agujero en la nave central, el altar mayor está destruido, los santos de los retablos están cubiertos de polvo, algunos de ellos amputados, y tanto que dicen quererlos los soldados de Franco.

Casi no quedan alimentos, no hay médicos, ni medicamentos para curar a los heridos.

Debemos decidirlo de una vez por todas, ya van cinco días encerrados aquí, dice Mika, en la reunión de responsables. Desde que llegaron, idas y vueltas: que irse, que quedarse y resistir, que salir a combatir, y allí están, inmóviles. Paralizados.

–Me niego a morir aplastada por las piedras de esta catedral. Quiero salir al aire libre, aunque corra el riesgo de que me barran las ametralladoras.

–Yo me voy a quedar –comunica Pedro–. Cinco días es muy poco.

–Y yo –apoyan otros–. Así sabrán que tenemos cojones.

El comandante o quien fuera les ha metido la idea del Alcázar de Toledo, y se ha convertido en una obsesión para ellos.

–Los echaremos de la catedral, como los fachas a nosotros en el alcázar.

Los jóvenes anarquistas han asumido salvaguardar el honor de los combatientes. Muy bello, pero Mika no los seguirá. Pedro parece ignorar todo lo que pasa alrededor, el mensajero lo ha dicho: Sigüenza está ocupada por tropas de los nacionales, y son muchos. Su idea es descabellada, sólo el orgullo lo guía.

–Orgullo no, vergüenza –corrige el Marsellés–, un sentimiento más al alcance de los humildes.

Pero a Mika no le interesa si lo hacen por orgullo, por vergüenza, por honor. Una furia ciega la está ganando y la deja salir: Detesto que en España haya que demostrar el valor desafiando a la muerte, erguido, con la cabeza muy alta, saltando entre las balas. Eso es lo que hace Pedro, y Francisco, y tú mismo acompañándolos, Marsellés. Mika no los va a secundar, no, no, le parece un gran error –su voz desafinando al grito–, una irresponsabilidad, ¿entiendes? –y quebrándose–. De haberlo impedido –las lágrimas que no corren por sus mejillas están en esas palabras dichas en francés–, no nos habríamos metido en este agujero de oro y mármol, habríamos ganado la batalla de Sigüenza.

Los ojos del Marsellés achicándose, como si buscaran enfocar a esa mujer desaforada a quien no reconoce, frenan sus palabras.

Se queda en silencio. El Marsellés le aprieta la mano, conmovido, y es como el calor de un abrazo, la paz por un instante. Le ha hecho bien estallar. Y dejarse reconfortar.

–Ahora, descansa –le pide el Marsellés.

Mika va hasta la capilla del Doncel, su morada en los últimos días. Se acurruca a un lado del altar. Está agotada, cierra los ojos y se queda dormida.

Ya lo hemos planeado todo con Sebastián. Nos vamos. El Marsellés, el de la patata en la boca, es de la partida, y también Mika, pero no soy yo ni el otro crío quienes vamos a organizar la huida, me dijo cuando la invité a sumarse, es dura. Se hace la dura pero en seguida le sale esa sonrisa que la descubre como es.

–Me alegro de que quieras volver a casa, Emma, a que te cuide tu madre.

–No te librarás de mí –le contesté riendo–, aún nos quedan varias batallas hasta ganar la guerra.

Se ponen de acuerdo en los detalles: saldrán juntos de ese infierno. A las ocho de la noche, al pie de la escalera. Mika se siente protegida por el Marsellés. Cada uno ha hablado con los suyos. Son veinte los que escaparán juntos. Primero saldrá tal, luego cual.

Aunque Hilario tiene razón, es bastante inútil cualquier plan, cuando estén al alcance de las ametralladoras, cada uno huirá para donde pueda, y cómo encontrarse y permanecer unidos en la noche oscura, hundiéndose en el barro y con las balas persiguiéndolos como si fueran conejos. De todas formas, Sebastián, el chaval amigo de Emma, conoce la región y puede guiarlos. También se ofreció Quique, el mayor de los dos hermanos que llegaron a la casa del POUM poco antes del ataque.

6

Sigüenza, octubre de 1936

Mika hizo todo como le había indicado el Marsellés, pero no pudo evitar, justo al final, en los últimos peldaños, ese torpe deslizamiento y cayó por tierra con todo el peso de su cuerpo sobre su mano derecha. No sintió tanto dolor al principio. Saltó a la pared de enfrente, donde debía esperar en cuclillas a que fueran bajando todos.

Imposible reconocer a alguien en esa compacta oscuridad. Supo que estaba Sebastián, porque le dijo su nombre al oído, cuando se le adelantó. Y a poco de estar allí, reconoció a Emma, justo delante, hecha un ovillo, sólo ella podía ser tan pequeña. Le pareció infinita la espera.

Hay que moverse, susurró Emma a Mika y ella al Marsellés, que estaba detrás.

La hilera humana avanzaba, pegada a la pared. Aunque era baja, no se podían permitir saltarla sin ofrecer un blanco seguro. Lo acordado era esperar una pequeña apertura, y ahí sí, salir a campo raso y correr hacia el sur. Pero había casas, y allí ametralladoras que intentaban derribarlos. Mika se tiró al suelo, y esperó a que disminuyera el ritmo del tiroteo. Levantó la cabeza, a pocos metros se recortaba la enorme figura del Marsellés. Corrió hacia él. Un pequeño grupo de personas lo rodeaba.

–¿Dónde están los otros? ¿Y los guías?

–Iré a buscarlos –contestó el Marsellés–, esperadme aquí, bajo estos árboles.

No sé dónde estoy, mis manos se hunden en el fango, cavo, lo araño con mis uñas, si me confunden con la tierra mojada no van a dispararme, aunque puedo

ver esas balas rebotando sobre los charcos, a pocos metros. Cuando paran los tiros, levanto apenas la cabeza, no hay nadie, me he quedado sola. Mika, el Marsellés y los otros deben de haber seguido corriendo. Me deslizo suavemente, repto como una oruga. El barro helado y fétido parece meterse dentro de mi cuerpo, o yo dentro de él. Estoy muerta de frío, de miedo, de asco. Pero si me pongo de pie, me matarán.

El tiempo pasa lento mientras me arrastro. ¿Me parece a mí o están apuntando en otra dirección? A cierta distancia, veo una casa, tengo que llegar. Corro muy pero que muy cerca del suelo, a cuatro patas, he pasado de gusano a comadreja, qué alivio no ser sólo de barro sucio. Llego, estoy temblando, ¿habré caído en la boca del lobo? ¿Saldrá un facha con su ametralladora? Me pongo de pie, me pego al muro, intento ser apenas un relieve del adobe, paso muy rápidamente por una puerta cerrada, avanzo hasta la otra esquina de la casa y, justo allí, tropiezo con algo, y caigo. Una mano sobre mi boca ahoga mi grito, aquello con lo que tropecé es una persona que ahora me sujeta fuertemente del brazo, me empuja hacia el suelo, acerca su cara a la mía, sus ojos negros centellean y, con un leve gesto, señala hacia dentro de la casa. Separa lentamente su mano de mi boca, está claro que no voy a gritar, tan claro como que es uno de los nuestros, y que ahí dentro, en esa casa, está el enemigo.

La ametralladora en la puerta por la que he pasado hace pocos momentos, y su rugir cruel. Una mano agarra la mía con fuerza, una voz en mi oreja: Corre rápido, en diagonal. Ya no tengo miedo, no estoy sola. Hasta la noche es más clara. Llegamos a un grupo de árboles. Me abraza.

–Soy Quique, el nuevo.

Es uno de los hermanos que llegaron a la casa del POUM el día antes del ataque de los franquistas, el que me hizo ojitos.

–Y yo, Emma.

–Te conozco, sígueme. El alba no debe sorprendernos cerca de la ciudad.

Siete personas. De las que salieron juntas, sólo Sebastián y Mika. A los otros ella no los conocía: tres jóvenes, un viejo anarquista de la FAI y una muchacha. El Marsellés no había vuelto, ni tampoco Emma. Creía recordar el alarido de la

niña cuando cruzaron por el cementerio, ¿la habrían alcanzado las ráfagas de ametralladora? La mera idea le incendiaba la boca del estómago, le aflojaba las piernas. ¿Y el Marsellés? Mika no podía esperarlos, el grupo quería salir ya.

Un inmenso peso. No era el capote arrollado en la espalda, ni la Star en la cartuchera, ni el mosquetón, ni siquiera esos dedos fracturados de la mano, sino los muertos, ¿cuántos ya?

Tenían que alejarse de la ciudad lo antes posible, y esquivar las patrullas que circulaban, dijo Mateo. Un hombre maduro, el pelo entrecano y los ojos como carbones, lustrosos y expresivos.

Sebastián los guiaba: debían avanzar hacia el sudoeste.

–Juremos no separarnos pase lo que pase –propuso Mateo.

Lo juraron.

Aunque cuántas veces, en ese camino, Mika, deseaste abandonar a Pilar, la novia del ferroviario, con sus quejas, sus miedos, sus rezos. Y por momentos también a Paquito, el niño que había perdido a su hermano mayor al salir de la catedral.

Pilar no pertenecía a ninguna organización, estaba allí para acompañar a su novio ferroviario, socialista, y era difícil imponerle alguna disciplina. Cierto que también los ayudaba, veía como un lince en la noche, era perfecta como vigía. ¡Lástima que hablara tanto y tan imprudentemente!

Paquito les dio mucho trabajo la primera noche, y todo el día siguiente, lloraba, se negaba a avanzar, más de una vez puso en riesgo al grupo por esperar o buscar a su hermano en la terca certeza de que estaba por allí.

Ni Sebastián, ni Mateo, ni Mika, ni la muchacha, que se crispó seriamente con él, ninguno podía sospechar que Paquito tenía razón.

Quique está tan seguro de que va a encontrar a su hermanito que da no sé qué decirle que lo más probable es que esté muerto. Qué cuesta alentarlo: Sí, lo encontrarás… aunque en el camino parece difícil, pero sí en Madrid. Para sufrir

siempre hay tiempo. Yo también he perdido a los míos, le digo, no mi familia pero como si lo fuera, estarán escondidos, escapándose, como nosotros. Y pienso: Muertos, qué dolor, pero me callo, porque hay que seguir andando.

Nos pasamos toda la noche y todo el día de hoy esquivando patrullas, y más de una vez nos salvamos por un pelo de que nos agarraran. Como cuando vimos ese barracón y corrimos a meternos ahí, en busca de comida y un lugar donde dormir un rato. ¿Y quiénes salieron cuando nos acercábamos? ¡Fascistas! Y en el bosque vimos de lejos unos guardias civiles, y trepamos a un árbol.

Quique y yo parecemos monos, en un santiamén nos subimos a lo más alto. Nos complementamos bien: él escucha la mínima pisada, el menor sonido a distancia, y mis ojos son como una linterna que no pierde detalle. Ahora, a la primera señal de peligro, Quique hace un gesto y, pum, al árbol. Yo creo que lo hace también para jugar, para distraernos del hambre que ya duele. Hace como dos horas nos quedamos un buen rato en un roble añoso, hablando sin parar, contándonos la vida y las batallas.

Era una falsa alarma, dijo Quique, no había nadie, pero ¿a que te lo pasas bien conmigo aquí arriba?, venga, Emma, reconócelo, y esa risa escandalosa que tiene me salta encima y me envuelve el cuerpo en su frescor. Claro que me gusta, Quique, pero no están las cosas para reírnos así en este bosque, que en cualquier momento nos matan.

–No nos matarán, Emma. Ni a Paco tampoco. Y ganaremos la guerra.

–¿Qué haces, chico? –le gritó Pilar cuando Paquito volvió con ese silbido largo e intenso–. ¿Eres tonto tú, o quieres que nos maten?

–Pero si no hay nadie alrededor, tú lo has dicho. Así nos llamamos desde lejos. Sólo mi hermano sabe que soy yo.

–Y los fascistas, chaval. Saben que eres tú o cualquiera de los nuestros –se impacientó Mateo–. No vuelvas a hacerlo.

Se alejó del grupo a grandes zancadas y silbó otra vez. Mika tiró el fusil y fue tras él. Pero Paquito se escapó a la carrera.

–Paquito –lo llamó Mika con autoridad–, te detienes ahí o pediré un juicio revolucionario para ti.

La idea se le había ocurrido antes y lo conversó con Mateo: Pero qué dices, si es un niño, tiene catorce años, ¿ajusticiáis a niños, vosotros? Justamente, porque es un niño, pero está en la guerra como los mayores, hay que tratarlo como si fuera un adulto. Y funcionó, porque el niño se detuvo, parecía derrumbado. Mika se acercó y lo abrazó, él sollozaba: ¿Y cómo me encontrará mi hermano?

Fue entonces cuando se escuchó, lejano, burlando el follaje, ese sonido que no era un canto de pájaro nocturno. La mirada de Paquito resplandeciente: Por favor, déjame llamarlo. Y otra vez, a lo lejos, ese silbido cantarín.

Y corremos por el bosque, a toda velocidad, en dirección adonde escuchamos el silbido, la contraria de donde venimos. Quique está seguro, seguro, aunque el silbido no se repitió. Ya es noche cerrada, árboles negros y maleza, el bosque se torna amenazante. No me atrevo a pedirle que no silbe otra vez, ¿y si no es el hermano sino los fachas? De pronto, Quique pone delante de mí su mano para que me detenga, lo conozco ya, escucha algo y cierra los ojos para concentrarse: Arriba, me dice al oído, mirarás tú, que tienes prismáticos en esos ojos preciosos.

Pero no es necesario una mirada aguda, sombras humanas se recortan con nitidez; uno atrás de otro, en fila india, un hombre pasa debajo de nuestro árbol, otro más alto, dos que van enlazados: una mujer y uno muy pequeño, ¿un niño? Deben de ser de los nuestros, le digo, y él responde con su silbido. Mi corazón salta en mi pecho, cuando Quique salta del árbol.

El muchacho cayó literalmente sobre ellos. Todos en silencio, emocionados, el largo abrazo de los hermanos y, plaf, un ruido seco. Mika y Mateo apuntaron al mismo tiempo al bulto.

–No tiréis. Soy yo, Emma –y corrió a los brazos de Mika.

–Qué enorme alegría, mi niña, estás viva, y también Quique.

–Un milagro –susurraba Pilar, entre sollozos–, yo se lo pedí a la Virgen.

Que lo creyera si le servía, Mika no le diría nada. ¿Acaso la Chata, esa brava miliciana del POUM, cuando agonizaba en la catedral, no le había dicho: Yo no creo en los curas, pero sí en el Cristo de Medinaceli?

Tenían que seguir marchando, aprovechar la noche, dijo Pablo, el novio de Pilar, se habían atrasado mucho. Sí, debían continuar, pero hacia dónde. Se habían despistado. Hacia el sureste, dijo Sebastián, pero giraba sobre sí mismo, como si no pudiera señalarlo. Dónde estaba el sureste, dónde los fascistas, cuál camino podía conducirlos a Madrid y cuál a la muerte.

Los pies entumecidos, la mano rota, si tan siquiera tuvieran algo para comer.

La lata de sardinas la vieron a la mañana sobre una piedra, la patata también, tan ahí, en el camino, que no podía ser más que una trampa: los fascistas la habían dejado allí para envenenarlos, aseguró Sebastián, y los otros acordaron que no comerían.

–¿Estáis seguros? –preguntó Mateo.

–Seguros.

Mika y él las saborearon ante los ojos golosos de sus compañeros. Pobrecitos. No probarían bocado hasta la tarde del tercer día.

El café caliente y esa gran rebanada de pan que les dieron los compañeros de la UGT sabían a gloria.

Caminar, correr, tirarse al suelo, levantarse, trepar a un árbol, bajar, marchar otra vez. Y el hambre. El hambre agota. Llevábamos tres días así cuando vimos ese grupo de hombres. Nos escondimos. ¿Eran fascistas o de los nuestros? Que la madre, que la novia, los comentarios que intercambiaban no nos permitían saberlo, hasta que ese delgado, alto, soltó ese: Fascistas, hijos de puta.

Quique fue el primero en plantarse frente a ellos, nosotros detrás. Hablábamos todos a la vez. Por la mirada compasiva de los milicianos me di cuenta del aspecto tan penoso que teníamos. Mika logró imponerse y, con voz calma, les explicó nuestra situación.

Ellos eran del sindicato de ferroviarios de Alicante, socialistas de la UGT, y ya se habían encontrado con otros que habían huido de la catedral de Sigüenza.

–¿No habéis visto a un compañero alto, grandote, que lleva una boina calada hasta los ojos? –preguntó Mika.

–¿Un francés?

–Sí.

Si me encontró a mí, por qué no podía encontrarlo a él, pensaría, pero no, al Marsellés lo mataron, su grupo se topó de frente con el enemigo, uno solo logró escapar. La agarré fuerte de la mano, sentí que le hacía falta.

Recibimos otras malas noticias. La guerra va mal, estamos perdiendo en casi todos los frentes, pero parece que llegan las Brigadas Internacionales. Gente buena, valiente, de todos los países del mundo que vienen a luchar con nosotros. Por suerte. Los necesitamos. Tenemos que ganar la guerra.

Los compañeros de Alicante nos llevaron a su regimiento, nos dieron comida, qué gusto, y hasta me pude bañar, qué gozada frotarme la piel, y quitarme del pelo el pegote asqueroso del fango.

–¿Quién eres? ¿Emma? –me preguntó Quique, mientras me miraba de arriba abajo–. ¡Pero si eres guapísima! ¡Vaya sorpresa!

–¿Qué?, ¿no me habías mirado hasta ahora? –aunque bien sabía que sí.

–No, si estabas escondida debajo de ese barro negro, ahora sí que me gustas… hasta te quiero, me parece.

Y esa risa tan contagiosa que tiene saltaba a cada rato en el camión que nos condujo a Mandayona. Aunque todos estamos muy tristes por los muertos, por los que quedaron en la catedral, y por lo mal que va la guerra, siempre una risa ayuda.

En Mandayona debimos responder ante un tribunal compuesto por la CNT, la UGT y el PC, que investiga a los evadidos. No nos gustó nada eso de andar rindiendo cuentas después de todo lo que pasamos, y mucho menos cuando le dijeron a Mika que sólo ella podía volver a Madrid. Nosotros teníamos que

quedarnos allí. Juramos estar juntos hasta llegar, dijo Mateo, un viejo como de cuarenta que es un cielo. No nos dejará, dije yo, que la conozco muy bien.

–No, compañero, nos vamos todos –dijo Mika con voz firme, sin pelea y sin miedo, como si sólo bastara expresarlo para que se cumpliera–. Hagan el favor de firmarnos un salvoconducto especificando que estuvimos encerrados seis días en la Catedral de Sigüenza.

Y nada de dejar las armas, como ellos pedían, que hemos huido con nuestros fusiles, y nos hemos jugado la vida para conservarlos. Las municiones sí, concedió Mika.

Y aquí estamos, en el camión que nos lleva a Madrid, todos juntos, los nueve. Parece mentira que cinco días atrás la mayoría ni nos conocíamos, y hoy, este cuerpo compacto, esta unión. Y ni siquiera somos del mismo grupo. Les quiero tanto, tantísimo. A todos, pero a uno que yo me sé un poco más.

Estamos entrando a Madrid, se me acelera el corazón cuando veo la Puerta de Alcalá. Quique va delante, no me importa que me vean, yo rodeo su cuello con mis brazos, pego mi boca a su oreja y le digo un secreto: Yo también te quiero.

Que fueran esas nueve personas las que llegaron a Madrid y no las veinte que habían previsto escapar juntas fue un capricho más del azar. Una gran suerte, me dijo Emma sesenta años más tarde, en 1996, cuando conversé con ella en Madrid.

Peligros, sacrificios, largos años de cárcel –los dos estuvieron presos–, distancia, persecuciones, clandestinidad, exilio, nada pudo quebrar ese amor entre Emma y Quique que nació en aquel escabroso camino hacia la libertad, de Sigüenza a Madrid.

Me contó ese paseo nostálgico que hicieron juntos tantos años después, en 1982. ¿Por qué elegiste ese momento, Mika? Otra guerra, tan distinta a la de España, allá lejos, al sur del sur, te lastimaba. La Guerra de las Malvinas. Les Malouines, como les dicen en Francia, el nombre se lo dieron unos colonos de Saint-Malo. Las Falklands, como las llaman los ingleses.

7

París, 1982

Sus amigos aceptaron la propuesta de Mika: recorrerán juntos ese camino. Hace cuatro años que Emma y Quique se han instalado en Madrid, después de su largo exilio en París. ¿Quién mejor que ellos para acompañarla?

¿Por qué se impone ahora esa idea tan fuerte, y tan desatinada, de recorrer a pie, al menos en parte, cuarenta y cinco años después, aquel camino de Sigüenza a Madrid?

En sus notas, ese camino fue durante años nombres, el de los nueve que huyeron juntos, situaciones, paisajes, colores. No lo recorrió antes de dar al relato su versión definitiva, ni tampoco cuando fue a Atienza y Sigüenza (qué fuerte fue volver a esa estación, a la catedral). Es ahora cuando le parece urgente. E imprescindible.

Ahora, con ese dolor en la espalda, la vértebra caprichosa, la hernia operada, la cintura que le pide un almohadón cada vez que se sienta, los pies pesados, la vista que comienza a resentirse. Sólo nombrar sus achaques ya la agobia, sin embargo les propuso a Emma y Quique la aventura de rehacer el camino. Quiere recuperar aquellos momentos ahora que la palabra «guerra» se está cargando de connotaciones tan diferentes.

El recuerdo de esa reunión con unos argentinos que viven en Francia, tan exaltados como están por la Guerra de las Malvinas, le pone los pelos de punta. Cuánto se enojó Mika esa noche. De ahí la necesidad de evocar la guerra de España con sus camaradas.

–Vos que combatiste en la guerra de España, deberías enrolarte –le dijo ese hombre, un exiliado por la dictadura.

Mika no llegó a formar una frase, la sorpresa le deformó el gesto, ¿qué decía?, ¿la estaba cargando? Él la miró, le sonrío, y condescendiendo a sus años: Si no para la batalla, para asesorar, para darles fuerza a los soldados.

–Sí –apoyó el otro–. Y qué bueno sería para vos, por fin una guerra tuya, de tu país, no una guerra ajena.

Como si la de España no hubiera sido una guerra suya, qué agresión. Prefirió no darse por aludida, esa gente no tenía intención de herirla, eran simplemente estúpidos, pero, aun así, cuesta comprender ese fervor insano que se apodera de ellos con esta absurda aventura de las Malvinas.

–¿Y es tuya, es de ustedes, la Guerra de las Malvinas? ¿No son esos fantoches que la declaran los mismos que asesinaron a sus compañeros, los que los expulsaron de Argentina? ¿O ya no recuerdan por qué están en Francia?

–Sí, pero las circunstancias son distintas, Mika, se trata de la patria. Las Malvinas son nuestras y no se las vamos a dejar a los putos ingleses.

–Cuando lo que está en juego es el país…

Mika no hubiera querido ponerse de pie, ni tampoco gritarles así:

–¡La patria! ¡el país! Unos militaruchos irresponsables y criminales invadiendo unas islas para perpetuarse en el poder. Eso son. Usan un reclamo legítimo de la peor manera y para sus propios fines, que no son los nuestros.

–¿Y qué querés vos, Mika? –la voz sin compostura–, ¿que perdamos la guerra? –que se aflautaba en su arrebato–, ¿querés regalarle las Malvinas al imperialismo británico? Hace ciento cuarenta años que nos niegan las islas. Se nos agotó la paciencia, el 2 de abril nos cansamos.

–¿En plural hablás? –se burló Mika–. ¿Quiénes se cansaron? ¿Vos y Galtieri? Yo no quiero ninguna guerra liderada por esos genocidas.

Aún la araña la imagen de esos hombres y mujeres gesticulando, sus voces chillonas, su soberbia: Los vamos a hacer de goma con los Exocet. Y Mika, casi gritando: que ni su oficio conocen los generales del crimen, ignorantes, asesinos y brutos, deberían ser fusilados en la plaza pública, no tienen vergüenza estos señores que ahora se arrodillarán a los pies de Estados Unidos. ¿Pensaron

cuántos muchachos muertos, amputados o ciegos dejará esta guerra? Es posible que nunca se llegue a saber la cifra exacta.

Ya no recuerda qué más dijo, sí esas miradas furiosas, el tono agrio y como subido encima de un estrado con que le contestaron: por respeto a su edad, a su trayectoria, no iban a ir más allá…

¿Era una amenaza? Mika sentía que la sangre le subía a la cara, vergüenza le daban, indignación, furia. Por suerte su amigo Guillermo Núñez, que piensa lo mismo que ella, estaba ahí, la tomó del brazo, y la arrancó de ese infierno al que se estaba dejando arrastrar.

No debía haberse puesto así, piensa ahora, no vale la pena.

En Le Monde lee una declaración en la que su amigo Julio Cortázar y otros intelectuales denuncian el engaño y la manipulación de los dictadores. Lo llama por teléfono:

–Bien hecho, Julio, me alivió leer lo que dijiste sobre la Guerra de las Malvinas. Tenemos que hablar. Escuché unos comentarios tan pero tan insensatos de unos exiliados argentinos en París…

–Contámelo personalmente –la interrumpe–, paso en un rato. Quiero ir a darte un beso porque mañana salimos de viaje con Carol.

Aunque qué decirle a Cortázar, las veces que lo han acusado de antipatriótico, le negaron hasta el derecho a opinar porque se fue de Argentina, como si hubiera faltado a la escuela, o hecho abandono del hogar familiar. Mika siguió los debates de los intelectuales argentinos con Cortázar, fue ella quien le consiguió su primer trabajo en la UNESCO para que pudiera instalarse en París en los años cincuenta. Siempre han estado muy unidos, y en los últimos años Mika está orgullosa de cuánto se ha comprometido Julio con las luchas de Latinoamérica, con Cuba, con Nicaragua.

Se alegra tanto de que haya ido a visitarla, un fuerte abrazo, qué bien te veo, Julio, radiante, ella en cambio está tan deprimida… Lo de Malvinas no se puede creer, un país entero a merced de la irresponsabilidad de un puñado de militares criminales, y ¿sabés lo qué escuché la otra noche?; le contará todo.

Es serio y doloroso lo que está pasando, dice Julio, esta maniobra canalla que se

está haciendo con el pueblo. También él ha visto algunos argentinos, sólo algunos, Mika –matiza–, en esa exaltación patriótica. Inglaterra versus Argentina, así lo viven, como si fuera un partido de futbol, sin pensar quién está mandando a esta guerra, y para qué lo hacen. Como si las Malvinas pudieran borrar sus crímenes y disimular la gravedad de la situación económica y social. Y esos pobres chicos que han ido a pelear, con todas las ganas, honestamente. Terrible. La demencia y la hijaputez de los milicos no tienen límites.

–¿Cómo es posible que algunos les hagan el juego? –vuelve a crisparse Mika–. ¡Y a mí me dicen que luché en una guerra ajena! El mundo se está volviendo obsceno, Julio. Tanto individualismo, todos mirándose el ombligo.

No todos, Mika, que no exagere. Cierto, Julio, no todos. Y él, una gran sonrisa: Así me gusta.

Ah, los amigos, qué bien le hacen.

Lo acompaña hasta abajo, Mika dará una vuelta por los Jardines de Luxemburgo para despejarse un poco. Le parece muy bien, que camine y se olvide de esos comentarios que le hicieron daño, no tienen ninguna importancia. Julio la abraza y se sube a su moto. Que les vaya bien en el viaje, que les inspire un estupendo libro, cariños a Carol.

Julio tiene razón, le está dando más importancia de la que merece. Qué indignación le hubiera causado a Hippo escuchar que la guerra de España fue una guerra ajena. La revolución está donde hay una mecha preparada para encender. Él lo entendió desde muy joven, tenía diecinueve años.

Como escribiste en La bataille socialiste en 1965: «En esa “semana trágica” de enero de 1919 que quedó en los anales de la represión argentina como un hito sangriento, Hipólito Etchebéhère entró en la revolución como otros entran en una orden religiosa: para siempre, hasta el último latido de su corazón, con un odio lúcido y razonado, alerta siempre, afilado cada día, tenso como la cuerda de un arco listo para disparar contra ese orden social absurdo, rapaz y asesino».

8

Buenos Aires, 1919

Hipólito Etchebéhère no puede creer lo que está viendo por el balcón de su casa. Una brutal agresión se ha desatado, la policía montada arrastra a los judíos, atados a sus caballos. Juan, Arnold y Salvador, sus hermanos mayores, le han dicho que no salga a la calle: es peligroso. No te metas en líos, no tiene nada que ver con nosotros. Hipólito aparta a su hermano y baja.

Ve hombres trajeados con elegancia, de civil, armados con revólveres, que detienen personas, ve enormes hogueras donde queman muebles y ropa de los judíos, ve mujeres y ancianos golpeados por jóvenes, escucha gritos, llantos, insultos. Y no puede permanecer impasible. Déjenla, animales. Se interpone para evitar que le peguen a una mujer, pero ellos son más, un empujón, una trompada, otra, Hipólito en el suelo.

Con el ojo morado y la nariz goteando sangre, sube corriendo las escaleras de su casa y se encierra en su cuarto. Escribe febrilmente un folleto que entregará a los vigilantes. «Escucha la verdad», lo titula.

Hizo copias y se las dio a cuanto policía encontró a su paso. Como era previsible, terminó en la cárcel por delito contra la seguridad del Estado.

Es tan complejo el trazado de una vida…, Hippo podría haber vivido en cualquier otro lugar de Buenos Aires, pero el departamento de los Etchebéhère estaba situado en Corrientes y Pueyrredón, en pleno barrio judío.

Pierre Etchebéhère, el padre de Hipólito, había llegado a la Argentina para instalar los teléfonos en la provincia de Tucumán. Después de unos cuantos años, y una excelente carrera, volvió a Francia aquejado de un cáncer de lengua,

y allí falleció. Su madre, Marie Andrieux, se quedó sola con sus seis hijos en Buenos Aires, y llevaba con habilidad las riendas de la familia. Una buena situación económica ayudaba. Los Etchebéhère pudieron estudiar sin tener que trabajar. Los hermanos de Hipólito habrían de crear la primera productora cinematográfica en la Argentina.

Hippolyte, como le decía su familia (se llamaba Louis Hippolyte Ernest), había obtenido su diploma de técnico mecánico en la Escuela Industrial de la Nación y estudiaba Ingeniería en la UBA cuando se produjeron los hechos aberrantes de la Semana Trágica que habrían de dar un vuelco a su vida.

La huelga de la metalúrgica Vasena derivó en un enfrentamiento sangriento con la Policía. Lo que pedían los obreros era ocho horas de trabajo y un día de descanso. Pero a los poderosos les parecía demasiado y reprimieron salvajemente.

La organización sindical FORA reaccionó con una huelga general que paralizó la ciudad durante una semana. En los ánimos alterados de la alta burguesía, que vivía la Revolución Rusa como una amenaza, responsable de la huelga de Vasena y de toda protesta obrera, se produjo una fatal confusión.

Argentina es un país de inmigración, a los judíos se les dice rusos, cualquiera sea su origen, como a los árabes se les dice turcos y a los españoles, gallegos. Pero los jóvenes de la Liga Patriótica no estaban para sutilezas, habían decidido cambiar el rumbo de los acontecimientos y lo hicieron: se armaron y salieron a la calle a desatar su frenesí argentinista, su odio encarnizado, contra los «rusos» (cualquier judío, independientemente de su origen, ideología, credo), que para ellos eran los sóviets. Un sastre, un vendedor de arenques salados, una idishe mame, un filósofo, una costurera, un carpintero: los bolcheviques subversivos, enemigos de la patria a quienes había que escarmentar. Detrás de las tropas informales de los niños bien, entró al barrio judío el escuadrón de seguridad.

En cuanto supo de la detención de su hijo, Marie Andrieux de Etchebéhère fue a ver al responsable de la comisaría y le pidió que lo liberara: Pero si es casi un niño… Ella era una viuda honorable, debió de pensar el comisario, una francesa, no una rusa, los hermanos de Hipólito, jóvenes correctos y trabajadores. Por esta vez, concedió, sólo un sermón al rebelde y no la cárcel de Usuahia, adonde

deberían mandarlo, pero nunca más, jovencito, ¿me entiende?, nunca más, qué vergüenza para su familia.

La familia no se avergonzaba de él, su madre y sus hermanos lo querían, también ellos –unos más, otros menos– consideraban una salvajada la agresión a los judíos, pero estaban asustados con la reacción de Hippolyte. Por qué tenía que meterse donde no le importaba, poniendo en riesgo a todos –se enojó su hermano–. Él, por ser el mayor, era el responsable de la familia y no lo permitiría: que nunca más eso de andar repartiendo panfletos, o involucrándose en peleas que no son suyas, ¿has comprendido?, que los dejara vivir en paz, si quería tener casa, comida y educación, ya sabía lo que tenía que hacer. Hippo no quería comprometerlos, sabía que no iba a quedarse de brazos cruzados, y se fue de casa.

Vivía en altillos prestados, trabajaba en talleres donde no duraba mucho, porque siempre había compañeros a los que alentar en la lucha y patrones a quienes no les gustaba la propaganda revolucionaria que Hipólito distribuía. Se alimentaba mal, podía pasar más de un día sin comer, sólo de cuando en cuando se permitía una comida que nunca le negó su madre, pero no quería que Marie lo llamara a ningún tipo de sensatez, estaba seguro de estar en su camino, el que eligió, mamá, que no sufriera porque él estaba delgado, una tarde con fiebre alta, quédate en casa, Hippolyte, y hazle caso a tu hermano, por favor. Que no se preocupara, era sólo una gripe, y tenía un trabajo nuevo: iba a dar clases particulares de francés.

La salud de Hipólito se resentía, el fantasma de la enfermedad acechaba en sus pulmones. Pero había tantos libros que quería leer y tenía tantos proyectos para una acción colectiva. El de la revista universitaria Insurrexit era su último desvelo.

9

Buenos Aires, 1920

A Pancho Piñeiro y a Francisco Rinesi, Mika los conoció en Rosario, cuando cursaba el Colegio Nacional. No está segura de querer formar parte del proyecto de esa revista que le han propuesto, tendrán que explicarle mucho más si quieren contar con ella. Son buenos muchachos pero su extracción burguesa le produce cierta desconfianza. Aunque los poemas de Pancho la han conmovido, no sólo por su gran sensibilidad social, sino por su lirismo. Y le causó buena impresión que cuestionen algunos postulados de la Reforma. A ella no le caen bien los dogmáticos, que todo lo aceptan sin discutir.

Mika lleva unos meses en la Universidad de Buenos Aires cursando la carrera de Odontología, y está impaciente por participar de una manera más activa. Los ecos de la Semana Trágica de 1919 aún resuenan en las calles, y en los claustros, la Reforma Universitaria de 1918 y la Revolución Rusa de 1917.

Y esos jacarandás en flor por las calles, y las ganas de vivir esta ciudad que Mika está estrenando.

Los escuchará y verá qué se traen entre manos. Quiere opinar, discutir, actuar. Y los amigos rosarinos le han dicho que quizás pueda escribir en una revista que están organizando: Insurrexit.

Bonito nombre. Viene del latín insurgo, le explicó Francisco Rinesi. Lo sabe. Ella estudió latín en el Colegio Nacional de Rosario. Insurgencia, rebeldía, palabras sublimes. Pero a Mika no le interesa la rebeldía porque sí, sólo por ser joven, como ha visto en algunos estudiantes que se oponen a tal o a cual regla, y en cuanto ella les pregunta por qué, cuando intenta rascar un poco, no hay detrás de esas conductas una base seria, una reflexión. A veces es sólo una excusa para no estudiar. Rebelde era Luisa Michel, la apasionada comunera de París. Cuánto la admira Mika.

Fue difícil convencer a mi madre de que me dejara ir a estudiar a Buenos Aires, en aquellos años que una chica viviera sola en la gran ciudad era una osada aventura. Pero finalmente mis padres aceptaron, y me ayudaron. Ellos tenían un negocio de dulces en Rosario, donde nos instalamos al dejar la colonia, que nos permitió mantenernos y hasta tener algunos ahorros.

Yo me alojaba en una pensión de señoritas en la calle Alsina. La dueña era prima de unos amigos de mis padres, de la colectividad judía. Que yo estuviera en su casa, bajo su tutela como imaginaba mamá, era clave para que me permitieran vivir en Buenos Aires. De modo que yo me esmeraba en portarme bien. Por suerte, Gertrudis estaba menos interesada en cuidarme que en recibir el dinero que mis padres le pagaban todos los meses por mi hospedaje y comida. Le pedí permiso para recibir en el salón a unos muchachos rosarinos, amigos de mi familia. Era por la tarde.

No recuerdo el vestido azul y blanco que llevaba, ni el tenue rouge en los labios sino por sus palabras, él siempre lo evocaba con ternura.

Yo esperaba sólo a Pancho y a Francisco, y me sorprendí con la presencia de ese muchacho que llevaba en mitad de la cabeza, como una aureola, un chamberguito de alas redondeadas, vueltas hacia arriba. Alto, delgadísimo, de tez tan blanca que parecía enfermo, ojos grises azulados, profundos. Y esa luz que emanaba de él. Hipólito Etchebéhère.

Aunque nadie lo diga, aunque insistan en que no hay en la revista director alguno, que todos y cada uno son responsables, Mika no tarda en darse cuenta de que Hipólito es el líder del grupo. Y que está allí para convencerla de que ella forme parte de Insurrexit.

Francisco Rinesi se afana en explicar lo importante que es para ellos la incorporación de mujeres al grupo: para llegar al ideal al que aspiran necesitan mujeres, y Pancho: que cada corazón femenino que conquisten para la justicia será un gran paso adelante, la influencia de la mujer en quienes la rodean es poderosa.

–Todo muy bonito –desafía Mika–, pero no entiendo bien. ¿Lo que les interesa

son mis ideas, mi trabajo en el grupo, o que sea mujer?

Francisco defendiéndose: Por supuesto que tus ideas, y Pancho: que él aún recuerda cuando Mika habló en la asamblea, en Rosario, qué poder de convicción.

–Nos interesa todo –dice Hipólito–. Las acciones que pueda realizar, lo que pensemos y estudiemos juntos; y también que sea usted una muchacha, ¿por qué no? Sabrá encontrar mejor que nosotros las palabras adecuadas para atraer a las mujeres. Sin ustedes, somos apenas la mitad de voluntades para cambiar el mundo, empresa ardua pero posible si trabajamos juntos. ¿Le parece mal apelar a su naturaleza femenina cuando la intención es un mundo más justo para todos?

No hace falta ser mujer para encontrar las palabras adecuadas, como bien acaba de demostrar Hipólito, apuntando certero. Mika está tan impactada que no atina a responder. Él debe saber que acertó, porque continúa: Queremos una revista que reflexione sobre las nuevas teorías sociales, que se ocupe del país, y del mundo. Una revista que saque a los estudiantes de su modorra, que abra su mira, que los haga meditar y actuar, involucrarse, comprometerse con la sociedad.

–Interesante –se atreve Mika–. Ahora bien, me gustaría saber: son reformistas ustedes, ¿no es cierto?

–Apoyamos, pero no nos emocionamos con la reforma universitaria –dice Rinesi–. Es incompleta, débil.

–Y dentro de un sistema capitalista como el nuestro: inútil –exagera Pancho Piñero–. Sabemos rotundamente que una reforma no sirve para nada mientras no cambie el sistema. La universidad que concebimos es irrealizable en este régimen.

–Hoy por hoy la universidad es un foco ideal de agitación revolucionaria, y en esa línea debemos trabajar –dice Hipólito–. Hemos pensado una serie de textos breves que interpelen a los jóvenes: «¿Vive usted al margen de los hechos que están modificando al mundo?». «¿Sabe que la clase proletaria quiere conquistar el poder para realizar la total igualdad económica?»

–Se lo diremos más claro aún –agrega Pancho–: «¿Cree usted que en el momento actual los estudiantes tienen posición en la lucha social?».

–Queremos generar conciencia de que el futuro depende de nosotros –le explica Hipólito, su mano en alto, como dibujando las palabras en el aire–: «Conozca las nuevas teorías sociales. Medite. Participe».

Mika observa sus manos delgadas, nerviosas. Escucha su tono de voz grave y calmo, enérgico y suave, y puede imaginar a esos jóvenes universitarios, futuros médicos, abogados, ingenieros, filósofos, despertando del letargo de sus vidas burguesas, implicándose en la realidad político-social, organizándose. Y marchando junto a los obreros.

–Como hizo Luisa Michel en París –se entusiasma Mika–. Yo pertenezco a un centro femenino anarquista, en Rosario, que lleva su nombre –le hace saber a Hipólito porque los otros ya lo saben.

Hipólito conoce a Luisa Michel, y muy bien. Ha leído el libro de Marx, el prólogo de Engels y la Historia de la Comuna de París de Lissagaray, y está estudiando detenidamente la experiencia, que si bien duró tan poco y terminó en tragedia, es un interesante modelo. Ellos deberían organizarse como los parisinos en 1871, se embriaga Hipólito, todos juntos, obreros, profesionales, activistas políticos de distinta filiación, en un solo frente contra el capitalismo. Lo que fueron capaces de lograr los parisinos en dos meses es una prueba de que es posible tomar el poder cuando se tienen claros los objetivos y se actúa con la fuerza del pueblo. Sin embargo, fracasaron. ¿Por qué? Por varias razones, la primera: dieron más importancia a sus diferencias internas que al poderoso enemigo común, lo que los fragilizó; segundo: no establecieron un plan.

Qué bien habla, expone sus ideas con tal convicción que resulta difícil no creer en lo que Hipólito cree. ¡Y qué buen mozo es! Mika no se quiere dejar arrastrar por la exaltación que le producen sus palabras, sus gestos, todo él, no, quiere ser cauta, debe conocer más sobre el grupo antes de unirse a ellos: ¿cómo ven el marxismo?, ¿se puede aplicar esa doctrina en la Argentina?, el V Congreso de anarquistas de la FORA acaba de adherir a la Revolución Rusa, ¿cuál es su opinión? Marx no pensó en un país con las características de la Unión Soviética sino en una sociedad industrializada cuando escribió El Capital y sin embargo... ¿les parece que un Parlamento puede resolver los problemas de la sociedad? No, por supuesto, ella también es antiparlamentarista, la democracia burguesa no es más que una fórmula incompleta de la libertad, una estafa para ingenuos.

–Lo esencial es formarse –afirma Hipólito–, prepararse para la acción.

«Hagamos la revolución previamente en los espíritus» es el lema del grupo Clarté, de París, con quienes ellos están ya vinculados. ¿Ha leído Mika a Henri Barbusse y a Romain Rolland?

–No, aún no. Pero lo haré.

¿Podrán contar con Mika para Insurrexit entonces?, quiere saber Pancho Piñeiro. Pero Hipólito interrumpe: que no es necesario que lo decida en ese momento, que se tome su tiempo para pensarlo; mientras tanto la invita el sábado a la reunión que mantendrán con otros compañeros, en Suipacha 74. Le aportará más información y... ya hablaremos.

Hipólito estrecha su mano, la mira largamente y sonríe.

Y esa sonrisa ilumina todo el salón de la pensión, la calle, el soberbio paraíso que se asoma por la ventana, el atardecer de primavera, su vida entera.

Antes de conocerla, Hipólito estaba bien predispuesto, sabía que Micaela Feldman era anarquista (como él), que era judía (y a él tanto lo marcó ver la represión que se desató contra los judíos), y que tenía una gran fuerza para transmitir sus ideas, pero fue verla y el asombro: esa gravedad alegre y atrevida, esa mirada que acaricia interpelando, esa insolencia fresca, limpia, ese empuje a sus dieciocho años, esa personalidad.

–No te dejes guiar por su carácter, es brava Mika pero muy lúcida. Y valiente –dice Pancho, casi disculpándose, al salir de la pensión.

–Hay que ver la muchacha –se ríe Francisco–: ¡el examen al que nos sometió!

–Irá a la reunión el sábado –afirma Hipólito, categórico–. Y será de gran valor para nuestro grupo.

–Sabía que te iba a gustar nuestra paisana –festeja Pancho.

¡Y tanto! No pueden imaginar sus amigos, como tampoco él unas horas atrás: ese sorprendente calor en su corazón, esa energía que da fuerza a sus pasos, esa alegría que todo lo invade porque faltan sólo cuatro días para volver a verla.

Es ella, sin duda ella, Mika Feldman.

No lo esperaba, no lo buscaba, no es el momento, con la vida dura que Hipólito lleva desde que debió dejar el hogar familiar, pero una sospecha lo asalta: Mika será su compañera. Ella podrá darle la fuerza que su cuerpo debilitado le escatima. La aventura intelectual y social que le espera tendrá a partir de ahora un dulce sabor a Mika.

Es la segunda reunión del grupo en el local de la Federación de Empleados de Comercio a la que Mika asiste. Esta vez hablará, se promete, porque el sábado anterior, aunque se le ocurrieron algunos comentarios, ante tantas personas la timidez la ganó y fue sólo oídos y miradas. Pero estuvo bien haber participado, ahora su expectativa es otra. Lo ha decidido esa mañana: formará parte del grupo Insurrexit. Todo lo que escuchó en la reunión anterior la estimuló: la discusión sobre política y teorías sociales, el ideario de la revista, el proyecto de organizar charlas y cursos para dictar en ateneos y sindicatos.

Hay algunas personas que no conoce, Pancho Piñero hace las presentaciones.

–Micaela Feldman es rosarina, anarquista, estudiante de Odontología.

Ella extiende la mano para estrechar las de Herminia Brumana, anarquista, maestra y escritora; Juan Antonio Solari, escritor, secretario del Ateneo Popular; Carlos Lamberti, estudiante de Medicina. A Julio Barcos y a Alfonsina Storni ya los encontró el otro día. Alberto Astudillo, estudiante de Arquitectura, anarquista y marxista; Ángel Rosemblat, filósofo, y, por fin, la mano de Hipólito, cálida, afectuosa, esa sonrisa cómplice, como si la conociera de toda la vida, y en sus raros ojos grises, una potente alegría. ¿Será por ella? ¿Es posible? Un aletear de mariposas en su cuerpo. No, cómo se le ocurre, la alegría es por sus ganas de cambiar el mundo y el proyecto que se está armando. La reunión ya ha comenzado, y Mika, distraída con tonterías, evitará esa mirada radiante que la pone tan como ella no es.

Qué mujeres tan especiales han convocado. Con la poetisa Alfonsina Storni sintió el otro día una corriente de comunicación inmediata, presiente que ella podrá enseñarle muchas cosas. Herminia Brumana la impresiona, qué gran mujer, cada palabra suya tiene peso, conmueve, apunta hondo, lo que dice ahora de la mujer y el trabajo le parece tan cierto… mientras la mujer no trabaje por

placer sino obligada por las circunstancias, puede llegar el sufragio, el divorcio, la absoluta igualdad civil y política, pero estaremos a mil siglos del bienestar anhelado. Mika coincide con esta postura, interrumpe, por eso cuestiona a las sufragistas, su enfoque es absurdo.

–Ah, sí ¿y por qué? –pregunta riéndose Francisco.

–Lo explicaré si él no se ríe –responde cortante Mika, mirando a Alfonsina–. ¿De qué se ríe, Rinesi?

–De nada, Mika –dice Francisco, serio–. Es para hacerme el simpático no más. Perdón.

Herminia la apoya: no está bien que se le pregunte algo con una risa. Alfonsina debe pensar que no vale la pena insistir, ya está dicho:

–Explíquenos, Mika.

–Las sufragistas quieren que las mujeres votemos. ¿Qué?, ¿a quién? Ya bastante error es el voto de los hombres, para qué agravar el mal pretendiendo que nosotras también nos amontonemos en los comicios. Una inconsciencia.

–Pero ¿no quieren la independencia? –se escucha desde el fondo del salón a Ángel Rosemblat.

–No es el voto lo que nos dará la independencia. El voto ahora es una mentira, como el Parlamento.

–En ese sentido, de acuerdo –dice Julio Barcos–. Pero me imagino que apoyarás la igualdad entre hombres y mujeres que sostienen las sufragistas.

–Si queremos la igualdad, antes debemos luchar por la igualdad de todos, mientras unos pocos vivan de lo que producen muchos otros, mientras exista la explotación –como si sus propias frases la animaran, su voz crece, se hace nítida–, mientras haya una clase que todo lo da y otra que todo lo toma, la mujer no será independiente, ni ocupará el lugar que merece.

–¿Te animás a escribirlo? –¡Hipólito la ha tuteado!

–Interesante visión, habrá que pensarlo –dice Alfonsina.

–No le falta razón a Micaela –dice Herminia–. Es una cuestión de prioridades.

–Pero esto tan elemental no lo entienden nuestras hermanas, las sufragistas. Buenas intenciones pero ciegas –la sonrisa de Hipólito la anima a explayarse–. Las he visto en un conventillo de Rosario hablando con frases grandilocuentes de los derechos políticos de la mujer, de la emancipación, ante mujeres con hambre, que viven hacinadas en un cuartucho, con sus hijos y maridos. ¿Las arrancará el voto de la miseria, les dará pan para sus hijos, calor en el invierno?, pensarían. Y las sufragistas asombrándose de la indiferencia de las obreras. Patético.

–No sé si el voto, pero la palabra ya la han tomado. Y muy en serio. ¿Se dan cuenta de que en esta reunión no se escuchan más que voces de mujeres? –la risa con que cierra su pregunta Juan Antonio Solari contagia a todos.

–¿Qué más querés? –lo provoca Herminia.

Las miradas que cruzan Herminia y Juan Antonio son elocuentes. ¿Estarán enamorados?, se pregunta Mika, y la idea la complace, como si esa brisa de deseo entre ellos pudiera envolverlos a todos, como si el aire se contaminara. Ah, qué bien sienta el amor, se sorprende pensando, ella que es tan poco romántica. La voz de Pancho Piñero la saca de sus cavilaciones. Lee un conmovedor artículo que titulará «Hambre». Qué bien escribe Pancho. Ahora es Hipólito quien adelanta lo que piensa escribir en Insurrexit sobre la Revolución Rusa, a él le gustaría debatirlo con el grupo.

Mika no ha podido dejar de evocar sus palabras, el tono grave de su voz, el resplandor de su mirada, en todos estos días. Y noches. Porque no sólo su imagen radiante retrasó su sueño, desde que lo conoció, sino que también la despertó en medio de la noche una extraña pesadilla: un campo y un arroyo, una luz intensa, Hipólito estallando en mil partículas, evaporándose, y Mika, un puño de angustia atroz cerrándose en su estómago y ese grito que por suerte la arrancó del campo cruel donde Hipólito se volatilizaba para dejarla sentada en su cama, qué alivio, su cuarto en la pensión de la calle Alsina. Qué horrible sueño, acaba de recordarlo ahora, y lo mira vivo, entero, tan luminoso. Debe ser su flacura, su palidez la que le produjo esa pesadilla. Allí no porque le da vergüenza, pero en cuanto pueda, aun a riesgo de que la tilde de entrometida, le dirá a Etchebéhère que tiene que comer más, que dormir mejor. Dejará caer este consejo que siempre le da su madre.

Hipólito tiene una propuesta para hacerles: reunirse los domingos para leer El origen de la familia de Engels, luego podemos leer El Estado y la revolución de Lenin. ¿Están de acuerdo? pregunta al grupo, pero su mirada fulgurante se clava en ella.

No se sorprenderá el domingo cuando Hipólito, al despedirse de Mika, en la puerta de la pensión, le proponga un encuentro para el día siguiente, a solas. Se verán en la Costanera Sur, a las cinco de la tarde, frente a la estatua de Lola Mora.

Y volverán a verse el martes, y el jueves, y el sábado y el domingo y la semana y el mes siguiente. Y el otro. Un deslizarse por el tobogán del amor, paso a paso pero sin pausa. Conversaciones, caminatas, manos que se enlazan, lecturas, debates, coincidencias y confidencias, un beso que sella un pacto tácito, proyectos, la vida por delante y los ideales comunes, la revolución, tímidas caricias y unas pocas osadas, la revista, los compañeros, la Revolución Rusa.

Esa tarde húmeda de enero de 1921, con el número cuatro de Insurrexit recién salido de la imprenta y la certeza de ese elegirse uno al otro que no ha dejado de crecer, Mika e Hipólito van a dar un paso previsible –no por eso menos sorprendente– en su unión.

Esas manos fuertes y tibias que la improvisan mujer, esos besos plenos: emoción; ese cuerpo sabio que descubre el suyo, tan dispuesto al placer: pasión.

Ese hueco húmedo y tibio que él roza apenas, con suavidad, con ternura: emoción; ese pozo cálido y generoso que lo invita a sumergirse: pasión.

Mika se sorprende –aunque lo sospechaba desde aquel domingo en que Hipólito apoyó su mano sobre su hombro– de esa exaltada paz que produce en su cuerpo recibir el amado cuerpo de su compañero. Hipólito se sorprende –aunque lo sospechaba desde aquel domingo en que sintió la piel erizada del hombro de Mika bajo su mano– de la fulminante felicidad que produce en su cuerpo penetrar por fin el amado cuerpo de su compañera.

10

Buenos Aires, 1922

La pelea con su madre le ha dejado un mal sabor. Va a escribirle una frase tan sólo, la respuesta que no quiso darle en la estación de ómnibus, le hará bien. A las dos. Aunque lo que ha pasado en esa visita de Nadia a Buenos Aires se le antoja sin vuelta atrás.

Sabe que para sus padres es un enorme esfuerzo, no sólo económico, que Mika viva y estudie en Buenos Aires y le gustaría satisfacerlos, que estén contentos, pero no puede. Las diferencias entre Nadia y Mika se están tornando insalvables. Ha hecho de todo para convencer a su madre de que está equivocada: mostrarle su libreta universitaria con las buenas notas de sus exámenes y el artículo que escribió para la revista Insurrexit, hablarle de sus ideas y apelar a los valores que sus padres le transmitieron, pero no hay caso, Nadia sigue con que la vida que lleva, todo el día en la calle, no es la de una señorita, que vuelva a Rosario, antes de que sea tarde.

La chismosa de Gertrudis. La dueña de la pensión le ha contado que Mika no ha regresado a dormir varias noches, y vaya a saber qué más le ha dicho para que Nadia tenga tanto miedo: que cuidado con las malas compañías, los hombres buscan muchachas ingenuas de la provincia.

–Qué malas compañías, mamá, las mejores. Tengo amigas y amigos extraordinarios, luchadores, inteligentes, solidarios.

De Hipólito no había querido hablarle hasta ahora, para evitar que sus padres coartaran su libertad, pero, si su madre supiera la felicidad que está viviendo, no estaría tan preocupada por ella, y avanzó, con recato, tímidamente: tengo buenos amigos… y un amor, mamá, alguien maravilloso, Hipólito.

Quiso de verdad compartirlo con su madre, transmitirle su alegría, pero el miedo

de Nadia zanjó la confidencia. Frases agolpadas, una atrás de otra: que Hipólito no es nombre judío, y que después con los hijos, y que si le propuso matrimonio o sólo quería… y que si tiene trabajo.

La furia de Mika y esas palabras ofensivas que no hubiera querido pronunciar, para qué, y ya no pudieron regresar a esa zona que pudo ser clara. Apenas si logró llegar a un acuerdo de fecha: no iba a volver hasta diciembre, después de los exámenes, mientras tanto que la ayudaran, mamá, no podía tirar por la borda meses de estudio, que lo hablara con papá, él la apoyaría, él quiere que termine la carrera. Se quedaría en otro lado, más económico, propuso, eso ni hablar, aquí y cumpliendo con los horarios, de acuerdo, aceptó Mika.

–¿Y él te quiere? –le preguntó Nadia, despacito, ya a punto de subir al ómnibus, como si pudiera retomar ese hilo que su hija le había tendido horas atrás.

Demasiado tarde, a Mika le dio fastidio:

–Subí, dale, apurate, vas a perder el ómnibus.

Ahora lamenta no habérselo dicho. Se lo escribirá en una carta: Sí, me quiere mucho. Y yo a él.

Salvadora me ayudó a tomar la decisión de encarar a mis padres, era mi vida, después de todo, y si ellos me querían, lo iban a aceptar.

Salvadora Medina Onrubia de Botana. Poeta, dramaturga, anarquista, todo un personaje en la sociedad porteña. Cuando se casó con Natalio Botana, el dueño y director del diario Crítica, ya tenía un hijo que Botana reconoció e inscribió como propio. Una mujer excepcional. Y una amiga de ley, pese a las enormes diferencias que nos separaban.

La conocí por Alfonsina Storni, de quien era muy amiga. Sentí rechazo por esa pelirroja atractiva, extravagante, me costaba ver en esa mujer, vestida como lo que también era, una rica burguesa, a la anarquista indómita –como decía Alfonsina– que intercambiaba cartas y luchaba por la liberación de Simón Radowitzky, el joven anarquista, preso desde 1910 por asesinar al jefe de policía, Ramón Falcón. Un ídolo para mí. Debí verlas con mis propios ojos para creerlo. Me habían contado que Salvadora participó en las manifestaciones de la Semana

Trágica de 1919, y que llevó a su hijo pequeño para que se enterara de lo que es la lucha social.

¿Y vive en ese palacio? Es incoherente Salvadora –juzgaba yo, implacable–, tan distinto de lo que la Semana Trágica significó para Hipólito.

De una forma o de otra, seguí señalándole sus incoherencias a lo largo de los años, sin que la amistad con Salvadora se resquebrajara. Una amistad que se prolongaría en su hija, la China Botana, y en su nieto, el genial Copi, tan irreverente como su abuela, con quien tenía unas fantásticas charlas en París. Aunque cuando leí la valiente carta que en 1931 Salvadora dirigió desde la cárcel a Uriburu, ese canalla que inauguró los gobiernos de facto en Argentina, me sentí muy orgullosa de ella. Una carta bofetada, extraordinaria.

Y no fue la única vez que Salvadora me asombró con sus acciones. Cuando los alemanes entraron en París, yo ya había llegado a la Argentina, y fue Salvadora quien me puso en ese barco unos meses antes.

En aquellos años veinte tomamos la costumbre de encontrarnos en la confitería Ideal o en el café Tortoni. La casa de Salvadora era frecuentada por los más variados intelectuales, políticos y artistas, pero a mí no me gustaba ir. Demasiado rimbombante, demasiado lujo, y yo terminaba enojándome por cualquier cosa. En las confiterías, en cambio, éramos sólo dos mujeres. Mujeres bastante especiales, transgresoras, osadas, independientes. Eso nos unía tanto como otras circunstancias de nuestras vidas nos separaban.

Hablábamos de todo: de política, del amor, de las mujeres y los hombres, de historia, de pintura, de nuestras vidas. Éramos tan distintas… y teníamos tanto en común. Yo sé que he influido en algunas decisiones de Salvadora, y ella me alentó a abandonar la ayuda y la protección de mi familia, para irme a vivir con Hipólito.

Era difícil en aquellos años, sin pasar por la sinagoga, la iglesia o el registro civil. Nos casamos, me propuso Hipólito cuando le conté la situación con mi familia. Pero yo no quería.

–No se van a casar para que tu madre no se enoje –dijo Alfonsina.

–Ni mucho menos por lo que digan los otros –dijo Salvadora.

El apoyo y la experiencia de vida de estas dos amigas, mayores que yo, fue muy valioso para mí.

Me conmovía el valor de Alfonsina, criando a su hijo sola –ella también fue madre soltera– y escribiendo los más maravillosos poemas, y ocupando, contra viento y marea, el lugar que se merecía. Y su sutil sentido del humor. Nos hemos reído tanto las tres, de los políticos, de los periodistas, de los intelectuales, de nosotras mismas.

Salvadora me consiguió un trabajo con el que podía ganarme unos pesos sin dejar la facultad ni la militancia: pasaba manuscritos a máquina. Alguna obra de teatro, poemas de ella, o de algún conocido suyo escritor.

El curso de mecanografía en la Pitman lo hice en tiempo récord, y la máquina me la regaló Salvadora. Yo nunca me creí que fuera usada, me mintió para que yo la aceptara: Estos periodistas son unos caprichosos, apenas sale un nuevo modelo, quieren cambiarla.

Una noche la acompañé a la redacción de Crítica. Cuando vi todos esos escritorios y todas esas máquinas de escribir, me dije que qué importaba una menos.

En esa máquina escribí algunos textos para una sección de Insurrexit, que se llamaba «Caja de Conversión», donde cuestionábamos, denunciábamos, algunos artículos que salían en los periódicos de la época.

–¿De Crítica también? –me preguntó Salvadora, divertida, cuando le conté la idea.

–Si se da el caso, por supuesto.

Aunque no era Crítica, un diario de las clases medias, nuestro blanco de cuestionamiento, pero a Salvadora tampoco le habría afectado. No sé cómo hizo para conjugar esa vida de locos que tuvo y mantener la independencia de sus ideas, pero lo logró.

Y llegó esa tarde de otoño, en que yo puse mis libros, algo de ropa, el mate y la bombilla que me traje de Rosario, en una valija, y toqué la puerta de la pieza que alquilaba Hipólito en la calle Talcahuano. Nos abrazamos largamente. Al fin en casa.

Una casa que habría de cambiar de forma y de país varias veces, pero que desde aquella primera tarde en la calle Talcahuano fue el calor, la luz, el bienestar, la seguridad.

11

Buenos Aires, 1923

Se han reunido esa noche para hacer un balance y tomar la decisión correcta. En dos años Insurrexit ha llegado muy lejos, más de lo que ellos podían haber soñado. Excelentes intelectuales, activistas políticos, escritores como Almafuerte, Alfonsina Storni, Horacio Quiroga, Romain Rolland, Henri Barbuse y Magdalena Marx han escrito para la revista.

Cada artículo, cada sección despertó gran interés no sólo en la Argentina, también en Latinoamérica, y hasta comentarios de Francia, Estados Unidos e Inglaterra han recibido. La necesidad de una Tercera Internacional, la huelga de los obreros en Córdoba, el análisis de la política nacional y la internacional, el cuestionamiento al Partido Socialista, la literatura social y los libros sobre la guerra, la situación de la mujer bajo las leyes soviéticas, la crítica a la prensa burguesa, entremezclándose con citas de autores e incitaciones a la rebeldía y a la acción. Desde sus páginas los sindicalistas han llamado a la unidad de los trabajadores, y los estudiantes han denunciado los conflictos en los centros educativos, un signo de la anhelada unidad de obreros y estudiantes que ellos buscan.

Han podido superar varias crisis, sobre todo la de agosto de 1923, cuando se exaltaron las diferencias y no las coincidencias entre los integrantes del grupo, y la revista estuvo a punto de expirar. Pero sobrevivieron. «Si flaqueó nuestra organización jamás tembló nuestro entusiasmo», comunicaron en el editorial.

–Hemos asumido un compromiso y vamos a cumplirlo. Buscaremos nuevos recursos –sostiene Pancho Piñero.

Pero por mucho empeño que pongan, por mucho reconocimiento que tengan, lo cierto es que para hacer Insurrexit se necesita dinero, y ellos no lo tienen. Las suscripciones son insuficientes para mantenerlo, y en la venta no se puede

confiar, ellos regalan muchos ejemplares, no van a negar la revista a quien no pueda pagarla.

–Ojalá el dinero fuera el único problema –dice apesadumbrado Ángel Rosemblat–. Hay que reconocer la dura realidad: la mayoría de los jóvenes son indiferentes a la cuestión social. La universidad es una fábrica de profesionales fríos y apáticos. Los centros de estudiantes apenas se mueven para las elecciones y luego se duermen.

No, que no exagere: hace unos días se formó la federación de estudiantes comunistas, y en La Plata, los estudiantes del Liceo no asistieron a clases en repudio al asesinato de los sindicalistas italianos Sacco y Vanzetti.

Hipólito Etchebéhère es contundente:

–El tiempo que invertimos en procurar los medios para editar Insurrexit es tiempo que sustraemos a la acción. Y ya es hora... –frena de golpe, como si lo que fuera a decir requiriera un especial cuidado y no encontrara las palabras adecuadas.

–¿Hora de qué? –se impacienta Rinesi.

–¿No escribimos en nuestro editorial: «¡Viva la revolución social! ¡Viva el comunismo!»? ¿No pasamos horas leyendo a Marx, Engels, Lenin? ¿No pensamos que la Revolución Rusa debe extenderse a todas las sociedades? Pues bien, en Argentina hay un partido comunista que nos espera. Insurrexit ha cumplido su ciclo.

Algunos acordaron militar en el Partido Comunista, otros, como yo misma, no estábamos seguros. Aun cuando la Revolución Rusa era la catalizadora de nuestra rebeldía y habíamos abordado el marxismo con seriedad, me resistía a aceptar la disciplina de un partido, ¿y si no estaba de acuerdo con sus directrices?

–Lo decís, como en Insurrexit –me animaba Hipólito.

–No creo que sea lo mismo –le replicaba yo.

El tiempo habría de darme la razón, pero en la vida no se pueden saltar etapas.

Julio Barcos no quería afiliarse al PC, él iba a concentrarse en la dirección de la revista literaria vanguardista Quasimodo, hermana de Insurrexit. A Pancho Piñero las dos revistas le parecían imprescindibles, él escribía también en Prisma, que fundó Jorge Luis Borges, y en Proa. Le sobraban energía y pasión.

¡Pobre Pancho! No fue el destino ya jugado de la revista –que no volvió a salir– lo que reunió al grupo, sino la tragedia. Pancho Piñero murió en un accidente de automóvil. Tenía veintitrés años. Un terrible golpe para todos, una gran pérdida. Sus compañeros recopilamos sus escritos, poemas y prosa, y los publicamos en un libro que titulamos Cerca de los hombres.

Así, como escribía Pancho, cerca: «Hoy quiero hablarte despacio y decirte cosas profundas, quiero hablar a tu corazón». Recordé toda la vida unos versos suyos: «Cuando me arrimo a un alma, tengo siempre cuidado de su abismo». Borges, en la revista Proa, los definió como «versos altaneros, definitivos como estatuas». El primer texto que escribimos a dos manos con Hipólito fue el prólogo a la obra de Pancho Piñeiro.

A Carolina, la tía de Pancho, la emocionó mucho y nos adoptó como sus sobrinos. Fue ella quien nos prestó el dinero para irnos a la Patagonia. Pero eso fue tres años después, cuando la salud de Hipólito se agravó. Ya nos habían expulsado del partido.

En noviembre de 1923, al regreso de una obligada estadía en el campo por razones de salud, Hipólito Etchebéhère entró al Partido Comunista. El fervor con que abrazó la causa, sus apasionados discursos, fueron barriendo poco a poco las dudas de Mika. Pero ella se resistía a la idea de afiliarse. Hasta esa noche, en la provincia de Córdoba.

Hipólito viajaba con frecuencia para difundir las ideas del partido en distintos actos, Mika no siempre podía acompañarlo: la facultad, el trabajo. A Córdoba fueron juntos. Y en esa plaza, como si lo escuchara por primera vez, como si no viviera con él, cayó presa de esa radiante exaltación que Hipólito provocaba en su auditorio. ¿Cómo podía aún estar fuera de las filas del PC? Se afilió en julio de 1924.

Para recuperar el tiempo de dudas, Mika se zambulló en una actividad febril: organizó grupos de mujeres, habló en las fábricas y en la calle, en la ciudad y en los pueblos. Si lo había hecho a los quince años en Rosario, con mucha más razón con la experiencia que había ganado.

El partido tenía que afianzarse en Argentina y ellos no escatimaban esfuerzos.

Claro que también estaba la Facultad de Odontología, Mika iba a graduarse sí o sí en 1925, y las copias a máquina hasta la madrugada, y de cuando en cuando alguna charla con las amigas, y la comida sana que ella había planeado minuciosamente con el médico de Hipólito. Nunca más él debía descuidarse así, Mika no lo permitiría. Era sencillo, sólo hacía falta un calentador a kerosene en la pieza, método, y un poco de tiempo para hacer las compras y preparar la comida.

Tiempo, tiempo.

Un tiempo que las discusiones en el partido consumían sin piedad. Un tiempo necesario, porque era importante debatir las ideas, y no aceptar sin chistar la línea que imponía la Internacional Comunista, ¿no lo ven, camaradas?

Con la misma pasión con que ganaban adeptos, se enfrentaban en las reuniones del partido. Y cada día eran más los que, como Hipólito y Mika, cuestionaban ese pensamiento necio, sin salida, que sólo aceptaba órdenes. Pero más que el debate por las ideas fueron las buenas relaciones con Moscú las que pesaron en el partido, y se impuso en la dirección la línea que apoyaba la Komintern, no la de Hipólito y Mika, que había ganado un importante espacio entre los camaradas argentinos. Era el poder lo que movía a algunos, no la revolución. Poco importaron los conocimientos teóricos de Hipólito sobre el marxismo-leninismo, por los que el Comité Ejecutivo le había encargado la redacción de la carta orgánica, poco importó la excelencia de su oratoria que a tantos había acercado, poco importaron las acciones que Mika organizaba, ellos no acataban incondicionalmente las políticas de la Internacional Comunista, manifestaron su admiración por León Trotski, y fueron expulsados del partido a fines de 1925.

En 1926, junto a otros camaradas, echados o desencantados del PC, fundaron el Partido Comunista Obrero. Una maestra sindicalista, obreros gráficos y metalúrgicos, dos médicos y un arquitecto, un chofer, una odontóloga, intelectuales y sindicalistas de diversos sectores, y un mismo entusiasmo. La

revista Chispas fue el órgano de difusión del grupo.

Para nosotros lo normal era discutir las ideas, así lo habíamos hecho en Insurrexit, y así lo seguiríamos haciendo toda la vida. Cuando nos expulsaron del PCA comenzamos a atisbar lo que en años posteriores, en Europa, íbamos a sufrir en su verdadera dimensión, y sus dramáticas consecuencias.

Visto en perspectiva, tal como éramos, no podíamos haber formado parte mucho tiempo de ningún partido u organización política. El sometimiento a dogmas, la burocracia, los retorcidos recovecos del poder no eran lo nuestro.

Entonces fue el Partido Comunista Obrero, y más tarde los grupos de oposición al estalinismo. Estábamos en desacuerdo con las políticas del Partido Comunista, pero era nuestra referencia. En París íbamos a los actos del Partido Comunista, en Berlín estudiamos alemán en la escuela del partido, y nos sumábamos a esas grandiosas manifestaciones convocadas por el KPD. Nos considerábamos comunistas, éramos comunistas.

Pero en España, durante la Guerra Civil, quedó claro como nunca que quienes disentíamos con las políticas del sanguinario estalinismo éramos considerados peligrosos enemigos a quienes había que eliminar.

Pocos meses antes de la feroz represión desatada contra el POUM, sin embargo, cuando fui unos días a París a reponerme, al regreso de Sigüenza, yo ni quería hablar de lo que los camaradas del grupo de oposición Que Faire y otros que participaron de la reunión en Perigny estaban empeñados en analizar. Las noticias de los procesos de Moscú contra los que Stalin consideraba adversarios eran escalofriantes. Los camaradas veían con mucha más claridad que yo el peligro que entrañaba la intervención rusa en España, tal vez porque no estaban inmersos en el día a día de la guerra.

12

París-Madrid, noviembre de 1936

Cuando Mika emprendió el viaje a París, aún podía dudarlo, todos le aconsejaban no volver a Madrid, sus milicianos, los camaradas del POUM, más tarde sus amigos, los Rosmer, y los compañeros con los que se reunió en Perigny, pero cada día que pasó en Francia, Mika se convenció más de que lo único que deseaba era regresar a España. A combatir. Sin la guerra su vida no tenía ninguna dirección, ningún sentido. Sólo podía sentirse bien, cómoda, entre aquellas personas que estaban en la vida como ella, en servicio.

Todo había cambiado. Se asombró de su reacción cuando se reunieron en La Grange, la casa de los Rosmer en Perigny, para que Mika informara a los camaradas sobre la guerra de España. Qué consecuencias tendría, en su opinión, la ayuda soviética, quisieron saber. Y ella, impaciente: que no estaba en condiciones de hacer un análisis político, no tenía datos suficientes, ni había reflexionado en profundidad todavía, sólo podía transmitirles el día a día de la guerra, el valor de los milicianos, cualquiera que fuera la tendencia: el asombroso saber militar del Maño, el coraje de aquel marsellés cenetista para quien el anarquismo era un sacerdocio de pureza y el internacionalismo revolucionario un dogma absoluto, quería hablarles de Emma, con apenas dieciséis años, de Juan Laborda, el ferroviario, de los dinamiteros de la catedral, de Sebastián, de la Chata, de Quique y del valiente Granel.

Las palabras atropellándose, muertos y vivos, el chocolate caliente, las botas que consiguió, el tableteo de las ametralladoras, los siniestros triángulos negros cruzando el cielo, el barro, el bosque amenazante, y la alegría cuando descubrieron que eran republicanos y no rebeldes los que estaban en el descampado.

–Ve a descansar –sugirió Alfred–. Ya seguiremos más tarde.

–Déjala que hable, lo necesita –dijo Marguerite.

Y siguió y siguió, pero no pudo, o no quiso, entrar en el debate político:

–Por desgracia, con las armas vendrán los chequistas –dijo Alfred–, todo el aparato de la policía política soviética.

–No tardarán en instalar en España los métodos que emplean contra la oposición en la Unión Soviética –opinó Víctor.

–España no es Rusia –dijo Mika–, y el PC es sólo una de las organizaciones que forman parte del frente republicano.

–Las armas darán cada vez más fuerza a los estalinistas –se lamentó Tahia.

–Con la llegada de las brigadas se avecinan tiempos difíciles para el POUM – afirmó Kurt Landau.

Por esa razón, él y Katia, su mujer, querían ir a España, no para combatir, puesto que la delicada salud de Kurt se lo impedía, sino para aportar su experiencia política al POUM. ¿Podría ayudarlos Mika a organizar el viaje? Paul Thalmann y su mujer, Clara, ya se habían ido.

–¿Por qué echar a la hoguera española –reaccionó Marguerite– a militantes de cualidades excepcionales, insustituibles en nuestro grupo de oposición?

Una inmensa ausencia se cernía sobre todos. Silencio, los labios apretados y una lágrima secada a las apuradas:

–Es en España donde se juega el combate contra el fascismo, es allí donde la lucha es imprescindible –cortó Mika.

Ella se pondría en contacto con Juan Andrade para organizar el viaje de Kurt y Katia Landau a España. Probablemente deberían instalarse en Barcelona, donde está el Comité Central del POUM. Los Andrade se han mudado a Barcelona: Con tu experiencia, Kurt, podrías ayudarlos enormemente.

–Yo no tengo dudas de que el propósito en la Unión Soviética es exterminar al POUM –advirtió Louis Fischer.

–Ya hay signos indudables –apoyó René–. Me enteré por una carta de un camarada checo que ha ido a luchar a España que, en Barcelona, el nuevo cónsul soviético dejó muy en claro que la ayuda a Cataluña está condicionada a la expulsión de los supuestos trotskistas del Gobierno de la Generalitat. Andreu Nin tiene los días contados en la Consejería.

–Con mayor razón –dijo Katia–. Hay que ir a España.

–Claro que sí, es nuestro lugar –apoyó Mika.

Era difícil imaginar que se pudiera llegar tan lejos. A muchos les pasó lo mismo, a Juan Andrade y a su mujer, tu amiga María Teresa García Banús, a Widebaldo Solano, Julián Gorkin, Pedro Bonet y tantos otros. El propio Andreu Nin decía en sus discursos, después de que lo destituyeron de su cargo en la Generalitat, que se les podía eliminar del Gobierno pero que, para eliminarlos de la vida política, precisarían matar a todos los militantes del POUM. No sospechaba la tremenda violencia que habrían de sufrir unos pocos meses más tarde.

Mika no quería escuchar más, lo que sabía era que la lucha se daba en España. Con o sin brigadas, ahí estaba el valiente pueblo español enfrentándose al fascismo, y ahí quería estar ella. Irse a España entonces, lo antes posible.

Hacía sólo una semana que estabas en Francia, Mika, pero te parecía una eternidad. Tu destino te esperaba en España. Tus milicianos. Otras batallas en las que ibas a crecer más y más. Moncloa, la primera después de tu viaje relámpago a Francia, fue decisiva. Aprendiste mucho de Antonio Guerrero.

Qué alegría le dieron sus amigos del POUM con ese billete de avión Marsella-Barcelona que acortaba las distancias. Luego la carretera y, en algunas horas, Madrid.

Antonio Guerrero tenía ya varias batallas y una excelente reputación cuando llegó a Madrid. Sus milicianos lo respetaban y lo apreciaban mucho. El teniente coronel Ortega, comandante de la zona, le anunció que preparara a sus hombres, saldrían a la madrugada; el frente era arriesgado, le advirtió; probablemente se incorporaría a su columna Mika Etchebéhère, quien esa tarde regresaba a Madrid.

Guerrero ya había escuchado hablar a los compañeros del POUM de la extranjera que logró atravesar el cerco de Sigüenza. De una inteligencia y un coraje inigualables, había dicho Juan, y Quique: Tan dura y tan cálida, tan valiente.

Le sería de gran ayuda, el comandante Ortega estaba seguro, no sólo para organizar cuestiones de intendencia, para levantar la moral de los hombres.

Antonio no quería mujeres en su columna, por muy lista que fuera, una mujer es siempre una complicación, ¿no le decía el comandante que era en primera línea de fuego?, protestó, no estaba él, ni tampoco sus hombres, para cuidar señoras.

El teniente coronel Ortega se limitó a mirarlo, fijamente.

Antonio Guerrero no era un militar de carrera, acostumbrado a obedecer, sino un pastor que luchaba. Y hacía lo que le salía de los cojones, joder. Pero no le gustaba gastar palabras de más, ni tampoco pelear con un comandante de la República, ya bastante tenía con los fascistas. Todavía no era seguro que la tal Mika volviera ni que se le filtrara en su columna. Él le metería miedo, mucho miedo, para que ella se quedara en Madrid, en el cuartel, con las monjas que se pasaron de bando, o discutiendo politiquerías con los camaradas del POUM, que estaban tan encantados con ella.

Frío, restos de nieve y ese sol de mediodía madrileño iluminando sin piedad los caballos reventados que el coche del POUM debía esquivar en su camino, muebles quemados, casas ardiendo, destrozos, camilleros, heridos. Mujeres y niños pasándose piedras para construir barricadas. Madrid abierta y sangrando por los cuatro costados. Mika quería salir de inmediato a la batalla, no descansar ni un día en el cuartel, no pensar, no tener que escuchar los desalentadores comentarios de sus camaradas españoles, en la línea de lo que había escuchado en La Grange: los milicianos del POUM tienen el derecho a combatir y morir con sus propias insignias pero no se sabe por cuánto tiempo, el PC exigirá que nuestra organización sea sacrificada.

Siempre la política del PC, como un fantasma, amenazando. Llevabas años escuchando lo mismo, en Argentina, en Francia, en Alemania, ahora en España. Estabas harta. Pero no era lo mismo, era la guerra civil. No podías medir las consecuencias de lo que estaba poniéndose en marcha, mucho más graves que

cuando estabas en aquellas reuniones de militantes del Partido Comunista Obrero, preparando el número de la revista Chispas.

13

Patagonia, 1926

Había planeado hablar con Hipólito por la noche, pero la reunión del PCO se prolongó hasta cualquier hora, y cayeron como piedras en la cama. Mika apenas pudo concentrarse en esa discusión acerca de las consecuencias funestas de las actuales políticas del PC, su pensamiento volvía una y otra vez a la conversación con el médico de Hipólito.

No ha pegado un ojo en toda la noche y ya entran las primeras luces por la ventana de la pieza de la calle Talcahuano. La humedad de las paredes se ha colado a las sábanas y Mika trata de combatirla pedaleando una bicicleta imaginaria. Tanto quiere a Buenos Aires y tanto odia su humedad. A Hipólito le hace mucho mal. Mika se pega a su cuerpo dormido para darle calor. Está tan delgado. La piel transparente le desnuda el pómulo, las costillas. Sus ojos hundidos en cuevas azules. Debe convencerlo de dejar Buenos Aires. Lo antes posible. No aceptará sus argumentos: que ahora no, más adelante, el PCO está apenas asomando, y él está en la comisión directiva. ¿Es que no lo ves, mi amor, mi muchachito? Vas a morir. El médico, un camarada del PCO, fue claro, hace ya más de un mes: «Tuberculosis».

Y hoy se lo repitió a Mika, en la guardia del hospital adonde ella fue a verlo para pedirle consejo: Llevátelo lejos, Mika, está mal. Aire libre, clima seco, y descanso. Y sobre todo otras condiciones de vida. Son los días de hambre y las noches sin techo que pasó cuando tuvo que dejar la casa familiar lo que lo enfermó.

A la Patagonia lo llevará, al médico le ha parecido una excelente idea. Porque a Hipólito no lo convence una cuestión de salud, y menos de trabajo para sobrevivir, pero la acción que podrían desarrollar en el sur sí puede moverlo.

Sabe que no tiene mucho margen. Se lo planteará con crudeza: Cierto que el

partido te necesita, que la revolución te necesita, pero enfermo no podrás hacerla.

No, lo mejor será empezar por las notas. Mika no le ha dicho nada aún, pero lleva varios días en la revista La Vanguardia leyendo y tomando apuntes sobre la masacre de los obreros rurales en la Patagonia en 1922. La potente organización a la que habían llegado los peones ovejeros les dio pánico a los dueños de la tierra y desataron sobre ellos la más feroz represión. Las fuerzas de seguridad, enviadas desde Buenos Aires, asesinaron a más de 1.500 trabajadores.

Mika ha pasado a máquina las notas, y ellos podrán estudiarlas. Y ante la indignación que a Hipólito seguramente le provocarán ciertos datos, la propuesta: ir a la Patagonia a hacer una investigación sobre los hechos en los mismos lugares donde sucedieron, hablarán con sobrevivientes, familiares, testigos, con cualquiera que pueda brindarles información.

No le costará entusiasmar a Hipólito con esta labor que puede ayudar a las futuras organizaciones obreras, que han quedado diezmadas después de las crueles matanzas. Ella está segura, no es una mera excusa para arrancar a Hipólito de Buenos Aires, y obligarlo a curarse. Si eliminaron tan salvajemente a los obreros fue porque esa organización incipiente pero fuerte estaba tocando las fibras del poder. Mika e Hipólito podrán averiguar mucho más de lo que se ha dado a conocer, y abrir caminos para que la lucha continúe. Cuanto más lee, más la ilusiona el proyecto.

Y la idea de ganarse el pan con su carrera la complace. Mika ha obtenido su diploma de odontóloga a fines del año pasado, tal como se lo propuso cuando fue a estudiar a Buenos Aires.

La imagen de sus padres, cuando ella les mostró el título, se le impone y la enternece: ¡Sos doctora, Mika! Y era admiración, y genuina alegría. Lástima que su mamá siga con esas tonterías de que por qué no se casan y si él también terminó sus estudios.

Hace tiempo que Hipólito abandonó la carrera de Ingeniería, pero él estudia como nadie, mucho más que Mika y que cualquier otra persona. Aunque ella entiende lo que su madre quiere decir, por eso le sugirió que hiciera el curso de técnico de prótesis dentales, con el que se puede ganar unos buenos pesos. Como todo en lo que Hipólito pone su empeño, lo aprendió en seguida.

Podrán vivir y trabajar juntos en esas tierras de aventuras. Investigar, escribir y aprender en esa inmensidad de paisajes. Y amarse sin prisas, sin presiones, qué gloria.

Hipólito no le preguntará cómo van a llegar tan lejos, ni cómo sobrevivirán, eso no le preocupa. Pero, de todos modos, Mika se lo explicará: pondrán un consultorio en la Patagonia, al principio en algún pueblo o ciudad y, luego, cuando hayan ganado suficiente dinero y la salud de Hipólito mejore –lo dirá así, como de paso–, viajarán. Se trasladarán, con un consultorio ambulante, y harán la investigación de las huelgas en todo el territorio.

Hipólito se mueve en la cama, parpadea, va a abrir los ojos. Que acepte irse, que se cure, que se salve.

Arreglar dientes y arreglar el mundo, buen plan, bromeó Alfonsina, y ellos se rieron.

Una idea excelente, dijo el camarada Austillo, un trabajo que puede ser fundamental para las organizaciones rurales obreras, se entusiasmó Angélica Mendoza en la reunión del PCO. Ni una palabra de la enfermedad, pero entre ellos estaba Pepe Poletti, el médico, y sin duda ese ánimo sin grietas ni discusión alguna con que los camaradas recibieron el proyecto que llevaba a Hipólito y Mika a la Patagonia se debía a su consejo.

Fue importante contar con el apoyo de los amigos.

Salvadora encontró un pretexto: quería alejarse de todo durante un par de días, ¿no me acompañás a Rosario en el automóvil, Mika? Y así ella pudo despedirse de sus padres y de su hermana, quién sabe cuándo volverían a encontrarse.

También Hipólito se despidió de sus hermanos y de su madre.

Con el dinero que les prestó Carolina, la tía de Pancho Piñeiro, compraron en Buenos Aires un equipo odontológico moderno y de buena calidad. Y les quedaba suficiente como para sobrevivir un tiempo sin angustias hasta que se instalaran y pudieran trabajar en el sur. Ya me lo devolverán, muchachos, no se preocupen. Una amigaza, Carolina. Y Pepe, y Salvadora y Alfonsina y los compañeros que los ayudaron a juntar el coraje y la alegría para organizarlo todo

rápido y subirse al buque Pampa que los llevaría tan lejos.

Varios días a puro mar y cielo, ilusiones y proyectos, un obligado descanso que permitió a Hipólito ganar fuerzas para emprender la nueva etapa. Estaba muy débil y Mika no quería que sintiera ninguna presión.

Mi obsesión era que Hippo se curara. Entonces y siempre. Revivíamos cuando su tez se ponía rosada, cuando engordaba, cuando su tos se calmaba.

Es lo que sucedió en San Antonio Oeste, en la provincia de Río Negro, en aquella casita frente al mar, barrida por los vientos. Tuvimos suerte, nos la ofrecieron la misma noche que llegamos, en la taberna donde comimos, cuando les contamos que éramos dentistas. Uno de los dos médicos que vivía en el pueblo se había marchado lejos, y llegamos nosotros. El alquiler que nos pidió el dueño de la casa era razonable; donde estaba su consultorio, instalamos el nuestro y, poco a poco, nos hicimos conocer en la zona.

El trabajo, las conversaciones con los pacientes, todo el tiempo para leer, largos paseos por la playa, generosas horas de amor y de sueño. Teo, un perro enorme, producto de vaya a saber qué amores, se hizo inseparable de nosotros. La vida dulce, ancha, sin sobresaltos, Hipólito cada día mejor.

Estudiamos a fondo los apuntes que yo había tomado en Buenos Aires, pero todavía estábamos lejos de las tierras de la gran huelga de los obreros ovejeros que nos habíamos propuesto investigar.

Al cabo de un año y tres meses de trabajo (eran tierras y tiempos de fortuna fácil para un profesional) ahorramos lo suficiente como para continuar el viaje. Compramos una chata un poco destartalada, pero que aguantó más de lo que creíamos, como si se hubiera contagiado de nuestro sueño. Subimos a Teo, nuestro equipo y un entusiasmo que habría de llevarnos hasta Ushuaia.

Nuestro primer destino fue Esquel, ideal para poner el consultorio. El esplendor del lago Futa Lauquen, la magia de los bosques con árboles increíbles. Nunca naturaleza alguna me conmovió tanto como la de aquel sitio. Ya la primera vez que estuvimos ahí –porque volvimos– me costó irme. Pero nuestro objetivo era otro y seguimos camino al cabo de unos meses.

No sé si nuestros años patagónicos fueron los más felices, cada época tiene lo suyo, los primeros tiempos en París fueron maravillosos, y en el turbulento Berlín tantas emociones compartidas… Lo que sí podría afirmar es que esa serena alegría a cielo abierto, esa sensación de libertad y grandeza en consonancia con el entorno, no volvimos a tenerlas nunca. La enfermedad de Hipólito, que marcó nuestra vida, nos dejó en paz en aquellas tierras, como si se hubiera resignado a nuestra compacta felicidad. Fue más que un clima adecuado, fue el tipo de vida que llevábamos. Lejos de las presiones de la ciudad, de los grupos con sus alianzas, quiebres y discusiones, de la acción inmediata, de la angustia por tener que ganarse el pan.

Los caminos interminables, las casas raleando, cada vez menos gente. Una excitación les crecía al alejarse más y más, una grata sensación de estar metiéndose de lleno en la aventura. En cada pueblo, sacando muelas, curando caries, poniendo inyecciones, haciendo prótesis. Y conversando con la gente. Se informaban cada vez más sobre las condiciones de la vida en la Patagonia: las ovejas, la lana, la esquila, la miserable explotación del indio en los latifundios, todo el circuito comercial, los almacenes de ramos generales, las compañías de importación y exportación. La organización de los ovejeros se asentó en profundas injusticias.

Con lo que escucharon aquí y allá pudieron construir la genealogía de las familias Menéndez Behety y Braun Menéndez, los dueños de las tierras, contra quienes se llevó a cabo el movimiento obrero en Santa Cruz.

Un viaje sin prisas –descanso y trabajo entre una etapa y otra– pero sin pausa.

Cada vez más al sur. Santa Cruz: Paso Ibáñez, Río Gallegos, estaban en pleno territorio del conflicto rural, ocho años después. Tal como lo planearon, recogieron testimonios de primera mano: los escasos sobrevivientes, familiares, peones, hacendados, el muchacho del correo, la viuda del líder, el carretero, un médico. El más amplio abanico ideológico y social.

Se lo contó el mozo del Gran Hotel, en Río Gallegos: que había escuchado decir al comisario que haría una fiesta con champagne si se liquidaba a un líder obrero. Y que así fue, que al hombre lo apresaron y le pusieron el caño del revólver en la oreja y lo dejaron seco de un tiro. Yo mismo, dijo, la rabia

temblándole en la voz, serví las 21 botellas de champagne con que se emborracharon festejando.

Y el carnicero del pueblo: que la tropa había salido a la campaña y que, con los obreros, se hizo una masacre sistemática, que primero separaron alrededor de veinticinco de ellos y se les hizo cavar su propia fosa y que después los fusilaron, sin juicio de ninguna especie, al lado de las fosas y frente a la peonada, como escarmiento.

Y en Paso Ibañez, el subjefe de Aduana: que la vida social había cambiado totalmente desde que estuvieron los «pacos», como le dicen a los milicos, que salían a la madrugada, con varios soldados, iban por el barrio obrero, puerta por puerta, sacaban a los hombres y les daban una terrible paliza.

Y un comerciante: que los obreros se habían atrincherado detrás de los fardos de lana hasta que llegó la tropa y no tuvieron otro remedio que entregarse. Allí se llevó a cabo otra de las fuertes matanzas.

Estaba claro: los trabajadores rurales no habían matado, ni violado ni robado, sólo habían tomado de rehenes a los administradores. Los peones fueron asesinados por la gendarmería y los guardias blancos, a mansalva.

Acumulamos datos y más datos con la intención de escribir algún día un libro, pero las notas envejecieron sin que nosotros, siempre urgidos por la acción, pudiéramos darles forma. Me dio una gran alegría cuando leí La Patagonia Rebelde de Osvaldo Bayer, años más tarde. Hay hechos que piden ser narrados, en algún momento alguien tenía que tomar aquella gesta de los peones rurales, para transmitirla a las generaciones venideras. Y así fue. Cuánto nos hubiera gustado conversar sobre aquellas tierras bravías, pero Bayer y yo nunca nos conocimos.

Qué años maravillosos los que vivimos en el sur. Fue una enorme tentación esa existencia deliciosa, en la que cada día era una aventura. Poco a poco me iba mimetizando con la tierra infinita. Y me sentí vasta y rica, como la Patagonia. No recuerdo dónde nos enteramos de que se podía obtener un solar de diez mil metros a condición de alambrar y edificar dos habitaciones, sí que fue frente al soberbio lago Futa Lauquen, adonde regresamos después del largo viaje hasta Tierra del Fuego, cuando se adueñó de mí la idea de clavar el ancla allí.

Detenernos, organizar los datos que teníamos y escribir el libro. Protegidos por los bosques soberbios, los ojos deleitados permanentemente por esa belleza que nos rodeaba, liberados por fin de esa tos que escandió nuestras vidas. Escribir, amarse, leer.

A Hipólito también lo seducía la idea, pero qué sería de los votos que habíamos hecho en nuestra juventud. No, Mika, me dijo, debemos partir, y yo me rebelé.

Ahora ha llegado el momento de escribir ese libro, que seguramente será de gran utilidad a las organizaciones obreras. Y a la historia.

En ese punto, el del libro, están de acuerdo, pero no cuándo ni dónde deben escribirlo. Ella quiere quedarse en esa casita de piedras y chapas cerca del lago y ponerse ya a la tarea.

–El mundo no se detiene, Mikusha, mientras nosotros escribimos el libro. Suceden muchos hechos importantes y nosotros estamos muy lejos de todo.

Cuántas veces lo han discutido estos últimos días, varias, y cada vez peor, en términos más duros, como los que Hipólito ha usado esa tarde. No se están entendiendo.

Mika decide ir a caminar para salir de esa atmósfera crispada; de acuerdo, dice Hipólito y se cuelga la bufanda del cuello, pero ella corta con un seco: No, quiero salir sola.

No es tan grave, trata de convencerse Mika, sólo quiere estar sola, pensar, no es la primera vez que va a recorrer sola los bosques, y él se queda en la casa leyendo. Pero nunca así, ella le ha prohibido que la acompañe, con brusquedad, con inquina.

Se interna en el bosque, la imagen de la última mirada de Hipólito, desconcertada y herida, no la abandona. A Mika le duele haberlo tratado mal. Pero está enojada, no puede ser que la juzgue tan duramente porque ella se quiera quedar allí, que le diga que es superficial y egoísta anteponer el placer privado al interés social. Cierto que él mismo se ilusionó con la idea, por supuesto que le gustaría ponerse a escribir ese libro, y seguir viviendo como hasta ahora, pero ha leído los periódicos que le enviaron, lo ha pensado bien, y

está claro que no pueden eternizarse en la Patagonia, ni en Buenos Aires, es en Europa donde existen sólidas organizaciones obreras, con una larga trayectoria, incomparable con el carácter incipiente de la clase obrera latinoamericana; es en Alemania, donde está la lucha, ¿o no te das cuenta, Mika? La vida se nos escurre entre estos árboles magníficos.

Hipólito tiene razón, es en Europa donde se está jugando el destino de la clase obrera mundial, Mika lo sabe, pero ella quiere escribir ese libro, que sí importa y que sí sirve, ahí, frente al lago, ese lugar que siente suyo, y desde el que también pueden luchar. ¿No es cierto, Teo? Mika abraza a su perro, buscando una aprobación que no encuentra en su interior.

Se siente herida: «Vivir así, pasivamente, contemplando el horizonte», fue duro Hipólito con ella, injusto, jamás vivieron pasivamente, y lo que no está diciendo Mika, lo que ni menciona, como si la sola palabra pudiera atraerla, es la enfermedad, ella no se quiere ir de la Patagonia porque Hipólito está bien ahora. ¿Por qué no se atreve a soltarle con crudeza la verdad: que teme que él se muera? ¿Por qué tiene que dar tantas vueltas?

Tampoco esa tarde, al regresar, puede encararlo. Peor aún, cuando Hipólito le dice que esa discusión lo ha llevado a concluir que deben darse prisa en dejar la Patagonia, ella se desespera y sube la apuesta: que se vaya él, ella se queda.

Hipólito la mira largamente, no le cree y tiene razón, pero no se lo dice, sólo mantiene la mirada, desafiante. Ahora es él quien saldrá a tomar aire. Nítida, la puerta se cierra. Mika camina de un lado a otro de la habitación. Mira los papeles que Hipólito ha dejado sobre la mesa: esos esquemas de guerra de guerrillas y se estremece.

Ella quiere quedarse frente al lago –insiste, como si la sola frase bastara para ahuyentar los temores–, estar en paz, escribir ese libro. Lo hará, con o sin él.

–¿Estás segura, Mika, de que es eso lo que querés? –le pregunta esa noche Hipólito.

–Absolutamente segura.

Y se duermen sin una palabra.

Hipólito volverá a sacar la conversación una y otra y otra vez. Segura sí. Mika

está de acuerdo con él en que si la revolución se limita a Rusia y no pasa a Alemania, morirá ahogada por la burocratización, es ahora cuando la lucha se impone y los llama, pero repite: Segura. Como está segura de que él no se irá sin ella, y por eso: que no se va y no se va, y así él tampoco. ¿Qué podría hacer Hipólito sin Mika?

¿Y ella acaso podría cumplir con lo que decidió hace años sin su compañero?, se pregunta al pie de una altísima araucaria. Podría, sí, pero sería triste y lo cierto es que tarde o temprano deberán marcharse para seguir su camino. Le pesa el dolor que ha visto en Hipólito anoche y esta mañana mientras tomaban unos mates en silencio. ¿Por qué insistir en esa actitud terca que está infectando la relación?, ¿no lo estará haciendo para ganar tiempo?, ¿para prorrogar el momento de enfrentarse a una realidad hostil? No es la revolución lo que Mika teme, sino la tuberculosis.

Pero no puede, no tiene derecho a seguir reteniéndolo, cuando la historia les pide otro camino. Lo importante es que se cuide, que tomen precauciones para que la tuberculosis no vuelva. Apura el paso disfrutando la alegría que por fin le dará a Hipólito: se irán, sí, tiene razón, amor, pero más adelante, darse un tiempo, ¿sí?, unos meses de intenso trabajo para ahorrar lo suficiente como para afrontar los primeros meses sin la angustia de tener que ganarse el pan, unos meses en los que él comerá mucho y bien, ¿se lo promete?, y se llevará unos kilitos de más. Y ya corre cuando faltan unos metros, abre la puerta, amor, dónde estás, otra vez afuera, Hippo.

–Hippo –lo llama.

Por el camino hasta el lago no lo ve, deben de haberse cruzado, vuelta a la casa, la nota está sobre la mesa, ella no la había visto antes. Ha pasado don Zapata, y él ha aprovechado para que lo lleve, lo prefiere así, sin despedidas. Hipólito ha comprendido, no le tiene rencor, la ama, pero sus caminos deben separarse. Lleva el dinero justo para su pasaje a Europa, le deja los ahorros.

La palanca de cambios que se traba, que arranque, por favor, cuántos kilómetros hasta el pueblo, y más allá el camino de tierra donde está la casa de los Zapata.

–Lo siento, Mika, se ha ido, lo llevó un gringo que pasaba en un auto nuevo. Hipólito estaba apurado y el hombre parecía encantado de tener compañía.

–¿Adónde lo llevó?

–No sé hasta dónde, hasta Esquel debe de ser.

–¿Cómo es el auto?

–Negro, me parece.

Ni rastros en el hotel de Esquel, ni en el bar del Club Atlético ni en la cooperativa; no se detuvieron a comer, porque en ninguno de los tres lugares los vieron. Se maldice por no haberle preguntado a Zapata cómo era el extranjero, pensó que con la descripción del automóvil bastaba, no pensó nada, hay muchos autos nuevos y negros en Esquel. Y quizás tampoco es negro. Qué hacía ese hombre, adónde iba, por favor.

La noche ya. Ella no conduce de noche, la camioneta no tiene luces, y no sabe si le alcanza la nafta hasta el próximo pueblo, pero sigue, la camioneta tose, una burla, una tos, otra y se detiene. Basta.

No llorará sobre el volante como tiene ganas. Por la mañana podrá ponerle nafta, no debe de haberse alejado de Esquel más de cuatro o cinco kilómetros, podrá volver andando, una aguja retorciéndose en su estómago, pero no se dejará vencer por ese desasosiego, comerá, dormirá, cómo saber lo que tiene que hacer en ese estado. Mañana retomará el camino y lo encontrará. En Buenos Aires, si no.

Hipólito está en Esquel. Ha cenado y dormido en casa de amigos de John, y ha organizado su viaje. Irá con él hasta Ingeniero Jacobacci. Después ya verá cómo llegar a Buenos Aires, tendrá suerte.

Apenas han hecho unos pocos kilómetros, cuando reconoce la chata, abandonada en el camino, y le pide a John que se detenga. Se baja y mira por todos lados.

–Lo siento, amigo, pero tengo que saber qué le pasó a mi mujer. Siga su ruta, yo volveré a Esquel andando.

John no tiene apuro ninguno, lo llevará él hasta Esquel, pero ¿y si ella llega en otro vehículo y se cruzan sin verse? ¿O si ha seguido en otro coche? Haremos lo siguiente: John esperará junto a la chata, Hipólito puede ir hasta Esquel con su automóvil. Si no la encuentra, que vuelva en una hora, y seguirán juntos

buscándola.

Un auto que alguna vez fue azul se detiene. Bajan un señor canoso y Mika. Hipólito la toma del brazo. No logran decirse nada, sólo abrazarse con fuerza.

Más tarde, hablarán más tarde, cuando afloje ese nudo enorme en su garganta, y eso sólo es posible si la siente a Mika contra su cuerpo. El olor a Mika, su cuello terso, su oreja: qué dolor espantoso la vida sin vos, y eso que fue menos de un día, pero no quiere esto, amor, la aparta para mirarla fijo, no quiere ni quedarse ni que ella lo siga, ha comprendido que es otra su elección y la respeta, deben separarse, aunque les duela.

Que la abrace, así, le pide Mika, que la abrace hasta que se le pase ese horrible temblor, luego ya se organizarán, tiene un plan ella, un plan meticuloso para llegar a Alemania, porque es allí donde deben ir, está convencida, no es porque él la dejó, creeme, ya lo hablarán, pero ahora, por favor, que la abrace fuerte, hasta que ella recupere el calor, qué frío horrible estar sin él, y eso que pasó apenas un día.

Ocho meses más tarde, en agosto de 1931, Mika e Hipólito están en la cubierta del vapor Massilia, que los conducirá al puerto de Vigo.

–¿Me lo guardás? –le pide Hipólito entregándole unos papeles y un lápiz–. Ahora vuelvo.

Mika reconoce en los papeles los esquemas de guerra, y un escalofrío la sacude. Mientras él sigue estudiando táctica y estrategia militar, porque hay que estar preparado, Mika, a ella la sola idea de manejar un arma la horroriza. No podría, piensa.

14

Moncloa, noviembre de 1936

Mika toma un trapo y limpia cuidadosamente el mosquetón. Lo acaricia, como se acaricia el lomo de un gato. No se había separado de él desde que se lo regaló el sargento López, al día siguiente de la batalla de Atienza, pero tuvo que dejarlo para viajar a Francia. Se lo confió a un compañero de El combatiente rojo, que se lo guardó celosamente, y acaba de recuperarlo. Tenerlo le da seguridad.

Esa misma noche, Mika saldrá para Moncloa con la segunda columna del POUM. Antonio Guerrero es el responsable. Se han cruzado en el cuartel.

–¿Sabes adónde vas? –le preguntó el hombre, con acritud–. Es un frente de mucho riesgo, en primera línea de fuego. No es para ti.

Resulta extraña esa voz atiplada, en discordancia con su aspecto recio, algo brutal, ese rostro marcado por las intemperies, esos ojos inquisidores, esa fealdad casi bella, tan varonil.

–No te inquietes. Sé lo que hago.

–Abrígate –le respondió–. Hace mucho frío. Aunque tú tienes chaqueta de cuero y botas. Y hasta guantes de lana.

A Mika le pareció escuchar un matiz irónico, de reproche, en el comentario de Guerrero, pero decidió quedarse con esa sensación de solidez, de bondad a pesar suyo, que el extremeño emana, y supo que otro hombre ha decidido protegerla en esa guerra. Se irritó, le dio miedo. Y le gustó.

Mika no comprendió su burla, pensó Antonio Guerrero, todo lo contrario, le dijo que no se preocupara por ella, que era una miliciana más, ¡como si su intención

fuera cuidarla!

No pudo evitar que la mujer se sumara a la columna, pero sí evitará que ande mangoneando, como parece que está acostumbrada, ya la escuchó preguntarle a un cantaor si iba a ir al frente con la guitarra, le dio gusto cuando el hombre le contestó que por qué no, que va con su guitarra a todos lados, y que no es ella quien manda, tienen su jefe ellos. Mika reculó: que no era lo que pretendía, compañero, era sólo una pregunta.

Pero ahora, por el camino al frente, Antonio los ve hablar y hablar, como grandes amigos, le parece que ríen pero no quiere acercarse. La ve moverse de un lado a otro, entre los hombres, buscando conversación.

A Antonio le sorprende que Mika sea tan pequeña, por lo que escuchó de ella la imaginaba mucho más alta, grandota, como esa nórdica que conoció en Madrid, y con bigotes, un marimacho. Pero no, es pequeña, menuda. Lo que la hace parecer tan guapa –porque no lo es, decide Antonio– son esos ojos brillantes y ese rostro luminoso, ese garbo, esa forma de plantarse y de andar tan decidida que tiene. Pero basta ya. El guía les indica que han llegado al lugar donde se instalarán.

Están en la Moncloa, frente a la Cárcel Modelo. La columna que los precedió acaba de marcharse.

Debe contar las municiones, ahondar esas trincheras tan poco profundas y consolidar las cunetas. Rápido, las palas, a cavar.

Hay que abrir unos refugios-plataforma avanzados para los dinamiteros y los tiradores de granadas. Afortunadamente hay unos cuantos pastores, como él, la honda que usan para juntar las ovejas que se alejan del rebaño es formidable para tirar granadas. Un par de ametralladoras. Fusiles españoles, mexicanos y checos. Antonio muestra a los hombres cómo hay que tener el fusil para protegerlo del barro.

–¿Así? –lo sobresalta una voz de mujer en medio de las tareas de la guerra, y Antonio se molesta.

–Tú no –algo intenta decir ella que él interrumpe, con autoridad–. Tú serás el enlace con el puesto de mando –en dos segundos, la mujer ha saltado, se ha plantado frente a él, y lo escucha atentamente–. Está a trescientos metros, en una

casa de barrio. Irás con Anselmo.

–No necesito protección. Puedo ir sola, o quedarme aquí, con vosotros.

–No vas a creer que es una ventaja que te ofrezco, es más peligroso estar en la calle que aquí. Si no te atreves, no lo hagas, no estás obligada a aceptar –ella se muerde el labio, le cuesta escuchar en silencio–. Si quiero que vayas con Anselmo es por si a uno de los dos lo matan, el que salve el pellejo pasa el mensaje. ¿Entendido?

Los ojos de Mika expresan toda la furia que se está tragando.

–Entendido –murmura al fin, sin dejar de mirarlo–. Compañero, ¿qué hay de la comida? –está molesta, pero insiste–: ¿Qué comeremos?

Y Antonio, sonrisa burlona: ¿le está pidiendo un menú, como en el restorán de Francia? Pero apenas decirlo ya se arrepiente, la comida es importante, aunque casi nadie piensa en ella, ya lo vivió en el otro frente. En el cuartel escuchó a un miliciano de los que estuvieron en Sigüenza con Mika que nunca en su vida había comido mejor que en la casa del POUM.

–Latas de conserva, supongo –modera su tono–. Quizás haya una cocina de campaña, no lo sé. Puedes organizar lo que te parezca.

–En principio, te pido permiso para juntar dinero e ir a comprar bebidas: coñac, aguardiente, vino. Si estamos en primera línea de fuego, será mejor estar bien provistos. El alcohol adormece el miedo.

De acuerdo, le dijo Guerrero, y ordenó a dos hombres que la acompañaran. La colecta dio sus frutos. Compraron brandy del bueno y vino. Las especias, que Mika se detuvo a oler, y esa enorme cantidad de chocolate suizo se los regaló el almacenero cuando supo que era para los republicanos, qué fortuna.

A Mika le costó encarar la conversación sobre la comida con Antonio Guerrero, ese complejo de madre a contrapelo, esa manía de alimentar a todos que la poseía… Hubiera preferido seguir con lo de los fusiles, pero ahora está contenta de haberlo hecho. Ese muro que el jefe construyó desde el primer momento entre los dos, esa inquina absurda, parece haberse resquebrajado.

Lo importante no son los problemas que le plantea a Guerrero tener en su columna a una persona que le resulta tan odiosa como ella (si es por sí misma o simplemente por su condición de mujer es irrelevante), tampoco importan los problemas que a ella le plantea la actitud de ese hombre, sino que los dos encuentren la mejor manera de servir a la revolución.

Mika está segura de que Guerrero quiere tanto como ella ganar esta guerra, resistir en esta posición clave en la que se encuentran, no en vano han sido convocados a ocuparla por su reputación de combatientes aguerridos. Se lo dirá a Antonio Guerrero, cuando sea posible.

Por el momento, se da por conforme con haber recibido de su parte libertad de acción. Y ya está en la cocina de campaña, con Bernardo, organizando la comida caliente que recibirán los milicianos una vez al día, y el café, y hasta la carretilla con que trasladarán las ollas a la trinchera.

–Puedes quedarte tranquila –le dice el simpático Bernardo–, no soy guapo ni valiente, pero mi madre me ha enseñado a guisar de maravilla, y con lo que haya. Ya verás lo que haré con esas especias que me has traído.

Mika no conoce a Bernardo pero sabe que se van a entender muy bien. Y a los otros, esos hombres huraños que la miran con reticencia, ya los irá ganando, se anima. Al principio también fue difícil con los últimos que llegaron a la casa del POUM en Sigüenza, y sin embargo con cuánta alegría la recibieron cuando regresó a Madrid. Mika sólo conoce a unos veinte milicianos de los 170 que forman la columna, los otros vienen con Guerrero. Son de Castura, Llerena y Badajoz.

Un nutrido tiroteo se desata cuando faltan unos cincuenta metros para llegar. Mika se tira al suelo y repta hasta que puede zambullirse en la trinchera. Carga el fusil y dispara.

El primer día no les dieron tregua. Como si supieran que habían renovado sus fuerzas, los fascistas los recibieron con un alarde de poderío. Ellos les respondieron con bombas caseras y granadas, dos ametralladoras, fusiles y el poderoso cañón, el único que tenían.

–No puedo creer que sea nuestro –le dijo Mika, y se rió fuerte–, me asusta como

si fuera de ellos.

Antonio Guerrero debe reconocer la eficiencia de la mujer, y que no le ha causado los problemas que él temía. Incluso lo ha ayudado en estos días. Aunque cuando la vio en la trinchera, con el fusil, no pudo evitar enfadarse: ¿no se iba a ocupar de la comida?

–Ya está todo organizado, compañero.

Efectivamente, comida sabrosa y caliente, café, y hasta brandy, levantando el ánimo de los milicianos después de los duros enfrentamientos.

Pero Antonio no pudo dejar de mirar dónde estaba Mika en cada ataque, como si tuviera que cuidarla, maldición, normal porque es mujer, lo haría con mi madre, con mi hermana –así se lo dice al comandante Ortega, entre otras informaciones que le pasa del frente–. Alguien debe convencerla de que se quede en la cocina.

Le disgusta la sonrisa irónica del comandante: que no se preocupe, Guerrero, Mika Etchebéhère no es su madre, ni su hermana, y puede confiar, apoyarse en ella, quizás –sugiere Ortega, una pausa y baja la voz, como si de un secreto se tratara– olvidarse de que es mujer.

Suficiente. Antonio Guerrero pasa a otras cuestiones de mayor importancia: como rechazaron el ataque de los fascistas ayer, lástima que tengan pocas granadas, ¿llegarán más fusiles?, muchos se han encasquillado, y una de las dos ametralladoras se ha trabado.

Lo que no le dice Antonio Guerrero a Ortega es que por la noche, cuando el fuego se detuvo y él ordenó ir a dormir a los hombres, se le encogió el corazón cuando vio a Mika perdida, indefensa, buscando con el pie y la mirada un lugar donde tenderse.

–Sígueme –le ordenó Antonio.

Pala en mano, caminó por la trinchera de evacuación, hasta encontrar un sitio adecuado. Cuatro paladas, fuera el barro y un ancho canalón.

–Aquí está tu casa, ahora acuéstate y duerme.

Se la veía contenta: Muchas gracias, Antonio.

La sonrisa que le dedicó le produjo un extraño efecto: un gran salto por dentro, caliente y fuerte como un trago de buen aguardiente, que lo acompañó un largo rato mientras escuchaba al enemigo.

Porque si bien Antonio Guerrero confía en sus escuchas, son hombres seguros, pastores como él, acostumbrados a oír muy lejos, también debe escuchar él mismo. Asegurarse, estar en todos los detalles. Una manera de compensar el saber militar que Antonio Guerrero no ha adquirido en ninguna academia.

Mika nunca vivió en una trinchera, emparedada de barro. Fue extraña al principio esa sensación de humedad pegajosa, cobijo durante los ataques, olores nauseabundos en las horas de tregua. Cuatro días, ¿o cuatro años?, y ya se está acostumbrando. Si la tierra podrida y las emanaciones de los hombres mal lavados, como ella misma, la asquean, trata de recuperar la sensación de la primera noche, cuando Antonio Guerrero, con esa sonrisa que no llegó a sus labios pero que ella pudo intuir, le cavó con la pala lo que llamó su casa.

Su casa, la sola palabra le dio la tibieza para recibir el sueño que tanta falta le hacía.

Mika no tiene otra casa que ésa, la que le da la guerra, piensa en su zanja dormitorio. Tampoco quiere una casa, ¿cómo vivir en una casa sin él?

El sonido estremecedor del enemigo la arranca del abismo de dolor en el que ha estado a punto de caer. Un gigantesco fuego artificial riega la tierra, estalla en el aire y enciende las posiciones de los fascistas y las de ellos.

Pegada fuertemente a la tierra, incrustada, inmóvil, Mika se dice que, aunque no comprende por qué, ella evidentemente quiere vivir. Si no, no intentaría protegerse.

Anoche le afirmó lo contrario a Antonio Guerrero: la vida no le interesa, su propia vida no le importa, la revolución sí. Está mal que sienta así, opinó él, si tuviera hijos no diría lo mismo. Y luego le hizo esa pregunta extraña, en voz casi inaudible: ¿es… yerma?

Mika le explicó que ella y su marido habían decidido, de común acuerdo, no tener hijos para no coartar la libertad de servir a la revolución donde fuera

necesario. Y él, ¿tenía hijos?, le preguntó aprovechando esa atmósfera de confidencia que daba una tregua a esa cuerda siempre tensa entre ellos.

Antonio Guerrero no puede evitar esas actitudes bruscas, aunque se nota que está haciendo un esfuerzo por mejorar su trato con ella, resignándose quizás a su presencia que quién sabe por qué lo irrita tanto, lo cierto es que ya no la reprende como a una niña molesta, ni le responde con un monosílabo y huye, como los primeros días, hasta se aviene a una conversación, como la que mantuvieron anoche.

–No, aún no. No me he casado.

Molesto con Mika, o con él mismo por haber hablado, con una mueca de disgusto, se levantó de un respingo: Basta de cháchara, estamos en guerra.

El enemigo, acompañándolo, lanzó una ráfaga de ametralladora.

El fuego cesó, pero vino otro más tarde, y más al día siguiente: nueve muertos y dieciocho heridos.

Qué dolor las muertes, pero las bajas no son tantas si se tiene en cuenta que se enfrentan a un ejército profesional, mucho mejor armado, capitán Guerrero, puede estar orgulloso del desempeño de sus milicianos, le dijo el teniente coronel Ortega por la mañana.

Sin embargo, esa tarde, Antonio está cansado, de mal humor, la aparente calma que se ha producido con el enemigo que no ataca lo pone de los nervios. Y no puede detener las imágenes que se le imponen una y otra vez, Mika dormida en el zanjón, Mika sonriendo: Hemos corrido a los fachas hoy, Antonio, eres un comandante fenomenal, sus ojos abiertos escuchando lo que él le contó de su pueblo.

Antonio las aparta, como a moscas de verano, pero vuelve la de ayer por la tarde en la cocina, frente al fuego. Mika se quitó el chaquetón de cuero, y luego el otro de lana gruesa, llevaba apenas un jersey fino, y Antonio pudo adivinarla sin él. Como si le leyera el pensamiento, ella le sonrió con una dulzura nueva, tenía los cachetes encendidos, y un vendaval arreció su cuerpo, ese deseo urgente de Mika lo apartó a grandes trancos de la cocina. La evitaría, no podía permitírselo,

decidió, ni ella tampoco accedería… aunque esa luz en sus ojos…, piensa ahora mientras camina. No, está imaginando cosas.

Vuelve el recuerdo de esa conversación entre los hombres que escuchó el primer día. Un miliciano que venía de Badajoz, con Antonio, le preguntó al que estuvo en Sigüenza con Mika: ¿Y han dormido en el mismo suelo con ella, todos juntos?

–Sí, y hasta en el mismo jergón en alguna oportunidad en que tuvimos que amontonarnos.

–¿Y nadie ha querido…? Ya sabes

–¿Qué insinúas?

–Si nadie se la ha tirado.

–Pero qué dices, cabrón, cómo te atreves.

–Es una hembra, hermano, ¿o no es mujer Mika?

–No… vale, sí, es mujer, pero como tu madre, tu hermana, como las mías, pura, casta, cómo se te puede ocurrir… Mika no es una mujer como las otras.

El hombre se alzó de hombros y no insistió.

Aparentemente todos los milicianos que estuvieron con ella –y ya está pasando con los que están ahora en Moncloa– la ven así, como si no fuera ni hombre ni mujer, la tienen encima de un pedestal; para Antonio, sin embargo, nada de madre, ni hermana, Mika es una mujer cabal. Reconoce que es especial, que a veces puede conversar con ella como con un hombre, que a él lo tranquiliza consultar algunas decisiones con Mika, que escucha su consejo, pero eso no impide que por momentos su cuerpo todo le duela de tanto desearla. Y eso lo perturba. En medio de una situación harto difícil.

Antonio Guerrero camina de un lado a otro, controlándolo todo. Estas larguísimas horas de tregua le dan mala espina, seguro que los fascistas preparan un ataque fuerte para mañana, o quizás para hoy mismo. Curiosamente el hábil manejo de sus hombres que Antonio tiene durante el combate se resquebraja en las horas baldías. El que no se va a comprar tabaco, pide permiso para visitar a

unos tíos enfermos, o llega al colmo de desaparecer sin decir palabra, como Juan Luis, que acaba de llegar:

–¿Dónde estabas? –le pregunta, iracundo.

–No dije nada porque regresaba en seguida, pero se me ha ido el tiempo en el barrio… conversando con una chavala.

–Pero ¿dónde creéis que estáis? –chilló Antonio–. ¿En una fiesta de domingo en vuestros pueblos?

¡Ay, Maricruz, Maricruz!

Maravilla de mujé.

–Se escucha a unos metros la copla, ilustrando las palabras de Antonio.

–Lo siento –se disculpa Juan Luis–. No volverá a suceder.

¡Ay, Maricruz, Maricruz!

Maravilla de mujé.

–Siguen cantando, no puede Antonio pedirles que se callen.

y por jurarte yo eso

me diste en la boca un beso

que aún me quema, Maricruz.

Tiene que calmarse, no perder la compostura ante sus hombres:

¡Ay, Maricruz, Maricruz!

Alguien le toca la espalda: ¿Tienes un minuto, Antonio? Quiero conversar contigo. Es Mika, ¡lo que le faltaba!

Caminan hasta un pequeño bosque, a la izquierda de las trincheras. Ella le pregunta qué tal el catarro, si piensa que atacarán hoy, si le ha gustado el guiso, es evidente que está dando rodeos, es de otra cosa de lo que quiere hablarle. ¿Se sientan ahí?, lo invita señalando un tronco apoyado contra el suelo.

–Antonio –Mika lo nombra y hace un silencio, baja la mirada.

¿Será posible que ella también…? Una ola crece en el cuerpo de Antonio, la mano se levanta levemente, va en su búsqueda pero se inmoviliza, se retrae y vuelve a su lugar cuando Mika empieza a hablar.

–Los milicianos están muy tensos. Debes permitirles salir, por turnos, en grupos de cinco o seis, unas dos o tres horas. Podrán conquistar una muchacha o ir a un burdel, si el cuerpo se lo pide.

Si el cuerpo se lo pide ha dicho… se lo está sugiriendo ella misma. Los ojos de Antonio la escrutan y sí… ese brillo es deseo, pero ¿y si se equivoca? ¿Y si ella lo toma a mal? Su mirada la recorre de pies a cabeza, para volver a detenerse en sus ojos que no esquivan los suyos. La mano de Antonio se levanta, su cuerpo se acerca a Mika.

Detrás de esas ropas abultadas, de esa suciedad, de ese dolor anestesiado con el día a día de la guerra, hay, después de todo, una mujer, piensa Mika. Una mujer que puede ceder. Una mujer que, por un instante, sorpresivamente, deseó a ese hombre.

Mika apartó la mano de Antonio de su cuerpo, sin sobresalto, como si nada hubiera ocurrido, y se puso de pie. Mirando a lo lejos, dijo:

–Ah, que no se me olvide, Antonio, hay que apuntalar la trinchera, te enseñaré dónde se está desmoronando.

Y se alejó caminando, sin una palabra, él no la siguió.

Ahora se explica mejor las reacciones de Antonio Guerrero. La rechazaba, la quería fuera de su columna porque desde el primer momento la vio como una mujer. Pero por qué no preguntarse antes por ella misma, se acusa sin piedad. ¿Qué descubrió Antonio en Mika para permitirse mirarla de ese modo, para acercar esa mano que, si ella no hubiera detenido…? Algo en su cuerpo se agita, algo pide neciamente ese cuerpo de hombre. Y lo rechaza.

La tensión de los ataques. El dolor. Se alegra de estar caminando sola, de que nadie la vea y se dé cuenta.

Mika convive con hombres sin pensar en la relación que la une a ellos. Cuando le dijeron que los milicianos tenían celos de los compañeros de la estación, hizo alguna reflexión que había quedado, como todo, en el olvido. ¿Quiénes son esos hombres para ella? ¿Hijos, hermanos, compañeros? Extraños difíciles de comprender, huraños, duros, débiles, valientes, testarudos, tiernos, torpes, odiosos, queribles. Lo que sí sabe es que, en todo ese tiempo, desde que él no está, nunca le pasó lo que hoy con Antonio Guerrero: ese alborotarse del cuerpo, esa débil fortaleza de los sentidos imponiéndose.

Ninguna mirada la descubrió mujer. ¿Quién es Mika para sus milicianos? Una mujer, pura y dura, austera y casta, a quien se le perdona su sexo en la medida que no se sirva de él. Tampoco Mika, hasta esa tarde, sintió que debía reprimir nada. Ésa es la diferencia: ella, no Antonio Guerrero. Lo que ese hombre ha logrado despertar en Mika, aunque sea por un instante, es peligroso y debe estar muy atenta.

La reacción de Antonio –concluye– es un simple deseo de hombre, primario, sin más, como el que le despertaría cualquier hembra que se prestase a sus deseos.

Pero te equivocabas, Mika, era mucho más profundo, como quedó claro aquel día terrible, el más duro de la batalla de Moncloa, cuando la bomba te sepultó. Lloró, frente a todos sus milicianos, Antonio Guerrero se arrodilló en el suelo

cuando te sacaron y lloró. No alcanzo a imaginar lo que para un hombre como él, austero, un pastor de una tierra dura, puede significar llorar frente a los demás. Pero lo veo más tarde, en la camilla, orgulloso de haber podido mostrar sus sentimientos.

15

Moncloa, noviembre de 1936

Anoche Antonio se lo dijo a Mika: estaba muy preocupado, escuchaba un sonido por la derecha, frente a ellos, un sonido distinto, como si los fascistas emplazaran algo, de seguro cañones, ese día se decidiría la batalla. Pero la nota que le envió Ortega esa madrugada, de su puño y letra, no dejaba dudas: «El enemigo intentará abrir una brecha hoy, 25 de noviembre». Fue Mika quien se la llevó.

–Tenías razón, pero tú encontrarás la manera de detenerlos.

–Tú ya no serás enlace –le ordenó Antonio–. Te quedas en la trinchera. Irá Gabriel.

Morterazos a mansalva y ráfagas de ametralladora, el enemigo se ensaña. Antonio de aquí para allá, dando órdenes, que los dinamiteros levanten una barrera de bombas, que el cañón, los demás cuerpo a tierra, una mirada que no puede evitar se le escapa a ese preciso lugar de la trinchera donde está Mika. Un atroz sonido lo sacude, lo que temía: una tanda de obuses de mortero ha dado en la trinchera.

Llevaban más de tres horas de tiroteo cuando sucedió. Un inmenso estruendo y tierra, tierra, y más tierra.

Toneladas de tierra. Por todos lados, en la cabeza, en los pies, a los costados. Tierra por arriba, por abajo, alrededor. Abre la boca y tierra, intenta mover las piernas y tierra, los brazos y tierra. Morirá así, sepultada, a oscuras, sucia.

Mika aún puede pensar, su cerebro sigue funcionando, pero cuánto más. ¿Cuánto

tiempo resiste un ser humano bajo la tierra? ¿Cuánto un pez fuera del agua? Todas preguntas sin respuesta, se dice, está mareada, muy mareada, hundiéndose.

El resplandor lo ciega. Los ojos de Antonio se abren paso en el humo y buscan a Mika. Un obús de gran calibre ha estallado y todo es confusión. Un enorme agujero, tierra amontonada, cuerpos aquí y allá. La pala. Vosotros, a cavar aquí, y vosotros por allí, rápido. La desesperación lo gana, debe estar en alguna parte, tiene que encontrarla.

–Mirad, es un tacón, el de Mika –grita Anselmo, y Antonio corre al sitio que señala.

–Cuidado –grita–, no tan fuerte, podéis hacerle daño. Soltad las palas, cavad con las manos, rápido. Despejad del lado de la cabeza.

Las manos nerviosas de Antonio tirando a un lado la tierra odiosa, la cara de Mika, sí, su bella cara cubierta de barro, le pone la mano en la nuca y la sostiene, el pañuelo que le extiende Anselmo, el barro que se despega de los ojos, de las mejillas, ella fría, muy fría, sangre en su nariz, rápido, los labios en sus labios, lo aprendió en el cursillo de primeros auxilios, se separa de Mika para aspirar aire, y ella tose, abre la boca, respira a grandes bocanadas, vive. Mika vive. Y él entonces la deja, no quiere que descubra la inmensa emoción que lo sacude. Los hombres a su alrededor ríen, festejan: Te has salvado, mujer, qué suerte.

A pocos metros, Antonio Guerrero, arrodillado sobre la tierra, la cabeza baja, llora. De alegría. Pero no dice ni palabra.

A Mika se lo contó el Chuni, que estaba conmovido con el comportamiento del jefe: Si no fuera porque él reaccionó a tiempo, estás muerta.

Antonio ya se había ido con los dinamiteros cuando ella lo buscó para agradecérselo. El zumbido en los oídos era fuerte, tenía náuseas y aún estaba mareada, pero no quiso tenderse en la camilla, que la guardaran para los heridos, ya se sentía bien, de veras. Se enderezó, estiró los brazos y las piernas y hasta hizo una pirueta graciosa para tranquilizarlos.

La vida después de la bomba era un regalo, ganas de reír, de correr, de dar

vueltas, de respirar, de compartir con sus compañeros esa alegría desquiciada en medio del tableteo de las ametralladoras.

–Si no quieres ir al hospital, vete a la cocina con Bernardo –le pidió Pedro–. Adiós, guapa, los fascistas me esperan –y se alejó corriendo.

Mika le hizo caso. Le vendría bien descansar un poco, mojarse la cara.

–¿Quieres café? –le preguntó Bernardo.

–No, coñac.

Pero no podía quedarse allí sentada, mientras ellos en las trincheras. Se puso de pie y recorrió la cocina. Había olvidado aquel chocolate que les habían regalado la primera noche en Moncloa. Era exactamente eso lo que necesitaba: una misión. Nada mejor para aliviar los síntomas del ahogo. Y la perfecta excusa para acercarse a los milicianos, para alentarlos.

–Ayúdame a cortarlo en trozos –le pidió a Bernardo.

Los metieron en una gran bolsa, que colgó de su hombro, junto a la correa que sujetaba el mosquetón.

Bajo su máscara de polvo y humo, los hombres sonreían, más que por el chocolate, por la alegría de que estuvieras viva, Mika.

Te sorprendió la ternura con que te recibieron, aun los que menos conocías, todos parecían estar al tanto de lo que te había sucedido, y felices de que te hubieras salvado: Vaya suerte, qué alegría me da verte, qué coraje tienes, mujer, seguir en pie después de la que pasaste.

¿Fue entonces? ¿Fue la seguridad que te dio el cariño de tus milicianos lo que te permitió asumir tu lugar de mando? Porque fue en esa misma batalla.

Bien. Los dinamiteros apuntan eficaces a los morteros que los fascistas tratan de acercar a su posición. A Antonio no le asombra descubrir a Mika en la trinchera. Nada ni nadie detiene a esta mujer. Poco antes lo sorprendió en el parapeto con un trozo de chocolate.

–Gracias –le dijo, perturbado.

–Gracias a ti, Antonio, por la vida.

¿Qué ve antes Antonio?, ¿su sonrisa franca o el resplandor de una bomba?

–¡A tierra! –ordena a gritos mientras coge a Mika de la mano y la empuja hacia abajo–. Pégate a la cuneta –y fuerte, alto–: No moverse, no disparar. Sólo los dinamiteros.

Antonio Guerrero se desliza al lado de Mika en la trinchera. Las ametralladoras aúllan, a ráfagas constantes.

–Ya sé que no tienes miedo, pero igual, aquí estoy, a tu lado. Y te cuidaré.

No llega a escuchar la frase de Mika porque un casco de metralla le destroza la espalda. ¿Lo han matado?, ¿ahora? No, solo herido.

Una camilla, dice su voz, vas a estar bien, Antonio, y sus manos lo sostienen de los brazos mientras lo acuestan, como ayudándolo a irse. Un enorme agujero tibio dentro de él, quiere decirle que lamenta dejarla en este jaleo, pero no puede, algo le tira horriblemente en el pecho.

–Ya nos ocuparemos de echarlos –le susurra Mika adivinando. Y estampa en su mejilla un beso breve que le sabe a gloria.

Lo llevan. Antonio tiene los ojos abiertos y puede ver el cielo incendiarse otra vez. Está seguro de que resistirán. Y de que estuvo bien mostrar sus sentimientos.

Mika recibió un papel con un mensaje del mando: «Resistid hasta el final, salud y coraje».

Era algo tácito, nadie te había nombrado la segunda de Antonio Guerrero, nadie había dicho que lo reemplazarías, pero los milicianos esperaban tus órdenes. Y las diste. «En la guerra alguien tiene que mandar, y yo lo hice», le dijiste a Esther Ferrer, cuarenta años más tarde.

Tenías miedo, pese a esa temeridad que tanto impresionaba a los otros, el miedo nunca te abandonó. Pero hiciste frente a la situación. ¿Fue entonces, Mika? Cuando a gatas por las trincheras dabas coraje a los milicianos, verificabas las municiones, hablabas con los escuchas, pedías prudencia pero les llevabas aguardiente a los dinamiteros con una idea fija: había que resistir a toda costa. ¿Fueron esas horas las que te hicieron capitana?

Cinco tanques contra fusiles anticuados, bombas artesanales encendidas con un cigarro y un solo cañón. Llevaban cuatro horas más de durísimo y desigual combate cuando aparecieron los siniestros triángulos negros en el cielo.

–Todos al suelo, quietos –gritó Mika, justo antes de que estallaran las bombas–. Antonio Guerrero dijo que es muy difícil que una bomba caiga en la trinchera.

Sin embargo, no fue en la trinchera donde Mika se refugió, sino entre los árboles. Tendida en el suelo, oliendo a raíces y a resina, se puso a salvo de las primeras bombas. Si la mataban allí, al menos moriría al aire libre, pensó aún presa del horror de la tierra estrangulándola por todos lados. Apenas cuatro o cinco horas antes, parecía haber pasado una vida desde entonces. Estaba tan cansada. Mika se durmió profundamente.

Si fue cansancio o evasión poco importa, lograste sobrevivir, y tomar conciencia de que aquella situación no podía prolongarse. Siete horas de combate sin tregua era demasiado.

–Necesitamos relevo ya –le dijo al teniente coronel Ortega.

–Por supuesto, ya están llegando. Felicite de mi parte a esos bravos combatientes.

Varios milicianos tenían lágrimas en sus ojos cuando tocaron La Internacional. El honor de combatientes, sus heridos, sus muertos.

¿Fue entonces, Mika? ¿Cuando La Internacional sonó para homenajear a tu columna? ¿Cuando el comandante Ortega te dio la mano y te felicitó calurosamente delante de tus milicianos por tu heroica labor?

–El mérito es de Antonio Guerrero –dijo en voz alta, y ellos vivaron–. Y de estos valientes militantes del POUM.

En ese momento, o poco antes, en el hospital de Madrid, Antonio Guerrero murió.

Segunda parte

16

París, 1931

Lo leyó en algún cuento: a los príncipes los reciben con alfombras rojas. Hippo y Mika no son príncipes ni quieren serlo, pero ahora, mientras caminan sobre este bellísimo tapiz de hojas rojizas y verdes que París ha tendido sobre sus calles y sus muelles para recibirlos, Mika no puede menos que sentirse halagada. París los acoge en toda su belleza, y los invita a disfrutarla.

–Bienvenue, ma belle –juega Hippolyte–. Seremos muy felices juntos. Como si él mismo fuera París, la estrecha fuertemente entre sus brazos.

Conocí París, envuelta en los colores mágicos del otoño, la fascinación que me produjo esa ciudad no habría de extinguirse nunca. París fue mi elección, mi refugio.

Nosotros veníamos de España, con la desilusión de ver cómo la República burguesa reprimía por las calles a quienes exigían que se cumplieran las promesas republicanas. Pasamos todo el verano de 1931 en Madrid. Cuánto nos conmovió el pueblo español. Nos calentamos el corazón al fuego de aquellas manifestaciones tumultuosas que reclamaban la separación de la Iglesia y el Estado, y comprobamos que la Guardia Civil de la República ya sabía dar palos como cualquier policía veterana.

En octubre, viajamos a Francia. El proyecto era consagrarnos durante un tiempo exclusivamente a nuestra formación cultural e ideológica. Un lujo que nos podíamos permitir con lo que habíamos ahorrado en la Patagonia y que habríamos de aprovechar al máximo. Después iríamos a Alemania, donde la lucha parecía más probable, pero antes queríamos prepararnos lo mejor posible y contactarnos con organizaciones políticas y sindicales.

Francia nos dio mucho más de lo que nosotros podíamos imaginar. Allí estudiamos como nos habíamos propuesto, conocimos a quienes buscaban lo mismo que nosotros, nuestros grandes amigos, los Rosmer, René Lefeuvre y tantos otros, dimos largos y maravillosos paseos, maduramos en varios sentidos. Y vivimos intensamente.

Todo le fascina en París. Colores, sonidos, formas y sabores. La gente. Techos y patios, cielos rosados, azules, plateados, violetas, rojos y negros, las discusiones, esas callecitas de ensueño del Quartier Latin, los teatros, el mercado, la pronunciación de la erre y las nasales, los Jardines de Luxemburgo, los libros, los cuadros y las esculturas, pensadores y artistas de todos los rincones del mundo, los quesos, los cafés, los castaños, el Louvre y tantos museos, el Sena con la magia de sus péniches, sus puentes, sus muelles, y los excitantes bouquinistes, esos puestos de libros viejos, donde pasan horas curioseando.

«París está hecha para vagabundear, para gozar, para aprender. Para amar», escribe Mika en un cuaderno que ha forrado con papel araña color azul.

Cuaderno azul, así lo llamo, aunque no quedan más que la palabra azul, mis notas, y algunas fotocopias desleídas. El cuaderno que escribiste entre 1931 y 1933 lo perdí hace muchos años, cuando se lo devolví, junto con los otros documentos, a Guy Prévan, a quien se los confiaste.

No me desalienta la trama deshebrada y plagada de agujeros de tus escritos. Entre crónicas de lo que viven, comentarios de libros, descripciones de monumentos y paisajes, listas de tareas y recortes de periódicos, me iluminan esos rincones de luz, donde das cuenta de París con la minuciosidad de los pintores flamencos que tanto te conmovían. Me instalo cómodamente sobre los almohadones mullidos de tus palabras y disfruto de la vista que me regala la ventana de la buhardilla de la Rue des Feuillantines, donde te instalaste con Hippo: los magníficos castaños del Val-de-Grâce, el mazo de techos de zinc, muy brillantes, plateados, las parejas paseando por el Boulevard de Port-Royal, la cúpula clara del Observatorio, y ese ancho cielo de París apoyado en tres esbeltas chimeneas. Desde sus renglones me llegan, nítidos, el canto de aquel jilguero enamorado, el cuchicheo de los mirlos que han acampado como una

banda de gitanos, el arrullo de las palomas, el griterío con que acatan sus pleitos los gorriones. Y hasta puedo escucharlos a ustedes rugiéndose amor al compás de los gatos de la terraza vecina.

Me deslumbra la vida que llevaban, esa vida depurada, rica, libre y comprometida, única, ética y bella, la vida de las ideas, de las emociones, de la pasión compartida por un mundo mejor. Los veo tan felices en el cuaderno azul…

Para formarse, esta ciudad es un paraíso. Museos, bibliotecas, la universidad, cursos y conferencias, debates.

Apenas deshechas las maletas en la luminosa buhardilla del Quartier Latin, y ya Mika en La Sorbonne. Monsieur Schneider, un orador de la clásica escuela francesa de arte, le descubre todo sobre el nacimiento del paisajismo. Un público muy heterogéneo llena la enorme sala del anfiteatro Richelieu: alemanes, ingleses, yanquis, sudamericanos.

Buscar a Henri Barbuse (con quien habían intercambiado un par de cartas en la época de Insurrexit) los conduce al grupo Amis du Monde, que apoya su revista. Y con ellos se abren nuevos caminos: cursos sobre marxismo y economía, escuchas atentas, debates sobre la obra de Lenin, el imperialismo, o la concepción de la economía soviética en Rosa Luxemburgo.

Apasionante el debate entre un economista y un filósofo, no tanto por las teorías y controversias de los oradores, sino por esos bravos muchachos del público, que ponen verdes a ambos. Es notable con cuánta pasión y con cuánta altura se discute, cómo los adversarios se escuchan. Hippolyte Etchebéhère (ha vuelto a usar el nombre con que lo llamaba su familia) los asombra con su lúcida intervención hasta tal punto que las preguntas luego se dirigen a él. Extraordinaria la claridad con que responde.

Y qué francés el suyo, impecable, Je suis fière de toi, le dice Mika más tarde en casa, a ella no le extraña que el economista Lucien Laureat le haya pedido que colabore con él en la corrección de la edición de El Capital. Es brillante su muchacho.

Hippo estudia con rigurosidad, como siempre, pero está distinto en París. Los

dos han cambiado, ¿será porque hablan en otra lengua? Es raro después de once años de hablarse, de amarse, en un idioma, pasar a otro. Como darse permiso para ser otros, para conocerse de una manera distinta, para renovarse.

Él le enseñó francés en la Patagonia, le sería útil para leer y cuando viajaran, pero desde que llegaron a París le habla en francés todo el tiempo: es necesario que Mika domine cuanto antes la lengua. Una frase nomás en castellano, pide ella, y él que nada, ni una, y esa sonrisa pícara, nueva: Si no me lo dices en francés, no te lo doy, ligero, provocador, disfrutando del juego que ha inventado, y Mika también. No es del todo cierto si lo dice en francés, una travesura señalarlo, tocarlo y repetir esa palabra que, qué curioso, nunca la dijo en castellano. ¿Por qué habría de necesitarla en francés? Es esta nueva situación amorosa la que lo necesita, una apuesta distinta.

–Je suis tombée amoureuse de toi. ¿Caí enamorada de vos? –traduce literalmente, juega–. Estoy loca por vos.

–Qué suerte –festeja Hippo riéndose–. Ya era hora, después de once años.

Qué bueno crecer, cambiar, formarse, y al mismo tiempo llevar vida de estudiantes, estimulados por ese entorno de militantes internacionalistas, discusiones, un cambio que se impone cada día más para un mundo mejor, y esa corriente de amor y energía que circula entre ellos dos.

Hippolyte y Mika están aprendiendo mucho, no sólo en los cursos y en los libros, sino con la gente que conocen en todos lados, en las bibliotecas y en los mítines del partido, por la calle, en el mercado, en el correo, y hasta en el metro.

Las estaciones del metro de París por la noche son reveladoras. Mucho han hablado de la miseria con los compañeros de Insurrexit, con los del PCO, entre ellos; en la Argentina Mika pudo pensarlo pero es en los andenes repletos del metro de París, y en las calles con gente durmiendo en los portales, donde pudo palparla.

La nieve, tan bella pero tan cruel, es casi la muerte para quienes no tienen donde cobijarse. En los bancos de las estaciones de metro se aprietan las figuras desoladas de desocupados que intentan dormir, los que llegan temprano pueden apoyar la cabeza sobre la pared metálica del aparato de los caramelos Tissot y así

conciliar el sueño, los otros, sobre el duro banco sin respaldo, doblados, con la cabeza en las rodillas. Algunos conservan aún el porte de cuando trabajaban, la ropa decorosa, la cara afeitada, otros llegan con la barba crecida y el traje polvoriento de los desocupados. Los hay de todas las edades. El hombre con quien Mika conversó debía de tener casi setenta años, la espalda encorvada, un abrigo que clareaba en los codos, un metro de carpintero asomando de uno de sus bolsillos y una mirada que hería de sólo ver su desamparo.

Es un privilegio, piensa Hippolyte, regresar a casa en estas noches de intenso frío. Y estar allí, conversando con su compañera, una mujer que le gusta tanto, o quizás más que el día que la conoció. La buhardilla parece ya una casa de verdad, con esas repisas, que él mismo fabricó, que les sirven de mesa, escritorio y biblioteca, la manta de lana de oveja que se trajeron de la Patagonia, las paredes embellecidas con los pósters que Mika consiguió en el museo, y el fiel Mefisto –como llaman a la salamandra– que irradia tanto calor con unas pocas bolas de carbón en el vientre.

Arde lindo, Mefisto se ha contagiado de él, lo provoca Mika, las mejillas encendidas, y esa luz nueva en su mirada que a Hippolyte le produce una dulce ebriedad, deseo.

Está diferente su Mikusha en París, más… atrevida, más sensual.

También él ha cambiado, reconoce, como si ese permanente estímulo intelectual, sensorial, cultural que reciben hubiera abierto entre ellos nuevos senderos: que es con ella con quien se mimetiza Mefisto –le responde–, la verdad es que con los dos.

Tiene toda la noche por delante, la vida entera, pero la quiere ya. J’ai envie de toi.

La risa que salta, una mano que se extiende, apenas ese leve contacto, y sí, otra vez va a estallar aquello en lo que se enroscan y se desesperan y se funden y se confunden para recuperarse luego únicos, íntegros, grandiosos y pequeños, humildes y poderosos, tiernos, fuertes, en paz.

Pero es la segunda vez en cuatro meses que la salud de Hippo amenaza esa maciza felicidad. Esa tos, ese resfrío, esa delgadez, que descanse, por favor, le pide Mika, no debería llevar ese ritmo. Estudia demasiado, desde las ocho de la mañana hasta muy tarde por la noche.

–Si me muero –bromea–, que sea después de conocer a fondo a Marx.

Un frío reptando por la espalda de Mika, de acuerdo, que estudie, pero luego las nebulizaciones, y a la camita, sus mimos son más eficaces que los remedios de la farmacia.

Las dos semanas que tienen que pasar encerrados porque él no para de toser, Mika se promete inventar lo que sea para que se mejore. En principio no le permite salir, ella le lee en voz alta los libros, René Lefeuvre y los camaradas de Amis du Monde llevan la discusión a la buhardilla. Como ya es costumbre, los viernes Alfred Rosmer cena con ellos, antes de ir a su trabajo nocturno de corrector. Es tan estimulante para ellos conversar con los Rosmer…

En el mismo año que llegamos a Francia conocimos a Marguerite y Alfred Rosmer, que habrían de ser tan importantes para nosotros. Más que amigos, una antorcha, un camino, un refugio, la familia que elegimos. Ellos eran mayores que nosotros, tenían una interesante experiencia de vida y militancia y, de algún modo, nos adoptaron.

En La Grange, su casa en Perigny, conocimos a un grupo de militantes internacionalistas que habrían de jugar un certero papel en los acontecimientos históricos que se avecinaban. Varios de ellos murieron pocos años más tarde, fieles a la convicción que guiaba nuestro destino: una sociedad más justa. Nosotros lo sabíamos, habíamos dejado nuestra tierra para buscarlo, pero fue estar con ellos y sentir que, aunque nuestros orígenes y nuestras historias fueran diversos, compartíamos un mundo y que no había que dejarlo abandonado a su suerte. Nosotros podíamos cambiarlo. En verdad lo creíamos. Apasionadamente.

Mayo. Nuevos perfumes en el aire, sol maravilloso, aire tibio, por fin la primavera tras tantos meses de frío y enfermedad. No sabe cómo, no se dio cuenta, distraída como está entre clases, paseos, libros, discusiones, pero esta

mañana, después de diez meses de llegar a París, a Mika le sorprende le bonheur (porque es le bonheur y no la felicidad). Varias razones: Hippo ha ganado unos kilos, ya casi no tose, ha terminado de leer L'éducation sentimentale de Flaubert, es posible que en agosto puedan conseguir por muy poco dinero una casa en el campo, en Saint-Nicolas-la-Chapelle, y le printemps reventando en los castaños del Val-de-Grâce, flores rosas y blancas, erguidas y resueltas. Parece mentira, esos árboles tan grandes y serios hasta hace nada, y ahora llenos de flores.

–Ahora comprendo el inmenso lugar que la primavera ocupa en la poesía europea. En nuestra tierra la naturaleza no se duerme tan profundamente, tan definitivamente en el invierno –le dice a Hippo en francés, y lo piensa en francés–. En primavera, todo se transforma de tal modo que es como si el mundo renaciera.

También bonheur podría llamar a eso cálido y como de algodón que invade a Mika, dos meses más tarde, en el baño de La Sorbonne, cuando comprueba, por enésima vez que no hay mancha alguna, que no es la regla, no, nada, y en lugar de qué problema, qué drama, esa imagen de bebé colándose, insolente, un bebé precioso, el hijo de Hippo y de Mika, una emoción tímida que crece, curva y líquida, como una ola, y se deshace sobre la arena tibia de su cuerpo. Le cuesta seguir el discurso del profesor. ¿Un hijo? No, un hijo es un impedimento para la lucha revolucionaria, lo han decidido hace años, de común acuerdo: ellos no tendrán hijos. Pero qué lindo sería.

No lo hablará con Hippo, no lo quiere preocupar. Seguro que antes de salir de vacaciones, la próxima semana, se regulariza. No es nada, un simple atraso, se convence.

El sol del último día de julio entrando a raudales por la ventana, y ese desorden de valijas abiertas, revoltijos de ropa de verano todavía sin doblar y libros fuera de los estantes. Como si su buhardilla escenificara lo que Mika está sintiendo, ese conjunto azaroso de sensaciones contradictorias. La excitación por el viaje, la inquietud porque la regla aún no le ha bajado, culpa, alegría, temor.

Guarda con cierto apuro la ropa, algunos libros, el cuaderno, se sienta sobre la valija, no puede cerrarla, ha metido demasiadas cosas y no tiene suficientes

fuerzas, que la cierre Hippo. Debería habérselo dicho, pero justo hoy que se van de viaje... Y qué le diría: ¿Creo que estoy embarazada, temo estar embarazada, me conmueve la idea de estar embarazada? No. No tiene sentido inquietarlo inútilmente, son apenas dos semanas de atraso, algo más quizás. Y otra vez, insensata, la imagen de un niño.

Para apartarla, va a la cocina, busca la cesta de mimbre, y prepara lo que llevarán para el viaje: pan, salchichón de Bretaña, manzanas y naranjas, el Beaujolais que le ha recomendado el tendero de la Rue Claude Bernard. Se lo dirá dentro de unos días, en Saint-Nicolas-la-Chapelle, cuando Hippo ya haya descansado, cuando los dos hayan descansado, a ella también le hace falta.

Un sueño estas vacaciones en la Savoie que comienzan dentro de pocas horas. Qué suerte han tenido: Nicole, una camarada que conoce la región, les propuso tomar un alojamiento a medias, en total 1.200 francos, lo mismo que gastan en París. Los pasajes a precio reducido los compró el hijo de Nicole, después de más de seis horas de cola.

Al fin Hippo, que cierre por favor esa valija, ella preparará la cena.

El tren sale a las doce en punto. Mañana es uno de agosto y París dormirá la siesta, no habrá bibliotecas abiertas, ni cursos, ni reuniones.

En la Gare de Lyon, cientos de parisinos empiezan sus vacaciones: voces, humo, calor. Hippo lleva los billetes y camina delante de Mika con paso firme, llegan con tiempo de sobra pero quieren subirse cuanto antes al tren, dejar las valijas que pesan tanto. Ya hay cuatro viajeros en el compartimento, no habrá forma de dormir pero están contentos, Mika se recuesta sobre el hombro de Hippo y mira por la ventanilla. Parece otro París este que se va de vacaciones, tan distinto del que se amontona en las estaciones del metro en invierno. Éstos son trabajadores, camino de disfrutar de un merecido descanso.

El sonido del tren que arranca, Hippo entusiasmado como un niño: Salimos, Mikusha, nos vamos de vacaciones.

La noche en tren es larga, su vecino de asiento ronca fuerte; por suerte Hippo, después de varias piruetas para acomodar sus largas piernas, se ha quedado dormido. Mika se levanta con cuidado. El baño. No, tampoco ahora. Esperará una semana y, si no hay novedad, se lo dirá a Hippo. ¿Cómo reaccionará? El movimiento del tren le produce una agradable modorra, y de la nada, la imagen

del bebé.

¿Qué le pasa? ¿Será verdad que ser madre es la vocación natural de la mujer, su destino fisiológico? ¿Natural?, ¿qué está pensando? Tan natural la perpetuación de la especie como su vocación revolucionaria. Y un hijo es incompatible con la elección de vida que han hecho. La función reproductora no debe estar dirigida por el azar biológico, sino por la voluntad, se dice.

Nada de lo que piensa parece tener sentido. Lo que le sucede es más simple que todas esas elucubraciones: ahora ama a Hippo de una manera diferente, su cuerpo desea tanto el cuerpo de Hippo que le gustaría tener un hijo con él, prolongarse en un hijo. Una idea tan primitiva. Y tan de verdad que le está sucediendo.

Un chaparrón a las cinco de la madrugada, luego un sol radiante a las siete y el maravilloso lago del Bourget a las nueve se tragan el tiempo hasta mediodía.

Mika se ha dormido y ya están en la Savoie cuando se despierta, dulces los colores y las formas, las casitas acurrucadas en los valles, las aldeas grises y rojas, las cascadas de juguete.

Una semana ya. Mañanas de pleno sol sobre la terraza, un exiguo maillot por toda vestimenta, los ojos clavados sobre el terciopelo de los pinos en sombra, tardes de caminatas, lecturas, caricias. La piel bronceada y ese bienestar donde corcovea la inquietud.

Una semana ya. Y nada.

–Nunca he visto un día tan claro como el de hoy –le dice Hippo.

–No, cierto, nunca el cielo fue más puro, más azul. Azul, azul. Bajo este azul inexorable –dice Mika– todo es verdadero, todo se diseña en bordes nítidos, en contornos exactos, una ladera es una ladera, un árbol es un árbol. Esta tarde todo es verdad, todo es como es. Por eso… –Mika se interrumpe– quiero decirte…

Hippo sonríe, la acaricia: la Savoie está volviendo poeta a su morena. Él también quiere decirle algo. ¿Qué? Que está bien descansar, pero debemos ir a Alemania, Mika, es un momento crucial, ¿te das cuenta? La clase obrera mejor organizada

del mundo, la más poderosa, y el nazismo que crece día a día.

Y en ese preciso momento, algo tibio y húmedo resbalando por su muslo, bajo el ligero vestidito de lino que compró en el Marché aux Puces.

–Ya vengo.

Mejor así, se dice en el baño, una punzada en el estómago, alivio y tristeza. Desilusión. Los ojos se le nublan mientras se lava y busca los paños.

–¿Qué pasa, querida? Te has puesto pálida.

Se lo contará a Hippo. Todo. Hasta esa ternura que le crecía al imaginar el niño, y esas fuertes ganas de llorar que tiene ahora por más que sea un alivio. ¿La comprende, amor? Claro que sí, por suerte se lo confió, no debió quedar ella sola con ese peso. Peso, pero también placer, porque sentí placer con la idea, Hippo. Deberían hablarlo más, ya sabe Mika lo que él piensa, pero si para ella es tan importante…

No, continuarán con sus planes, Mika limpiándose con fuerza las lágrimas. No quiere hablar más, quizás más adelante, ahora necesita descansar. ¿Se siente mal, amor? ¿Le duele? No es el malestar de la regla, es ese niño que no estaba, el llanto que se suelta, que nunca estuvo, qué tonta soy, pero que ya lo estaba queriendo de sólo inventarlo, y que no será. Nunca.

Que llore, sí, que llore cuanto necesite, la abraza Hippo.

Ese niño que no fue, que te inventaste aquel verano del 32, el hijo que no tuviste, lo lloraste en otros niños, reales, los que murieron en la guerra. Durante años borroneaste papeles, donde volvías insistentemente sobre lo mismo. La primera vez –y la única durante mucho tiempo– que te atreviste a contar algo sobre la guerra, te centraste en la muerte de un niño. «El niño guerrillero» titulaste el artículo que publicaste en 1945 en la revista Sur que dirigía Victoria Ocampo.

Para aquellos que quieren encasillarte, otro dolor de cabeza. Si estabas a la izquierda de la izquierda, ¿cómo alguien podría buscar tu testimonio en la revista Sur, donde publicaban Borges y Bioy Casares? Allí te encontró Julio Cortázar, él también publicó en Sur. Y Pepe Bianco. Y Juan José Hernández, el

querido Juanjo, nuestro amigo en común.

Dos meses después de aquellas vacaciones en Saint-Nicolas-la-Chapelle, las últimas que tuvimos, un tren nos llevó a Berlín. En la misma estación, Hippo me sorprendió con una frase en alemán que yo pude entender: Estás muy bella.

–Hablaremos en español entre nosotros –me comunicó–, será mejor para concentrarnos en el idioma alemán y poder dominarlo lo antes posible.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba su voz en castellano y me encantó.

Hippo y yo cambiábamos de lengua según las circunstancias que nos tocaba vivir. Era necesario y a nosotros no nos faltaba disciplina. Tampoco era tan excepcional, ni extraordinario entre militantes internacionalistas.

En aquellas reuniones en Perigny hablábamos en diversas lenguas, si no se entendía lo que un compañero explicaba, siempre alguien traducía al francés, o al alemán, o al inglés o al español. Casi todos éramos políglotas, varios de ellos, como Andreu Nin, Kurt Landau, Alfred y Marguerite hablaban ruso, puesto que habían vivido en la URSS. Ni nos dábamos cuenta cuando cambiábamos de un idioma a otro, la pasión revolucionaria que nos unía saltaba cualquier barrera idiomática.

17

Perigny, 1977

A Guillermo Núñez la idea de vivir en Perigny, un pequeño pueblo a unos 25 kilómetros al sudeste de París, lo tentó de inmediato. En principio se instalaría en la casa de Juan Carlos Cáceres, el músico que creó el quinteto Gotan donde Guillermo toca el contrabajo. Después, ya vería.

Le habían dicho que en Perigny residen pintores, escultores, artistas, músicos. No podía imaginar que esa señora mayor que regaba lirios y amapolas en un jardín vecino había sido capitana en la Guerra Civil.

Bonjour, madame, sonrisa, y seguía bajando por la Rue Paul Doumer, pero esa mañana, que Guillermo estaba de tan buen humor, se animó a una frase simpática sobre las flores, en un francés aún torpe, merci, pero no se esfuerce con el francés, che, que entiendo castellano, qué sorpresa, qué alegría encontrarse con una argentina allí, en la misma calle en la que él vive, qué extraordinario. Y ella, ojos como luciérnagas, una voz rotunda, cadenciosa: ¿Le parece algo tan relevante ser argentino, una especial suerte?, una voz joven, que no correspondía a esas canas, a ese cuerpo marcado por los años. No, por cierto, él no es de los porteños que piensan que somos tan especiales, la risa cómplice, pero igual da gusto encontrarse tan lejos con alguien de allá, claro que sí, acordó Mika.

–¿Un cafecito? –lo invitó–. ¿Un mate? –tampoco la mirada ni su gesto divertido parecían tener su edad.

–Encantado.

Mika no le preguntó qué hacía en Francia, y eso a Guillermo lo hizo sentir cómodo (aunque ni falta que hacía, qué podía hacer un joven músico argentino en Perigny, así, de golpe y porrazo, en 1978). Esa tarde, curiosamente, hablaron

de rock and roll, de los Rolling Stones y de Led Zeppelin, a Arco Iris Mika no lo había escuchado –él le llevaría una cinta–, pero sí a Spinetta, y por supuesto a Magma, un genio Christian Vander.

Ya esa primera charla lo dejó asombrado, Mika, con sus setenta y pico, conocía casi tanto de rock como Guillermo. En los días siguientes, habría de comprobar que esa mujer tan peculiar también sabía de pintura, y de literatura, y de política, y de plantas y de gatos, y de teatro, y de armas, y no digamos de historia. Estaba absolutamente informada, y su sabiduría sobre los seres humanos era inmensa, Guillermo nunca había conocido a nadie como Mika Etchebéhère.

Aquella charla se prolongó en otras, un té con torta, un vino, un caldito de verduras, las cerezas que ella había recogido de su propio cerezo. Sentados en la terraza o en el salón de la casa de Mika, en lo alto del valle, gozando de esa magnífica vista, intercambiaban sus impresiones sobre los más variados temas, y poco a poco, de la opinión al relato, fueron desgranándose las confidencias.

Su casita se la compró en los sesenta, le cuenta Mika, pero mucho antes, ella ya tenía su lugar en Perigny, en La Grange, la casa de los Rosmer. No se imagina Guillermo las personas maravillosas que ella ha conocido a lo largo de… ¿cuántos años ya? Fue a pocos meses de llegar a Francia. ¡Cuarenta y siete! De Alfred y Marguerite Rosmer ya le ha hablado el otro día. ¿Recuerda? Ellos estaban relacionados con militantes de distintos países que, cuando pasaban por Francia, se reunían con ellos.

Mika se cuelga del brazo de Guillermo y van caminando hasta donde estaba La Grange, y evoca las largas conversaciones con los Rosmer, las reuniones con los camaradas del grupo Que Faire, los dulces que hacía Marguerite con las frutas que recolectaban, la calidez con que siempre la acogían, sobre todo cuando Hipólito se enfermó gravemente.

Vivían con un auténtico sentido comunitario, había una cajita donde se guardaba el dinero, uno ponía lo que podía y tomaba según sus necesidades. Y llegaron a ser unos cuantos en algunos momentos. Jamás hubo un problema, nunca hubo que dar explicaciones.

Se detienen en una esquina: En esta casa que estás viendo ahora se discutieron los grandes hechos históricos del siglo xx. Aquí se dieron cita mujeres y

hombres de la Tercera Internacional, y aquí, en esta casa, se fundó la Cuarta Internacional en septiembre de 1938. Alfred Rosmer no participó de la reunión, sólo les prestó la casa. Él había estado ligado a Trotski desde la época de la Gran Guerra, y aunque sus posiciones políticas se distanciaron nítidamente a principio de los treinta, fueron muy amigos toda la vida. Los Rosmer fueron a visitar a Trotski y a su mujer, Natalia, en el exilio en Turquía, y más tarde se hicieron responsables de Sieva, el nieto de los Trotski, que vivía en París, y lo llevaron a México.

–¿No fue Rosmer quien metió al asesino de Trotski en su casa en Coyoacán? –pregunta Guillermo, excitado–. Yo escuché a un periodista español que está haciendo una investigación.

–No, no fue así, es una interpretación torcida de los hechos, ya se lo dije al periodista, debe de ser el mismo, que me entrevistó para la televisión española. Cierto que los Rosmer conocieron a Ramón Mercader en México; también Natalia, su mujer, lo invitó a su casa, pero no podían sospechar que ese hombre lo iba a asesinar, era o fingía ser el novio de una estrecha colaboradora de LD.

–¿LD?

–Liev Davidovich Trotski, LD lo llamaba siempre Natalia. Conversé mucho con ella cuando vino a París. Habían pasado años de la muerte de su compañero, y era como si estuviera vivo, siempre con ella, en la lucha que signó sus vidas.

–Como vos con Hippo. El otro día, cuando me contabas los trágicos acontecimientos que vivieron en Berlín, tuve la sensación de que él está acá, a tu lado, con su inmensa frustración por la derrota del proletariado alemán, como si Hitler acabara de subir al poder, como si estuviéramos en 1933 y no en 1978. Y no te digo nada cuando me hablás de esos paseos por los barrios parisinos, tomados de la mano, los cafés de Montparnasse, la buhardilla, tenés treinta años y estás tan enamorada de él como entonces. Qué envidia me das.

La va a hacer llorar con esos comentarios, Guillermo, a ella que es tan dura, como piensan algunos. Mika se ríe con ganas, por suerte él la cazó de entrada. Y ahora que la escuche, ya le contará otro día lo que sabe sobre esa historia de México, ahora quiere seguir con La Grange.

Esta casa, donde hasta las muros y las flores eran antifascistas, fue ocupada por los alemanes durante la Segunda Guerra, esquilmada, violentada, saqueada, los

libros quemados, los muebles destruidos, el piano destrozado. Los nazis se ensañaron con La Grange, como si supieran todo lo que allí se había planeado contra ellos, cuánto los odiaban sus habitantes. Pero en 1946, los Rosmer y Mika se reencontraron en Francia, y juntos reconstruyeron esa casa que tanta historia atesoraba. La Grange volvió a tener libros, y cortinas, y cuadros, otros, tan buenos o mejores, y su máquina de escribir, y plantas, se pobló de voces, de entusiasmos, de pasiones, porque, pese a todo lo que nos había sucedido, nosotros seguimos creyendo.

–Eso tenés que aprender, Guillermo, no me gustó nada lo que dijiste hoy, ¡a tu edad!, siempre hay una razón por la que luchar, un sendero que recorrer y un objetivo que alcanzar.

En fin, ya hablarán. Ahora le contará de esos años, los cincuenta, cuando se reunían con André Breton, Benjamin Péret, y los exiliados españoles, Andrade. ¿Le habló de Juan Andrade? ¿Y de María Teresa, su mujer? Y de Andreu Nin. ¿Sabés lo que le hicieron a Andreu Nin? ¿Y a Kurt Landau? Katia, su mujer…

Del matador de indios de los años veinte en la Patagonia a su querida amiga Simonne Kahn, y la galería que reunió los surrealistas en los cincuenta, de Katia Landau en la cárcel de Barcelona a los compañeros de Insurrexit en Buenos Aires, Arden Quin, Julio Cortázar, Leon Trotski, su amiga brasilera Bluma, Jean-Paul Sartre, Alfonsina Storni, Jorge Amado, Copi. En los paseos por el borde del Yerres, en la terraza de la casa de Mika, iban desfilando ante Guillermo los personajes de su vida, trozos de tierra y pasto fresco, coloridos y vivos en su relato, pequeñas historias, la Historia del siglo xx.

Luego fueron esos viajes en auto de Perigny a París, y de París a Perigny que le demandaba la imprenta en la que Guillermo trabajaba –una manera de redondear el magro presupuesto de músico–, Mika de copiloto, comentándole las noticias que había leído en cuatro periódicos o escuchado por la radio. Y las visitas que Mika le hacía los fines de semana, cuando todos se iban de la imprenta y Guillermo quedaba solo, dueño y señor de aquel lugar donde vivía, una granja del siglo xvi, que llamaban château en Perigny. Alucinante, allí Mika le habló de cuando fue corresponsal de Radio France en Montevideo, durante la Segunda Guerra Mundial, y de la revista Argentina Libre en la que trabajaba en Buenos Aires, de la cálida amistad con Pepe Bianco, de la revista Sur, de lo que le pasó

en Mayo del 68 con ese agente de la policía, qué gracioso. Y mientras se ocupaba de las rosas, los lirios y las amapolas de su jardín, ese cuadradito verde que Mika había convertido en una sucursal de Versalles, como al pasar: ¿Guillermo iba a salir con esa chica que le presentó el otro día en la casa de los Marino? A Mika le resultaba agradable, en cambio la otra, la que llevó al château no, ella no quería meterse en su vida, pero francamente, qué podía hacer Guillermo con una mujer tan superficial, es que los hombres, aun los más lúcidos, en algunos momentos no piensan, o con qué piensan no se sabe.

Una tenue, fina, leve malla de palabras, afectos y complicidades se tejió entre ellos. Una malla que les permitió sostenerse, cuando las adversidades, los problemas, tan distintos los de uno de los de la otra, los asolaban. Un rinconcito de ternura, de reflexión, de aprendizaje, de paz, que supieron preservar en las distintas circunstancias de sus vidas.

De la Argentina, Mika y Guillermo no hablaron hasta pasadas algunas semanas, apenas rozarla, porque dolía. A los dos. Mika había elegido dejar la Argentina muchos años atrás, la primera vez con Hipólito, la segunda, sola, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, que ella pasó en Argentina. Pese a las duras condiciones de vida en la Europa de la postguerra, desatendiendo los consejos de sus amigos argentinos, Mika decidió volver a Francia.

En París había sido tan feliz con Hippo... Mika escribió muchos artículos sobre la vida cultural de París, exposiciones, libros, teatro, a veces sobre las calles, sobre los cafés.

Una sonrisa pícara y baja el tono de su voz: en verdad era Analía Cárdenas la autora de esos artículos que se publicaron durante años en un periódico de Río de Janeiro. Bluma, una queridísima amiga brasilera, le consiguió ese trabajo; su pareja, Sam, era un destacado periodista. Fue un trabajo muy interesante, el París cultural de los cincuenta era espléndido, y le dio de comer. Mika ceba otro mate, ¿querés?, y se queda en silencio, perdida en algún recuerdo que le arranca una sonrisa: aunque a veces tenía conflictos con Analía, ella era mucho más abierta que yo, lo que era imprescindible para la columna, y me rompía los papeles cuando yo me ponía muy dura con un autor por alguna actitud que yo juzgaba reaccionaria o frívola.

La intriga gana a Guillermo: ¿Quién era Analía Cárdenas?

La risa explota: Yo misma pero con una personalidad diferente, Analía Cárdenas es mi seudónimo. Una experiencia muy interesante.

Guillermo quiere leer los artículos ya. ¿Los conserva? Sí, tiene algunos, le dará el que escribió sobre el café que tanto le gusta a Guillermo, Le Dôme.

Fue en Le Dôme donde me encontré en 1995 con Guillermo Núñez. Tal vez porque no grabé sus palabras, como en otras entrevistas, dejé registrado en mi cuaderno la impresión que me dejó aquel encuentro.

Tenía un brillo en su mirada cuando recordaba aquellas charlas, lo que le contaste de tu vida, las discusiones ideológicas que los enfervorizaban, los viajes en su auto, los consejos que le dabas, alguna que otra pelea, esa amistad entrañable que los unió durante más de veinte años. No parecía estar evocando el encuentro de un joven músico con una anciana con personalidad. Habías muerto tres años atrás, nonagenaria, pero en su tono de voz, en su mirada, estabas viva, eras una mujer fascinante, maravillosa, sin años. Una de esas personas que marca un antes y un después en la vida de un hombre.

–Fue una historia de amor –habría de reconocer Guillermo catorce años y muchas charlas más tarde, en 2009–. Un amor diferente, especial, no el de una pareja, por supuesto, pero sí el de un hombre y una mujer. Una mujer magnífica, como fue hasta el último día de su vida, de una coherencia extraordinaria. Y tan bella.

No era Guillermo quien tenía el cuaderno que escribiste en Alemania ni ningún otro, él no tenía ninguna idea de adónde habían ido a parar tus papeles, pero fue en Le Dôme, cuando Guillermo me habló de lo que le contaste de Berlín, y del escrito de Rústico, basado en aquellas notas que tomaron, cuando me prometí no cejar hasta encontrar tus papeles.

Y los encontré.

18

Berlín, 1932

Una multitud de personas, voces, risas, abrazos, los recibe en la Anhalter Bahnhof.

Du bist sehr schön, le dice Hipólito al oído, está exultante: Por fin en Alemania, Mikusha.

Tienen los datos de una pensión que está cerca, en la Schützenstrasse, y las indicaciones de cómo llegar. Es fácil, pasar los edificios de ministerios, el correo, cruzar la avenida.

Hipólito propone que dejen las valijas en la pensión, y vayan a caminar, quiere recorrer Berlín, tomar el pulso del pueblo. Es sensato lo que Mika le dice: está oscuro, hace bastante frío, llevan muchas horas sin comer, lo mejor será beber una taza de caldo, dormir y mañana… pero Hipólito no puede esperar a mañana, quiere ir ya, tiene un mapa, no se perderán.

Él sabe que necesita reposo, un leve reproche en la voz de Mika, pero Hipólito, tierno: que no lo cuide tanto, amor, que no hace falta, ya está bien, casi gordo. Esa risa clara a la que es imposible no subirse, y ella se sube.

De acuerdo, la pieza de la pensión, bufandas, porque hace frío, guantes, y ese mejunje caliente que Mika pide en una taberna cercana, estrenando alemán, y bien, parece, porque lo han llevado a la mesa.

–¿Carne? –pregunta Mika en alemán a la mujer señalando esos trozos de color indefinido.

–Wurst –le contesta, y Mika traduce–: Salchicha.

–Reis, ¿arroz? –alardea Hipólito–. Yo hablo alemán –el dedo en la mesa–. Tisch

–dice en alemán, y se señala a sí mismo–. Bär, oso.

La mujer se ríe fuerte:

–¿Cerveza? –pregunta–. ¿Vino?

–No bebemos, gracias –dice Mika.

–Bier nein, Wein nein –hace el payaso Hipólito–. Wasser.

–Fea, mala, tonta el agua –instruye la mujer, y festeja con una gran carcajada su propia broma.

Qué simpática. Mika cruza con ella algunas frases: de dónde vienen ellos, los años que la mujer tiene el restorán, los transportes en Berlín. En la Leipzigerstrasse, a cinco minutos andando, le indica, pueden tomar un tranvía que los llevará hasta la Alexanderplatz, adonde quiere ir Hipólito.

–Qué bien habla alemán mi morena, estoy orgulloso.

Aunque los dos han tomado clases de alemán en París, Mika le lleva ventaja, ningún mérito, ella hablaba yiddish en su casa, como Hippo hablaba francés en la suya. En cuanto se instalen, irán a la escuela del Partido Comunista, donde estudiarán alemán y se pondrán en contacto con los trabajadores, a ver qué piensan, cómo se están organizando en esta encrucijada. Conversaciones, intrigas, alianzas y enfrentamientos.

Hipólito repasa puntillosamente los últimos acontecimientos de la política alemana, los enumera, como si estuvieran estudiando, mientras el tranvía los interna en la ciudad. El Reichstag ha sido disuelto otra vez por el canciller Von Papen, con la carta blanca que le da el presidente Hindenburg, y en dos semanas, el 6 de noviembre, habrá elecciones legislativas.

Bahnhof Börse. Bajemos, propone Hipólito, es una estación antes de la Alexanderplatz. Sí, sigamos a pie, acuerda Mika. Se ha levantado un viento frío, pero la noche está agradable para caminar. Vamos por aquí. Rodean el Hackescher Markt. Se meten por esa calle estrecha. Münzstrasse, lee en voz alta Mika, bonito nombre.

Hipólito consulta el mapa: la Alexanderplatz es en esa dirección, vamos.

Las calles están casi vacías. Todo duerme en el barrio, pero la vida continúa en las banderas rojas sobre las fachadas grises de los edificios. Los berlineses exhiben sus opiniones políticas en sus ventanas. Vote la lista 2, la 3, la 1, interpelan a los transeúntes. A Mika la conmueve tanto entusiasmo.

Rojas son las banderas de los tres partidos que se disputan la clase obrera alemana. La hoz y el martillo en la de los comunistas, lista 3, las tres flechas del Frente de Hierro de los Socialistas, lista 2. ¿Y ésa? pregunta Mika, aunque no es una pregunta, sino la impresión de verla tan cerca, ella bien sabe que el círculo blanco con la negra cruz esvástica en el centro es el nazismo, los hitlerianos de la lista 1. Mika se estremece y busca protección entre los brazos de Hipólito.

–Me dan miedo esas banderas nazis.

–Sí, pero ¿cuántas comunistas y socialistas hay? Muchas. El Partido Comunista ha aumentado sus diputados en los dos últimos años. Cierto que también los nazis han ampliado su representación de manera descomunal.

–No lo tendrán tan fácil –tratando de expulsar ese temor con convicción–. Si sumamos las voces de socialistas y de comunistas deben estar parejos con los nazis.

–Efectivamente, juntos son más que los nazis. Pero no se puede confiar en la política del Partido Socialista… y si el PC alemán no se despega de la Internacional Comunista…

Pero Hipólito no quiere ponerse pesimista, no ante esta vista que muestra a las claras que el futuro está abierto. Se detienen en una esquina, frente a una calle estrecha, Hipólito pone a Mika delante y sus largos brazos la envuelven.

–Mira estas banderas, grillito, cuánta pasión política. El pueblo alemán no será sojuzgado sin combate, y nosotros estaremos a su lado.

Mika siente crecer el fuego que las palabras de Hipólito inflama, ese deseo de acción, de lucha, la excitante impresión de estar cerca de aquello que buscan hace años. Una sensación casi física, un dulce vértigo.

Y a plena luz del día, las calles hirviendo de gente, de sonidos, discusiones

políticas aquí y allá, en las que se afanan mujeres y hombres de distintas edades y condiciones. Es por ese fervor que se palpita en el Scheunenviertel, por lo que Hipólito quiso que dejaran la Patagonia, y más tarde París: es aquí donde debemos estar, Mika. Ella también lo cree, él lo puede sentir en esa mano tibia que se agarra a la suya, en su mirada brillante que sigue los rostros de quienes hablan en ese grupo, concentrada.

–Ése es socialista –le explica Mika–, y el otro, comunista. El socialista acusa a los jefes del PC alemán de un serio error: Está mal obedecer sin reflexionar, amigo –le traduce al oído–. No son mejores los dirigentes del partido socialista, replica el comunista.

–Y los dos tienen razón –dice Hipólito.

Las voces suben, pujan por imponerse, se crispan, pero no llegan a la pelea. Atentar contra el orden está severamente castigado, le explicarán más tarde.

En la Alexanderplatz, una chica y un chico, muy cerca uno del otro, cada uno con su alcancía de latón, piden colaboración para sus respectivos partidos: el comunista y el nacional-socialista. Él le hace una mueca de desprecio, ella le saca la lengua, en un gesto rápido, y, seria, busca con la mirada a quienes la protegen. También el nazi tiene guardias que lo cuidan a pocos metros. Unos y otros se acercan unos pasos, se miran con odio, pero eso es todo.

–Ya ves por qué se dice «disciplina alemana» –la risita de Mika le hace cosquillas en el cuerpo.

Es más que disciplina, piensa Hipólito, es la conciencia que tiene cualquier militante alemán hoy, sea comunista, socialista o nazi, de tener un partido atrás que lo apoya.

Se lo dice esa tarde a Kurt Landau, el dirigente austríaco de quien tanto y tan bien le ha hablado Rosmer. Alfred le ha escrito una carta a Kurt para presentarle a los Etchebéhère, pedirle que los introduzca en Berlín y los ayude a instalarse.

Pero antes de que Kurt y su mujer, Katia, expliquen lo que han preparado para ellos, Mika se anticipa, con esa forma suave y enérgica que tiene de dejar zanjado un tema: que esa mañana ellos han decidido vivir en el barrio que rodea la Alexanderplatz, ¿sería posible encontrar allí un cuarto en alquiler?

Si Hipólito no supiera que casi siempre hay una razón en los aparentes caprichos de Mika, si no fuera tan simpática para imponerse, si no la amara tantísimo, quizás le reprocharía esta actitud, ni siquiera ha escuchado lo que los Landau han preparado para ellos... A Katia no le ha caído mal porque se ríe: hará lo necesario para darle el gusto, Mika. Hablará con los Schwartz, que viven muy cerca de la Alexanderplatz y tienen una habitación disponible para alquilar.

Un té y un exquisito Apfelstrudel mientras Kurt, en esmerado francés, hace un análisis de los últimos acontecimientos. Hipólito acuerda con él: es absurda y peligrosa la postura de la Internacional Comunista, sostener que el enemigo es la socialdemocracia es minimizar y favorecer al nazismo. Katia, en alemán: que los ha escuchado decir «No le tenemos miedo al Gobierno nazi, caerá antes que cualquiera y entonces será nuestro turno». Y Mika, en español: que hace rato que la Internacional Comunista no responde a los intereses de los pueblos sino a los de Rusia, no ven lo que sucede.

Supimos reconocernos desde nuestro primer encuentro. Nos entendíamos mezclando el francés con el alemán, mechado con frases en español, aunque bastante rápido, estimulados por la necesidad de comprender lo que vivíamos, nos sumergimos en la rica lengua alemana.

En aquella Alemania de poderosas organizaciones obreras que tanta ilusión nos despertaba, y donde íbamos a sufrir una derrota ignominiosa, se forjó nuestra amistad. Una de las más bellas y sólidas de mi vida.

Kurt Landau fue uno de los fundadores del PC austríaco, y más tarde, cuando adhirió a las posturas de Trotski, se convirtió en uno de los máximos dirigentes de la Oposición de Izquierda Internacional, junto a Andreu Nin, Alfred Rosmer, Leon Sedov, y era también el responsable de la publicación Der Kommunist. Fue Trotski, desde su exilio en Turquía, quien le pidió a Landau que se instalara en Berlín para hacerse cargo de la reunificación de los grupos de oposición de izquierda, aunque un año antes de nuestra llegada, en 1931, Kurt Landau, como Rosmer en Francia, se apartó del trotskismo y creó su propio grupo, Wedding. Pero mientras Rosmer continuó su amistad con Trotski, Landau llegó a enfrentarse con él seriamente, en unos encendidos artículos que escribió, durante la Guerra Civil española, con los seudónimos de Spectator y de Wolf Bertram. La ironía es que yo, que he sobrevivido tantos años a todos, he escuchado a

varios definir a Kurt como «trotskista». Deberían haber leído la carta que me escribió Katia desde Barcelona. También lo dicen de Rosmer, de Hippo y de mí, de Andreu Nin y de otros camaradas, cierto que todos nosotros admirábamos a Trotski, lo que no significa que formáramos parte de una agrupación trotskista. Algunos lo hicieron –Nin, Rosmer, Landau– y luego se distanciaron; otros –como Hippo y yo– nunca. Hubo una gran fragmentación de las organizaciones comunistas de oposición. Esas simplificaciones oscuras, esa manía de meter vidas enteras en cajitas que eliminan todos los matices y no permiten entender las complejidades de la historia.

Conocíamos la trayectoria de Kurt Landau, y la importancia de su tarea, pero verlo en acción, escucharlo en aquellos difíciles días, fue una experiencia extraordinaria. El análisis que hacía de esa Alemania de organizaciones tan poderosas como desorientadas, donde el nazismo subía como una marea, era brillante. Kurt hablaba como escribía, perfecto, párrafo a párrafo desarrollaba sus ideas con una claridad meridiana.

Hippo y yo coincidíamos con él, pero estábamos en otra fase de nuestra historia, y queríamos, necesitábamos, hacer nuestra propia experiencia: vivir el día a día sin pertenecer orgánicamente a ningún grupo político, escuchar y discutir con los camaradas de Wedding, como con los de la escuela del KPD donde estudiábamos, con quien fuera en la calle, en los tranvías, en el mercado, leer todos los periódicos, participar de las manifestaciones, registrar en un cuaderno los hechos, en fin, sacar nuestras propias conclusiones de lo que estaba pasando.

Hasta la madrugada duraban aquellas reuniones exaltadas del grupo Wedding en el galpón de la Schönwalderstrasse. Se discutía mucho, demasiado quizás. No pocas peleas fueron producidas deliberadamente.

Entre los camaradas de Wedding, en un lugar destacado, estaba Jan Well. Allí nos conocimos. Supe que iba a provocar conflictos desde el primer momento en que lo vi, pero no podía imaginar entonces el papel que ese hombre siniestro habría de jugar unos años más tarde, en el episodio más humillante de mi vida: cuando me llevaron presa.

Pese a su lucidez, su aparente simpatía, su escandalosa belleza, su denodado interés en mi persona, a mí no me gustó. Yo vi lo que otros no vieron: el lugar desestabilizador que el tal Jan Well, como se hacía llamar en Alemania, tenía en Wedding, de qué manera artera influía en las querellas internas. A Hipólito lo

puse en guardia. Él pensaba que yo exageraba, que me ensañaba con Jan por una antipatía personal.

Podía ser, motivos no me faltaban ya antes de la noche que incendiaron el Reichstag, lo cierto es que yo no me confundía respecto de sus intenciones de desestabilizar el grupo Wedding, su juego se destapó muchos años más tarde, cuando se abrieron los archivos en la Unión Soviética.

A Hipólito lo confunde el camarada Jan Well, Landau le ha dicho que, en 1929, Well jugó un papel fundamental en la Bolschewistische Einheit, la Oposición de Izquierda Unificada, y que en el treinta fue uno de los camaradas que empujó la escisión del grupo trotskista, para constituir uno nuevo liderado por Kurt Landau. Ellos disentían no tanto con las ideas del trotskismo sino con sus modos de organización. Sin embargo ahora, en Wedding, Hipólito percibe que Jan Well objeta a Landau, con tal habilidad que, por momentos, hasta él está de acuerdo con lo que Well plantea.

A Mika no la confunde, ella está claramente en contra de Jan Well: que no le contestara, que no le hiciera el juego, le advirtió en la reunión, y no se preocupó en bajar la voz para disimular sus duras palabras, lo dijo en francés deliberadamente; Well, Kurt, Katia y Hannah hablan francés.

Nada logra en Mika esa mirada ardiente que Jan Well le dirige sin pudor, ni su radiante sonrisa, ni los elogios que hace cuando ella habla. Y a Hipólito le gusta que así sea. A Mika no la embelesa –como a otros camaradas, hombres y mujeres– el brillante trazado de su discurso.

Porque Jan esta noche, debió admitir Hipólito, hizo un lúcido análisis de la situación, y lo repitió en francés para que no hubiera dudas de que ellos lo comprendieran: es posible que, ante las actuales circunstancias, el PC alemán sea capaz de dar un giro y reaccionar y, en ese momento, nosotros debemos actuar deprisa.

No le pasó inadvertida esa mirada desconfiada de Mika, pero a Hipólito le pareció bien el comentario, muy oportuno, y pidió la palabra para apoyar y profundizar lo que dijo el camarada (aunque lo perturba cómo mira a su mujer, él no antepone una antipatía personal al debate de las ideas). Pero Jan Well, no sabe bien cómo –no comprendió todo lo que dijo– logró dar vuelta sus palabras,

creando un enfrentamiento entre Kurt, Sascha, Hannah, por un lado, y Mika, Hipólito y Michael, por el otro.

No es así como hay que interpretar lo que dijo, manifestó Etchebéhère, él sólo quiere mantener una independencia del grupo Wedding pero no porque no esté de acuerdo, sino porque… Lo sabe, cortó Jan, lo entiende, ha sido claro, y antes de que Hipólito pudiera explicarse, enredó a la asamblea con argumentos que los llevaron a interpelarse unos a otros. No a Mika, que sabiamente rechazó la invitación a una de esas discusiones, que tienen su encanto, sí, reconoce Hipólito, al fin y al cabo están armando un mundo nuevo, cómo no discutir.

Pero no se da cuenta, amor, le dice Mika camino a casa, que la intención de Jan Well es provocar la ruptura del grupo Wedding, ya lo hizo antes en el grupo que lidera Leon Sedov, el hijo de Trotski.

Él no cree que provoque intencionadamente, que tampoco exagere, no es el enemigo Well, no hay que olvidar su trayectoria: fue él, junto a Sascha, Hans y Kurt, quienes captaron los elementos dispersos para organizar la oposición al estalinismo en Alemania. Es su vanidad personal lo que lo impulsa a querer ser el centro, a discutirle el liderazgo a Landau. Pero Mika tiene razón, afortunadamente lo ha detenido, es tan sensata su morena.

Le hace bien abrazarla así, muy fuerte, en el puente sobre el río Spree, y sentirla tibia y jugosa, y saberla su compañera, su amiga, y compartir con ella ese momento crucial de la historia que están viviendo. Y los que vendrán.

Algo parecido sintió Mika cuando reconoció la esquina de la casa de la familia Schwartz, donde Katia Landau les consiguió una habitación.

¿No fue en esta esquina donde nos detuvimos la otra noche? –preguntó Mika a Hipólito, asombrada, cuando llegaron con la maleta.

Pudo ser cualquier otra, Berlín es una ciudad enorme, pero fue justamente en ese lugar donde Hipólito la abrazó y los sacudió esa excitación que precede a los grandes momentos. El departamento de los Schwartz está situado en la que ahora saben que se llama Wadzeckstrasse, a pocos metros de la Neue Königstrasse, por donde ellos venían caminando. Hipólito no le dio importancia a esa casualidad, una suerte que esté ubicado en el barrio que querían, y nada más, pero a Mika le

pareció una confirmación de que están en el corazón de la historia, y que allí puede definirse el futuro de la humanidad.

Qué suerte la suya, estar en el lugar preciso, en el momento oportuno, y al lado de la mejor persona para compartirlo, escribe en el cuaderno de tapas forradas con papel azul.

Y qué suerte haber conseguido ese cuarto amplio y cómodo, con una ventana sobre el gran patio del edificio, un baño compartido, el derecho a utilizar la cocina, una pequeña alacena donde guardan la mínima vajilla y la comida: un hogar en Berlín. Un chez nous en Berlín.

Lástima tener que sufrir a Ilse Schwartz. A Mika no le cae bien esa pequeñoburguesa que vive en la añoranza de otros tiempos, cuando tenían el negocio que daba a la calle, y un buen pasar, «Nadábamos en grasa de ganso», como dice, qué asco. Entiende que es difícil la situación de los Schwartz, los dos sin trabajo, y sin resignarse a dejar su departamento, a abandonar ciertas comodidades a las que están acostumbrados, pero la mujer la irrita, no puede evitarlo.

Hippo es más paciente con ella. Nos vamos a dormir, cortó Mika anoche, cuando Ilse repetía, por enésima vez que, si no fuera por los problemas que tienen ahora, ellos nunca alquilarían la pieza, como si tuviera que justificarse, que tampoco se la alquilan a cualquiera, que Katia insistió tanto: son gente culta, educada, políglota. Mika se levantó: Buenas noches, Frau Schwartz, pero Hipólito se quedó un largo rato más: No iba a dejarla con la palabra en la boca, Mika, pobre mujer.

Te gusta, bromeó Mika, es linda ¿no?, y él: que no se ha fijado, porque no tiene ojos más que para su morena. Y ella se sintió un poco tonta por haberle hecho esa pregunta.

La cita con los camaradas es a las cinco de la tarde, en el bar Barrikade, donde también se vota. Hipólito y Mika llegan con tiempo como para recorrer el barrio de Wedding. Ya se sorprendieron la otra noche, cuando fueron a la reunión del grupo de Landau, esperaban encontrarse con calles estrechas y no con esas amplias avenidas arboladas, donde la gente conversa animadamente.

–Hay algo especial en Berlín –dice Mika, colgándose del brazo de Hipólito–, una fuerza que está en el aire, que se respira.

Edificios de cuatro o cinco plantas, y en casi todos los balcones, banderas. En la parte antigua del barrio, dos o tres esvásticas flameando entre numerosas banderas con la hoz y el martillo, mientras que en la zona nueva, donde viven más empleados y comerciantes, unas pocas banderas socialistas y alguna atrevida comunista, rechinando entre multitudes de banderas nazis. Un coraje que contagia, ¿lo sientes, Hippo?

–Claro que sí, bonita.

Son pocos los nazis que circulan por Wedding. Un grupo de seis SA, uniformados, pasan frente al local de la Reichsbanner. Los jóvenes socialistas de la guardia, también uniformados, apostados en la puerta, se burlan, los provocan:

–Eh, héroes, por qué tan deprisa, no corran, ¿los espera su jefe?

Los nazis se alejan sin responder.

En la puerta del bar Barrikade, hombres y mujeres con pancartas de los distintos partidos; dentro, un cuarto especial donde se vota, y en la otra sala, la gente bebiendo cerveza y conversando. Todo en perfecta tranquilidad.

Algunos compañeros ya están allí, sentados alrededor de una mesa. Es absurda esa euforia con que Jan la recibe, bonjour camarade, a ella sola, la mirada pastosa y tan elocuente, le da vergüenza, qué le pasa a este hombre. Como si no lo viera, Mika se dirige a todos: están muy impresionados con el clima que se vive allí, ¿son tan valientes, tienen un coraje personal tan extraordinario los militantes alemanes comunistas, socialistas, incluso los nazis? –pregunta a los camaradas.

–Más que coraje, es equilibrio de fuerzas –dice Jan Well en alemán y lo repite en francés, la mirada fija en ella.

–La gente no es tonta y sabe que la victoria no pertenece definitivamente a nadie –acuerda Hippolyte en francés.

–Ni la derrota –dice Mika en alemán, sacudiéndose los tercos ojos de Jan Well–. El futuro está abierto y podremos trabajar bien.

Podrán hacerlo bien juntos, claro que sí, apoya Jan Well, con una sonrisa infecta, y Mika siente que la sangre le sube a la cara. ¿Lo habrán percibido los otros? Decide atribuirlo a un equívoco por el cruce de lenguas, y desentenderse, aunque esa mirada no le da tregua, no la suelta, va de uno a otro, siguiendo la conversación, pero vuelve a ella. Hipólito, Hanna, Hans, Sascha, Katia y Michael hablan como si esos ojos verdes no estuvieran manoseándola delante de todos. ¿Sólo ella los ve? No, también Katia, lo sabe por ese guiño cómplice que le hace.

–Hipólito y Mika prometieron acompañarme a reunirme con Kurt en Brandenburger Tor, y ya es tarde –dice para cortar la reunión.

Katia era tan pequeña, tan delgada que parecía de juguete. Era gracioso verla al lado de su compañero. ¡Le llegas al codo!, exageraba yo. ¿Y tú qué hablas, giganta?, bromeaba Katia. Yo tenía una estatura normal, Hippo era mucho más alto que yo.

Tan frágil que parecía, y tan fuerte que era. La huelga de hambre que organizó años más tarde en la cárcel de Barcelona, a la que se unieron las presas comunes, hizo temblar a los poderosos. Tuvieron que liberarla.

Qué bien nos hacía estar juntas, conversar de lo que fuera, desde el destino de la humanidad hasta la blusa de oferta que me aconsejó comprar en París antes de partir para España. Las lecturas, las ideas, la historia, el estudio, el amor, la pintura, las flores, nuestras pequeñas «taras», como llamábamos a esos sentimientos que a veces se nos interponían contra nuestra voluntad, y que nuestras confidencias ayudaban a ahuyentar, las clases de alemán que ella me daba, las de español que le daba yo.

Katia cumplió un papel importante en nuestro pequeño grupo, era quien ponía la calma cuando nos exaltábamos o nos desesperábamos por esa avalancha de hechos graves que se precipitaba, y nosotros incapaces de hacer algo para detenerla –y hasta para analizarla paso a paso–, ella era quien aportaba siempre esa otra mirada en perspectiva, trascendente. Una cuestión de personalidad, o tal vez una huella biográfica. Supe por Katia que cuando ella era adolescente se había relacionado con un grupo teosófico vienés, del que pronto se alejó, su vida tomó otros senderos, pero dejó sus huellas la lectura de Annie Besant,

Krishnamurti, los discursos de Buda le habían parecido magníficos. Yo no los leí, pensé en hacerlo cuando tuviera tiempo, sólo porque le habían interesado a Katia, pero la vida con sus demandas y otras lecturas urgentes reclamaron mi atención.

Pegados a la radio, en el café de Unter den Linden, Kurt, Katia, Hipólito y Mika siguieron las noticias de las elecciones. Aunque los resultados definitivos no los tendrían sino hasta el día siguiente, la tendencia ya estaba clara esa noche. No podían más que alegrarse: los comunistas ganaron 700.000 votos, los socialistas y los nazis retrocedieron respecto de las elecciones de julio. «Por todos lados», presumía la Rote Fahne, «se ven SA que desertan del hitlerismo y se meten bajo la bandera comunista».

Seis millones de votos comunistas, fuertes organizaciones obreras, el partido, pese a sus errores, se recuperaba de la derrota de las elecciones anteriores: una buena base para la revolución, dijo Mika.

Aún creías que era posible la revolución en Alemania, había signos inquietantes y no los minimizabas, pero también otros que alimentaban la esperanza: la huelga de transporte que, aun prohibida, paralizó Berlín, el resultado de las elecciones parlamentarias del 6 de noviembre. La esperanza estaba viva a fines del 32.

Hipólito no se mostraba tan optimista: Los errores del Partido Comunista son graves. Y Kurt: Si el partido es esencial para el triunfo, ya lo dijo Lenin, también puede llevar al fracaso.

Esta tarde, en la manifestación convocada en el Lustgarten, al escuchar los clichés del discurso de los líderes del KPD, Mika recordó la frase de Landau. Esa perorata acartonada, prepotente y vana: «Muestren a Schleicher, a quienes quieren ilegalizar el partido, cuántos somos». Y Florin, el secretario general: «Mirad a Rusia, no hay desempleo allí».

–¿Y por qué no miran a Alemania? –se impacientó Mika.

–Rusia, Rusia, y más Rusia, y saludos a los camaradas de la Internacional

Comunista –dijo Katia, cuando terminaron los discursos.

Ni gota de sol, un frío tremendo, que no perdonaba. La Cruz Roja tuvo que intervenir más de una vez.

–La gente no ha venido de todos los barrios, con este frío –la voz de Hipólito estrangulándose–, para escuchar esa sarta de palabras vacías. Buscan una perspectiva, un camino… –una tos y otra más interrumpieron su discurso.

–Vamos –dijo Mika.

Le había pedido a Hipólito que se quedara en la casa cuando lo escuchó toser, pero él no aceptó, tenía suficiente abrigo y se sentía bien.

–Lo siento, Mikusha, trataré de no desmoralizar más –le prometió, y ahogó algo que no llegó a ser una tos.

Por suerte ahora, después de un baño caliente, parece estar mejor y muy animado. Mientras Mika escribe en su cuaderno lo que han vivido estos últimos días, Hipólito ha ido a la cocina a preparar algo para cenar: que lo deje en sus manos, le pidió, ya se arreglaría con lo que sea.

Mika sospecha una sorpresa y ya está saboreándola. Lo vio cuchichear con Katia, proveedora de datos en Berlín, cuando regresaban del Lustgarten. Hipólito se apartó de ellas: que lo esperaran un rato ahí, ya volvía. Mika está segura de que escondía algo en el bolsillo del abrigo cuando volvió. Él dio una excusa cualquiera, pero ella le pescó esa mirada de chico travieso, esa lucecita que ya le conoce y no le preguntó nada.

A Hipólito le gusta sorprenderla con algún placer inesperado. Como hizo en París, con esa edición de las cartas de Flaubert que Mika estuvo admirando en un puesto de libros viejos a la orilla del Sena, pero se había dicho: No, tenemos que economizar, puedo leerla en la biblioteca. Él la compró sin que ella se diera cuenta, y al llegar a casa: que cerrara los ojos, grillito, ahora ábrelos, ¡Flaubert! Y la noche que Mika volvió de dar sus primeras lecciones de español, su primer trabajo en Francia, él la esperó en la buhardilla con un exquisito pato cocinado por una camarada especialmente para la ocasión.

Qué fortuna tener un compañero como Hipólito, piensa mientras se cambia el suéter gris por el azul, que es más liviano, y se mira al espejo. Se pondrá la blusa

verde que a él le gusta. Se mira otra vez y sonríe. Está linda, corrobora, tanto o más que Ilse Schwartz. La idea le arranca una risa. Se lo contará a Katia para reírse juntas.

Le hizo gracia cuando Katia le contó que elige la ropa con esmero, sobre todo la que usa en casa, y cómo se suelta el pelo, lentamente, y echa la cabeza para atrás, un gesto que encanta a Kurt, y que no se riera, amiga, no son sólo las ideas, la comprensión, las acciones compartidas, es vasta y diversa la savia que nutre día a día el deseo en la pareja.

Quién podría imaginar que una luchadora como Katia Landau dedica tiempo e ingenio en renovar su guardarropa con los escasos marcos que tiene, cambiar su peinado, o encontrar un koll que resalte sus bellos ojos verdes. A Mika no le sucede, le da lo mismo lo que viste, y supone que a Hipólito –y seguramente a Kurt– tampoco les importa nada, pero Katia ha sido muy convincente en sus argumentos.

Se pasa el cepillo por el pelo, frota sus cachetes para que vuelva el color, y se pinta de un rojo terso y nítido los labios con ese lápiz que le regaló Katia. Acéptalo, Mika, y úsalo, mira la luz que te da. Espera que Hippo no se ría de ella, y si se sorprende, mejor. Una cosa es que pueda contar con ella, conocerla bien, y otra es que Mika ya no pueda sorprenderlo. Eso no es bueno. ¿Acaso no está él ahora mismo preparándole una sorpresa?

Mika aprende mucho con Katia, como aprendió con Alfonsina Storni y con Salvadora Medina Onrubia en su momento.

Unas voces la arrancan de sus cavilaciones. Es Ilse Schwartz que habla con Hipólito, qué pesada. Mika no quiere ir a la cocina para no estropearle la sorpresa que él le está preparando. Pero tampoco puede dejarlo expuesto a la verborragia de Ilse. Se están riendo cuando Mika aparece en el vano de la puerta de la cocina.

–La señora Schwartz nos propone que cenemos juntos en el comedor, el señor Schwartz no está en Berlín esta noche –dice Hipólito con una sonrisa dibujada–, ¿qué decís?

Y Mika qué va a decir, si ya lo han decidido ellos, los dos muy sonrientes, Ilse le pone unos platos en la mano: Los lleva, por favor, querida.

En la mesa, una conversación que cuesta anudar y esa omelette con queso que se supone que Mika debe alabar, pero que le cuesta porque Ilse ya ha dicho tanto que qué puede agregar. Hipólito va a la cocina, ¿Te ayudo? No, quedate ahí, sentada, vuelve con un repasador sobre el brazo y una fuente que destapa histriónicamente, sus ojos que la miran y le sonríen:

–Mirá lo que te preparé –lo dice así, en argentino–: panqueques de dulce de leche.

Ella, una mueca que ni con esfuerzo es sonrisa, y si Hipólito se lo dice en singular y la mira así, ¿por qué están comiendo con Ilse? Pero se calla: Gracias, murmura.

Claro que no quería, le explica Hipólito más tarde en la habitación, pero me propuso cenar juntos, y qué iba a decirle. Debió inventarle una excusa, ¿no será que cocinó también para Ilse?, y con sorna: él que es tan gentil, tan simpático.

–¿Qué pasa, Mika? –en francés–. Invento, empujado por tu buen consejo de no desanimarme, lo que supongo una pequeña alegría para ti, para nosotros, y reaccionas de esa manera absurda, irracional.

–¿Por qué no reconocés que Ilse te gusta? No hay problema, yo puedo comprenderlo. Es una linda mujer, estúpida pero linda.

En francés puro y duro Hippo: le fastidia que ella pierda tiempo con esas tonterías, tiempo y concentración, la historia de Alemania, la del mundo los necesita. A Mika le duele más porque se lo dice en francés, y en francés las palabras del amor, ese amor que pidió de ellos otras palabras porque eran otros los cuerpos, el deseo. Y también en francés, ella insiste con esas palabras que no cree pero que ya no puede detener, una compulsión ciega: que le diga que Ilse le interesa, que lo reconozca. Me aburres, Mika. Y silencio.

Dos o tres frases ya desganadas, no más porque Hipólito calla obstinadamente, no responde y por primera vez en mucho tiempo, desde aquella crisis en la Patagonia, van a dormirse sin abrazarse, sin tomarse de la mano, sin desearse siquiera las buenas noches.

Dos o tres frases que cuando Mika las evoca unos días después, el 15 de enero

de 1933, mientras marchan por la Frankfurter Allee, la abochornan. Por eso aprieta la mano de Hipólito con fuerza, él le devuelve el gesto, con cariño, aquellas frases insensatas se han diluido y no han dejado en él ni sombra de rencor.

Las columnas comunistas avanzan como un solo cuerpo, por la Frankfurter Allee. El viento helado corta la piel, hace un frío glacial: quince grados bajo cero. En la Wagnerplatz se detendrán a escuchar los discursos, sólo los portabanderas podrán acercarse a las tumbas de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Los consejeros socialistas de Lichtenberg, donde está el cementerio, han prohibido manifestarse porque «puede molestar a los visitantes».

Cada vez más gente en la calle. La mano de Mika en la suya. Un largo sonido de clarín, y de todos lados la respuesta: Rote Front. Aunque a Hipólito le resulta algo teatral, imposible no conmoverse. Con tantos como son, y una dirección adecuada, podrían dar batalla al nazismo.

Todas las ventanas abiertas, en la Frankfurter Allee los cantos se elevan. Hipólito observa esas banderas rojas flameando, esos jóvenes marchando con paso firme, disciplinadamente, una fuerza conmovedora se desprende de ellos, ¿cómo pueden ser tan nefastos, tan inútiles sus dirigentes? Una sola voz que son miles de voces: Wir siegen trotz Hass und Verbot, Pese al odio y la represión, nosotros triunfamos. Le gustaría tanto creerlo…

–Mira –le señala Mika.

A pocos metros, cantando a viva voz, está Jan Well.

¿No sostuvo en la reunión de Wedding que no había que ir a la Wagnerplatz, que participar de las marchas del partido, antes de que se modificara la línea de dirección, era hacerle el juego al estalinismo? Pero allí está. Qué extraño.

Ruvin Andrelevicius supo, por boca de Etchebéhère, que Mika es de origen ruso, ¡que es rusa, de padre y madre rusos! Y entonces todo le cuadró, su parecido con Irina, la poderosa fuerza que de ella emana, la emoción cuando se unieron en el

canto.

Esa tarde, en la Frankfurter Allee, cuando Ruvin Andrelevicius vio a Mika Feldman, con su puño en alto, clamando Rote Front, sintió una emoción muy profunda. Emoción absolutamente inadecuada a la personalidad de Jan Well.

Jan es agudo, seductor, lúcido, puede mostrarse visceral en la defensa de una idea, pero no un sentimental como aquel joven lituano, Ruvin Andrelevicius, que fue a Moscú, cinco años atrás, en busca del paraíso. Lo encontró, pero Ruvin ya no existe. El soldado 32, después de un largo entrenamiento, logró sepultarlo y, no sin dolor, hizo renacer de él a un eficiente agente de la GPU, la policía política soviética. Ahora Ruvin Andrelevicius es Jan Well, el hombre que reunió en Alemania a esos grandes hijos de puta renegados, perros traidores, enemigos del pueblo ruso y de Stalin, y los dividió en dos grupos, y los seguirá partiendo y debilitando hasta hacerlos añicos. Ésa es su misión. Para lograrlo, Jan se finge un traidor más, como Landau, Andreu Nin, Sascha Müller o Alfred Rosmer. Como ellos –ésa es su ventaja– se acerca y se distancia del PC y de Trotski, según convenga.

Jan Well no debió ir a la plaza, por mucho deseo que tuviera de palpitar esas grandes manifestaciones como aquellas en las que Ruvin templó su espíritu. Lo importante es la convicción y la obediencia, no el deseo, le diría su mentor de la Policía Política Soviética.

Él había dicho en la reunión de Weding que no había que engrosar las columnas del KPD antes de que se produjera el cambio en la dirección. Pero no es grave cambiar de idea para Jan Well, se tranquiliza, de hecho es una de las bases de su personalidad, ya lo hizo varias veces en esos tres años en Alemania, él no es un necio, está abierto al debate de ideas, como le dijo a Etchebéhère camino a la Wagnerplatz: Fuiste tú, Hippolyte, quien me convenció en la reunión del miércoles de que había que ir.

Mika no parecía escucharlo, ya la ha visto otras veces fingir para que su marido no se dé cuenta de ese temblor que la sacude apenas lo ve. Estaba dándole a Etchebéhère sus razones cuando ella, contagiada de los ánimos de los camaradas, levantó su puño y gritó Rote Front con toda su fuerza.

–Rote Front –respondió Ruvin, exaltado.

Por suerte Jan, que no en vano llegó donde llegó, supo poner coto a ese

entusiasmo, y dijo: Tú tenías razón, Hippolyte, somos comunistas, Rote Front, más allá de lo que haga el Komitern, y Stalin, somos comunistas, Rote Front.

Pero cuidado, Jan, se advierte a sí mismo, esa mujer ruso-suramericana tiene la capacidad de encontrar, bajo las muchas capas de disciplina, a Ruvin.

Él tiene una importante misión que cumplir y no puede exponerse. ¿Está claro?, se pregunta a sí mismo el ex soldado 32. Sí, lo está, responde en la piel de Jan Well, con la certeza de su responsabilidad en la historia.

Podíamos haber sospechado aquella tarde que lo descubrimos en una de las manifestaciones del KPD, aunque también nosotros estábamos ahí, y miles de camaradas más.

Que estuviera en la Wagnerplatz contradecía la posición que había tomado en la última reunión de Wedding. A Hippo le sorprendió más que a mí, que no le creía nada, mucho menos la absurda excusa que dio: que habíamos sido nosotros quienes lo convencimos.

Sin embargo, en la Wagnerplatz, su presencia no me disgustó como otras veces. Con su puño en alto, y el Rote Front, había en Jan Well una convicción, una verdad que nunca le había visto. También a Hippo le llamó la atención.

Pensamos que debíamos averiguar más sobre el camarada Well, pero pocos días después se anunció lo de la Bülowplatz, y ya nada más importó. En la reunión del grupo Wedding sólo se habló de lo que habría de pasar si los nazis lograban su cometido.

19

Berlín, 1933

Cuando lo leyeron el martes en la primera plana de los periódicos no podían creerlo: el domingo 22 de enero los nazis se concentrarán en la Bülowplatz, frente a la casa de Karl Liebknecht. Con el pretexto de concurrir al cercano cementerio St. Nicolai a honrar a Horst Wessel, el fundador de los SA en Berlín, pidieron y obtuvieron autorización para realizar su acto. Miles de nazis con sus banderas, sus canciones, ensuciarán la Bülowplatz.

«Muerte a la comuna», corearán frente a la sede del Partido Comunista. «Teñid los cuchillos con sangre de judíos», cantarán en el corazón del Scheunenviertel, el barrio judío de Berlín.

En las fábricas, en la escuela donde estudian, en la calle, en las plazas y en el tren se habla de la manifestación de los nazis en la Bülowplatz. Hipólito y Mika compran todos los periódicos, y anotan lo que leen, viven y reflexionan en su cuaderno de tapas forradas en papel araña azul.

Una provocación inaudita, no sólo a los comunistas, a toda la clase obrera. Lee, Mika, lo que dice la prensa liberal, el Berliner Tageblatt aconseja a la policía dar marcha atrás, y denegar el permiso acordado a los nazis. La central de sindicatos reformistas advierte al Ministerio del Interior de las funestas consecuencias. No se animarán, Hippo, la prohibirán, si hasta la DAZ, órgano de la industria pesada, declara que las decisiones rápidas no son las mejores y que la situación económica y social de Alemania exige ante todo calma, y que las víctimas de la Bülowplatz –dan por sentado que habrá víctimas– no van a contribuir a asegurar la calma.

Y un camarada de la escuela: Buscan nuestra reacción para prohibir el partido. Herr Schwartz, preocupado: Esto puede ser muy grave. Y el hombre con quien suelen charlar en el café: Schleicher hablará con el ministro de Interior, el doctor

Bracht, y se ocupará personalmente, espero que la prohíban, hay que aprender a meditar este tipo de resoluciones.

La Rote Fahne, el órgano del Partido Comunista Alemán, pide a los obreros berlineses que envíen cartas de protesta y obliguen al Gobierno a recular. ¿Cartas de protesta?, ¿es todo lo que se les ocurre? El Partido Socialdemócrata, consecuente hasta el fin, declara que esta provocación es posible porque el PC mantiene dividida a la clase obrera, qué cretinos; los obreros socialistas, disciplinados, se abstendrán de manifestarse el domingo, declaran, más interesados en descalificar al comunismo que en oponerse al nazismo. Cierto que el PC se cansó de señalar a la socialdemocracia como el principal enemigo. Irresponsables los dos, los nazis nos van a trepar a la nariz, Hippo.

–¿Pero qué dirección, en concreto, está proponiendo el partido? –se desespera Hipólito.

–No osarán –afirma un hombre del grupo que se ha reunido espontáneamente en la Bülowplatz el día antes–, apuesto que en el último momento prohibirán la manifestación de los nazis.

–Los nazis la harán, dalo por cierto. Y correrá sangre –sentencia una mujer mayor.

–Y nosotros ¿qué haremos? ¿Lo permitiremos?

De todos tus documentos es el cuaderno que escribieron en Alemania el que más me ha costado develar. Extrañas siglas de partidos o asociaciones, frases sueltas en alemán incrustándose en el texto en español, recortes de distintos periódicos alemanes del 18, 19 y 20 de enero de 1933, la apretada caligrafía de Hipólito alternándose con tu inclinada letra, palabras apuradas, por arriba del renglón, por abajo, con la urgencia de dar cuenta de los hechos, Hitler en la puerta, y el nazismo mordiéndoles los talones.

Al leer una y otra vez esas páginas tuve la dimensión de lo que aquel hecho significó, pude sentir el temblor y la fuerza de ese puño que se cerraba no en alto sino en el bolsillo, apretado de impotencia. Descifrando las letras, las complicadas siglas, haciendo traducir los recortes de periódicos, la Bülowplatz del cuaderno cobraba vida, se cargaba de nubes amenazantes, porque allí, lo

decía la derecha, la prensa liberal, la gente por la calle, los compañeros de la escuela, habría sangre, allí se jugaba la escalada del nazismo al poder, y la torpeza de los dirigentes comunistas y socialistas, obnubilados por su mutuo odio, impedía percibirlo.

Hasta último momento creyeron que alguien lo iba a parar, pero no, el presidente se reunió con el canciller, con el jefe de Policía, y lo convencieron de que no había motivos para suspender la manifestación, de que el Estado estaba por encima de los partidos y necesitaba afirmar su autoridad.

Y el domingo 22 de enero, los nazis se concentraron frente al caserón de Karl Liebknecht, sede del KPD.

Todos los accesos a la plaza están cortados. Policías armados hasta los dientes recorren las inmediaciones.

Mika e Hipólito caminan, conversan con distintas personas que, como ellos, han intentado acercarse a la Bülowplatz, sin una idea precisa de lo que harán. Qué vamos a hacer, qué deberíamos haber hecho. La indignación, la rabia, un profundo desconcierto. Socialistas y comunistas hablan, discuten, Rote Front, grita alguien, una columna parece armarse pero un carro blindado, donde asoman cuatro ametralladoras, la frustra.

–Circulen, circulen– ordena la policía una y otra vez.

–El partido debió mandar que se concentraran en los barrios para impedir la manifestación nazi.

–El partido dijo que nos juntáramos en las inmediaciones de la plaza.

–¿Qué decidió en verdad el partido?

No se sabe, los responsables no confirmaron una orden. ¿Y cuántos son ellos, militantes comunistas y algunos socialistas, en el gran perímetro de la Bülowplatz? Miles, pero en grupos aislados, incapaces de una acción eficaz, inútiles, impotentes.

En la tragedia del pueblo alemán, la Bülowplatz fue un punto culminante, un momento decisivo. Qué amargura sentimos esa noche al volver a casa, los brazos caídos, derrotados. A partir de entonces los acontecimientos se precipitaron a gran velocidad.

Pocos días después, en la misma plaza, hubo una contramanifestación del Partido Comunista impresionante. Ciento veinte mil personas llegaron desde los barrios más lejanos. Hacía un frío terrible. Nos detuvimos en una esquina a verlos pasar. Decididos, fuertes, formidables. Porque Hippo me lo sugirió, pude imaginarlos como combatientes, la mayoría eran aptos para la lucha armada, pero de inmediato rechacé la idea.

Yo tenía dificultad en aceptar el camino de las armas, en cambio Hippo se preparó desde muy joven –y sobre todo a partir de lo sufrido en Alemania– para manejarlas. Ironías del destino, yo iba a usarlas más que él.

Esos jóvenes alemanes que admiramos en aquella esplendorosa manifestación habrían de convertirse en la carne de cañón de la Segunda Guerra Mundial, qué infamia.

Ni diez días habían pasado de la manifestación de los nazis en la Bülowplatz, cuando Hitler fue nombrado canciller. Un conjunto desafortunado de maniobras políticas le permitieron alcanzar el lugar por el que venía peleando desde 1925. Escalofriante la entrada triunfal de los nazis con sus antorchas por la Brandenburger Tor. Desde entonces, los disturbios se multiplicaron: palizas, asesinatos, amenazas de prohibir el KPD, descaradas consignas antisemitas, socialistas y comunistas reprimidos.

El frente único entre los partidos socialista y comunista, la unión de la clase trabajadora, hubiese podido frenar el nazismo. Hubo algunos intentos interesantes, una llama de ilusión se encendía en la gente con el cántico de Rote Front para apagarse en cuanto intervenían los dirigentes comunistas y socialistas, con sus mutuos odios y sus políticas absolutamente desligadas de las masas. Y el militante de base, perdido. Junto a una abnegación y un valor individuales admirables, una enorme paralización y desorientación como clase.

Mientras tanto, los nazis iban ganando posiciones.

En Ilse Schwartz tuvimos la oportunidad de observar, en unos pocos meses, el efecto tóxico del nazismo, la transformación que sufrió gran parte de la sociedad.

Ilse votaba la socialdemocracia, pero después de las elecciones de noviembre, y de las charlas con nosotros –con Hippo, mejor dicho– se convirtió en una rabiosa anticapitalista, comunista hasta la punta de las uñas: Hitler caerá como cayeron los otros, afirmaba, pero bastaron los discursos del Führer por la radio, algunos comentarios escuchados en el mercado, para convencerla de que había que darle una oportunidad: Hitler va a dar trabajo a los alemanes, que es lo que nos hace falta, la gente tiene tantas esperanzas en él…

Pobre Ilse. Yo la detestaba, tan curioso me resultaba su comunismo visceral, en vista de la terrible desconfianza que le inspiraban los obreros, como su entusiasmo con Hitler, teniendo en cuenta que era judía. Judía alemana, decía, como si eso fuera una gran diferencia.

Más duro que los errores de Ilse Schwartz eran para nosotros los de los camaradas de la escuela donde estudiábamos: No hay que preocuparse, Hitler en el poder no dura ni un mes, nos va a ser más fácil convencer a los obreros engañados por él, si prohíben el partido, renacerá fortificado.

Y la oposición al estalinismo, astillada por las disputas internas. El grupo Wedding, en franco camino hacia la ruptura, en la que Jan Well tuvo un lugar conspicuo. Sabía lo que hacía en aquella reunión en la que las posiciones se radicalizaron hasta tal punto que se llegó a plantear la disolución del grupo, pero su juego no habría de ser destapado hasta muchos años más tarde.

Al salir de la reunión, Hippo, convencido de que estábamos todos alterados por lo que sucedía, pero que Jan Well actuaba de buena fe, le pidió que fuera más prudente. Las posturas exaltadas estaban amenazando la cohesión del grupo, le explicaba con paciencia aquella fatídica noche que habría de quedar marcada a fuego en nuestra memoria, no sólo por el incendio del Reichstag. Los policías por un lado y Jan Well por el otro nos llevaron a los laberintos del infierno.

Un frío intenso y seco. Mika camina en silencio, entre Jan e Hipólito. Prefiere no intervenir en la discusión, tampoco serviría porque, con astucia, Jan ha logrado dar vuelta las palabras, y ahora parece estar de acuerdo con Hipólito. Es a él a quien se dirige cuando habla, pero Mika está en el camino de esos ojos tozudos.

Jan se ha puesto a su lado, y ella no quiso darle importancia al gesto. El otro día Hipólito le preguntó si había alguna razón que él ignorara por la que Mika le tiene tanta rabia a Jan Well. Una razón que va más allá de las desavenencias ideológicas, aclaró, delicado. No, cómo va a haber algo que Hipólito no sepa si están siempre juntos, lo que fuera se lo diría, una pizca de culpa porque varias veces, ahora mismo, mientras caminan por la calle, ella intenta disimular eso sucio y pegajoso que hay detrás de la mirada de Jan Well, ignorándola.

Aunque quiera desentenderse, esos ojos calientes la salpican, y lo que infiere de ellos a Mika la avergüenza, pero para qué preocupar inútilmente a Hipólito. Alguna vez le ha dicho, como de pasada, que el camarada Jan Well es un mirón.

–Y tú qué piensas, Mika –Jan la quiere implicar en la discusión que sostiene con Hipólito.

El hombre que pasa corriendo la libera de responder.

–El Reichstag está en llamas –anuncia.

¿Qué? No pueden creerlo, pero los que están en la esquina dicen lo mismo: enorme incendio en el Reichstag. Lo comprobarán con sus propios ojos, dice Hipólito, y avanzan por Friedrichstrasse en dirección al Reichstag.

–Y quién puede haber hecho tal locura.

–Los comunistas, los comunistas, ¿quién va a ser?

Y Mika: ¿Qué interés pueden tener en incendiar el Reichstag?

Es evidente que la objeción desagrada a los tres jóvenes con quienes hablan, una chispa al borde de desatar otro incendio. Se miran entre ellos como preguntándose qué hacen, y antes de que se decidan: Vamos, ordena Jan Well. A algunos metros, varios policías. Los comunistas incendiaron el Reichstag, les dice, asustada, esa señora mayor. Otra vez. Es una fuerte provocación de los nazis, quizás no sea prudente llegar hasta allí, podrían detenerlos.

Salen de la avenida, se escabullen por la Auguststrasse. Unos gritos estallan en la Sophienstrasse, por donde han doblado. Un grupo de gente que corre, un joven, casi un niño, es arrastrado de los pelos por un schupo. Hipólito intenta interponerse, pero otro policía surge de las sombra de la noche, y otro más,

cuántos son, órdenes a gritos, carreras, confusión, unos brazos envuelven con fuerza a Mika y la empujan hacia el vestíbulo de un edificio. Entran.

Jan Well ha actuado con rapidez. Mika quiere volver a la calle, gritar, impedir que los schupos se lleven a Hipólito, ¿Qué quieres?, ¿que te detengan a ti también?, presos no podremos ayudarlo a salir. Esta vez no le falta razón a Jan, aun con sus diferencias, es un camarada, el corazón a golpes porque afuera su amor, en peligro. La mano férrea de Jan la conduce. El gran patio, con los dos edificios a los costados. Prueban una puerta, cerrada, la otra también, la del Hinterhaus, al fondo, cede, la escalera, sube, Mika, el aliento agitado de Jan, cómo puede sentir ese miedo, esa aprehensión, esa burbuja inquieta bailando por su cuerpo, Jan Well la está protegiendo, están juntos en esto, habló en plural cuando dijo que podrán ayudar a Hipólito, es un camarada y afuera está el enemigo, no es momento para estos recelos.

–Te quedas aquí, quieta –la cara de Jan tan cerca de la suya–, yo iré a ver qué pasa con Hippolyte y vuelvo. Confía en mí, saldremos de ésta.

Ojalá. Diez minutos, una eternidad de oscuros presagios en el rincón del pasillo de la quinta planta. Pasos, por suerte Jan, no alguien que vive en ese departamento: No podemos salir, Mika, está plagado de policías, un murmullo encendido, aquí estamos a salvo.

–¿Hippolyte?

Ese negar con la cabeza de Jan la desespera, se escabulle y baja, pero antes del primer rellano él la retiene, le agarra la cara, los dedos en los labios de Mika, una desesperación que acaricia, y al oído: que no puede irse, que por favor razone, que deje ya de hacer ruido o alertará a los vecinos. Mika forcejea para liberarse, Jan Well más calmo, conciliador: Lo soltarán esta noche o mañana, y si no, yo conozco un abogado, me ocuparé de Hippolyte, pero ahora sube, Mika, no nos pongas en peligro.

La mano de Jan Well toca levemente su cintura, apenas un instante, como si el gesto se le hubiera escapado, y Mika sube las escaleras, en el rellano se pega a la pared, le gustaría ser un relieve del muro, invisible. A pocos metros, Jan Well la mira, puede escuchar su respiración, puede oler su deseo. Una oscuridad crispada. Lo ve avanzar morosamente y presiente que será difícil evitarlo. Los brazos de Jan abiertos, sus manos apoyadas contra el muro, Mika, en el medio,

encogiéndose: Cuidado, camarada, trata de amansar la fiera, el torso de Jan en una proximidad amenazante: No temas, no te haré nada, su cara tan cerca: Déjame olerte, sólo olerte, te amo, te amo en francés en alemán, en… ¿ruso?, la boca de Jan roza el cuello de Mika, y como si ese mínimo contacto lo precipitara al abismo, sus manos ávidas recorriéndola, su espalda, su culo, suéltame, Jan, sus pechos, su vientre, déjame, el cuerpo de Jan Well frotándose contra ella, imponiéndose, ese deseo atroz que la ensordece, la vulnera, la envuelve, la ensucia, déjame Jan, debilitada, la mirada perdida en la claraboya del cielo raso. Si te gusta, lo sé, la respiración en su cuello, se ve a sí misma desde arriba, dime que te gusta, a expensas de este crápula, cubierta de ignominia, y un súbito impulso le alza la pierna y patea, patea ahí con toda su fuerza. Y acierta. Las manos de Jan Well soltándola para ir a juntarse una con la otra y cubrir el dolor, el pavoroso dolor físico, y la humillación, un murmullo feroz que se le dirige, shlyuha, una palabra que Mika no conoce, pero que nada le cuesta imaginar: puta.

Mika gana rápido el otro lado del descansillo, la escalera, Jan aún puede agarrarla y pegarle y violentarla, el cuarto piso, y hasta matarla, un escalón y otro, el tercero, pero no lo hace, el segundo, no lo hará, porque lo que él quiere, ¿será posible?, es seducirla.

El patio helado y la calle le resultan acogedores. A rescatar a Hippo ahora. Un abogado. Kurt y Katia.

Hubo arrestos en masa esos días, cuatro mil militantes comunistas y unos cuantos socialistas. A Hipólito lo liberaron a la mañana siguiente. Tuvo suerte. Y no era judío. Quién sabe si me hubieran llevado a mí, o a Kurt o a Katia, si habríamos logrado salir. Fuimos más cautelosos después de aquel susto. Aunque para fin de febrero ya todo había cambiado. Esas calles populares que tanto nos habían conmovido pocos meses antes con su entusiasmo político estaban vacías, ni una bandera, ni una conversación. Abandonadas por los trabajadores, desoladas. Ni comunistas, ni socialistas, en algunos lugares hasta los nazis mismos se retraían, como si se hubieran contaminado del terror que imponían.

La campaña del nazismo estuvo centrada en la destrucción del marxismo: «Uno de los dos saldrá vencedor, o el marxismo o el pueblo alemán», en la misma bolsa socialistas y comunistas, y los últimos catorce años de gobierno en

Alemania.

Hubo algunos intentos de frente único, socialistas y comunistas, que encendían la esperanza, pequeños acuerdos que terminaban diluyéndose en mezquinos enfrentamientos, injurias, porque el gran acuerdo, el único que podría haber articulado la resistencia al nazismo, la respuesta de la masa trabajadora que temía la burguesía, no se produjo. Ni unos ni otros tuvieron la voluntad política de llevar adelante el frente único.

Las provocaciones continuaron, tres veces los nazis se apoderaron de la Bülowplatz. De la última, unos días antes de las elecciones de marzo, fuimos miserables testigos.

Estábamos en el hall del cine Babylon, frente a la Bülowplatz, cuando llegó un grupo de SA a homenajear a su creador, Horst Wessel, mártir y poeta, venerado héroe de los nazis. Presenciamos una de esas coreografías a las que eran tan afectos los nazis: golpe de talón, media vuelta, los mamarrachos con sus camisas pardas alineados, brazos en alto saludando, grito de orden, pasos marciales.

Tres SA entraron a la casa de Karl Liebknecht, subieron al tejado, y poco después vimos flamear en el mástil la bandera con la cruz esvástica.

«¿Dónde están los comunistas?» «En los sótanos», coreaban unos días más tarde en esa teatral marcha de antorchas, que se realizó en varias ciudades alemanas simultáneamente. Nosotros nos apostamos en la esquina de Friedrichstrasse con Unter den Linden. Escalofriante aquel «despertar de la nación», pergeñado por la siniestra imaginación de Goebbels.

Y los comunistas con su disparatado discurso: «Cuanto peor, mejor», «Con Hitler la situación internacional se pondrá más aguda y acelerará la revolución». La insensatez no tiene límites.

Como la de Ilse Schwartz, con quien conversamos al llegar a la casa. Estaba eufórica, había seguido por la radio, paso a paso, toda la marcha de las antorchas y lo que pasó en la sala de Königsberg, donde habló el Führer. Le había emocionado –nos contó– esa multitud filonazi gritando hasta el paroxismo: Heil, Heil, Hitler. Y cuando él dijo: Volksgenossen, Volksgenossinnen, compañeros y compañeras del pueblo, sintió que le hablaba a ella.

¿Y había escuchado por la radio, le pregunté sin piedad, cuando gritaban: «Por el

viaje directo, sin retorno, de los judíos a Palestina»?

Pero a los que no quieren son los judíos de Galitzia, a los polacos, nos explicaba, nosotros somos alemanes. Tampoco a ella le gustaban esos gallegos de la Grenadierstrasse (a poca distancia de su casa), ni esos polacos que se enriquecieron en Alemania después de la guerra.

Fueros días siniestros, escandidos por los gritos destemplados de Hitler y una sociedad que parecía crepitar a su ritmo. Y el 5 de marzo, como era previsible, el Partido Nacional Socialista arrasó en las urnas: el 44 por ciento.

Como en las elecciones anteriores, Hippo y yo fuimos a Wedding. Qué enorme diferencia en esas calles patrulladas por nazis armados con revólveres, y guardias de asalto en motos, esas fachadas donde sólo la ausencia de banderas mostraba que aún eran comunistas o socialistas. En los locales donde se votaba apenas si se veían pancartas de la lista 3, la comunista. Increíble que sólo hubieran pasado cinco meses.

–Estamos vencidos. Y vencidos ignominiosamente –decía Hippo–, destruida nuestra enorme esperanza en Alemania.

Nunca, ni en el sanatorio, lo vi tan deprimido. Y nervioso.

Esa noche, después de las elecciones, nos quedamos hasta tarde deambulando por las calles, buscando conversación y consuelo, aunque no fuera más que para descargar.

–Los obreros tienen armas –repetía– y están organizados por barrios, se defenderán, correrá sangre y caerán los mejores.

Al día siguiente, Hipólito tenía mucha fiebre y no fuimos a la reunión del grupo Wedding.

Katia nos contó que la fractura del grupo era inminente.

Un número considerable de militantes de la izquierda antiestalinista, tanto en el grupo liderado por Landau, como en el que seguía a Trotski, decidió volver al partido. ¡En esas circunstancias!

Jan Well había cumplido con su objetivo. Mientras otro agente de la GPU había

logrado sembrar la discordia en el grupo trotskista. «Las perspectivas de Trotski para Rusia y para Alemania ya no son válidas», declararon, y el grupo se fracturó.

La izquierda, dividida en no sé cuántas facciones, con enfrentamientos ideológicos y personales profundos, no pudo ejercer la menor influencia sobre los hechos, tan minúscula, tan paralizada y desconcertada como el conjunto de militantes del Partido Comunista alemán.

Mika nunca le dijo a Hipólito lo de la noche del incendio del Reichstag, se lo contó parcialmente, el edificio, el escondite en la quinta planta, pero no que ella se fue corriendo, con la imagen de Jan Well partido de dolor y humillación. Dejó entender que le parecía un miedoso, algo cagón el camarada, una risa y nada más. Para qué lastimarlo inútilmente, ya bastante dolor le causaba lo que sucedía.

Sólo a Katia se lo contó. Jan Well había roto con el grupo Wedding, no tenía por qué sentirse violenta, no se cruzarían más.

Pero te equivocabas, porque en España tu vida y la de Jan volverían a cruzarse.

El vecino de la segunda planta aporrea su piano hace cuánto tiempo ya, por favor. El Horst Wessel Lied trepa por la escalera del edificio, burla puertas y muros, y se instala en el cuarto de Hipólito, aplastándolo. No tolera ese espantoso himno hitleriano, y Mika no está para calmarlo, fue a encontrarse con Katia. Se tapa la cabeza con la almohada, pero lo sigue escuchando. Tiene los nervios destrozados. Todo lo altera.

Hace un rato le habló muy mal a Ilse, pobre mujer, la hirió y no hubiera querido. En cuanto Mika salió, ella golpeó a la puerta del cuarto, si quería un licor, un té, él rehusó, que lo disculpara pero no, no estaba de humor para conversar, iba a pensar, a leer, y ella insistió que por qué estaba de mal humor, y se acercó, con su perfume y su hermoso cuerpo bamboleante. Hipólito, que ya conoce el juego y sabe esquivarlo, hasta con elegancia y humor a veces, le soltó que cómo quería que estuviera con la terrible derrota que estaban sufriendo, cortada toda esperanza.

El gesto de Ilse de consolarlo, y el piano del vecino con el Horst Wessel Lied, demasiado, y él, absurdo: que qué piensa ella que ha conducido a tal desastre, que deben tratar de comprenderlo, de establecer responsabilidades, Ilse sonriendo, buscando en el aire una respuesta para satisfacer a ese energúmeno que seguía hablándole como si ella fuera un camarada: No hay que evitar el debate, Ilse, y hacer como si nada hubiera pasado, ni quitarse el peso de la derrota. Tan sin sentido esas palabras a una Ilse que aún intentaba un gesto de acercamiento, una ternura: Mi querido Hippolyte, cálmese, y su propia voz, como si no fuera suya, crispada: que todos son responsables, la Internacional Comunista, esos canallas burócratas del partido, las organizaciones obreras, la socialdemocracia, los débiles, los tontos, los indiferentes, y fue casi un grito, aunque no haya levantado la voz: todos, Ilse también, el susto en sus ojos, cómo puede apoyar a Hitler, cómo.

Ella giró sobre sus talones y salió del cuarto, Hippolyte la siguió por el pasillo: que se vayan de Alemania, deben marcharse, a ver si lo entiende, son judíos ellos, ju-dí-os, escoria para los nazis. Maleducado, le gritó Ilse, histérica, y se refugió en su dormitorio. Después escuchó el llanto pero no atinó más que a volver a su cuarto.

El piano sigue una y otra vez. El abrigo, los guantes, el patio, la calle. Esperará afuera que llegue Mika.

En el portal, desde otra ventana, lo ataca el lied Horst Wessel, una voz de mujer lo canta. Hipólito no huye, se planta ahí, a escucharlo palabra a palabra, como si tuviera que hacerlo para comprender algo que de otro modo se le escapa. Entiende todas las palabras –ha aprendido bien el alemán en pocos meses– y le duelen en todo el cuerpo.

Entra al edificio, sube la escalera, abre la puerta.

–Ilse, por favor, abre, quiero hablar contigo.

Ella entorna la puerta, con cautela.

Hipólito le pide perdón, sinceramente, se arrepiente de todo lo que dijo, pero por favor, que se vaya, eso sí es cierto, y ahora mismo, ellos también se van de Alemania.

Ilse llorando: que no, que cuándo, que por favor no la deje, es por eso que la

trató tan mal, ahora lo entiende, a ella le pasa lo mismo, ella también...

Y como una catarata, entre lágrimas e hipos, deja caer esa historia de amor imposible, que Hipólito no se atreve a desmentir. ¿Para qué? Que crea lo que necesite.

Claro que la quiere, Ilse, por eso le pide que convenza a su marido y que huyan, él los ayudará. Hay un barco que sale de Hamburgo para la Argentina, les dará cartas para amigos que los ayudarán a instalarse y conseguir trabajo.

El llanto de Ilse detenido: ¿Le parece que podrían poner el negocio de arreglo de pieles en la Argentina?, ¿se usan abrigos de pieles allá? Sí, le dice Hipólito sentándose a su lado en el sofá, y les irá bien. Toma la mano que Ilse le ofrece, y le cuenta de su padre y los teléfonos que fue a instalar, y de la casa de dulces de la familia de Mika, y otras historias de esa tierra tan lejana, parece que hiciera siglos que se fue.

–Y tú, Hippolyte, ¿volverás a Argentina?

–Sí, claro, algún día.

–Y nos encontraremos –afirma Ilse.

Ninguno de los dos lo cree, pero ella, como sellando un pacto, le ofrece su boca, y él le da un beso suave.

Tan suave, tan breve, tan leve que podría dudarse de que existió y sin embargo a Ilse le dio el envión para hacer frente a esa ardua empresa de dejarlo todo, su departamento sobre el patio en la Wadzeckstrasse 33, los puentes sobre río Spree, el mercado, sus cositas, su amada Berlín, su idioma, para subirse al barco que los llevaría a Buenos Aires en marzo de 1934.

Ni su esposo, Karl, ni su hijo Carlos lo supieron, pero a su hija Rachel, Ilse, ya mayor, viuda hacía años, le habló de aquel beso de Hippolyte, que con la rica pátina del tiempo se había cargado de pasiones y ternuras. «Me sorprendió, pero no le guardo rencor a mi madre por aquella infidelidad, dice Rachel, al fin ese sueño los ayudó a huir a tiempo de Alemania. Y a venirse a la Argentina, y darnos la vida a nosotros.»

Tampoco Hipólito debe haberte contado lo que pasó aquella tarde con Ilse, lo

juzgaría innecesario, sólo te pidió que ayudaran a los Schwartz. Y le escribiste una carta a tu amiga Salvadora Medina Onrubia de Botana.

En Berlín llovía cuando nos fuimos. Y nosotros estábamos muy tristes. Tanta esperanza hecha añicos. Hippo tuvo que ponerse duro con los Schwartz para que no nos acompañaran a la estación: No nos gustan las despedidas, por favor, Ilse, no insista. Su exagerado llanto nos violentaba a todos. Su marido la sujetó con fuerza por los brazos, y yo cerré la puerta. Hippo dijo que lloraba anticipadamente su propia partida de Berlín, yo sentí que había algo más, pero me guardé de comentarlo.

Katia viajó con nosotros a París. Kurt nos alcanzaría en cuanto organizara las tareas de Wedding y terminaran de discutir y publicar el documento en esa hojita bimensual que servía de difusión. Le costaba arrancarse de su grupo, de los catorce camaradas que quedaban. Pero Kurt y Katia eran de origen judío, como yo, y las razias ya habían comenzado.

Desde París podríamos trabajar bien, nos tratábamos de animar mutuamente. «Para un revolucionario no hay callejón sin salida, sino un problema a resolver» era una frase de Hippo. En aquel largo y amargo viaje en tren, yo tuve que recordársela.

20

Madrid-Pineda de Húmera, noviembre de 1936

Por fin, camino al frente, Mika descansarádel crispado descanso de Madrid en la nueva trinchera. No más discusiones sobre cómo situarse en este nuevo escenario político, donde vuelven a usarse los grados del ejército regular y ya se escucha la consigna de mando único. Los sindicatos y partidos siguen conservando el control de sus columnas, pero ¿por cuánto tiempo?

La ansiada y temida ayuda soviética ya está ahí. El 28 de octubre de 1936, tres largos meses después de la llegada de los aviones italianos y alemanes para apoyar a los rebeldes, llegaron a España los primeros tanques soviéticos; el 11 de noviembre, los aviones soviéticos cruzaron el cielo de Madrid, y con ellos, un sólido equipo de consejeros soviéticos, militares y económicos, y agentes de la GPU, la policía política soviética. Lo que anunciaron los camaradas en la reunión de Perigny, que Mika no quiso escuchar, ya se está cumpliendo. La campaña contra el POUM se ha desatado, un zumbido creciente de injurias envenena el aire.

Mika ya no quiere hablar después de esa reunión en el cuartel en la que perdió los estribos: que las tan ansiadas armas y los técnicos, muy bien, que las Brigadas Internacionales, perfecto, pero los soviéticos acabarán por imponer su ley, que es la de Stalin. Había pasado horas escuchando a sus camaradas del POUM, y estaba muy cargada. Y que la responsabilidad del Gobierno de la República, que la del PC, y que si el POUM pierde autonomía...

–Calla –le gritó Valerio–. Todo eso es cierto, pero te equivocas al decirlo, desmoralizas a los milicianos. ¿De qué sirve? La guerra hay que ganarla, y los internacionales pueden ayudarnos. A mí, mientras me quede un latido de corazón, seguiré combatiendo.

–Tienes razón, Valerio, me he exaltado.

Mika le pidió al comandante que hablara él, que conoce mejor la historia, con los milicianos. Al fin Mika sólo entró a combatir con el POUM, porque es la organización que más afinidad tiene con el grupo de oposición Que Faire al que pertenecían en París, porque allí estaban las armas, porque una columna motorizada...

Y es evocar ese momento y una tempestad desatándose en su cuerpo, un dolor agudo, penetrante, vidrios rotos en su garganta, algo que se aprieta, sin piedad, en sus entrañas. No puede permitírselo, no ahora, que va al frente.

La otra noche, en Madrid, cuando, huyendo del patético espectáculo de los refugiados en el metro, Mika salió a la calle y caminó sin rumbo fijo, sin darse cuenta, fue a parar a la puerta de su casa. Su casa, aunque apenas había podido vivir allí unos días, tantas ilusiones puestas en ese proyecto que compartieron con Vicente y Marie-Louise... ¿Cuántos siglos hacía desde que salió de ese piso aquella tarde de calor? Apenas unos meses.

Mika se clavó frente a la puerta, sin atinar a nada, ni a llamar ni a seguir su camino. Vicente Latorre estaba en el frente de Lérida, le habían dicho, pero ¿sería posible que su querida amiga Marie-Louise y su pequeño Jacques aún estuvieran ahí? No lo creía, seguramente habían huido a Francia.

En ese piso estarían sus libros, sus cuadernos, su manta de la Patagonia, aquel vestido color malva que le regaló Hippo, las cartas, aquella en que le decía que… Como si un obús hubiera estallado en medio de la calle Meléndez Valdés, Mika corrió hasta la esquina, giró y bajó la cuesta a toda velocidad por una calle estrecha, una plaza, árboles, más calles. Uno a uno iban desatándose esos nudos firmes, añosos como los de los castaños del Val-de-Grâce, que se habían formado en su cuerpo, las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas, lo que empezó como un sollozo furtivo, apretado, fue ganando espesor, fuerza, a medida que corría desesperadamente en la noche oscura de Madrid.

Una explosión lejana y el resplandor que iluminó el cielo por el oeste detuvieron esa huida extraviada. Mika aminoró la marcha, intentó relajarse.

Cuando llegó al cuartel de la calle Serrano, ya había recuperado la compostura, pero esquivó la mirada de los milicianos que la esperaban despiertos. Las huellas del llanto en su rostro podían delatarla.

Ya lo sabía, pero esa noche tuvo la seguridad: la retaguardia le hacía mal, la

debilitaba.

Esas inevitables y tantas veces estériles discusiones políticas; esa gente deambulando de un lado a otro por las calles de la ciudad, buscando refugio; los niños que ya distinguen los sonidos de los aviones que pueden matarlos; las estaciones de metro, esas siniestras cuevas, trincheras sin cielo, donde se funden en un solo miedo las más diversas personas.

Y los recuerdos que pueden asaltarla a la vuelta de la esquina, esa vida que fue, que pudo haber sido y ya no.

No quiere ni pensar, todo lo que está fuera de esa guerra le es hostil, doloroso. En el frente hay que vivir al día, no hay tiempo para reflexiones, le escribió a Katia ayer.

Qué alegría la carta de Katia que le trajo Juan Andrade desde Barcelona. Están muy animados, el desarrollo revolucionario de España dará un fuerte empuje a la orientación del movimiento obrero internacional, le escribe, lo están viviendo día a día, militantes de diversas organizaciones, socialistas y comunistas de todo el mundo quieren incorporarse a las milicias. Barcelona se ha convertido en el nuevo centro donde los revolucionarios se dan cita. El POUM no tiene tiempo ni quiere tomar parte en discusiones ni intrigas de los grupos y ha nombrado a Kurt coordinador y consejero político para limar sus diferencias y sumar fuerzas. Lo que Landau viene soñando hace años, un nuevo Zimmerwald, lo ve posible ahora en España. Está redactando las bases programáticas para una conferencia en Barcelona a la que asistirán delegados de todo el mundo.

Qué bueno sentir a sus amigos tan ilusionados con el futuro, en medio de esta guerra tan desigual, y esa otra amenaza, sórdida, la del estalinismo, que se cierne sobre el POUM.

En Madrid, Mika se ha dejado dominar por la inquietud que le transmitieron los camaradas del POUM, pero ahora, camino al frente, lo único que le importa es ganar esta batalla.

Mira a Corneta, delante de ella y se enternece. Catorce años, un niño. Mika quiso prohibirle a toda costa que viniera, pero no pudo impedirlo. Mataron a sus hermanos y él quiere luchar… o acompañarlos, si no le dan un fusil, para algo puede servir. Como si supiera lo que Mika está pensando, el niño gira la cabeza y le sonríe. Que no lo maten, por favor, que no lo maten.

El viento helado le corta la piel. Mika respira profundamente y ese gélido aire la anestesia de pies a cabeza y le provoca un extraño contento. En poco tiempo estará en el campo de batalla. Tomará decisiones, combatirá junto a sus milicianos, los alimentará y cuidará, les dará ánimos. Y los fascistas no pasarán.

Los fascistas no pasarán, repite, y su bravuconada le da risa.

–¿De qué te ríes? –le pregunta Valerio, tomándola por el brazo–. El que a solas se ríe de sus picardías se acuerda.

–Me río porque me he dicho que no pasarán.

–Y no pasarán –confirma Valerio.

Se alegra de verla tan animada, aunque piensa que está como una cabra porque mira que reírte… Van a un frente muy expuesto, se lo ha dicho el capitán delegado por el alto mando que va con ellos, a quien Valerio conoce de su pueblo. Mika debe saberlo, ¿y se ríe? No le sorprende, hace tiempo que piensa que está loca; si no, no estaría allí, y menos siendo mujer, y extranjera.

–No, Valerio, no estoy loca –su tono es áspero–. La lucha de los españoles es la mía, no importa en qué país haya nacido.

–Si es broma, mujer, no te cabrees, con locuras como la tuya triunfaría la revolución.

21

París, 1933

Están desolados por lo que vienen de vivir en Berlín, lo que no impide esa alegría simple, sin recovecos, que la asalta en cualquier esquina, en el Petit Pont, en el café de la Mairie, al morder una baguette recién horneada, con los aromas y los sonidos del mercado de la Rue de Seine. Mika se ha reencontrado con París como con un viejo amor, se apoya en sus puentes, sus calles y sus gentes para encontrar el ánimo y la calma que a Hippo parece faltarle. Está muy abatido.

Desde que llegaron, todo se da bien: Mika tiene dos alumnos y perspectivas de otros, el tiempo es amable; sus amigos, maravillosos. No tuvieron nada que buscar, Alfred y Marguerite Rosmer les habían conseguido un apartamento de dos piezas a un alquiler moderado, en la Rue Gay-Lussac, muy cerca de donde vivían antes. Pudieron mudarse en seguida. Y una compañera de Amis du Monde, que deja París, les vendió por unos pocos francos todo lo que tenía en su casa: una mesa, bancos, un sillón desvencijado que es la gloria para leer, estanterías, un perchero antiguo, y hasta cacerolas y una coqueta vajilla.

Cuando se fueron a Berlín, ellos se desprendieron de lo que tenían en la buhardilla, el plan era no volver a París, pero la buena de Françoise, la portera de la Rue des Feuillantines, a quien le dejaron lo que no alcanzaron a ubicar, guardó la estufa en uno de las sótanos desocupados del edificio, le hacía gracia que la llamaran Mefisto, como si fuera un ser vivo, un animalito, para tirarlo siempre hay tiempo, se dijo Françoise, y ahora pudieron recuperarlo. Los Baustin lo fueron a buscar con su automóvil, y esta noche Mefisto arde, satisfecho, en su nuevo hogar. Mika ha aprovechado un fresco ocasional con el que se anuncia el otoño para alimentarlo.

–Mirá qué bueno nuestro Mefisto, cómo agradece el carboncito –le dice a Hippo, que está reconcentrado, en silencio–. ¿Te cebo un mate?

–Dale.

El mate llega con una larga caricia.

–No te puedo ver así, tan caído. Sin horizonte –lo encara Mika.

Hace días que piensa cómo decírselo para no hacerle daño, ahora las palabras se encadenan unas a otras, suaves y enérgicas, amorosas y exigentes. Mika habla largo rato, Hippo la escucha con atención.

–¿Con quién voy a compartir nuestro proyecto? ¿De quién voy a aprender yo si bajas los brazos?

Hippo no los baja, los enreda sobre el cuerpo de Mika, la abraza fuerte, la estruja, la exprime, la lame para beberse esa energía fantástica, ese ánimo que ella no pierde nunca. Tiene razón, chérie, hace bien en sacudirlo de ese letargo depresivo en el que está sumido. Cómo va a amarlo si él se abandona al desasosiego, si va por ahí rumiando su veneno, perdido, sin pasar a la acción. Para amarse es necesario admirarse mutuamente, como él admira el temple con que Mika encara el infortunio, la mirada al futuro. Y ella: que siga hablándole, pero no tan lejos. Se acerca a él, se pega a su cuerpo: lo va a escuchar mejor si la toca.

Hippo la conduce de la mano hasta la habitación, se sientan en el borde de la cama, como si tuvieran que acordar antes las cláusulas de un nuevo contrato, su voz grave y pausada: Estoy persuadido de que hay que hacer un esfuerzo personal constante por crecer, por superarse día a día, por alimentar el espíritu, por enriquecerlo. Y si el otro se descuida, hay que mostrárselo, hay que exigirle, porque l’amour, como dice Balzac, porte le sceau des caractères.

Más que una bonita frase, una gran verdad, Mika así lo cree: Hippo la ha forjado, se han dibujado el uno al otro durante años. Y se extiende sobre la cama, brazos abiertos, en una muda invitación a zambullirse en ella que él acepta, conmovido.

Esa misma noche, más tarde, después de la omelette y la ensalada fresca (el amor les dio un hambre de lobos), hacen el primer bosquejo del libro que escribirán sobre la tragedia del proletariado en Alemania.

El viernes se reunirán con André Ferrat, el camarada del Partido Comunista Francés que conocieron en la casa de los Rosmer. Es atractiva su idea de constituir un grupo en torno a una revista. El hecho de que André, siendo

redactor en jefe de L‘Humanité, promueva una publicación fuera del partido, clandestina –no puede ser de otra manera–, habla a las claras de su coraje. Y de la necesidad de abrir el debate, con lo que ha pasado en Alemania, Hippo, ningún comunista serio puede aceptar sin chistar los postulados de la Internacional Comunista.

Qué distinto se ve todo ahora que hay una ruta, un proyecto, ahora que el amor lo ha encauzado, gracias, Mikusha, le dice Hippo antes del beso de las buenas noches.

Nos pusimos seriamente a trabajar el libro sobre nuestra experiencia en Berlín. Siguiendo nuestras notas, conversando, reflexionando, preparamos un índice que sirvió de guía. Mientras yo daba mis lecciones particulares de español para llenar el puchero, Hippo escribía. Bajo el seudónimo de Juan Rústico publicó dos artículos en la revista Masses, que dirigía René Lefeuvre, en el otoño de 1933. Fue lo primero que se editó en Francia, después del ascenso del nacionalsocialismo en Alemania, y tuvo una gran repercusión.

Por aquella época comenzaron las reuniones con quienes habríamos de constituir el grupo Que Faire, un interesante proyecto que buscaba unificar la oposición en torno a una revista, donde se expresaran comunistas, miembros del partido o no, incluso con posturas diferentes.

En el PC no había lugar a la disensión, bajo pena de fuertes medidas disciplinarias y expulsiones. Que Faire se planteaba como una vía para transmitir opiniones, análisis, críticas, y reencauzar al partido en los principios del marxismo-leninismo. Aunque varios de nosotros –yo misma– no lo creíamos posible, con lo que a esa altura conocíamos del estalinismo, era útil para acercarse a los camaradas de base, como sostenía Jeanne Ferrat, la mujer de André, que aún era miembro del PCF. Que Faire también reunía camaradas que se habían apartado primero del PC y luego de Trotski, como Pierre Rimbert.

Casi todos estuvieron de acuerdo, firmarían sus artículos con seudónimo. No era cuestión de no querer dar la cara, era mera prudencia. Daría más libertad a la hora de escribir.

André Ferrat eligió el nombre de Marcel Bréval; el polaco Grigory Kagan, uno de los delegados de la IC, era Pierre Lenoir; Hippolyte Etchebéhère, Juan

Rústico.

En los primeros tiempos, Hippo y André se hicieron cargo de la dirección, Kurt Landau, ya instalado en París, establecía la alianza con los grupos alemanes y austríacos, y Grigory Kagan, con los grupos de oposición polacos.

Katia y Kurt, André y Jeanne, Pierre Rimbert, Charles Biron, Georgette Curat, Hippo y yo, el círculo se abría, los colaboradores se sumaban. Las reuniones se prolongaban en nuestro apartamento de la Rue Gay-Lussac, hasta altas horas de la noche.

Era un momento muy especial. En París coincidían los exiliados del nazismo: polacos, austríacos, alemanes, con revolucionarios internacionalistas de distintos orígenes: españoles, suizos, ingleses, norteamericanos, algún suramericano. Persuadidos de que la clase obrera comunista internacional, después de la derrota en Alemania, estaba más dispuesta a escuchar a los oposicionistas de izquierda, no ahorrábamos esfuerzos en el debate para lograr la unidad.

Y no nos equivocábamos, Que Faire se convirtió con los años en una de las revistas más prestigiosas, mejor consideradas, del movimiento francés.

El desánimo de Hippo fue cediendo en la medida en que se involucraba en la acción revolucionaria.

Las reuniones, las lecturas, los contactos con otras organizaciones, los escritos que preparaba para Que Faire. Y una nueva actividad que lo obsesionaba y le divertía al mismo tiempo, y en la que llegó, como en todo, a la excelencia.

Con la suela de goma de mi zapato y una serie de ingeniosas herramientas fabricadas por él, hacía pasaportes falsos para los compañeros exiliados. Con sus firmas, sus sellos, todo en regla, impecables.

Los camaradas llegaron a las tres de la tarde, Hippolyte pensó que terminaría a las seis, pero llegó Grzegoz y les contó que había conseguido trabajo con los flamantes documentos, hechos por él, un alegrón, se les fue el tiempo con anécdotas y risas, y apenas si habían discutido los primeros puntos del informe que deben enviar a Polonia. Cuando Mika llegó, a las siete, ya era una humareda. Atravesó el salón con rapidez, y abrió las dos ventanas, sacó la cabeza afuera,

como si sólo así pudiera respirar y en voz baja, que no lograba ocultar el enojo:

–Te hace mal, Hippo, muy mal, tus pulmones lo absorben. Pídeles que no fumen en casa.

–Es que no me doy cuenta, no me molesta.

Como si no lo escuchara, Mika ganó en dos pasos la puerta de calle y la abrió de par en par. Y la ventana de la habitación, y la pequeña del baño. Sólo entonces le dio un beso y saludó a los camaradas: Buenas tardes.

¿No quería ayudarlos?, le propuso Hippo, aunque Mika debía estar cansada… toda la tarde trabajando.

–Dame unos minutos para asearme y voy.

–Ah, Mika –le dijo al oído–. Y habrá que preparar algo, no vamos a dejar marchar a los polacos sin un plato, hambrientos como están. Se han comido todo el pan que teníamos.

Eran seis para cenar, habría que ingeniárselas. Él propuso salir a comprar algo, pero Mika no se lo permitió: Hace mucho frío. Ella venía de la calle, le daba lo mismo volver a salir. Hirvieron papas en cantidad, las mezclaron con una lata de salmón japonés, y cubrieron todo con una mayonesa que preparó Mika. Un plato abundante y barato.

Él les pidió que salieran a fumar al pasillo –sin mucha explicación, no le gusta hablar de su enfermedad–, pero en el furor de la discusión los muchachos se olvidaron y él también, quién sabe cuántos cigarrillos habían encendido, muchos seguramente, cuando Mika, harta, reaccionó:

–No quiero que se fume en esta casa, ¿está claro, camaradas, o tengo que decirlo en voz aún más alta?

Se levantó y se encerró en el cuarto.

Nadie dijo nada, siguieron trabajando. Sin fumar.

Los camaradas ya se han retirado, Hippo entra al cuarto y ve a Mika en la cama, profundamente dormida. Agotada. Un ramalazo de ternura lo azota. No sólo sus

pulmones debe cuidar, también el amor. Y no lo está haciendo. Mañana le comprará flores en el mercado, la invitará a dar un largo paseo, o a visitar el Louvre.

Hippo no se cuidaba, y yo no supe –o no pude– poner freno a los excesos. En el invierno del 34 fue internado por primera vez en el hospital de Cochin. No más de una semana, pero una clara advertencia de que un cambio de vida era imprescindible. Unos días en casa, acostado, otros en Perigny, donde adquirió un leve tinte rosado en sus mejillas, algún comentario optimista del médico, y ya se dio por curado: reuniones hasta cualquier hora, estudios, escritos, visitas a los trabajadores que hacían huelga.

No se había restablecido del todo cuando estalló en Asturias el movimiento revolucionario de los mineros y, sin pensarlo dos veces, decidimos marcharnos a España.

El proyecto de Que Faire estaba avanzado, la revista pronto vería la luz, y nosotros queríamos estar donde había lucha. De su salud ni hablamos. Mientras se preparaban nuestros pasaportes, seguíamos paso a paso las noticias que llegaban desde España. La sangrienta represión desatada contra los mineros frenó nuestros planes. Como una manera de acompañar, Hippo escribió un largo artículo sobre los acontecimientos de Asturias, que lamentablemente desapareció en Barcelona cuando los estalinistas saquearon la sede del POUM, en 1937.

Fue un invierno helado el del 34-35. Yo salía temprano para dar mis cursos de español, casi siempre hombres que querían aprender el idioma en el menor tiempo posible para hacer negocios en España y en Suramérica. Prefería que las reuniones de los camaradas fueran en casa, para que Hippo se expusiera menos a los rigores del clima. No siempre era así, ni tampoco bastaba. Su salud requería una alimentación equilibrada y regular, más horas de descanso, una vida sin carencias ni sobresaltos de ninguna suerte. No la vida que llevábamos, la que yo permití, hasta aquella siniestra tarde de abril de 1935.

Mika camina por la Rue du Bac. La tibieza del sol de abril la reconforta, el buen

tiempo ayudará. Una clase más a los niños Roussel y vuelta a casa. Que pase rápido. Necesita saber si a Hippo la fiebre no le ha vuelto a subir. Todavía puede sentir en la yema de los dedos su piel, ardiendo y sudorosa. Esa catarata de toses que la despertó en medio de la noche se había apaciguado a la mañana, la fiebre había cedido.

–Estoy bien, Mika, dormiré, no es necesario que te quedes.

Ella aceptó a regañadientes, necesitan el dinero, pero no pudo dejar de sentir ese globo de angustia dando vueltas por el cuerpo.

Por fin termina la clase. Los pasos rápidos, el portal, ay, cuántos escalones hasta la sexta planta, un ruido sordo, un derramarse de toses que alcanza a Mika en la escalera, rápido. La llave girando, la puerta que se abre, y ante sus ojos, la figura de Hippo partida sobre sí misma, la cabeza inclinada sobre una palangana, sangre.

Tuberculosis, dijo el médico del hospital, ante la placa de los pulmones de Hippo. No era la primera vez que escuchaba esa palabra, ya en Buenos Aires y por eso fueron a la Patagonia, también el año pasado, cuando estuvo internado en Cochin, pero ahora no es una amenaza, algo que puede llegar a pasarle si no se cuida, eso está allí, en su pulmón izquierdo, apareció en las placas.

Y por suerte se ha revelado, la consoló Hippo, así puede hacer frente a la cura, un tiempito internado y quedará como nuevo.

Mika no podía articular palabra, quedó en tinieblas, él tuvo que insistir: que no se aflija, por favor, mi dulce –algo en su voz se rasgó–, se curará, le promete que se curará.

Mika lo abrazó fuerte, no podía dejarse ganar por la desesperación, no lo iba a ayudar de ese modo. Era egoísta abandonarse a la angustia. Ellos son una malla tejida por dos hilos, si el de ella se deshebra, de dónde sacará fuerzas Hippo para reponerse. Claro que te curarás, mon chéri.

Pero en el sanatorio para tuberculosos, no a su lado.

El médico lo pintó como si fuera la gloria: en alto, aire puro, árboles, buena

comida, controles y cuidados constantes, descanso, lejos de la contaminación de París. ¡Y lejos de ella! Entre cuatro y ocho meses, dijo como si nada.

¿Cómo sobrevivirá Mika sin Hyppo todo ese tiempo? ¿Y él sin ella? No podrán soportarlo. Pero en el sanatorio le darán la comida y los cuidados que Mika no puede ofrecerle.

–¿Y biblioteca? –preguntó Mika al médico y le guiñó el ojo a Hippo–. ¿Tiene libros el sanatorio?

–Claro que tiene.

Muy gentil el doctor, pero que supiera –se lo dijo con toda claridad– que era la última vez que hablaba con ella, lo hizo como una excepción, pero hay normas, y hay que cumplirlas, en el sanatorio Mika no podrá pedir los estados médicos, ella no es la esposa de Etchebéhère.

Ya se lo había dicho el doctor Chevanson que lo atendió en Cochin.

Marguerite, Katia y Mika pasean por el parque de Perigny, una buena excusa para conversar a solas.

Por supuesto que el compromiso entre Hippolyte y Mika no necesita ser firmado ante nadie, y que el matrimonio es una costumbre pequeñoburguesa, pero no es una prioridad de la revolución acabar con esta costumbre. Los Rosmer están casados, se evitan complicaciones. Hasta Trotski está casado con Natalia, y se ríen.

–Es una manera legal de usar el apellido del marido –dice Marguerite.

¿Y es Marguerite quien se lo dice? Ella no es Marguerite Rosmer, usaron toda la vida el seudónimo con que Alfred firmó sus artículos en la revista Vie Ouvrière, desde 1913, el verdadero nombre es Alfred Griot. Risas. Y Katia Landau en verdad se llama Julia Lipschutz. Más risas.

El rostro de Katia se ensombrece:

–Tenerlo en los documentos. Llamarse Etchebéhère –dice en voz baja y no se

atreve a ir más allá–. Hoy.

Aunque Mika entiende lo que insinúa, también ellos son judíos, prefiere tomar por otro camino.

Llevar el apellido de Hippo le gusta, le explica a sus amigas, de hecho lo usa, pero no que la obliguen a hacer lo que ellos no decidieron. Si no le evitó esas lágrimas amargas a su madre cuando le pidió que se casaran si convivían, por qué conceder ahora a seres grises que nada le importan.

–Si Hippolyte se agrava, ¿qué vas a hacer? –le advierte Marguerite–. Sólo a la esposa le permiten entrar si está en cuidados intensivos.

–He visto un sombrero precioso ayer –dice Katia, Mika la mira desconcertada–. Para la boda.

Y otra vez las risas, las amigas dando ligereza y buen humor, sosteniéndola.

Más allá del aspecto práctico de la decisión en estas circunstancias históricas y personales, ese miedo oscuro, ese vacío de vértigo, le cruza una y otra vez, si acaso él… si Hippo… ella quiere llevar siempre su nombre.

Hicieron los trámites en pocos días. La situación no admitía demoras.

El 7 de mayo de 1935, a las doce y media, Hippolyte Etchebéhère y Michèle Feldman se casaron en la Mairie del VI arrondissement. Los acompañaron Kurt y Katia Landau y Alfred y Marguerite Rosmer.

Era sólo un trámite, pero Mika se puso el sombrero que le regaló Katia y un vestido estampado con flores. Hippolyte, un traje beige que le bailaba, y una corbata rayada.

A la salida, fueron al café de la Mairie. Él no podía beber, pero pidieron un Sancerre para brindar con los amigos. Hippo alzó la copa:

–Por Mika, que al fin se decidió. Yo la pedí en matrimonio en septiembre de 1920 –las risas se desataron, y él hizo un gesto para que se callaran–. Se tomó quince años para aceptarme como marido.

–Por Hippo –alzó la copa Mika–, a quien le declaré mi amor hace quince años. Lo que él no cuenta es que fui yo quien dio el primer paso.

–Por los dos –brindó Alfred Rosmer, y todos levantaron sus copas.

Mañana, bien temprano, partirán para el sanatorio de Labruyère.

¿Cómo dormir esa noche con la perspectiva de separarse por meses? Y ojalá que sea por meses y no… algo helado reptando por su columna: Te voy a extrañar tanto, mi amor –un esfuerzo por no quebrarse, arriba, arriba–, pero quiero que te vayas ahora, que te cures. Las manos incansables, como si recorriéndose una y otra vea pudieran llevarse puesta la piel del otro, su temperatura.

–Tranquila, Mikusha, volveré. Espérame con tu cariño, y reharemos el mundo.

22

Pineda de Húmera, diciembre de 1936

En Pineda de Húmera, la columna del POUM, a cargo de Mika, reemplaza a la de la CNT, absolutamente diezmada. A pocos metros, en el sanatorio de Bellavista, está el enemigo. Tan cerca que casi se puede escuchar cómo respira. El capitán que los instaló se lo dijo sin rodeos: Es corto el trecho, es peligroso, hay que vigilar día y noche. Y por primera vez están solos en el frente.

En Sigüenza, en Moncloa, había otras columnas en el mismo combate. Pero en el Pineda de Húmera, sólo los 125 milicianos del POUM. Y Mika.

¿Fue allí, en ese frente de enorme riesgo, Mika? Allí ya fuiste con las tres estrellas en tu abrigo. ¿Fue ese fuego nutrido a base de bombas de mano con el que echaron a los fascistas? ¿O el jarabe para la tos y aquel cante en las trincheras?

Una amplia cocina de campo con suelo de baldosas rojas, y un buen fuego en la chimenea es el nuevo hogar de la columna del POUM.

Acostada sobre una colchoneta, Mika se desprende el corpiño, y se lo quita por la manga del suéter, en una serie de complicados movimientos, disimulados bajo el largo capote que la cubre. Hasta lo más sencillo se ha vuelto difícil.

A su lado, alrededor, mezclando sus ronquidos, sus olores y sus desvelos, los hombres que no están de guardia en las trincheras. Y Corneta, que duerme a sus pies, sobre una manta de oveja. Buenas noches, le dijo antes de acostarse, y le dio un beso, con toda naturalidad, como si estuviera en su casa, con su madre, y no en una cocina-cuartel, en medio de la guerra.

Al día siguiente, bien temprano Mika irá a esa pequeña casa de campo, donde se aloja el jefe del sector, el comandante Ojeda, a recibir indicaciones y órdenes. Y

a pedir capotes, guantes, y comida caliente. Y granadas, ametralladoras. No imagina cómo enfrentarse a un ejército con lo que vio en el polvorín, compañero coronel.

El coronel Juan Ojeda, comandante de la zona de Pineda de Húmera, y el periodista francés, Roger Klein, se han reunido esta noche en la casa de campaña del coronel Augusto Ramírez, cercana a La Moncloa.

Violetas en un florero, un buen Rioja y un aroma prometedor de delicias. Tomillo, albahaca y el cochinillo en su punto exacto. Es que en esa casa, contra las costumbres de la guerra, hay una mujer, Ethelvina. Es joven, guapísima, una sonrisa espléndida, guisa de maravillas, y rezuma amor por su compañero. A Ojeda, sin embargo, no le agrada la moza, no sabe bien por qué, pero ahora mismo, cuando él está hablando, entusiasmado, de la capitana Mika Etchebéhère, sorprende en su rostro una leve crispación, el disgusto que debe producirle –sospecha– que tres hombres, en su despampanante presencia, se interesen por otra mujer. Aunque de ésta tan peculiar se trate.

Juan Ojeda ya había escuchado hablar de la capitana Etchebéhère al general Ortega, responsable de Moncloa, pero ahora que la ve todos los días en el frente, puede afirmarles que esa mujer no deja de sorprenderlo. Gratamente. Admira en especial su sentido del orden, Ojeda se detiene un instante para enfatizar: del genuino orden de las cosas, le asombra su sentido de la guerra.

–¿Su sentido de la guerra? –se interesa el periodista francés.

Sí, de la guerra. Aunque, como ella misma le confesó, de táctica y estrategia militar todo lo ignora. «Las cotas son un misterio indescifrable para mí», le dijo frente al gran mapa del Estado Mayor que está clavado en la pared de su oficina.

Ojeda se rió, Mika también, y esa risa aflojó la tensión.

–Cuando digo su sentido de la guerra, hablo de la de este lado, la nuestra, que poco tiene de militar, aunque estemos nosotros, militares de carrera. Estamos luchando como guerrilleros, sin la pasión de los primeros días, cansados y desalentados por un combate desigual. Y la capitana Etchebéhère es un fenómeno, nadie como ella para sostener la moral de los milicianos, para mantener vivo el ideal revolucionario. Llevan doce días resistiendo con uñas y

dientes, muchos de ellos están enfermos, pero no quieren volver a Madrid. Es la Capitana quien los alienta, los cuida, pero ¡si hasta les da jarabe para la tos!

Primero se te ocurrió mezclar miel a esa aguardiente de mala calidad que les había regalado el tendero; cuando viste cuánto mejoraban, encargaste a los delegados que compraran varios frascos de jarabe, aunque la mejoría dependía menos del líquido que les administraras que de esa ternura a contrapelo entre el silbido de las balas, ese pequeño gran gesto que tanto necesitaban. Y Corneta allí, acompañándote.

Todos se ríen cuando Ojeda les cuenta que la capitana Etchebéhère va a las trincheras con una cuchara y jarabe, y como a los niños: Abre la boca, compañero.

Qué gracioso, la risa de Ethelvina se alza, cristalina, pero en sus ojos una contrariedad encendida la desmiente. ¿Un pastel, un licor?, ofrece, se pone de pie y su movimiento, su cuerpo atrevido, exigen toda la atención de los hombres.

¿Por qué le cae tan mal? Tomás Oleido, un camarada de armas, a quien Ojeda le confió su antipatía por Ethelvina cuando salieron de su casa la otra noche, le había preguntado, irónico, si no tendría envidia de Ramírez. No, de ningún modo, tampoco le importa que no sea la verdadera esposa del coronel Ramírez, que está en Valencia, allá cada cual con su vida.

Tal vez porque a Ojeda no se le ocurriría estar con mujer alguna en el frente (la suya está en su casa, con los hijos, muy lejos de la batalla), le parece que Ramírez no debería estar con su amante en un puesto de mando. Aunque tampoco es eso, si le pareciera tan mal no habría aceptado la primera invitación, es algo de Ethelvina que le produce rechazo. Desconfianza. Por eso, antes de encarar ciertos asuntos delicados de la guerra, le pide por favor, señora, si sería tan amable de dejarlos a solas.

A Ramírez no le agrada su pedido, es evidente, pero no puede negarse. No es necesario que se lo explique, Ethelvina lo ha comprendido y se despide de Ramírez con un largo beso en la boca. Ojeda sospecha que el gesto se dirige más a él y al periodista francés que a su hombre. Una manera retorcida de provocar.

Juan Ojeda lo vio, Mika. Aún antes de coincidir en la casa de Ramírez con Ruvin Andrelevicius, Andrei Kozlov, como se hacía llamar en España, él desconfió de esa mujer. Pero no podía sospechar ni de lejos lo que iba a suceder.

Y si esa noche –y otras– habló tanto y tan bien de la Capitana, delante de Ethelvina, no fue sólo por el gusto que a él le producía, sino porque percibió que a ella la irritaba. Pero se cuidó mucho de decir nada inconveniente.

Ya había sucedido lo del gran griterío de los milicianos, y no lo quiso comentar delante de Ethelvina. Podía considerarse una falta de disciplina, una imprudencia. Sin embargo, más tarde, en un café donde continuaron la charla y las copas, se lo contó, entre risas, al periodista Roger Klein.

Por las palabras del comandante Juan Ojeda te conoció Roger Klein. ¿Cómo no impresionarse con la mujer que organizó un coro hablado en el frente? Pero tendría que correr mucha agua bajo el puente antes de que pudiera proponerte lo que te propuso aquel día, cuando ingresaste en la residencia para mayores de Alésia. Cómo se rieron.

Lo de los insultos comenzó desde el primer día. Quién sabe por qué lo hacían los fascistas, para descargar tensiones, para entrar en calor, para encontrar alguna razón a su empeño que quizás no tenían.

–Eh, rusos, contestad en ruso si todavía no habéis aprendido el español, hijos de puta.

Mika les pidió que no respondieran. Era una manera de provocarlos para estudiar sus posiciones, no había que caer en la trampa. Pero los fascistas estaban muy cerca, demasiado, y habían matado ya once milicianos y herido unos cuantos, cómo aguantar:

–A ver si tienen cojones como los hombres, o son todos maricas, que no se atreven a contestar cuando los insultan.

La trinchera fangosa, la helada, la perspectiva de un combate desparejo. Y los insultos. Responderían, de acuerdo, pero a su modo, ellos no eran como los fascistas, compañeros, les daremos una lección.

Mika propuso a sus hombres un coro hablado, como los que había escuchado en Berlín, en aquellas gigantescas manifestaciones del partido comunista, antes del ascenso de Hitler. El plan era atractivo: elegirían algunas frases para decir a los fascistas, las voces se alzarían juntas para luego dar lugar a las coplas de los tres mineros que cantaban muy bien.

Hubo calor, entusiasmo y hasta risas en la cocina que les servía de cuartel la noche que planearon qué decirles a los rebeldes.

–Traidores, son obreros y están con los explotadores.

–No, traidores no, mejor sería: engañados por oficiales traidores.

–Infelices.

–Qué tanta mariconería de infelices, engañados, les diremos: cabrones, hijos de mala madre, me cago en tus muertos.

Entre las palabrotas en las que se solazaban, tú perdona, mujer, surgieron algunas ideas, Mika apoyó la de los moros, sí, muy bien decirles que sus coroneles cristianos han traído a los moros a España para aplastar al pueblo español, los hará reflexionar.

Fue difícil llegar a un discurso definitivo, que tal palabra, que tal otra, cómo recordarlas en la trinchera, a mí se me olvidarán, tampoco importa si cambiamos algo, dijo Deolindo, lo que hace falta es chillar todos juntos. ¿Cómo pudo ocurrírsele a Mika que más de cien hombres iban a decir las mismas palabras a la vez? Eran españoles no alemanes.

En 1933, los cientos de miles disciplinados militantes del PC alemán no pudieron impedir que Hitler subiera al poder, en España la desorganización de las distintas agrupaciones corrió como un incendio y enfrentó al fascismo. Que dijeran lo que les saliera de los cojones, como dijo Deolindo.

Algo se escuchó, algo debió entenderse, en medio de ese clamor estrepitoso en el que desembocó el coro hablado, porque uno de esos cuatro hombres que, a la mañana siguiente, desertaron de los franquistas para unirse a su columna le dijo a Mika que lo que dijeron de los moros en el coro le había pegado en el pecho, como una bala.

Lo que no pudo prever fue lo que sucedió después del coro, cuando los milicianos comenzaron a barrer los últimos insultos con la copla Ay, Maricruz, Maricruz, maravilla de mujé, y los de enfrente recogieron el estribillo. Una confraternización no deseada, perturbadora e inevitable.

Como si esa copla que los acompañaba desde el principio de la guerra,

Maricruz, Maricruz tejiera un manto que los uniera ineludible y dolorosamente, como habrían de convivir los próximos cuarenta años. No sabías cómo reaccionar, qué debías hacer.

Estaba callada, escuchándolos cantar, cuando llegó el mensajero: que se presentara inmediatamente ante el comandante Ojeda. No le extrañó, los gritos habrían llegado a sus oídos. Por suerte los decibelios de las coplas habían bajado, y Ojeda no estaría escuchando esa Maricruz, maravilla de mujé, en improvisado coro de rebeldes y republicanos.

No era la primera vez que Mika le dejaba ver a Ojeda su peculiar sentido de la disciplina. Él estaba en lo cierto: no había pedido autorización al comandante para realizar aquel coro hablado dirigido a los fascistas porque no estaba segura de obtenerla.

–¿Por eso no la solicitó, capitana? –le preguntó Ojeda en un denodado esfuerzo por controlarse, por no gritarle, como probablemente se merecía–. ¿Porque pensaba que era difícil que yo aprobara su… original e imprudente plan?

–Lo siento, compañero coronel –Mika lo llamaba así, le parecía ridículo, pero no iba a decirle «mi coronel»–. Es que los milicianos están muy cansados, poco abrigados con una helada que lastima, no comen ni duermen lo suficiente. Pensé que merecían darse una satisfacción. Contestar a los insultos de los fascistas fue un alivio para ellos.

Tampoco Mika había planeado ese griterío feroz. Desembocó en eso, se fue dando y ella no pudo –ni quiso– evitarlo.

Lo que fuera que sintió Ojeda con el plan del coro hablado fue mitigado por la presencia de los franquistas que se habían pasado a su columna. Mika los condujo ante Ojeda, que no ocultó su satisfacción. ¿Y los ha interrogado, capitana?

–No, compañero coronel, ni he permitido que nadie los interrogue.

Mika se retiró sin darle oportunidad de que le diga si es o no lo correcto hacer preguntas a quienes se pasan de bando, que las haga él si le parece lo adecuado, a ella no.

23

Pineda de Húmera, diciembre de 1936

El 23 de diciembre, Mika le pidió autorización a Ojeda para organizar un pequeño festejo de Nochebuena, cante y unos vinos: Aunque nadie cree, son las tradiciones de los milicianos, compañero coronel. Sí, cómo no, es razonable, acordó Ojeda.

¿Es razonable estar allí, en la casa de Ramírez, al calor del fuego de la chimenea, un grupo de gente conversando y bebiendo como si fuera una Nochebuena cualquiera?

No, lo razonable sería festejar con su familia, con su queridísima mujer y sus hijos. Pero están en medio de la guerra, y el coronel Juan Ojeda no puede alejarse de su puesto de mando más que unos kilómetros. Tampoco Muñoz, ni Ramírez (aunque él está encantado, con su compañera en el frente).

Ethelvina conversa animadamente con Andrei Kozlov, el consejero soviético, sus mejillas rosadas por el alcohol o la excitación de la charla, ese movimiento con el que gira la cabellera y ese leve balancearse de su cuerpo, invitando. Su presa es ahora el ruso, no hay duda. Ojeda los observa sin disimulo. Kozlov tampoco le gusta, ninguno de ellos le gusta, reconoce, ni mucho menos la obsecuencia de algunos de sus camaradas de armas con los soviéticos; el mismo Ramírez, sin ir más lejos, ¿para qué lo invita a su casa?

Dentro de poco las milicias serán militarizadas bajo el mando de la Junta de Defensa. Los afiliados al Partido Comunista, que antes de la guerra eran apenas un grupo, escalan posiciones día a día, con la contribución decisiva de las Brigadas Internacionales. Ahora el único movimiento popular que existe es el PC, ¿y los socialistas, y los poumistas, y los bravos anarquistas? De los

anarquistas no van a prescindir aunque tampoco les gusten, pero qué será del POUM. En el último periódico del PC los tratan de fascistas, traidores, agentes del nazismo.

Ayer, en Puerta de Hierro, Ojeda se sinceró con Cipriano Mera, el dirigente de la CNT, que comanda el Regimiento 11. Él no está de acuerdo con la política del Gobierno de la República, le dijo Ojeda. Tampoco Mera que, aunque no desmayará en su lucha contra el fascismo, juzga que el Gobierno, sostenido por el PC, está hundiendo la revolución.

El comandante Ojeda prefiere no pensar, cómo mandar con acierto si el desaliento lo gana. Por mucho que le desagrade esta connivencia con la prepotencia soviética, hay que ganar la guerra, intenta convencerse al tiempo que Ethelvina abre sus labios y los moja provocativamente con su lengua, la mirada obscena de Kozlov obedece zambulléndose desde los labios al escote de Ethelvina. Una impudicia que ilustra. Ni escándalo, ni excitación, un poderoso sinsentido que todo lo abarca.

Si lo importante es ganar la guerra, ¿es razonable que Juan Ojeda, quien comanda un regimiento, esté allí entre copas y gente que rechaza, y no en su puesto de mando? La imagen de la Capitana, la cara tiznada, el pelo revuelto, pidiéndole unos dulces, unas nueces, y algunas bebidas para la Nochebuena de sus milicianos lo llena de oprobio. Su capa. Se va. ¿Ya?

–Pero si todavía no hemos brindado, quédese un rato, mi coronel.

–No insistas, mi amor –dice la voz de cristal–, el coronel tendrá sus razones para volver –cristal que corta–. ¿Le habló el coronel Ojeda de la capitana, don Kozlov?

La capitana del POUM, le parece que murmura a Kozlov, pero no la escucha porque hasta a Ramírez le parece que su mujer se ha pasado. ¡Ethelvina! la reconviene, con gestos nerviosos.

–Discúlpeme, coronel Ojeda –la voz de falso terciopelo de Ethelvina–. Es que Augusto tiene razón, me comporto como una niña, digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

Y Ojeda, ni una palabra, un leve gesto de asentimiento y manos, caras, sonrisas irónicas, la puerta cerrándose, el coche, rápido, los pasos, la carretera. Romperá

las reglas, es Nochebuena al fin, irá a las trincheras.

¿Cante? ¿Palmas?

Mika lo descubre y se acerca, perturbada.

–Compañero coronel, ¿qué pasa?

–He venido a brindar con vosotros.

Fue orgullo lo que sintió Ruvin Andrelevicius cuando supo que Mika estaba al mando de una columna. Imaginarla con su mono de miliciana, empuñando su fusil, dando órdenes de abrir fuego, le produjo un gozoso cosquilleo en su cuerpo. Por algo Mika Feldman lo deslumbró desde el primer día, y no es que haya olvidado lo que ella le hizo a Jan Well en el rellano del edificio de la Sophiestrasse; no, no lo olvida, pero tiene claro que Mika se defendía más de ella misma, de la fuerza de lo que sentía, que de él.

Se lo diría, la enfrentaría con su verdad, pero ahora él es Andrei Kozlov, y no puede permitirse tal espontaneidad, mucho menos con alguien del POUM, ¿es que no puede dejar de meterse en líos esa mujer? Mal orientada, como siempre, una pena, el POUM tiene los días contados. Mika podría ser de gran utilidad al partido si alguien le abriera los ojos y ella pusiera todo su empeño y su inteligencia al servicio de la causa.

Cuando vio llegar a Ojeda, Mika se sintió culpable. Él les había dado órdenes estrictas de mantenerse alerta, probablemente habría un ataque, les advirtió. ¡Y ellos confraternizando en los fandanguillos y tarantas con los fascistas! No debió haberlo permitido, aunque, como la otra vez, no pudo impedirlo, se le había ido de las manos. Como se soltaron las manos de los soldados de Franco, al principio tímidas, más y más claras a medida que el cante se iba metiendo en los cuerpos, ole, gritó uno del otro lado, y ole de éste, y más palmas, y oles, la voz rota del cantaor alzándose y palmas al ritmo de las bulerías, manos decididas, manos sin miedo, sin recelo alguno, manos de campesinos, de estudiantes, de empleados y de mineros, manos españolas.

A Ojeda se lo veía más perplejo que enfadado.

–Cantad bajito –ordenó Mika–, y avanzó hacia donde se había detenido el coronel.

Poco a poco el sonido se fue apagando, como si ellos también se avergonzaran de esa promiscuidad que, a su pesar, había surgido con el cante. Una avanzadilla republicana frente al enemigo, que unas horas más tarde, acalladas las voces y las palmas, los iba a acribillar a morterazos.

–No sólo el cante y las palmas los unen –dijo Ojeda como para sí–. ¿Acaso son tan diferentes los que la otra noche desertaron del ejército franquista de los milicianos de su columna? No.

Era una sonrisa clara la de Ojeda cuando la felicitó por no interrogar a los hombres que abandonaron al enemigo para unirse a ellos, ni permitir que otros los interrogaran, no se lo había dicho pero su sentido del deber lo complacía agradablemente, todo lo que ella hacía le parecía muy bien, quería decírselo sin rodeos.

¿Qué le pasaba al comandante Ojeda esa noche? Sus ojos brillaban como los collares de escarcha enrollados en los pinos.

–¿Todo?¿Hasta cuando no le llevo por las mañanas el estado o como se llame ese papel que usted me exigió nada más llegar detallando la cantidad de armas, número de milicianos, movimientos del enemigo? Qué mal me cae esa tarea, compañero coronel.

–Casi todo, debí decir.

Resultaba extraño ver a Ojeda allí, sentado en una roca como en un cómodo sillón, riendo, relajado, en pleno frente de Pineda de Húmera.

Tenías estampada una sonrisa satisfecha cuando ordenaste a tus hombres ir a sus puestos de guardia o a dormir. Ellos te vieron volver sobre tus pasos y caminar junto a Ojeda por el campo. Y reaccionaron.

Había pasado una hora, o quizás más, el tiempo se evaporaba al calor de esa charla franca y sin tensiones, cuando los interrumpió el pequeño Corneta, que se había hecho inseparable de Mika en los últimos días.

–¿Qué haces sin gorro? –y se lo extendió torpemente–. Póntelo, que está helada la noche –el chaval miró hacia atrás, nervioso, y como recordando algo, Mika agregó–: Y… y ya es tarde. Debes irte a dormir.

A algunos metros de distancia, Mika percibió un grupo de milicianos. Evidentemente habían mandado a Corneta de emisario. Se calzó el gorro, se puso de pie, ahora vuelvo, murmuró a Ojeda, tomó de la mano a Corneta y se encaminó hacia donde estaban los hombres, que ya entraban a la cocina, disimulando. Tenía que tranquilizarlos:

–Estoy hablando con el comandante de algo muy importante para todos. En unos días vendrá el relevo y nos iremos a casa.

Las caras hoscas le mostraban que no era suficiente.

–Mañana podré dormir hasta tarde si no atacan –dijo–. No tendré que levantarme tempranísimo para ir hasta la casa del comandante porque estamos liquidando las cuestiones hoy.

Tampoco servía.

–Tú que no tienes nunca frío, Corneta, ¿me acompañas? Todavía me quedan asuntos que debo tratar con el compañero coronel. Lleva la manta.

Entonces se quedaron tranquilos.

Mika, Ojeda, y Corneta caminaban por el campo helado. Como a un invitado de honor, orgullosa, Mika lo paseaba por su terreno. El viento silbaba entre los pinos, la helada mordía la piel.

Corneta se apartó de Mika para correr hasta un fogón excavado profundamente repleto de brasas. Los campesinos sabían hacer fuego donde fuera. Un regalo en medio de la noche helada. Se sentaron a la orilla. El niño apoyó la cabeza sobre el regazo de Mika y se estiró.

Las voces sonaban extremadamente fuertes en el compacto silencio de la noche, las bajaron hasta el murmullo. Cuando Corneta se durmió, Mika le confió a Ojeda lo que había pasado con sus milicianos.

–Extraño vínculo –opinó Ojeda–. Actúan como si fueran su marido. O su padre.

O sus hijos. Sin duda, este chavalín parece su hijo.

–Son mis hijos y también mi padre. Los protejo y me protegen. Se preocupan por lo poco que como y que duermo, encuentran milagroso que resista tanto o más que ellos las penalidades de la guerra –su mirada buscando en la noche las palabras esquivas–. Y de una manera más complicada y sutil, también son mi marido. Y yo, la mujer de todos. Puede parecer absurdo que yo tenga que dar explicaciones a los milicianos, pero hay tantas cosas absurdas en la guerra, ¿no cree?

–Por supuesto. Y si así logra que esos hombres rudos cumplan sus órdenes sin pestañear, no está mal.

–Me obedecen, cierto, pero porque quieren y porque… –Mika hizo una larga pausa como si tuviera que juntar coraje para animarse a decir– y porque me quieren. Me inventan a su gusto, pero me quieren. Y yo también los quiero.

Ojeda abrió la boca para decir algo que no dijo. Mika no dejó instalarse el incómodo silencio: esa noche haría rabiar un poco a sus hombres, porque iba a quedarse charlando con él.

Tanto temor que le había tenido con toda su ciencia militar, tanto respeto que le inspiraban sus canas, su pausada gravedad, y ahora ella estaba ahí, contándole de sus milicianos y de su querido Corneta: cómo había insistido en ir a la guerra, un niño aún, y tan valiente, cómo la acompañaba a todos lados, ella le prestaba su mosquetón y lo arropaba por las noches.

Ojeda le contó de la «Sanjuanada», la conspiración que organizó para derribar a Primo de Rivera, le habló de sus hijos y de su querida esposa, los echaba tanto de menos… Y Mika le habló de Berlín, cuando subió el nazismo; y pudo, después de quién sabe cuánto tiempo, pronunciar el nombre de Hippo, Hipólito Etchebéhère, su marido, y hasta contarle un par de anécdotas, una muy graciosa de cuando estaban en la Patagonia, y algo que Hippo pensó cuando estaba internado en el hospital de Oise, tan lúcido, y tan cierto hoy. Pero lo más extraño fue aquel momento en que Mika, contagiada de quién sabe qué oculta ternura del comandante, le describió minuciosamente el vestido color malva con amplio vuelo que Hippo le había comprado aquella tarde de mayo en París.

Fue tan agradable ese estar ahí hablando toda la noche, conjurando penumbras, perdonándose por unas horas esa mísera y esplendorosa vida de perros que se

daban en el frente. Un amigo al fin el comandante, un amigo de siempre y para siempre, como son los amigos en la guerra.

Estaba clareando cuando Mika entró a la cocina con Corneta. Lo tapó con la manta y se acostó en su colchoneta. Esa mañana durmió profundamente. Los morterazos de rutina comenzaron por la tarde.

Roger Klein ha ido a ver al comandante a su refugio en el frente. Como han convenido, visitarán juntos las trincheras. No es habitual, pero a Ojeda le cae bien el periodista francés. Que para escribir su nota vaya a informarse allí, y no al afamado Quinto Regimiento, le despierta simpatía. Unos minutos han pasado, Ojeda le ha hecho un somero detalle del frente, cuando el estruendo los sobresalta.

Salen a la puerta y Ojeda sigue la dirección del sonido. Ojalá no sean más que escarceos del enemigo, una maniobra de hostigamiento, porque ni los hombres –la mayoría enfermos– ni las armas están en condiciones de repeler un ataque serio. Y el relevo no llega hasta mañana.

El enlace llevará la orden del comandante Ojeda a la capitana Etchebéhère: que mantengan el fuego nutrido mientras el enemigo no pare de tirar. Salud y coraje.

Pero con qué lo detendrán, se desespera Ojeda, con qué, ¿con la ametralladora que se encasquilla?, ¿con bombas caseras? Pocas horas atrás les ha enviado pólvora y cartuchos para los fusiles.

Un escándalo de sonidos estentóreos rompe la tarde, ¿cómo se las arreglan para producir tamaño ruido?, el comandante sonríe: Es un portento la capitana.

Un ladrido de obuses de mortero los sorprendió en la trinchera de evacuación. No fue necesario dar ninguna orden, los milicianos dieron marcha atrás. El atardecer ardió en rojos, azules, dorados y verdes. Los dinamiteros en línea, las bombas de mano preparadas, tirarían de a seis a la vez.

Voy con ellos, dijo Corneta, y salió corriendo, antes de que Mika pudiera abrir la boca.

Cuando recibió el mensaje del coronel, Mika ordenó fuego. Y fueron seis, que estallaron con intervalos de pocos segundos, y luego otras seis, y otras más. El Pinar crujió como una sola madera partida por un rayo. Con una honda, mandaron una tanda de bombas al mortero que les estaba tirando de cerca. La dinamita, en manos de los audaces milicianos, creó un impresionante potencial de fuego. La trinchera del enemigo se fue acallando hasta silenciarse. Pero doce hombres más habían muerto.

–Y que digan esos hijos de puta que somos traidores, cómplices de Franco, cuando los estamos echando con más cojones que nadie todos los días –dijo el Chuni.

–Ahora hay que seguir el combate, luego ahorcarlos a todos, me cago en la leche que les dieron –contestó Ramón.

Los milicianos se habían indignado esa mañana al leer las acusaciones de la prensa estalinista contra el POUM, no lo podían creer. La corta y eficaz batalla los había reanimado.

–Yo no quiero volver a Madrid –dijo el Chuni– para escuchar lo que esa gentuza dice de nosotros.

Yo tampoco, pensó Mika, pero calló.

–¿Por qué dicen que somos traidores? –preguntó Corneta.

Pediría que no les llevaran más que La batalla y La antorcha, los periódicos del socialismo y de la CNT. No quería que sus hombres se desmoralizaran con los agravios del PC.

Una bocanada de olores surtidos la envolvió con furor al entrar a la cocina. Tibieza de pan tostado, manteca rancia, y leños, encubriendo el hedor de esa guarida de fieras. Era la última noche allí, en esa cocina cuartel, plantada en medio del campo. La iba a extrañar. Se sacó las botas y acercó sus pies al fuego.

–El coronel Ojeda está fuera, con un extranjero –le dijo el Corneta–. ¿Sales o los hago pasar?

La cocina era la intimidad con sus milicianos, el coronel no tenía nada que hacer allí. Se calzó y salió.

–Le presento a Roger Klein, Capitana. Está escribiendo para un periódico francés sobre nuestra guerra.

El hombre alto, guapo, de mirada penetrante, le extendió la mano.

–¿Qué hacen los franceses del Frente Popular cruzados de brazos mirando la lucha del pueblo español? –atacó Mika–. ¿Por qué no mandan las armas para combatir contra el fascismo? Vienen a mirar la guerra como a una plaza de toros.

No era él quien había decidido no apoyar a los trabajadores españoles, le dijo el periodista con suavidad, y Mika supo que tenía razón, no era su culpa, nadie tiene la culpa del crimen que cometen las naciones llamadas democráticas con su no intervención, pero ya no podía detener esa catarata: ¿Qué quería? ¿Escribir una crónica pintoresca, probablemente apiadada, llena de buena voluntad, sobre el puñado de milicianos que habían pasado cuatro semanas en Pineda de Húmera, aguantando los morteros y las ametralladoras fascistas a fuerza de dinamita?

Roger Klein no pareció molestarse con su agresividad: sólo quería hablar con ella, escuchar lo que Mika quisiera contarle, entendía que ése no era el momento oportuno, por eso la invitó a cenar la noche siguiente, en Madrid, en el Hotel Gran Vía, donde él se alojaba, sería un honor. Lamentablemente, ironizó, él no podía conseguir que Francia e Inglaterra hicieran por la revolución española lo que hacían los fascistas europeos por los fascistas españoles, mucho le agradaría pero sólo podía ofrecerle escribir, lo mejor que le fuera posible, sobre la situación que vivían en el frente. Una charla amistosa, comida caliente, un buen vino.

–Tal vez –un gesto que no llegó a dibujar una sonrisa pero que ya había perdido la hostilidad inicial–. Tal vez, si después de bañarme y dormir tengo ganas de conversación, iré a tu hotel, alrededor de las nueve. Pero no es seguro.

Nada es seguro, pensó Mika a la mañana siguiente, cuando partían de Pineda de Húmera, ni siquiera que esa diezmada columna del POUM que tenía a su mando volviera al frente. Los felicitaron por su heroica labor. Corneta, muy firme, estirándose para parecer mayor, cuando los despidieron con La Internacional. Mika también estaba orgullosa.

24

Madrid, enero de 1937

Después de la suculenta comida con que los agasajó Bernardo en el cuartel de la calle Serrano, del sopor del vino y el coñac, Mika se desplomó vestida sobre la cama mullida. ¡Qué cansancio! El desagradable episodio con los jóvenes de la Juventudes Socialistas Unificadas la había terminado de agotar. Dormiría hasta el día siguiente, hasta la semana o el mes siguiente. Pero a las ocho se despertó. A las nueve, le había dicho al periodista francés y, aunque horas atrás había decidido no ir, el reloj interno le señalaba otro rumbo. Tenía ganas de ir a cenar y a conversar con ese hombre.

Bañarse con agua caliente y jabón, secarse con una toalla suave, cepillarse el pelo mojado y limpio, placeres olvidados en semanas de trincheras húmedas y esa cocina-cuartel maloliente.

Le hubiera gustado ponerse un vestido, ropa normal de una vida normal, pero no: pantalón azul de esquí y el tabardo nuevo. No tenía un abrigo de mujer pero sí el lápiz de labios que le regaló Katia Landau en París. Se pintó sin mirarse, y se cubrió con la capa que le llegaba a los tobillos.

En el vestíbulo se cruzó con Corneta: Estás guapísima, te pareces a mi madre.

–¡Vaya garbo! –exclamó el Chuni–, ¿se puede saber adónde vas tan compuesta?

La Capitana no tenía por qué dar cuentas, lo reprendió Valerio, aunque su mirada ansiosa clavada en Mika lo desmentía.

–Voy a hablar con el periodista francés sobre nuestra guerra. Estaré en el Hotel Gran Vía.

–Dile que hemos conseguido que los franquistas se fueran echando leches.

–Y que no somos traidores –se animó Corneta– ni contra… contra… contrarrevolucionarios.

Le dio tanta ternura que Mika tuvo que controlarse para no abrazarlo: Deja esas palabras difíciles, Corneta, y dame un beso que me voy ya.

Corneta había estaba presente cuando el responsable del grupo de las JSU encaró a Mika esa mañana.

Los cuatro jóvenes de las Juventudes Socialistas, que se habían integrado a la columna del POUM en Sigüenza, se marcharon al llegar a Madrid por orden de sus jefes: El POUM es trotskista y Trotski es un contrarrevolucionario, un traidor, quienes siguen a Trotski son traidores, rezaba el responsable su lección aprendida de memoria.

–¿Traidores? –la rabia le subía como espuma–. ¿Traidores llamáis a quienes combatieron con vosotros?

El muchacho, una torpe ingenuidad: Vente con nosotros, los jefes están de acuerdo, te mantendremos el grado de capitana, o más porque te lo mereces.

Qué decirles, que se equivocan, que actualmente la dirección del POUM tiene diferencias con Trotski, sobre todo desde que él cuestionó duramente a su líder, Andreu Nin, por formar parte del Gobierno de la Generalitat. Tampoco estas diferencias son lo esencial, el enemigo no es Trotski, ni tampoco esos jóvenes de las JSU, ni siquiera el PC, Mika no quería entrar en politiquerías y perder lo medular: la guerra es contra el fascismo.

–Me quedo, compañeros, y contadle a vuestros jefes con cuánto valor han combatido los milicianos del POUM, ¿no estuvisteis acaso en el cerco de Sigüenza, y más tarde cuando se nos homenajeó tocando La Internacional por nuestra actuación en la batalla de Moncloa?

Era inútil, ellos obedecían, y Mika tampoco quería violentarlos: Suerte, compañeros, salud y coraje, los despidió.

Corneta había enlazado su manita a la de Mika y, con la misma naturalidad, ahora le daba un beso.

El estruendo de un obús, el cielo encendiéndose, calles como tajos, dolorosas, sombras moviéndose, un crepitar lejano de ametralladoras, voces, gritos ahogados. Así era la noche de Madrid asediada por los franquistas que debió atravesar Mika para llegar al Hotel Gran Vía. Le chocó el contraste con esas luces suaves, manteles blancos, ruido de cubiertos, camareros, copas, personas sentadas conversando alrededor de las mesas, civiles, oficiales, milicianos.

–Creí que no venías –la mano cálida de Roger Klein estrechando la suya, la sonrisa amplia–. Qué gusto verte.

No le resultó extraño que la tuteara; aunque Klein no combatía, participaba de esa camaradería de guerra que acercaba los unos a los otros.

Miradas curiosas a Mika. Debió haberse quitado las insignias del abrigo, le dijo en voz baja a Roger Klein, pensarían que era una capitana de pacotilla, de esos que alardean galones por la ciudad. Qué va, se le veía en la cara que ella llegaba del frente, la piel curtida y esa arrogancia en el porte, ese orgullo de los que luchan. Y era Klein quien parecía orgulloso. Le caía bien el periodista francés.

Carne asada, tortilla de patatas, pasteles almibarados y un Rioja con solera. Afuera, la guerra. Esa guerra que estaba apagando con su nuevo giro el fervor revolucionario de los primeros tiempos.

A Mika le gustó coincidir con Roger Klein en que, antes de las armas rusas, el Partido Comunista español era apenas una organización más entre otras. Los anarquistas de la CNT-FAI, y los socialistas, con su activa UGT, tenían más poder. Claro que las Brigadas Internacionales impactaban, cómo no, que tanta buena gente viniera a luchar a España era conmovedor. Y qué decir de los aviones soviéticos luchando en el cielo español contra la aviación fascista, a ella misma le había emocionado hasta las lágrimas ese triangulito gris ruso surcando el cielo, es nuestro, nuestro, gritaba como una loca, saltando de alegría, la risa de Mika rebotó en el salón del hotel. Recuerda la primera vez que vio los aviones del enemigo, italianos le dijeron que eran, las piernas le temblaban de una manera incontrolable, estaba muerta de miedo.

¿Miedo?, se asombró Roger, pensaba que ella no tenía miedo de nada. Se equivocaba rotundamente. Es lo que se dice de Mika, su leyenda quizás, pensó en voz alta Roger Klein. Mika tiene miedo de los obuses, y de los fusiles, y de las noches cerradas, del frío y de las enfermedades, a veces de algunas personas,

en verdad a los aviones del enemigo no les tiene miedo, les tiene pánico.

Ganas de reírse porque sí, porque esa noche tocaba reír, conversar, comer bien, marearse un poco, aflojar.

Intercambiaron interesantes ideas sobre el mando y la obediencia, el Gobierno burgués de la República, Largo Caballero, la tortilla francesa y la española, sus orígenes judíos, y fue agradable encontrar tantas coincidencias.

Hubiera sido preferible que Roger Klein no abordara esa espinosa cuestión del vínculo con sus milicianos, ¿no había recibido proposiciones, insinuaciones, algún intento… amoroso? Mika se puso a la defensiva, rígida: Nunca, jamás, sus milicianos la respetan.

Con Ojeda lo había hablado bien, pero con Roger Klein no quería, ¿por qué le hacía esas preguntas, acaso lo iba a escribir en un artículo? No, por supuesto, le contestó, es interés personal, no todo lo que conversa con ella es por razones profesionales, pero si le molesta…

Consciente de la incomodidad, Roger Klein intentó desviar la conversación hacia la situación del POUM, ella le respondió con cortesía pero lo mínimo indispensable, y le sugirió que hablara con Juan Andrade, Quique Rodríguez, o algún camarada del POUM que pudiera informarle mejor que ella, y ahora, compañero periodista, me voy, estoy cansada de tanta palabrería vana.

Fue cortante, hasta grosera, aludiendo de una manera despectiva a una conversación que había disfrutado. Nada de Mika daba lugar a ello, pero sin embargo Roger Klein se animó: ¿Quieres dormir aquí?

La pregunta la sacudió. Temor, indignación, contento, tristeza, y quién sabe qué más, cuando le respondió, ríspida: ¿Contigo?

–Conmigo o no, como desees. ¿Tus principios te lo prohíben?

Sus principios de guerra se lo prohibían, le explicó, el personaje que encarnaba para sus milicianos, y aunque no se enteraran, aunque nadie más que ellos dos lo supiera, algo se rebajaría en la causa a la que estaba sirviendo.

El recuerdo de Hippo, su cuerpo tibio, sus largos brazos envolviéndola, su calor, la silenció de golpe. Una llaga viva. Cómo pudo, aunque sea por un instante…

Roger Klein le ofreció acompañarla al cuartel.

–No, gracias, me voy sola.

Sus manos tomaron las de Mika y buscó su mirada: esperaba no haberla ofendido tratándola como una mujer, a ella, brillaban sus ojos cuando recalcó: A ti, mujer excepcional.

–Nos encontraremos algún día en París, si sobrevivimos, y seguiremos esta conversación. Adiós, compañero –dijo Mika y se fue.

Pese a vivir en el mismo país, no se cruzaron hasta que Mika, qué ironía, en 1975, escribió su versión del recuerdo en sus memorias de la guerra.

Fue Ded Dinouart, amiga de Roger y de Mika, quien ató cabos. Y los reunió.

25

París, 1975

Para Ded Dinouart era un honor que Mika le hubiera confiado el manuscrito con sus recuerdos de la guerra. Ella, a quien tanto le hubiera gustado ser combatiente de haber vivido en esos años, pudo seguir los acontecimientos con emoción.

Apenas leyó ese fragmento, a Ded le surgió la sospecha de que el periodista francés del que hablaba Mika podía ser su amigo Roger Klein, que escribía entonces para la agencia Reuter. Muchos franceses cubrieron la Guerra Civil española, no tenía por qué ser él, no había ningún nombre y nada en el texto lo señalaba especialmente, tampoco Roger le había hablado de su encuentro con una capitana del POUM, pero la sospecha no la abandonó. Tal vez porque a través de esas páginas Ded podía imaginarlo: guapo, sensible, inteligente y seductor, como aún era Roger Klein.

Pudo habérselo preguntado a Mika, pero no se atrevió, prefirió sondear a Roger, y sí, había conocido a la capitana Etchebéhère. Ded le dio a leer las páginas del manuscrito en las que Mika hablaba del periodista francés.

Nunca lo había visto tan enojado: que no fue así, Ded, es totalmente falso, yo sólo quise ofrecerle una cama con sábanas limpias a una mujer que llevaba semanas en las trincheras, en condiciones inhumanas. Mika despertó toda su admiración, como combatiente. Por favor, no lo podía creer, aunque no lo nombrara en esas páginas, era él, sin duda, Roger Klein. Pero nunca le dijo que quería hacer el amor con una mujer que mandaba en el frente de Madrid, no hubo nada en aquella noche que rebajara lo que él recordaba como un cálido encuentro de dos seres humanos en un momento durísimo al tamaño de «una aventura pintoresca en la España roja», como escribió Mika. Si así hubiera sido, si esa frivolidad hubiera dictado su actitud para con ella, Mika no se habría despedido de él con el deseo de continuar esa conversación en otro momento, como ella misma cuenta, sería incoherente.

Ded tenía que hablar con Mika Etchebéhère, le pidió Roger, convencerla de que no había sido así.

Sería un malentendido, decía Ded. Le costó encarar a Mika, era una cuestión delicada, y cuando lo hizo, ya era tarde. Le contó quién era Roger, todo lo que sabía de él, antes y después de la Guerra Civil. No era justo que dejara en tan mal lugar a Roger Klein, le dijo.

¿Que lo dejaba en tan mal lugar? Pero si Mika no había escrito nombre alguno, Ded, era a ella a quien se le había ocurrido asociarlo a su amigo y darle a leer el manuscrito. Aunque tampoco importaba, sus recuerdos de la guerra ya estaban a punto de publicarse, corregidas las pruebas, le dijo Mika, pero lo más importante es que fue así, como lo escribió: el periodista francés quiso dormir con ella, y exageró: quiso sumar una capitana a sus conquistas.

Y Roger, cuando Ded se lo dijo: que no y que no, que no fue así.

En esas firmes posiciones estaban Mika y Roger cuando Ded y su compañero, el poeta y militante trotskista Guy Prévan, los invitaron a comer a su casa, treinta y ocho años después de aquella cena en el Hotel Gran Vía. Esa situación enojosa tenía que acabar, se dijeron. Esos dos queridos amigos eran dos personas magníficas, dos viejos luchadores que tenían mucho en común.

Los dos aceptaron la propuesta de Ded: tenían que hablarlo, explicarse. Pero no fue mucho lo que aclararon en ese primer encuentro.

–No lo reconocí –le dijo Mika a Roger, con la distancia del usted–. Ha cambiado muchísimo.

Y lo miró con desdén. Con un desdén de puerta clausurada. Rígido. Antipático.

Él no le dijo: Usted también, se limitó a estrechar la mano que ella le extendía, ni el menor amago de sonrisa en su cara.

La conversación circuló por diversos canales, conducida por el hábil Maurice, un amigo sociólogo, a quien habían invitado con la intención de calmar las aguas. Aunque todos participaban, se respiraba una atmósfera tensa.

–Bien –dijo Mika–. Tengo entendido que ha leído mi libro, monsieur Klein.

–Efectivamente, y quiero dejar en claro que nunca tuve una intención… deshonesta hacia usted.

–¿Deshonesta? –desafiante, Mika–. Yo diría frívola, aunque no creo que yo haya usado esa palabra.

Sólo la mirada de Roger acusaba alguna violencia, la voz era laboriosamente calma, las palabras nítidas, dichas en voz muy baja, como si quisiera preservarlas de cualquier oído que no fuera el de esa mujer, Mika.

–Yo no quería acostarme con usted, señora. Me malinterpretó.

Mika se demoró un tiempo eterno antes de responder, era obvio que estaba controlándose:

–¿Cómo debería haber comprendido su invitación a dormir en su cama –la voz creciéndole–, en su cuarto, en su hotel? –y volviéndose a todos–: Disculpen esta falta de pudor, amigos, creo que Monsieur Klein y yo hemos ido demasiado lejos con el fin de poner nuestras cosas en claro.

–Sí, demasiado –acordó Roger, aliviado de esta salida que le ofrecía su contrincante.

Maurice, con gran astucia, logró llevar la conversación al cauce de una comida agradable en casa de amigos respetables, inteligentes, cultos, buena gente, como eran todos en aquella mesa. Hasta encontró una manera de hacerlos coincidir en sus opiniones, cómo no, así es, dijo él, bien dicho, dijo ella, lo que no era difícil, después de todo, tenían muchos puntos en común en su manera de ver el mundo. Y a la hora de partir, se despidieron con menos rencor que cuando llegaron.

Después fue la boda de Ded y Guy, en la que Mika y Roger fueron testigos, ¿cómo negarse si eran tan amigos?, luego esas reuniones y comidas que organizaban los Prévan, el conflicto entre ellos adelgazando entre palabras y risas, apenas una anécdota graciosa, protagonizada por dos personas maravillosas, gente formidable que compartió la gran aventura ideológica y cultural del siglo xx.

He leído algunos textos inconclusos, diversos borradores sobre esa cena con el periodista que escribiste a lo largo de los años, el primero, en el Liceo Francés de Madrid, donde te refugiaste. Sobre esa nota, otras, contado desde aquí, desde allá, pero siempre un hombre que admira a una mujer combatiente que no se permite –aunque quizás le hubiera gustado– sucumbir a un momento de placer. La cena con el periodista es otra manera de abordar la compleja relación con tus milicianos, la situación del POUM sentenciado a muerte por el estalinismo, la no intervención de Francia. ¿Qué queda de aquel periodista real, deliberadamente sin nombre en tu testimonio, sino la huella de las palabras en tus papeles? Nada que no sea la ardua y gozosa construcción de los personajes.

¿Qué quedaba de quien creyó encontrar Ded?

Parafraseando a tu amigo Julio Cortázar, cuando, en su último libro, parafrasea a Derrida, a la hora de dar a conocer tus recuerdos de la guerra, de Roger Klein no te quedaba casi nada, ni su nombre, ni tu existencia en relación con la suya, ni el puro objeto de Roger, ni tu puro sujeto de entonces frente a Roger en el comedor del Hotel Gran Vía de Madrid. Un personaje que probablemente se te impuso, pero sobre todo que convenía a tu relato (como a este libro le conviene el personaje Roger Klein que me ofreció Ded Dinouart).

Nada quedaba de él en aquel hombre que habría de convertirse en uno de tus buenos amigos en los últimos años de tu vida. La prueba: con el periodista se tuteaban, con Roger nunca abandonaron el usted.

Mika empezaba a tener sus achaques, tuvo problemas serios después de una caída, y debió hospitalizarse. Roger la sorprendió con su visita. Y aunque ironizó, él vestido para jugar al tenis y Mika arrastrando la pierna, su gesto la conmovió. Sí, jugaba al tenis, le dijo, hasta que se lo prohibieran, no tenía idea Mika de su verdadero estado.

Miró hacia un lado y el otro, como si temiera ser escuchado, se acercó y, en voz baja, como si rezara, le hizo una larguísima lista de enfermedades. Algunas reales y otras inventadas. Cómo la hizo reír.

A los dos les daba pavor envejecer, el cuerpo con sus demandas de atención permanente en total desarmonía con el vigor de sus ideas. El tiempo implacable. Lo que Mika leía en los periódicos, lo que escuchaba por la radio y en

conversaciones con amigos o desconocidos, lo que observaba por la calle, en eventos culturales y manifestaciones políticas, todo le despertaba una reflexión, pero el tiempo que le llevaría escribirlo era un tiempo que le estaba robando a la vida. A Roger le pasaba lo mismo.

–Prefiero hablarlo con usted, mientras paseamos.

Esas calles de París caminadas a montones, los pasos cada vez más lentos, y las ideas bullendo. Mire, Mika, otro viejo, y en ese banco, Roger, una vieja. Qué raro, nunca habían visto tantos viejos por la calle, ¿será porque nos estamos acercando, porque formamos parte ya de ese pelotón? Quizás, Mika, quizás. La risa los aliviaba. ¿Cuándo se entra en la vejez, Mika? ¿Hay un día, una hora?

–Cuando tratamos de comprender las razones y los sentimientos, las penas y la injusticia de ciertos rencores de los viejos.

Roger fue internado en un hospital de los alrededores de París por problemas cardíacos y Mika lo fue a visitar. Por suerte pudo recuperarse, pero adiós al tenis y hasta a la Mobylette en la que solía desplazarse: Sólo me queda usted como deporte, Mika.

La vejez, la política, la pintura, la historia, la literatura, el cine.

No volvieron a hablar de aquella noche en Madrid durante la Guerra Civil hasta el día en que Mika se fue a vivir a la casa de mayores de Alésia, catorce años después del reencuentro.

Reírse juntos le dio ligereza en uno de los días más difíciles de su vida.

Mika ha visitado varias residencias, ha hablado con administradores y directores, ha pedido informes, ha comparado los pro y los contra de cada una, y está claro que ninguna le gusta. Sabe que es lo que tiene que hacer, y ha dado todos los pasos necesarios: ha firmados los contratos por su apartamento de Saint-Sulpice, el futuro propietario no lo tendrá hasta su muerte pero le pagará desde ahora; la casa de Perigny la venderá a los dueños del gran terreno que limita con el suyo; uno de los cuadros vendidos, el Picabia, los otros, en buenas manos, los papeles organizados, todo más o menos en orden, y lo que aún no, se hará cargo la buena de su amiga Paulette Neumans. Pero qué difícil decidir el momento de ingresar

en el batallón decrépito de los que se preparan a pasar al otro lado, como le confió el otro día a Roger Klein, qué impresión. ¿Cómo hizo usted?

Roger ya vive en una residencia, sale a pasear, visita amigos, va al cine de cuando en cuando, pero no molesta a nadie con sus achaques, paga para que lo cuiden.

Hace una semana, al volver de una de sus visitas de investigación, Mika decidió cortar con este agotador peregrinaje. Fue a Perigny, recogió dos o tres libros, le encargó a Monsieur Ringlos, el marido de Rolande, los lirios y las amapolas, los cerezos y los rosales, se despidió de Tres Patas y de Bolita, le dio los papeles a Guy Prévan, su máquina de escribir a Guillermo, y le encargó la administración a su amiga Paulette, que se encargará de pagar todo. Y ya está instalada en la casa para mayores de Alésia. En el mismo cuarto, pequeño y agradable, colcha y cortinas coloridas, que dejó Samuel Beckett.

El primer día que Mika estuvo allí para informarse, cuando hablaba con la directora del establecimiento, Beckett la había sorprendido guiñándole un ojo, y sacándole la lengua, por detrás de la señora, absurdo como un personaje de su obra. Ella quiso ver en ese gesto una bienvenida al lugar, pero él ya se ha ido, a otro mundo. Y mire lo que me ha dejado, le dice a Roger Klein, que ha ido a visitarla. Abre la puerta del pequeño frigo: está lleno de whisky.

–¿Quiere, Roger?

–¿Por qué no? –acepta Roger–. Hablaré lo menos posible cuando regrese a mi residencia, para que no se note que me he emborrachado.

Increíble la vida, quién hubiera pensado que ellos iban a visitarse en las respectivas residencias para mayores.

–Mika, me gustaría saber algo. He esperado hasta ahora para preguntárselo.

–Dígame, Roger.

–¿Se da cuenta del error que usted cometió conmigo?

–¿Y usted del error que yo no le permití cometer conmigo?

La risa de Mika estalla y él se le une: Quizás, Roger, quizás me confundí, su

mano surcada de venas se apoya sobre la de su amigo, y él: que quizás el confundido sea él, sus ojos claros sin años, a lo mejor tenía esas intenciones que ella le atribuyó cincuenta y tantos años atrás... Pero ahora sí, ahora sí que, sin ninguna duda, Roger le haría esa propuesta a Mika. Se la hace, formalmente, y solemne, la voz clara: ¿Dormimos juntos, Mika?, lo que no sabe, dice Roger en voz baja, es si se lo permitirán en la residencia de Alésia, ¿lo ha averiguado ella que se informa de todo?, en la de él parece que no lo permiten.

Cuando Paulette entra en el cuarto, los sorprende a las carcajadas.

–¿De qué se ríen?

–Es un secreto.

Tercera parte

26

Madrid-Cerro de Ávila, enero de 1937

La noticia los aplastó. La compañía del POUM que había ocupado su lugar en Pineda de Húmera había sido brutalmente diezmada. Su capitán, 21 años, muerto. Noventa y dos milicianos muertos y más de cien heridos.

Esa culpa amorfa, gelatinosa, vuelve a Mika, implacable. Su crimen es haber tenido la suerte de no morir en la batalla. Haber sobrevivido a Pineda de Húmera, a Moncloa, a Sigüenza, ¡a Atienza! y ellos no. Ellos muertos, qué dolor, y Mika, viva. No sabe por qué, no tiene explicación alguna.

El otro día Valerio le comentó que los milicianos pensaban que ella tiene algo que la protege, un ángel de la guarda, porque mira que haber sobrevivido a la bomba en Moncloa; quizás porque ella no teme morir, aventuró el viejo, porque quiere morir, no le pasa nada.

–No digas tonterías, pura casualidad, un día me vendrá a buscar la parca, como a cualquiera. Pero no será porque lo busco.

Mika no quiere morir, pero sobre todo no quiere que sigan muriendo tantos a su lado. Lleva meses viendo caer seres humanos como árboles talados. Tiene tanta muerte encima que ya puede olerla en el aire. Las muertes de sus compañeros. Y las de los otros. Porque ella no puede, nunca pudo –como otros– regocijarse por los cadáveres del enemigo, falta al mandamiento básico del odio, sus milicianos lo saben y ahora, después de tanto combate compartido, lo toleran, lo aceptan como algo de ella, como esa manía de lamentarse de que se quemen cuadros, estatuas, iglesias, de esa insistencia en preservar la cultura.

Madrid asediada por la artillería y los aviones fascistas huele a muerte. Helada. Herida. Una llaga en la meseta. Mika quiere volver al frente lo antes posible.

En el local del POUM escuchó que temían ser disueltos de un momento a otro, pero el comandante que está en el cuartel donde se alojan en Madrid le dice que integrarán a los milicianos en un batallón de una brigada, probablemente la 38, de filiación socialista, junto a otras compañías.

–¿Uno por uno?

–No, todos juntos, y tú como capitana. No habrá compañías aisladas en ningún frente.

Mucho mejor sumarse a una unidad bien armada y dejar de ser ese ejército minúsculo que gana su honor a costa de muertos. Pero tendrá que hablarlo con sus milicianos, siguen siendo voluntarios aunque deban acatar la decisión de la comandancia de milicias.

–Yo prefiero la CNT –dice Ramón.

–Si vamos todos juntos está bien –dice el Chuni.

–Si nos llaman es porque tenemos bien ganada nuestra fama de combatientes.

Una discusión que termina pronto porque peor es quedarse fuera de la guerra, en ese punto están todos de acuerdo. Ahora sólo falta esperar la decisión del coronel Ramírez, comandante de la Brigada 38.

Ethelvina, aparentemente ausente, sus ojos fijos en el tejido, no ha perdido palabra de lo que el oficial le ha dicho a Augusto.

–No los metas en la brigada, no te conviene –afirma categórica cuando el oficial se retira.

Augusto alza las cejas, intrigado, la sonrisa chirle con la que intenta disimular el malestar.

–La segunda compañía del POUM ¿no es la que manda esa mujer, la capitana de Ojeda?

–Pero qué dices, Ethelvina ¿cómo de Ojeda? No está bien que te expreses de ese

modo, da a entender algo que no es.

–Vale, sabes a qué me refiero, pero no es por Ojeda que no me parece bien que se incorporen a la Brigada 38, es porque los del POUM son peligrosos, y esa mujer, la peor de todos.

–¿De dónde sacas esas ideas? –molesto, Augusto–. Tú no entiendes de esas cosas, mujer.

¿No era que con ella sí se puede hablar, compartir las preocupaciones y las alegrías, que por eso Ethelvina puede estar con Augusto en la guerra? ¿Cómo que ahora no entiende?, ¿ya no la siente su compañera?, su voz se apaga, claro que sí, mi amor, pero en ese aspecto se equivoca, seguramente le falta información, no, no le falta, ella escucha, presta más atención de lo que parece y tiene intuición, y esa mujer no le gusta nada. Ethelvina sospechó que era una espía desde la primera anécdota que contó Ojeda, que será muy buen militar pero como hombre, un ingenuo que ha caído en sus redes, ¿qué hace una suramericana medio francesa en la guerra de España?, es muy raro, será una agente de la Gestapo, todo el POUM es traidor, sobre todo Mika.

–Es una infamia lo que dices –la voz que sube–. ¿Qué te pasa, Ethelvina?, ¿estás celosa de la capitana? –una risa débil, labrada por la voluntad, es evidente que se controla, que no quiere problemas con ella.

–¿Por qué debería estar celosa?, ¿acaso tú la conoces?

–Sí, la vi en Pineda de Húmera, cuando fui a reunirme con Ojeda.

–¿Por qué nunca me lo has contado? –pregunta exaltada.

–Por ninguna razón, Ethelvina, no te menciono todas las personas con las que me cruzo. No le di ninguna importancia –intenta calmarla Augusto.

No importa cuánto lo haya cautivado esa harpía, dice Ethelvina, que la escuche bien porque está muy segura de lo que afirma: la compañía del POUM no debe formar parte de ningún batallón de la Brigada 38 que él comanda ¿está claro?

Augusto abre mucho los ojos, una sombra de enfado que aparta con esmero, para instalar el juego: ¿Es una orden, mi coronela? ¿O debo decir mi generala? Suena falsa su risa.

Un compás más de la batalla que Ethelvina no está dispuesta a perder. Se recompone, su voz se aplaca, inventa una serenidad que no siente: ¿No le contó Augusto que la compañía que reemplazó a la de la capitana había sido completamente destruida, apenas ella se fue? ¿No le parece un poco raro? ¿Por qué tantos días allí y justo el ataque que los aniquila se produce cuando ella se va?

Qué insinúa, expulsada toda sonrisa, todo intento de conciliar, Augusto se pone de pie, y en voz muy baja, la furia vibrando en sus palabras: lo que Ethelvina dice es muy grave, su voz trepa, se tuerce, y es un disparate, un absurdo, la columna que fue abatida brutalmente también era del POUM.

Ahora le gustaría saber, se acerca amenazante a Ethelvina, ¿de dónde saca ella que todos los del POUM son unos traidores?, ¿no habla demasiado con ese ruso, Kozlov?, ¿no lleva demasiado lejos la cortesía de anfitriona?

Llegado este punto, se impone un cambio de estrategia: si ella le dio ese consejo es porque lo quiere, Augusto, porque lo cuida. Un llanto ofendido arranca a Ethelvina de su lado, un llanto que crece con sus pasos, desconsolado.

Acertó. Augusto la retiene, la abraza. No discutamos, cielo, no, no nos peleemos, dice ella entre llantos, te quiero mucho, yo también. El la aparta para mirarla a los ojos: pero que le quede claro, Ethelvina, lo que acaba de decir del POUM es una canallada.

Y como para refrendarlo, Augusto Ramírez toma papel, la pluma, y escribe la propuesta: la segunda compañía del POUM es convocada a formar parte de la Brigada 38. Si están de acuerdo, esa noche los irán a buscar al cuartel.

–Cabo González –llama el coronel Ramírez–. Lleve este mensaje al cuartel de la calle Serrano.

Caminaron dos horas. Se detuvieron en un convento. En la puerta, unos cuantos camiones los esperaban, en algunos ya había milicianos. La linterna de Mika, pequeña como una luciérnaga, brilló en medio de la noche. Álvarez, presente, Antolano, presente, pasaba lista antes de subir a los camiones.

–¡Es una mujer! –exclamó un miliciano que se acercó al grupo–. Venid a ver, es

una capitana.

Y su compañero: ¿A vosotros os manda una mujer?

–Sí, y a mucha honra –contestó el Chuni, nervioso–. Una capitana que tiene más cojones que todos los capitanes, más cojones que todos vosotros juntos. ¿Queréis saber algo más?

–Tranquilo, Chuni –dijo Mika–. El compañero no te ha preguntado más que…

El miliciano interrumpió: que no tuvo ninguna intención de faltar el respeto, os aseguro, ha sido sólo la sorpresa.

Incomodidad. Sus milicianos la han aceptado y hasta están orgullosos de ella, pero ya se vio en el Chuni la incomodidad que puede generar tener como jefa una mujer en un batallón donde todos los mandos son hombres.

–Es mucho hombre esta mujer –lo escuchó decir a José Manuel.

¡Vaya elogio! Mika apretó los puños con fuerza en el bolsillo, no debía dejarse llevar por la rabia. Le hubiera gustado decirle que preferiría escuchar «Es mucha mujer esta mujer» y no que «Es mucho hombre». Pero no estaba el horno para bollos, ni la situación para discusiones filosóficas sobre la naturaleza del hombre y de la mujer y sus costumbres en la sociedad.

Cuando llegaron a destino, la propuesta del comandante Barros no iba a hacer más que acentuar el fastidio: que dejara su columna a cargo de otra persona y fuera a cooperar con él, la nombraba capitana ayudante.

–¿Un ascenso? –ironizó Mika a punto de estallar–. Puede guardárselo en el bolsillo.

Pero no era ella quien mandaba en ese batallón, sino Barros, un militar de carrera. O aceptaba la propuesta o debía irse, y dejar la guerra. Y eso no, nunca. Tragó saliva, intentó sonar lo más amable posible.

–Disculpe, compañero comandante. Empecemos de nuevo. Necesito entender su propuesta, si es una manera de sacarme de en medio porque le genera un problema con los otros mandos que yo sea mujer no necesita indemnizarme con un cargo de mucho nombre y poca actividad –quería controlarse pero la ira la

desbordaba–. Puedo volver a mi columna a luchar, y pedirle a un compañero que se haga cargo de mandarla, lo prefiero a un cargo rimbombante pero administrativo y sin ningún sentido.

El hombre de piel cetrina la miró, severo. Habló lentamente, como si un gran cansancio lo agobiara. Fue claro:

–Se equivoca usted doblemente: ni es administrativo, ni surge de supuestos problemas por su condición de mujer. Quiero que sea el enlace del puesto de mando con las trincheras, que me transmita lo que necesitan los hombres, que vele por la disciplina sin rigores inútiles, como me han dicho que usted sabe hacer muy bien.

Mika decidió creerle sin más.

A sus milicianos, impacientes por ir a las trincheras, les pareció un honor. Mika propuso a Fuentes como capitán. Y a Corneta lo nombró formalmente ayudante de la capitana ayudante, y se rió. El niño la miraba serio, sin responderle.

–¿Qué dices, Corneta?

–Te iré a visitar –contestó al fin, y su carita se iluminó en una sonrisa– o vendrás tú, pero ahora me voy con ellos a las trincheras.

Y como para cerrar la conversación, el niño le dio un beso apurado en la mejilla, y partió con sus compañeros. Un nudo en su pecho que no podía resolverse en lágrimas: Suerte, camarada, le dijo en un susurro, y cuando Corneta ya no la escuchaba: Prométeme que no te dejarás matar.

Mika pasa por las trincheras para transmitir a las otras compañías su misión y enterarse de sus necesidades. No encuentra el menor signo de hostilidad ni en los capitanes ni en los milicianos. Deberá revisar ciertas ideas que se hace. Y comprender a sus hombres, aceptarlos como son. Aun la decisión de Corneta debe aceptar.

Si esa tarde dijeron que Mika tiene cojones es porque no saben cómo explicarlo, todo el catecismo aprendido sobre la mujer se les ha venido abajo con ella. Para no declararlo falso, para obedecerle, la juzgan diferente. Un ser híbrido, ni

hombre ni mujer, o peor aún: «Mucho hombre».

Lo que quizás no están en condiciones de pensar sus milicianos es que, justamente porque ella es mujer, no manda como los hombres, arma en mano, ni de arriba para abajo. En su columna todo pasa por la asamblea, Mika no toma decisiones sin consultar antes con sus milicianos las órdenes de mando.

En la guerra alguien tiene que mandar, y ella tiene temperamento, es capaz de organizar, de ver cómo puede resolver una situación difícil. La gente obedece, si quiere. Sobre todo en las milicias. A ella no sólo la obedecen sino que la quieren, concluye, y le da alegría, qué importa si para justificarse a sí mismos deben decir que Mika es mucho hombre, o que tiene cojones.

¿Fue entonces, cuando tus milicianos te definieron tan torpemente para justificar ante otros que te obedecían? Estaba claro que seguías siendo su capitana, aunque Fuentes ocupara ese lugar.

27

Cerro de Ávila, febrero de 1937

En el cerro de Ávila el enemigo no está tan cerca como en Pineda de Húmera, unos cuatrocientos metros de distancia lo separan de la posición más próxima. Pero los fascistas están en alto, fortificados con alambre de púas.

Desde que llegaron, seis días ya, nada, ni un tiro. Sólo esa llovizna tenaz, frío, barro, piojos, tedio. ¿Para qué nos trajeron aquí?, ¿para juntar piojos y reúma?, protestan los hombres. Las trincheras profundas, bien cavadas, mostraban signos de haber sido largamente ocupadas. Podían adivinarse en el barro las figuras de los milicianos que los precedieron. Las Brigadas Internacionales han sufrido muchas pérdidas en este lugar, y ellos han venido a reemplazarlos.

El proyecto es tomar el Cerro de Ávila. Pero cuándo, cuándo, insiste Corneta. Cuando lo ordenen, contesta Mika. Que sea rápido, dice Ramón, y si no atacan, iremos a buscarlos.

–Te equivocas –explica Mika–. Ya no vamos en busca del combate, como al principio. Ahora formamos parte de un ejército que está al mando de profesionales. Son ellos quienes deciden cuándo, cómo y dónde es el combate.

–Aquí el único combate es con los piojos –dice José Luis exhibiendo entre sus dedos el que acaba de sacar de las costuras de su chaqueta–. Mira, Mika, ¿a que es enorme? –y pone un piojo gigante ante sus ojos.

Ella trata de disimular el asco que le da. Ayer el comandante Barros la puso en su lugar. No está bien darle tanta importancia, y rechazó, molesto, otro de los proyectos de Mika para acabar con los piojos. ¿No lo entendía? Los hombres, inmóviles en las trincheras, sin lavarse ni cambiarse, tienen piojos, es inevitable, pero tranquilícese, nadie se muere de piojos.

Y tiene razón Barros. Corneta, con toda sencillez, le dio una lección: Deja ya de preocuparte, no es tan terrible como piensas, yo he tenido montones de piojos. En mi pueblo todos los niños tienen piojos.

Quizás porque Mika no conoce la pobreza hasta ese punto, se ha obsesionado con los piojos. Aunque también los milicianos parecen obsesionados. Hacen carreras de piojos, y hablan sin cesar de piojos, pero es más por el aburrimiento de la inacción que por verdadera molestia. Hay que inventar algo, piensa Mika.

Leer. ¡Leer en el frente! La sola idea la aturde de gusto. Traerá libros de Madrid. Libros con historias sencillas, entretenidas, Salgari, Julio Verne, revistas con imágenes. Claro que no será fácil, ¡hay tantos analfabetos!, pero vale la pena intentarlo.

–¿Una escuela? ¿Dónde quiere poner una escuela? –se asombra el comandante Barros.

Mika le explica su plan. Hay tres maestros entre los milicianos.

–De acuerdo. Probemos –acepta el comandante, quizás sólo para que no le hable más de los piojos.

Pero pocos días más tarde, el coronel Pablo Barros habrá de convertirse en el más ferviente entusiasta de la escuela en el frente republicano.

El coronel Augusto Ramírez pensó que era una idea interesante, aunque desconfiaba de su eficacia. Pero esta mañana lo vio con sus propios ojos, y todavía no lo puede creer. Imagínate, Ethelvina, le dice a su mujer, han construido dos chabolas detrás de las primeras líneas, y allí, mientras esperan el combate, están aprendiendo a leer y a escribir. Cajas de libros, divididos por temas, unos hombres leyendo, otros mirando revistas en las trincheras. Fantástico. No sólo sirve para levantar la moral del miliciano durante los períodos de inmovilidad, sino que divulga la enseñanza.

Augusto quiere adoptarlo en toda la brigada. Por eso le ha pedido a la capitana Etchebéhère que pase a verlo y le explique todos los detalles del proyecto. La ha

invitado a cenar, espera que Ethelvina honre su presencia –suena a advertencia, pero suaviza–: Ya verás como se te borran esas falsas ideas que te has hecho sobre ella, es una mujer agradable y muy inteligente.

A Ethelvina no le parece. Porque Augusto se lo ha pedido, le dio comida, vino, dulces y café, toleró, como si no se diera cuenta, el denodado desprecio disfrazado de indiferencia con que la trata esa mujer, y hasta esa sonrisa mordaz cuando le preguntó su edad, pero que no le pida Augusto que finja ahora que se ha marchado, por suerte, y ellos están a solas.

No le gusta Mika, y no sólo por el natural rechazo que le produce una mujer tan masculina, mal vestida, las uñas descuidadas, la piel áspera, que se permite poner en tela de juicio su relación con Augusto, que Ethelvina esté ahí con él, ya sé que no ha dicho nada pero es obvio, y ¿no te llamó la atención que pidiera detalles sobre el ataque? Un fulgor tirante en sus ojos, conocerla no hizo más que confirmar su intuición, la voz que se atipla y baja, como buscando el registro adecuado para su sentencia: Esa mujer es una traidora.

El labio de Augusto torciéndose levemente hacia la izquierda, los ojos achicándose, la boca que se abre y las palabras duras que no llega a pronunciar. Está muy alterado.

–Como todos los del POUM –lo provoca aún más Ethelvina–. No entiendo tu actitud, eres un coronel de la República, comandante de brigada. Te desprestigiarás, perderás poder.

–Basta –la cara roja, el cuerpo que avanza hacia ella y se frena–. Basta.

–Basta –le dijo Mika a Ramón–. Calla.

No podía permitir que Ramón siguiera despotricando contra Ramírez: que qué se cree el tío ése vivir con una mujer en el frente, por más comandante de brigada que sea, y que ni siquiera es su mujer, es su querida, y que qué aires se da la chavala, hay que ver.

Quizás Ramírez está enfermo, y por eso necesita a su mujer con él, sugirió Mika,

pero Ramón seguía y seguía. La situación la violentaba. Salir de la casa del comandante de la Brigada 38 y ponerse a cotillear sobre su situación con un miliciano… No, debía detenerlo.

–Basta.

Aunque Mika no quería juzgar, en un momento sintió una gran irritación por ese calor de hogar que se respira en la casa de campaña de Ramírez, es una falta de consideración indecorosa a tantos combatientes muertos de frío, de hambre, enfermos, con piojos, que no gozan del privilegio del comandante de milicias de vivir con su mujer.

Una lástima, porque Ramírez le agrada, si ignora a la muchacha –como hizo la mayor parte de la noche– puede conversar bien con él, tanto que Mika se permitió preguntarle por la toma del Cerro de Ávila.

–Usted sabe que por hablar demasiado y a destiempo se han producido grandes desastres –le contestó, amable, comprendiéndola–. Conviene ser prudente.

También se lo preguntó al día siguiente a Cipriano Mera en Puerta de Hierro, cuando fue con Corneta, con la excusa de llevar un mensaje de Barros.

–¿Qué pasa, Mika? ¿No confías en nosotros?

–No del todo –bromeó, aunque había algo de cierto.

–Ignoro cuándo será el combate.

–Si lo supieras, tampoco me lo dirías. Aunque yo ahora poco decido, soy una capitana ayudante –ironizó.

Mika tiene confianza con Cipriano Mera, el dirigente de la CNT, ahora destacado comandante de milicias, que encarna el anarquismo intransigente y austero, en el que ella comenzó su vida de militante. Lo admira.

–Confiesa que a ti lo del comunismo se te ha pegado muy poco –le decía Mera–, en el fondo sigues siendo anarquista.

A juzgar por su incapacidad para acatar las jerarquías impuestas, y su fe en el credo de la igualdad, seguía siendo anarquista. Cuánto pero cuánto le costaba

obedecer sin más las órdenes del comandante de su batallón, siempre tenía que estar hablando y discutiendo y preguntando y metiéndose en todo.

Mera le preguntó –y bajó la voz para que no escuchara Corneta– si no tenían problemas en el batallón por ser del POUM.

–Puedes hablar delante de Corneta, es un militante cabal.

–¿Ah, sí? –se interesó Mera.

–Soy del POUM –dijo Corneta, orgulloso.

Cipriano estaba muy preocupado porque el PC estaba imponiendo la idea de que el POUM es contrarrevolucionario, y el Gobierno poco hacía por evitarlo, qué cabrones, varios militares de carrera lo aceptaban, algunos con imprudencia, sin reflexión, otros lo creían de buena fe. A su organización nadie le impondría el rechazo al POUM, y la guerra no podría prescindir de la poderosa CNT.

Mika prefería no hablar más, no quería deprimirse, justo ahora que el combate estaba próximo.

Nadie se lo confirmó, pero ella se fue de Puerta de Hierro con esa idea. También Corneta estaba aburrido de esperar: ¿Me prestarás tu mosquetón para la batalla? Tan impaciente estaba por combatir el chaval.

Ethelvina López Maló, la compañera de Ramírez, y Andrei Kozlov, el consejero soviético, no podían arriesgarse a ser sorprendidos en un café de Madrid. No eran épocas para imprudencias. Andrei le había dado un teléfono la última vez que estuvo en su casa, que lo llamara cuando quisiera conversar, él podría recibirla en su oficina, al reparo de miradas indiscretas.

No fue por la pelea con Augusto por lo que decidió usar ese teléfono, sino por lo que Ethelvina entiende un compromiso con la causa. Ella –ya se lo dijo– es comunista, no socialista como Augusto.

Le contará a Kozlov todo lo que sabe –y más– sobre esa contrarrevolucionaria. Ha percibido que, más allá del conflicto con el POUM, a Andrei Kozlov le interesa la capitana Etchebéhère. La conoce, sí, admitió la otra noche. Debe de

ser un pez gordo y Ethelvina se da cuenta de que éste es un momento para comprometerse y quiere colaborar a desenmascararla. Pero, por favor, Andrei, no diga que soy yo, mi marido… él… es un ingenuo.

–¿Su marido? –pregunta Andrei, con sorna.

–Como si lo fuera –contesta Ethelvina, a la defensiva.

–Sí, pero más fácil si no lo es, camarada –una sonrisa elocuente.

Qué guapo es, y con qué seguridad extiende la mano para acariciar el rostro de Ethelvina, luego su pelo, suavemente, sin palabras, su brazo se desliza por su talle y la estrecha con convicción, con ternura, cientos de puntitos de placer encendiéndose en su cuerpo entero, erizando sus pezones, abriéndola por todas partes, volcándola a ese cuerpo sólido, tibio, ávido, ese cuerpo de hombre, de macho, porque las manos de Andrei, apuradas, le han levantado la falda, empujado las bragas, han abierto sus piernas, y ahora todo él contra ella, su sexo enérgico, delicioso, penetrándola una y otra vez, ah, qué delicia.

Ethelvina nunca se hubiera imaginado cuando fue a esa oficina, movida por su compromiso con la causa, que algo tan maravilloso pudiera suceder, tan nuevo, un placer insospechado, ella no conocía el amor, ahora lo sabe. Andrei la acaricia lentamente, en silencio. Ella fue allí sólo para hablar de la capitana, a propósito, aún no te he contado.

–Cuenta, milaia moia.

No era Mika quien mandaba, de modo que estaba de más preguntar si no pedían refuerzo de armas. Pero lo hizo.

–En una hora llegarán las municiones –le comunicó Barros.

El plan la inquietaba sobremanera. Según le explicaron, una unidad que forma parte de la misma brigada saldría a la vanguardia, treparía el Cerro de Ávila antes del amanecer, cortarían el alambre de púa, tirarían granadas para neutralizar los obuses. Luego avanzarían, a campo traviesa, una a una, las distintas compañías que formaban parte del batallón comandado por Barros.

–¿Y usted confía en esa operación? –se atrevió a preguntarle Mika.

–Sí, si los milicianos que nos anteceden consiguen infiltrarse en completo silencio y caer como un rayo, y los nuestros los siguen, podremos tomar el Cerro de Ávila.

El teléfono interrumpió la conversación. De Puerta de Hierro.

–Los mandos han decidido que su compañía salga a la vanguardia, la han elegido por ser la más veterana, y por su excelente trabajo –un gesto extraño que parecía intentar una sonrisa, sin atreverse–. Tómelo como un honor. Y explíqueselo a sus hombres.

¿Un honor o un castigo?, la pregunta cruzó fugaz por su cabeza, pero no le permitió que se instalara. Cuando el Chuni la hizo en voz alta, minutos después, ella, con firmeza, respondió: Un honor, camarada, un honor, la cuarta compañía del POUM ha sido distinguida por su fama de aguerrida y temeraria: Imón, Sigüenza, Moncloa, Pineda de Húmera, Atienza. La garganta se le cerró. La sola palabra Atienza le dolía hasta el tuétano.

–Nos bajarán a cañonazo limpio –dijo Ramón, pero sin énfasis de protesta–. Mejor ser los primeros que andar a la zaga, dependiendo de los demás.

–Esperemos que no se queden dormidos los que nos abren el paso –dijo el Chuni, y los demás lo chiflaron.

–Lo dicho: ¿cómo sabemos que no saldrán corriendo? –saltó Anselmo.

–Si los mandos lo han decidido es porque estamos preparados para el asalto –intentaba tranquilizarlos Mika, aunque ella no tenía certeza alguna–. Luego saldrán las otras compañías.

–Será buena cosa tomar el Cerro de Ávila –se impuso la voz de Corneta, y todos lo miraron, sorprendidos, porque el chaval era de pocas palabras.

Sí, ellos lograrían tomar el Cerro de Ávila, afirmó uno, y darían un gran empuje a las fuerzas republicanas, desmoralizadas como estaban con la reciente caída de Málaga, apoyó otro.

Ni miedo, ni fanfarronería. Una tensa calma.

Después de tres semanas de inmovilidad, los hombres estaban impacientes por combatir.

Fuentes eligió a dos milicianos para ir a ordenar las municiones, Mika se puso de acuerdo con sus hombres: era preferible que subieran livianos, la comida se la llevarían más tarde.

Corneta limpiaba su fusil, cuando Mika se acercó.

–A ti te necesitaré conmigo para que me asistas en el enlace –Corneta movía la cabeza de un lado a otro, negando–. Nadie corre como tú, Corneta.

Él la miró y le sonrió ampliamente.

–No.

Mika supo que no podría convencerlo. Ese cuerpito de niño enjuto y esa voluntad de hombre íntegro.

–¿Cómo han reaccionado los hombres? –le preguntó el comandante, cuando Mika volvió de las trincheras.

–Bien, es admirable su valor. Tener que correr todos esos metros… asusta a cualquiera. Los españoles no le tienen miedo a la muerte.

–Es cierto. Quizás por la religión, quizás por la pobreza. También por jactancia, somos muy faroleros los españoles –y se rió.

Era mejor que comieran algo y descansaran para estar frescos antes del alba. A Barros todavía le quedaba dar unos retoques al croquis que estaba dibujando. Mika daría otra vuelta por las trincheras, y a dormir, se lo prometía.

–¿De dónde vienes, Ethelvina? –le pregunta Augusto.

–De la casa de mi prima Lucía.

–¿A estas horas?

–Sí, a estas horas –desafiante–. ¿Y qué? Si no te gusta, me voy.

Pero todavía no es posible, Andrei le ha dicho que ya verán más adelante, ahora, en medio de la guerra, es complicado. Ethelvina piensa que su amante no está muy decidido, Augusto tenía mujer e hijos y no le importó nada con tal de estar con ella. Tendrá que llevar a Andrei Kozlov a un estado en el que no pueda prescindir de ella, como le pasa a Augusto.

–¿Por qué me hablas así? ¿Estás enfadada conmigo, Ethelvina? –y se acerca, la abraza y la besa–. Ven, mi amor –y la lleva al dormitorio.

Así deberá tener a Andrei.

A las cuatro y media le avisaron a Barros que los hombres ya se habían puesto en marcha, pero ya eran las cinco y silencio, ni la menor descarga. Mala espina.

–Vaya a los parapetos de la cuarta compañía, quédese con sus hombres hasta que arranquen, intente calmarlos.

¿Y a él, quién lo calmaba? Mika controló ese brazo loco que se le levantaba con una caricia al pelo de Barros que no llegó a hacerle, por supuesto, pero que puso en su sonrisa: Cuente conmigo, compañero.

El tiempo se estiraba como una cuerda en la trinchera, ni estallidos, ni noticias. Nada. A las seis menos cuarto, tiros de fusilería y algunas explosiones aquí y allá rasgaron el silencio. Los cuerpos de los milicianos se agitaban a la espera de la orden, los dinamiteros con sus granadas, otros con sus fusiles, el morral lleno de cartuchos.

Mika buscó a Corneta y se deslizó a su lado en la trinchera, al oído, en un susurro:

–Quédate conmigo, Corneta, en nadie confío como en ti. Te confieso, no se lo digas a nadie, que tengo un poco de miedo.

–Yo también, Mika, pero iré con la compañía.

Al cabo de unos minutos, los tiros y las bombas se fueron apagando. ¿Qué pasaba? No podían haber tomado la posición en tan poco tiempo. Los enlaces no llevaban más que preguntas.

La luz del alba comenzaba a recortar con peligrosa nitidez las figuras de los hombres.

A las seis, la cuarta compañía recibió la orden de saltar los parapetos. Mika, pegada a la tierra, los ojos clavados en el llano, donde sus milicianos se desplegaban en guerrillas, ni una planta, ni un montículo donde resguardarse.

Mika hubiera querido abrazarlos a todos juntos, protegerlos. Iban a pecho descubierto, cuando retumbaron los primeros obuses, luego el tableteo de las ametralladoras. Los hombres se tiraban al suelo un instante, para volver a levantarse y correr. Caían, ¿heridos?, ¿muertos? Seguían adelante. Vio que algunos retrocedían, caminando o arrastrándose.

Doblada en el parapeto, los ojos abismándose en el alba, tratando de distinguir a lo lejos las figuras de sus muchachos, un cuchillo de angustia en su pecho y el estallido desalmado de los obuses de mortero, los tableteos de ametralladora.

A pocos metros de donde ella estaba, llegó y se desplomó el Chuni, la cara llena de sangre, Mika corrió hacia él: No me han matado, tengo apenas un rasguño –lloraba–, pero sí a Fuentes, un tiro le partió la cabeza, murió a mi lado. Y el Rubio, y Lorenzo.

Juan Luis y el Rodo llegaron corriendo:

–No es una batalla, es una masacre. Nos han tirado a blanco seguro.

–Vengo a buscar refuerzos para recoger a los heridos –pidió el Rodo.

–Camillas –logró articular Mika al enlace.

Las ametralladoras de los fascistas seguían ladrando, tenaces y asesinas. Más y más hombres se acercaban a la trinchera de evacuación, muchos heridos.

–¿Has visto a Corneta? –le preguntó Mika a Ramón.

–Sí, lo han herido, está muy lejos.

–Buscaremos al chaval –prometió el Rodo.

A pocos metros, en silencio, visiblemente perturbado, estaba el comandante

Barros. Un hombre se acercó para decirle que tenía una llamada.

–Ahora vuelvo.

Poco después, su voz chirrió en la mañana herida: La unidad que inició el ataque se retiró antes de tiempo, pero ya se están poniendo en marcha. El puesto de mando ordena salir nuevamente.

Mika se plantó frente a Barros, le hablaba muy cerca, como mordiendo las palabras: Como han matado al capitán, yo tomo el mando –le comunicó, la furia temblándole en la voz–. Salen conmigo o no salen.

–No vas ni tú ni nadie. Combatir sí, suicidarse no. Y a los mandos que les den por culo –gritó el Chuni.

Un coro de insultos subía con las luces de la mañana: Cabrones, hijos de mala madre.

–Si me permite, voy a hablar yo con quien sea que esté al mando en Puerta de Hierro –en un esfuerzo de control, le dijo Mika a Barros–. Voy a explicarle por qué no vamos a salir más que para buscar a los heridos.

El comandante asintió, también él estaba desencajado.

¿Fue aquella madrugada fatal, Mika, después de las terribles bajas en tu columna, cuando llamaste a la comandancia de milicias confederales y le comunicaste la decisión? Quedó claro que eras su capitana: no volverían para hacerse matar inútilmente.

Por teléfono, Cipriano Mera acordó con Mika no volver al ataque. En un rato ellos estarían por ahí: Tranquiliza a tus milicianos, y tranquilízate tú.

Mika contaba una y otra vez a sus hombres. ¿Cuántos no habían regresado? Más de la mitad. Y nadie había traído a Corneta.

A las siete Cipriano Mera, en persona, confirmó que se había desistido de la operación, el enemigo estaba sobre aviso, lo que probaba que había más de un fascista infiltrado entre las fuerzas republicanas. Cuando llegaron…

No terminó de escuchar a Mera, vio al Rodo y a José Luis que se acercaban;

envuelto en unas mantas, Corneta. ¡Estaba vivo! Corrió hacia él, el corazón apretujado, las lágrimas la ahogaban cuando vio su carita de moribundo, y esa sonrisa luminosa que le dedicó: Me curaré, Mika.

Pero murió unas horas después, en el hospital.

«No tenía más que quince años», con esa frase, que marca tu gran dolor, das por terminadas tus memorias. También la primera vez que escribiste sobre la guerra, en 1946, para la revista Sur, tomaste como eje la muerte de aquel niño. Se llamara Clavelín, Corneta, Juanito, en el dolor de esa muerte, muchas muertes.

Lloraba desesperadamente, cuando se llevaron a Corneta al hospital. Cipriano Mera se acercó, y puso su brazo sobre el hombro de Mika.

–Vamos, pequeña, deja de llorar, con lo valiente que eres. Claro, eres mujer después de todo.

Mika saltó, como si la hubieran quemado, la furia la protegía del dolor punzante.

–Es verdad, mujer al fin. Y tú, con todo tu anarquismo, podrido de prejuicios como un varón cualquiera.

Pero Cipriano Mera era un amigo, un amigo de hierro, como habría de demostrarte poco tiempo después en esos hechos lamentables que decidiste no contar en tus memorias. Cipriano Mera se la jugó para salvarte.

28

Oise, 1935

En el segundo piso, pabellón A, habitación 1 del Sanatorio de Labruyère, en Oise, a 65 kilómetros de París, está internado Louis Hippolyte Ernest Etchebéhère. Tiene «un poco de tuberculosis», como le escribe a su amiga Marie-Lou, unas vacaciones «en casa de mis padres», como le escribe a Andreu Nin, le vendrán bien para ordenar, sistematizar sus lecturas y consolidar su formación teórica. Por el momento se desvincula de Que Faire y de cualquier agrupación política, les comunica a los camaradas Pierre Rimbert y André Ferrat, como si fuera una decisión suya, un retiro voluntario, y no esa tos brutal, el vómito de sangre, el pulmón izquierdo seriamente comprometido. No concibe su actividad política futura sino como un subproducto de este trabajo preliminar, le escribe a Victor Serge, necesita conocer a fondo el movimiento francés de antes, durante y después de la guerra y la incidencia sobre él de la Revolución de Octubre.

Pero no es sólo el movimiento francés, Lenin, Marx y Trotski, es Sthendal, Balzac. Lo que más me fascina de Flaubert es su capacidad de entusiasmo, le escribe a Mika. Y Gide tiene grandes páginas, ¿has leído a Milton, mi dulce?, te contaré una anécdota de cuando Ibsen estrenó Brand que te causará placer, y Cervantes, no hemos hablado del Quijote, qué curioso.

Esas cartas a Mika que Hippolyte escribe no sólo en papel, sino en su imaginación, esas cartas que son parte de todo lo que hace, un diálogo que no se corta nunca y lo mantiene alerta y vivo en esas eternas curas de silencio por las que debe pasar en el sanatorio.

Como si subiera una empinada montaña, Hippolyte va ganando gramo a gramo, algunos kilos. El 10 de mayo, cuando entró, pesaba 62 kilos 100 gramos; el 27 del mismo mes, 64; el 22 de junio, 67 kilos, 200 gramos. Espera que Mika esté menos inquieta ahora que cuando le dieron el diagnóstico.

Dos meses le ha llevado saltar de la fase uno, donde no le permitían salir del cuarto ni recibir visitas, a poder circular por los corredores y el patio. Para festejarlo, organizó una corta huelga de hambre con los enfermos de los pabellones uno y dos para obtener mejoras en la comida.

Tenía su gracia, esos sacos de huesos mal armados negándose a recibir comida, le cuenta a Mika, cuando por fin puede visitarlo.

Cómo se te ocurre, Hippo, lo regaña ella, aunque su mirada lo desmiente, está orgullosa.

Habrán perdido algo de peso pero cuánto han ganado en ánimo al organizarse y ejercer su poder de protesta. La comida es ahora mejor para los trescientos enfermos, hasta comible. Y ya verá cuánto engorda, se lo promete. Y ella ¿está comiendo bien? Hippo la ve muy delgada, ¿tiene dinero para comer, amor?

–Sí, tengo un nuevo alumno de español, y me han prometido una traducción –lo tranquiliza Mika.

Lejos de la verdad. Mika no tiene trabajo, ni alumnos ni traducciones, ni un céntimo desde principios de julio. Pero no se queja, Hippo come y está en tratamiento a cuenta del Estado, y ella tiene ese lujo de manzanas y tomates de Perigny. Y otros tesoros que le dejó Marguerite: pan crocante, quesos, huevos frescos y las deliciosas mermeladas que su amiga prepara.

–Debe comer más, Mika –la reprendió esa mañana, antes de irse.

Los Rosmer han regresado a París y ella se ha quedado sola en La Grange, esa casa luminosa, colmada de objetos bellos y libros. El aroma de las plantas colándose por sus ventanas, y todo el tiempo para leer y escribir largas cartas. El solo hecho de estar en La Grange la calma, allí la ausencia de Hippo se hace más tolerable. Quizás más bella, como ahora, cuando cae la noche, y la deja salir y expandirse por el sendero que conduce al prado, contagiada de grillos y luciérnagas, y trepar a los árboles, ser el follaje tupido y alzarse hasta el cielo. «Así te extraño. Tanto. Tantísimo.»

Esas cartas a Hippo que son parte de todo lo que hace, y que Mika escribe no sólo en el papel, sino en su imaginación. Hace años que todo lo habla con él.

Lo que no le dice, ni siquiera en las cartas que no le escribe, lo que guarda para sí es cuánto teme esa enorme mancha en el pulmón de Hippo. Cuando le pregunta por las pruebas diagnósticas, pone especial cuidado en que no se perciba esa ansiedad que la carcome, ese terror porque, si bien se lo ve un poco mejor, aún no está fuera de peligro.

El otro día Mika, en un tono encrespado, le exigió al médico que lo atiende una definición:

–¿Salió de peligro, sí o no?

–Por favor, señora, no es tan simple.

–Dígamelo con claridad.

–No, no está fuera de peligro. El miércoles le haremos una radiografía y veremos si hay cambios desde que se internó.

Mika rompió el sobre de la carta de Hippo con impaciencia, salteó renglones buscando el resultado de los diagnósticos médicos, pero él nada, que lo que dice Mirsky en su ensayo sobre Lenin, que la broma que le hizo a un compañero, el simpático Bertau. Mika se apresuró a responderle: Se rió mucho con la anécdota del Bertau, y sí, es notable lo que comentas del libro de Mirsky, ¿y la radiografía? no me has dicho nada, así, como al pasar.

En la siguiente carta, que recibió ayer, Hippo le explicó que algo había cambiado en la mancha, arriba y a la izquierda, pero para estar seguro el médico le tomará otra placa de tres cuartos perfil. En la próxima semana sabrán algo más.

¡Una semana entera! Y ella que no podrá ir a verlo el jueves, sus reservas están absolutamente agotadas y no tiene dinero para el autobús hasta que no le paguen la traducción. Pero el domingo próximo, los Baustin la llevarán en automóvil, ya lo ha combinado con Marguerite.

No desesperar, se impone. Hippo mejorará, dentro de cuatro o cinco meses, como han previsto sus médicos, ellos estarán juntos en la roulotte, se repite. En noviembre o diciembre.

Llama roulotte a la bohardilla a la que se ha mudado porque tiene el tamaño de una casa rodante. Ha sido una suerte encontrarla. Pagará mil francos por año,

qué alivio, y no trescientos por mes como debían pagar por el apartamento de la Rue Gay-Lussac. Un cuarto con cocina pero sin gas ni electricidad, y una ventanita que abre al cielo, tan inclinada es la pared. Por su estatura, Hippo tendrá que abrirla para estar erguido, pero podrá mirar la bella cúpula del Val-de-Grâce. «Lo importante es que entremos a lo largo, tendidos, y no de pie», le escribió Hippo. Para evitar el agobio, Mika ha cubierto las paredes con unos afiches de playa y montaña que le consiguió Katia en la agencia de turismo donde trabajó unas semanas.

La pequeñez puede ser una ventaja, les servirá de pretexto para no recibir gente, una intimidad obligada. En la roulotte no entran más que ellos dos. Es absolutamente indispensable vivir en un sitio tranquilo, sin visitas ni reuniones, ni gente desconsiderada que le inunda de humo los pulmones. Nunca debió haberlo permitido. La rabia barre la angustia, la disfraza, hay algo a lo que echarle la culpa, cuántas veces se lo dijo, pero ella se limitaba a gruñir sin tomar una medida drástica, como debió haber hecho.

Si ellos no hubieran tenido esas privaciones, si él trabajara menos, y sobre todo si estuvieran más en paz. Se lo dirá, quitándole el peso a la enfermedad, pero claramente. Toma la estilográfica, el papel y le escribe: «Ningún trabajo serio es posible cuando se vive bajo la amenaza de diez visitas por día, sí, mi amor, es imprescindible preservar de ruido nuestra roulotte».

«Preservar de ruido» ha escrito, pero ¿tendrá aire para respirar convenientemente en la roulotte? ¿Cuántos metros cúbicos son necesarios para sus pulmones? ¿No le hará mal subir y bajar seis pisos por la escalera?

La angustia la gana otra vez, se levanta, sale afuera y respira profundo, deja que el aroma nocturno de las plantas la impregne y la serene. Él también respira un aire limpio en el sanatorio, intenta consolarse. ¿Qué pasará en la roulotte?

Él no la conoce, llevaba tres meses internado cuando Mika la alquiló.

¿La conocerá?

La pregunta le cruza la cara como una bofetada. Al borde del abismo, entra a la casa, se sostiene de la estilográfica, del papel: «Ah, qué bello invierno pasaremos trabajando juntos en nuestra roulotte, me levantaré a cada instante para sentarme sobre tus rodillas y besarte y acariciarte largamente».

Es la mejor cura de la semana, Hippolyte acaba de leer la carta en la que Mika le cuenta su sueño: los dos en la roulotte. Algo tibio se despierta en su cuerpo, no está escrito en la carta, pero él puede seguir la mano de Mika que se desliza hacia abajo, que toma su sexo, que lo besa, qué delicia. Y se ve burlando la falda para buscar ese pocito húmedo y tibio que lo recibe. Sentado frente al muro, en medio de la cura, solo, en silencio absoluto, con los ojos cerrados, sus cuerpos sanos, sus cuerpos bellos, sus cuerpos poderosos, empeñados en las tretas del placer. «Me has metido en tu sueño feliz, y como los niños me gustaría gritar: Pero que sea ya, ya.»

Todavía no le ha dicho nada a Mika, no quiere ilusionarla en vano, pero si no ha progresado la tuberculosis, en las pruebas diagnósticas, en uno o dos meses le darán tres días de permiso para ir a su casa. Como les dan a los soldados en el cuartel, para que se desahoguen, dijo el Bertau. Qué horrible. Pero qué bien les vendrán.

Hippolyte se alegra mucho de que vayan a verlo Marguerite y los Baustin, también le ha prometido una visita Gregori, pero estarán rodeados de gente, ¿podrá bajar Mika sola el jueves la semana próxima? Tantos días sin tocarla, sin olerla. «Te reirás de mí, pero no tengo vergüenza de pedírtelo, ¿me traerías un pañuelo tuyo? Tu perfume me hará mejor que el sol.»

Apenas entra a la roulotte, Mika se descalza y se tira sobre la cama. Está agotada. El día entero de aquí para allá, los cursos de español que han recomenzado –afortunadamente–, la entrevista con el señor Heller por las traducciones del alemán, y la distribución de la revista Que Faire. De la librería española del 10 de la Rue Gay-Lussac al kiosko de prensa de Mabillon que atiende el camarada polaco. Y luego a la librería de la Rue Baudelaire, cerca de Bastille, donde trabaja el primo de otro camarada.

No era el plan, pero han surgido inconvenientes en el último momento, y ahora todo el trabajo organizativo pesa sobre los hombros de Mika: la imprenta, la expedición, las distribuciones y los contactos entre unos y otros. La revista poco a poco va ocupando su lugar, pueden estar orgullosos. Hippo estaba tan contento el otro día con el nuevo número, le contará los elogios que han recibido por

carta, no sólo desde Francia.

Ojalá que le permitan venir esos tres días a casa, que esos asquerosos bacilos se vayan para siempre.

En tres o cuatro meses que faltan para que él vuelva, todo cambiará: ella ganará dinero para que tengan una base más sólida –se deja envolver en un torbellino de optimismo–, podrán viajar y pasar tiempo en un clima seco que favorezca su salud, estudiarán y escribirán.

Ya ha conseguido esas traducciones del alemán con las que ganará unos buenos francos en poco tiempo. Y podrán irse de vacaciones a España.

Saca de su bolso el texto que deberá traducir. Lo mirará mañana, la luz ya se está yendo y quiere escribir su carta de todos los días: «Amado, hoy en español, estoy muy cansada».

También Hipólito, hoy, en español: «Para que guardes el timbre mate y amplio de la lengua castellana. Sonido de bronce, de campana, del que la flauta francesa nos desacostumbró. Pero no de campana al vuelo, sino de bronce al que la mano del campanero seduce, apaga. Idioma varón. Hecho de notas graves».

Hipólito da vueltas, se distrae deliberadamente. El optimismo de la carta de Mika lo conmueve, y le preocupa. Teme haberla ilusionado con su probable visita de tres días, y hoy el médico no le ha dado buenas noticias: el resultado de sus estudios es bastante bueno, pero aún no se puede descartar la enfermedad, como él pensaba. Hay algo… nada inquietante si se cuida…Que se lo explique más claro, doctor, por favor. No hay nada que garantice que no pueda volver. ¡Y lleva cinco meses en el sanatorio!

¿Debería decírselo a Mika? No ahora, no hay nada absolutamente cierto, nada que no sea este viento de otoño: «El otoño ha comenzado como ciertas óperas. Con una obertura formidable, a toda orquesta. Estamos aturdidos, atolondrados. El viento, ayer, borracho noctámbulo, no ha cesado de dar golpes contra nuestras ventanas. Pocos han dormido. Y no hay modo de apaciguarlo».

Como no puede apaciguar la inquietud que le produjo el médico. Se lo contará como una anécdota sin importancia, como el puntapié para una reflexión

filosófica: si no se puede afirmar rotundamente nada en Medicina, ¿hasta qué punto es una ciencia?

Quiere preguntarle ya por ese signo confuso que aparece en sus estudios, eso que indica que quizás no se fue, o que puede volver, ¿no era que la radiografía estaba mejor?, entonces por qué, pero no debe empezar su carta con esa pregunta, la deslizará como si fuera apenas un detalle que acaba de recordar, después de contarle de las nuevas traducciones que le han encargado, y la imprenta que debió limpiar, y los libros de Racine y Montaigne que buscará en la biblioteca de La Grange. Y justo antes de: «Te amo, más que nunca, quiero tu presencia, tus brazos, tus besos, tu voz».

Así, como una frase amorosa y no desesperada, y muerta de miedo como está, todo su cuerpo encogido, «Eso que aparece en tus pruebas diagnósticas ¿significa que no vendrás?». Y que no le tiemble la letra.

La idea se le ocurre mucho más tarde, y aunque es terriblemente dolorosa y sacada de la nada, crece como sólo pueden crecer los delirios en las noches de insomnio, toma consistencia, y al alba Mika decide comunicárselo: Si una gran pasión es capaz de despertar su energía y arrancarlo de su enfermedad, ella se apartará, renunciará a Hippo, lo dejará libre, que no sienta ninguna culpa, lo único que ella quiere es que se cure. Tres folios que no relee cuando pliega y guarda en el sobre, escribe el nombre y la dirección y la lleva al correo porque ya es día.

Después de la siesta reparadora, y la sopa de verduras, su carta le parece una extraña pesadilla. Pero ya la ha enviado.

Esa carta insensata justo hoy que el médico le ha anunciado que puede pasar cuatro días en su casa. Mika debe de haberla escrito a la luz de la vela, concluye Hippolyte, esa sensación de límite, de deformación, de estrechez, proviene de la frontera de luz y sombra que deja la vela. Él se lo ha dicho hace tiempo: debe conectar la electricidad en la roulotte. Y no es posible que Mika se ocupe de tantas tareas en la revista, hablará con los camaradas. Sólo un cansancio atroz puede explicar esa carta, no puede creer que ella piense esa locura, «debes rendirte a esta maravillosa evidencia, ese gran amor que me deseas, el que

despierte toda mi energía para curarme, es el nuestro. Sólo contigo puedo llevar esa vida alta, tierna, noble, sin desperdicio». Cómo lo hizo sufrir, no hacía más que limpiarse las lágrimas que subían a sus ojos en la cura de silencio. ¿La generosidad de dejarlo, de apartarse de él? No son otras mujeres lo que él necesita, sino a Mika. Y no son esas palabras odiosas que lo apartan de él las que esperaba sino otras «que te acerquen, te anuden, te abracen, te apretujen más y mejor contra mí».

Cómo pudo escribirle esas frases tan dolorosas, «a nosotros que hemos salvaguardado de una manera casi milagrosa nuestro amor a todas las circunstancias de nuestra vida. Lo hemos construido, lo hemos conquistado». No entrará en el análisis de los trece o catorce años de vida en común, sólo le recordará que ellos han pasado ese tiempo no uno al lado del otro, sino «uno contra el otro, en una profunda predilección mutua, que no ha disminuido un solo día». Porque para el enamoramiento no hace falta más que el instinto ciego, pero esta larga presencia a nuestro lado, «esta gloria que es caminar juntos por la vida, las manos enlazadas, es obra de la voluntad, de la clarividencia y de la espontaneidad de los sentimientos. Nos hemos ganado nuestro derecho al amor».

Las de Oise fueron las más bellas cartas que recibí en mi vida, las más amorosas, las más profundas reflexiones sobre los acontecimientos que vivíamos y sus lecturas, pero también sobre nosotros, sobre la naturaleza de nuestro amor. Hipólito Etchebéhère tenía una inteligencia prodigiosa, una mente y una pluma brillantes. Y un corazón enorme.

Las conservé durante años, viajaron conmigo a Buenos Aires en la Segunda Guerra Mundial y volvieron a París en 1946. No eran necesarias sus cartas para recordarlo, a Hippo lo llevé puesto toda la vida, como mi piel y mis huesos, pero tenerlas, releerlas me ayudó a sostenerme cuando flaqueaba, a encontrar mi eje cuando me perdía.

Y si bien nunca dejé de estar con él, donde quiera que estuviera, cuando me mudé al apartamento de la Rue Saint-Sulpice, en los años cincuenta, fue una gran alegría, como volver a lo nuestro, a la vida que pudo haber sido.

Cuando vivíamos en la Rue Gay-Lussac o en la Rue des Feuillantines, y yo salía a trabajar o a repartir la revista Que Faire, me gustaba caminar por esas callecitas

del barrio, y hacer un alto en el café de la Mairie, frente a la Place Saint-Sulpice. Pasé infinitas veces por el 4 de la Rue Saint-Sulpice, sin sospechar que ahí, en ese apartamento en el cuarto piso, viviría hasta el fin de mis días.

Estaba destruido cuando lo compré. Un gran amigo, Carmelo Arden Quin, el genial pintor uruguayo que ya había producido grandes obras, tomó la brocha gorda, las herramientas, y con su enorme talento transformó aquel espacio en ruinas en una obra de arte, cómodo y bello. Eso sí, le llevó su tiempo. Más de un año. Dormía en medio de ladrillos, maderas, y potes de pintura, todo amontonado. Pero qué bien lo pasábamos. Y el apartamento quedó fantástico, cálido y práctico, y muy original.

Allí, en nuestro barrio, yo seguí compartiendo con Hippo lo que vivía, sobre todo algunos hechos que él hubiera disfrutado, como los de Mayo del 68.

29

París, 1968

El agua no llega con la presión suficiente desde hace días y hay cortes de electricidad, pero a Mika no le importan esas incomodidades. Al contrario, le gustan, al fin algo se mueve. Un viento joven recorre Francia, las calles de París hierven de estudiantes, de obreros, que cantan La Internacional con el mismo entusiasmo de tantos años atrás.

Ha puesto a calentar la cafetera en la cocina a gas, y sonríe al descubrir que hasta allí también llegan los recortes, la llama es minúscula y el café tarda tiempo en hacerse. El país está paralizado, Hippo, le cuenta, y acomoda su retrato sobre la mesita.

Una ducha y a vestirse. La falda gris y las medias, los zapatos bajos por si acaso hay que correr, la blusa azul claro y el cárdigan. ¿Dónde ha guardado ese pañuelito rojo, como el que llevaban las chicas en Madrid? Le gustaría anudárselo al cuello, ¿por qué no? Hay que festejar.

El aroma a café inunda su apartamento de la Rue Saint-Sulpice. Se lo bebe con esa impaciencia en el estómago, esas ganas de lucha, qué bueno volver a sentirlas a sus años, se ríe. No está tan vieja, pese a las múltiples dolencias que la aquejan. De puro aburrida debe ser, esta mañana se siente perfecto, con unos bríos que ya pueden ir preparándose quienes se pongan en su camino. Su bravuconada le da risa. Está de excelente humor, la tarde de ayer con los muchachos en la Rue Gay-Lussac le ha hecho tanto bien… La misma calle donde vivían, a pocos metros de la Librería Española, donde Hippo le mandaba las cartas desde el sanatorio.

En la calle, la agitación continúa desde hace semanas, a los estudiantes de Nanterre se sumaron los de La Sorbonne, los trabajadores, nuevos periódicos como l’Enragé que le recuerda a Insurrexit. Cómo le gustaría a Hippo estar aquí

y correr junto a ella delante de los CRS, los malnacidos antidisturbios que siempre llegan para arruinar la fiesta.

Le parece escuchar su voz: Vamos rápido, Mikusha, esos muchachos atolondrados nos necesitan.

Vamos.

Ha dejado el abrigo en el perchero de la entrada. El bolso, los guantes, sabe que luego los usará. Llevará otro par, esos de algodón.

La Sorbonne se ha convertido en un bastión autosuficiente, la ha tomado un comité de ocupación y la ha dotado de una serie de servicios básicos para los estudiantes alzados: enfermería, comedores, hasta una guardería donde Mika entra para ayudar en lo que pueda y donde tropezó el otro día con su amiga Ded. Qué alegría.

En Saint-Michel habrá ya una muchedumbre, Mika se escurre entre las mesitas volcadas en las terrazas de los cafés, decide que es mejor subir hasta Luxembourg, atravesar los jardines donde siempre hay menos gente y bajar luego por la Rue Saint-Jacques hasta La Sorbonne.

Los jóvenes ya la conocen, le sonríen cuando atraviesa las barricadas que están levantando: Bonjour, camarade. Ese delgado, moreno, le habla en español: Hola Mika, ayer estuvieron conversando largo rato. La chica rubia, Lise, también estaba ayer, muy simpática. Fue la que le dijo que ella le recordaba a su abuela, claro que su abuela no estaría allí, es una burguesa.

Mika se acerca y le mira las manos tiznadas, las uñas se le han puesto negras de tanto arrancar adoquines, se pone frente a Lise, ¿está loca?, qué imprudente, ya se lo advirtió ayer a su compañero, Paul, ¿no es cierto? Sí, contesta él. Pero se ve que no quieren hacerle caso, dice Mika, abre su bolso, saca un par de guantes, y se los extiende a Lise.

–Los adoquines hay que arrancarlos con guantes –explica mientras se pone los guantes.

–¿Guantes? –la chica la mira desconcertada–, yo nunca usaré guantes, ni cuando sea mayor.

Mika se agacha y levanta un adoquín.

–Si no usas guantes, tus manos sucias te delatarán.

Lise le guiña un ojo: Usted sí que sabe de todo esto. A ella nunca se le habría ocurrido.

–Ahora, manos a la obra, hay que acabar antes de que lleguen los CRS.

A las once la policía carga con una violencia desproporcionada, carros blindados avanzan por la Rue Clovis, fuerzas de choque con los escudos formando barreras, adoquines que sobrevuelan la cabeza de Mika. Luego el humo de los disparos, las bolas de goma, las porras y los gritos.

Mika ha saltado y está ahora contra un portal, achica los ojos, como si fuera miope aunque ve perfectamente, trata de descubrir dónde está su amiga Lise. Está segura de que han podido escapar, los vio correr, pero ella no los siguió, le pareció inconveniente y quién sabe si las piernas le daban, mejor caminar, despacio, como si nada sucediera. Tiene miedo, pero nadie lo va a saber, mucho menos ese policía, ese repelente flic que se acerca a Mika, y la toma del brazo: Madame, qué hace aquí, en medio de esta refriega.

No sabe, ella no sabe, qué pasa, agente. El policía le explica todo al revés de como es, por supuesto. Ella se muestra preocupada, qué problema con esta juventud.

–¿Adónde va, señora?

–A casa, vivo cerca. En la Rue Saint-Sulpice.

Que no se preocupe, madame, el agente la va a acompañar hasta su casa. No hace falta, sí, sí, insiste, cuánto se lo agradece, los guantes sucios de alquitrán bien guardados en su bolso, Mika con sus manos blancas, muy cuidadas, su pelo cano, su paso más lento de lo que necesita, mientras se alejan en dirección a los jardines de Luxembourg, y esa sonrisa que le brota: Todavía puedo engañarlos, Hippo.

30

Madrid, abril de 1937

Se lo dijo el coronel Ojeda, cuando se acercó al Cerro de Ávila, se lo dijo el viejo miliciano Valerio, en camino a Madrid, se lo dijeron Quique, Eugenio y otros camaradas en el local del POUM, y Marguerite, en su carta: que se volviera a Francia. Pero Mika no quería. Su lugar estaba en la guerra, descansaría en Madrid, hasta que los llamaran a un nuevo frente.

Devastadas las compañías, el destino de los milicianos del POUM era incierto. En el que fuera su cuartel, en la calle Serrano, se habían instalado unas oficinas de las milicias confederales. Responde a la actual situación, le explicaron a Mika.

El no tener un lugar le dolía. Pero los milicianos del POUM que habían sobrevivido a la tremenda batalla del Cerro de Ávila, después de unos días de descanso, irían a algún frente, se imaginaba.

Si Mika no quería marcharse a Francia, que se alojara en la casa de compañeros socialistas o anarquistas, le aconsejaban sus amigos. Se había incautado la emisora de radio del POUM y su periódico El combatiente rojo. Día tras día las injurias del PC intoxicaban a la población. Madrid estaba plagado de checas, le advertían.

Mika no podía ni pensar, veía una y mil veces correr a sus milicianos a campo traviesa, los veía caer, sus cuerpos destrozados, las camillas yendo y viniendo, la carita de Corneta muerto… cuánto dolor.

Los milicianos volvieron a sus casas, pero ella no había pisado el piso de la calle Meléndez Valdés desde que empezó la guerra, Marie-Louise se había ido a Francia con su pequeño (se lo confirmó Katia en su carta), Vicente Latorre, su compañero, estaba combatiendo, y Mika se sentía incapaz de enfrentarse con los

recuerdos.

Se podía quedar en casa de Amparo, una tía de Quique, le ofrecieron, y aceptó.

–Serán sólo unos días, nada más, hasta que nos llamen al frente.

Pero los días pasaban y a Mika no la convocaban. Supo que los milicianos del POUM se habían incorporado a un batallón de la CNT, y otros, al frente de Aragón, en la División 29 que comandaba Rovira, militante del POUM.

Y Mika, en Madrid, en la insoportable retaguardia.

Capitana, ayudante de mando o soldada rasa, poco importaba, pero que la mandaran al frente, por favor.

–No hasta que haya descansado y se haya repuesto completamente –le dijo el coronel Ramírez, cuando se presentó en Puerta de Hierro, con exigencias.

Mika miró detenidamente a Augusto Ramírez. Ceniciento, ojeroso, desencajado. Su tono se suavizó:

–El que debería descansar es usted. Lo veo mal, preocupado –y alarmada–. ¿Pasó algo que yo no sepa? ¿Han avanzado más los fascistas? Cuénteme, compañero comandante.

Ramírez no podía contarte que las razones de sus desvelos no eran sólo las de la guerra, Mika, hubiera sido ridículo.

Anoche la pelea con Augusto fue terrible. Gritos, insultos. Es mediodía y Ethelvina no consigue levantarse de la cama, está agotada. Y de pésimo humor. Ya ni sabe qué desata las peleas, puede ser algo importante, como la fusión del Partido Socialista con el Comunista que ella propone y él está en total desacuerdo, o una mancha en el mantel al derramarse una copa de vino, es tan torpe Augusto. Y peor aún, esa irritación ciega que le produce su timbre de voz, o la mirada de carnero degollado que le pone cuando ella lo rechaza. O sus bostezos, o esa risa que no siente e inventa para ella.

Después del último encuentro con Andrei Kozlov, Ethelvina se había propuesto

ser más cariñosa con Augusto, tratarlo bien, reconciliarse. Y limitar a Andrei a lo que es: una aventura, nada más que una aventura, como se repite una y otra vez tratando de convencerse.

Pero la imagen de Andrei, sus manos sabias, su voz, la suave ferocidad con que le hace el amor, se apodera de todo lo que hace, y entonces Ethelvina no tolera estar con Augusto, fingiendo ser quien ya no es. Esa chiquilla deslumbrada e ingenua ya no existe, ahora es una mujer cabal. Y una mujer quiere un hombre, no un perrito faldero.

Cierto que tampoco puede estar con Andrei porque él, por más pasión que desplieguen en cada encuentro, no se compromete. Ethelvina le gusta a Andrei, y mucho, si no sería imposible llegar a tal placer cuando se aman, pero hay un límite, una barrera que él pone y que Ethelvina no logra franquear. La piel, el deseo, el sexo, los ligan fuertemente, pero no basta, deberá buscar otros caminos para ganarlo. Ser su compañera, su cómplice, su mujer. Ir por la vida pisando fuerte, del brazo de Andrei Kozlov.

Esa misma tarde, ordenando el cuarto, encuentra el primer eslabón de una cadena con la que atará a Andrei: el folio que garabateó la capitana Etchebéhère mientras hablaba con Augusto, cuando fue a cenar a su casa. Ethelvina lo escondió no sabe bien con qué intención, mintió que lo había tirado porque se derramó vino encima, y Augusto no le dio importancia.

A Andrei le gustará tener ese papel, se entusiasma Ethelvina. Hay nombres en clave, y unos trazos… que bien podrían ser los de un croquis, como los que dibuja Augusto. Ah, si tuviera uno de esos croquis que él dibuja y después tira; busca por todos lados, pero no encuentra. Ella bien sabe que Mika Etchebéhère y Augusto hablaban de libros para leer en el frente, del lugar donde ubicar las escuelas, pero no tiene por qué darse por enterada.

–¿Dónde está ahora la capitana Etchebéhère? –le pregunta a Augusto mientras cenan en una mesa primorosamente puesta.

–¿No hemos acordado que no volverías a mencionarla? –le responde, nervioso, Augusto.

Sólo lo preguntó por sacar una conversación que no tenga que ver con ellos y su relación, para acercarse –todavía no es una sonrisa la de Augusto pero ya muestra un alivio–, sabe que él le tiene aprecio, y ella también, después de lo que

Augusto le explicó. Se puso un poco celosa la otra noche, reconoce, y dijo tonterías, pero la verdad es que le preocupa la capitana, es mujer al fin, como ella... espera que no la hayan matado.

–No, justamente hoy la vi en Puerta de Hierro –su voz ha recuperado el tono habitual–. Quiere volver al frente pero... es complicado ahora. Charlamos largo rato.

–Qué suerte que está bien. Cuéntame.

Augusto cruza, aliviado, ese puente de paz que Ethelvina le tiende, una conversación cualquiera, una excusa para volver a los tiempos del entendimiento y la ternura, se deja mecer en esa atmósfera tibia, los leños ardiendo en la chimenea, su mujer acurrucada a su lado en el sofá, y habla, contesta sus preguntas, hasta que el cansancio lo vence. ¿Dormimos, cielo?

En cuanto miró el supuesto documento secreto, Ruvin Andrelevicius entendió que Dumas, Verne, Salgari, son nombres de escritores, que los trazos no respondían a ningún croquis de operación, sino al distraído juego de un lápiz sobre un papel. Pero era algo para comenzar, la gente de la policía española que colaboraba con ellos es bastante bruta.

Tampoco creyó una palabra de la absurda historia que le contó Ethelvina para explicarle cómo se había hecho con ese papel, pero no se lo dijo. ¿Croquis? ¿No tendría otros, por casualidad?, le preguntó más por ver hasta dónde sería capaz de llegar que por verdadero interés. La palabra croquis se la habría escuchado decir a Ramírez. Que la mujer del coronel socialista, en la comandancia de milicias, se esfuerce en ser una colaboradora lo conmueve. No la dejará ya, como había decidido. La amará un par de veces más, salvajemente, como a Ethelvina le gusta, como recompensa al precioso regalo que le ha ofrecido: el paradero de Mika Etchebéhère. Mika Feldman, Ruvin no olvida que ella es rusa, como casi todo lo que le gusta.

Se preguntaba dónde se habría metido Mika, le había perdido el rastro después del Cerro de Ávila, supo por su informante que había estado en Puerta de Hierro hablando con Ramírez, pero el muy inútil no la había seguido. Y ahora, Ethelvina se lo trae, servido en bandeja. Se lo ha sonsacado a Ramírez, esa mujer hace lo que quiere de él.

Tiene la calle y la esquina, no el número, ni la planta del piso donde Mika se aloja.

De todas maneras, allí no conviene, es la casa de un pariente de un compañero, algo así de impreciso le ha dicho Ethelvina. ¿Alguien del POUM?, preguntó en su papel de Kozlov. Ella no estaba segura, no quiso insistir para que Augusto no sospechara, pero se lo averiguaría lo antes posible.

Bella mujer, querida camarada, Andrei le pellizcó la nalga y le chupó el pezón izquierdo y luego el derecho, con fruición, la imagen de Mika colándose y las manos que se le iban. Basta. Debes irte, Ethelvina, hay que evitar sospechas de tu marido.

Si la casa donde está viviendo Mika es de alguien del POUM, no es prudente mover ficha ahora. El plan es otro. Los dirigentes caerán como ratas en la trampa que les tenderán en Barcelona, y podrán detenerlos a todos. Para entonces, ya se habrán sacado de encima a Largo Caballero, con Negrín como jefe de Gobierno tendrán más capacidad de maniobra. La orden es clara: el absoluto exterminio del POUM.

Pero no es necesario esperar tanto para detener a Mika. Tiene ese papelito absurdo como excusa, la información de la Policía Política Soviética que afirma que Mika vivía en Alemania cuando subió al poder Hitler, y que es un cuadro del trotskismo internacional, enemiga de la URSS, de Stalin y de la República de España.

Y enemiga personal suya, aunque está claro que no se lo dirá a nadie.

¿Enemiga? Una lástima que una mujer con su temple, ahora al mando de tropa, se haya convertido en un títere de los traidores. Ruvin está persuadido de que Mika podría ser un excelente cuadro, si fuera capaz de comprender, y hacer un giro total, confesar, y ofrecer su colaboración al partido. Convertir sus errores, sus desviaciones, en armas para la causa. La idea lo excita: utilizarla como cebo, un dulce donde las moscas traidoras podrían pegarse. Un entrenamiento rápido, que Ruvin mismo podría darle, ya se perfeccionaría más adelante en la URSS.

Esa noche, Ruvin Andrelevicius concibió un plan tan extraordinario como trastornado: convertirte en un agente de la GPU y ser él mismo tu guía, tu mentor.

Y si no acepta esta extraordinaria oportunidad que él le brinda: confesión, por los medios que sean necesarios, y fusilamiento.

Estaba frente al portal de la calle León. Tenía la llave en la mano, pero no llegó a meterla en la cerradura, el grito del policía la detuvo antes: Identifícate.

El hombre debía llevar tiempo allí, esperándola. Era tarde, pasada la medianoche, y no había ni un alma en la calle.

Mika le tendió su carnet de miliciana. Él lo miró de un lado y del otro, como si no pudiera comprender lo que veía o no le importara, y la miró a ella.

–Ven conmigo –ordenó y la cogió rudamente del brazo.

–¿Adónde? –Mika forcejeó para desembarazarse–. No es necesario que me sujete. Pídamelo. ¿Adónde debo acompañarlo?

El hombre no la soltó: Las preguntas las hacemos nosotros.

Todo ocurrió muy rápido. Tuvo el impulso de salir corriendo pero la alcanzaría, de entrar al edificio y cerrarle la puerta en la nariz, pero era muy fuerte. Pensó en pedirle que le permitiera avisar a sus amigos. Amparo se inquietaría si no llegaba, pero meter al policía en su casa era un riesgo que no convenía correr. Aun cuando todo fuera un error que ya se despejaría, la sensación de peligro le agitaba el pecho. Paralizada, muda, sin reacción posible.

–Vamos –le gritó el hombre.

Por no sentirse vejada, Mika caminó a su lado, llegaron hasta la esquina y dobló. A pocos metros, en la calle Lope de Vega, frente al monasterio, un coche negro, nuevo, estaba esperándolos. Se abrió la puerta trasera. El hombre, con brusquedad, empujó a Mika dentro del coche.

Mika ya ha sido interrogada por dos policías durante horas, cuando Ruvin se presenta en la checa de Atocha.

–Bonjour, camarade –la saluda sonriente.

Y en ese instante, el disparador de una cámara fotográfica, una, dos, tres veces. El estupor, el miedo, estampados en el rostro de Mika, fijados para siempre en las fotos. Ruvin mismo retratado en las pupilas azoradas de Mika.

Están en el patio, con luz natural.

–¡Jan Well! –un murmullo asombrado, que Ruvin apenas escucha.

Nadie más que él en la checa te escuchó llamarlo Jan Well. Intuiste, de un modo difuso, que revelarlo podía complicar aún más tu situación. Y Ruvin contaba con ello. Pero interpretó tu prudencia como complicidad.

Sólo quería apreciar el efecto que le produce su presencia. Ruvin se retira, sin responderle. Una foto, y otra más. Es Andrei Kozlov quien ha llamado a Oleg Alexandrovich, el fotógrafo. Un sueño largamente acariciado.

Fue en los archivos secretos de Moscú donde Ruvin admiró las fotografías que tomaron a los detenidos en las cárceles, antes y después de los interrogatorios, antes de los fusilamientos. Esa habilidad para sorprender en los ojos el odio, el desasosiego, el desprecio, el dolor, hasta esa loca sonrisa que estampa el terror. Maravillosas. Verdaderas obras de arte que no pueden exponerse en ningún museo.

La idea le cruzó entonces, breve pero intensa. Hubiera sido magnífico apresar en fotos los mil matices del rostro de Mika, tal como Ruvin lo vio aquella noche, en el rellano de la quinta planta del edificio de la Sophienstrasse: el miedo latiéndole en las sienes, un fulgor rabioso en sus ojos... y ese deseo inconfeso. La radiante belleza de las grandes tensiones.

Y aquí está ahora, en la checa, disfrutando a rabiar. Apostado en el cuarto contiguo al patio, Ruvin los espía por la ranura de la puerta. Mika pegada a la mohosa pared, hermosa, altiva. La violencia de la situación le hace crecer el porte. El fotógrafo, muy cerca de ella, disparando sin tregua, una ráfaga de fotos fijando la rica gama de inflexiones de su convulsa belleza. Ruvin sonríe, satisfecho.

No se ha equivocado con el fotógrafo de Pravda, a juzgar por el placer con que hace su trabajo. Fue arriesgado darle la orden de la misión secreta en la checa,

pero ya ha pensado algo para justificarlo. Ruvin Andrelevicius, actualmente Andrei Kozlov, es un calificado agente de la GPU, y Oleg Alexandrovich, un disciplinado miembro del PC, acostumbrado a obedecer. Oleg guardará el secreto, y Ruvin se quedará con las fotos.

El recuerdo de aquella noche en que las SA detuvieron a Hippolyte Etchebéhère, y Mika y Jan Well se escondieron en el edificio de la Sophienstrasse se le impone. Ha repetido infinitas veces en su imaginación, con meticulosidad, todos esos gestos que no sucedieron: su mano firme sujetando a Mika, impidiéndole bajar esa escalera, ella en sus brazos, la boca de Ruvin sellándole los labios, mientras le arranca la ropa y la lame y la bebe y la penetra una y otra vez, ella que ya no se resiste, que se entrega, que gime, que goza.

Pero no fue así, nada sucedió, porque la mano de Jan Well, la de Ruvin, nunca sujetó a Mika impidiéndole que bajara por esa escalera. Él permitió que ella se fuera. Gran error.

La vida ha vuelto a ponerla en su camino.

La vida y las tercas ideas contrarrevolucionarias de Mika, ayer con el grupo Wedding, hoy con el POUM, que Andrei Kozlov tiene el deber de suprimir. No es sólo algo personal, es su trabajo, se justifica.

La idea de sumar a Mika a la causa que concibió, exaltado, la otra noche fue perdiendo fuerza a la luz del día. Demasiado arriesgada. Nada más que como un ejercicio intelectual, Ruvin ha pensado cómo, llegado el caso, blanquearía a Mika ante Orlov, máximo cerebro de la GPU en España, encargado de purgar los disidentes.

Lo peor no son las preguntas, ni las absurdas acusaciones, ni los malos tratos de los agentes, lo peor son las fotografías de ese hombre repulsivo, Oleg Alexandrovich y los ojos de Jan Well, esos ojos calientes, nauseabundos, que la ensucian recorriéndola en silencio, como en aquella noche en Berlín.

En la checa se estableció una rutina: interrogatorio, fotos, visita al calabozo de Jan Well, a quien ahora llaman Andrei Kozlov.

Qué haces tú aquí, le preguntó Mika cuando estaban a solas, por qué me

fotografían, qué quieren de mí.

Jan sólo la mira, con esos ojos que son manos, lengua, sexo, y sólo le dirige la palabra para pedirle que coopere con la investigación.

Los interrogatorios están a cargo de un par de jóvenes, que compiten en estupidez y necedad. Las preguntas son casi siempre las mismas: si vivía en Alemania cuando el nazismo subió al poder, si es agente de la Gestapo, si cree que hay que ayudar al Gobierno de la República a ganar la guerra –¡a ella que está en el frente desde el primer día!–, si está de acuerdo con la política del Gobierno, si es trotskista.

Lo preguntan así, como si fuera fácil responder, como si el policía pudiera entender la larga disquisición que daría como respuesta. Mika simplificó: Sí, soy trotsquista. Para quien la interroga, como para tantos otros, el comunista que no está de acuerdo en todo con Stalin es trotskista, contrarrevolucionario, enemigo del pueblo. ¿Qué piensa de Trotski?, insistió el policía ayer. Tengo una gran admiración por él. ¿Vale la pena hablarle de las diferencias? En modo alguno.

Y otras preguntas, aún más estúpidas: Si cree que los únicos obreros revolucionarios son los del POUM, cómo es posible que cuestione la URSS que es el país más democrático del mundo y el que tiene una ley que concede las más amplias garantías. ¡Por favor!

¿Qué delito comete al tener tal o cual opinión sobre el Gobierno de la República, Stalin o Trotski?, preguntó Mika, impaciente. Sólo quiero informarme, contestó el joven. Y siguió, como un muñeco programado:

–¿Cuál es su ideología política?

–Soy marxista.

–¿Qué clase de marxismo?

–Hay un solo marxismo.

Trata de no perder la calma, ni burlarse de ellos, pero cuando la acosan: que qué significa «Dumas», y qué «Salgari», y cuando por fin le muestran el papel que ella garabateó, distraída, en la casa de Ramírez: ¿lo ha escrito Mika?, ¿reconoce su letra?, suelta una carcajada. ¿Texto en clave?, ¿croquis?, pregunta. ¿Están

locos o de verdad son tan brutos que no se dan cuenta?, piensa, pero no dice nada. La risa le sube como espuma, incontrolable.

El hombre debe de pensar que se ríe de él, y así es, pero también se ríe del absurdo de la situación, Mika sospechada de alta traición por recomendar lecturas en el frente.

No pueden creer tamaño disparate, es un invento, una excusa cualquiera para detenerla por su relación con el POUM. Pero ¿por qué a ella? No les dice nada de su conversación con Ramírez, necesita entender antes qué está pasando.

¿Cómo habrá llegado ese papel borroneado a la checa? Es imposible que se lo haya dado Ramírez, un militar socialista que repudia –se lo ha dicho días atrás en Puerta de Hierro– las injurias contra el POUM, en sincronía con los procesos de Moscú. A Mika, Ramírez la respeta, la admira, diría sin exagerar.

La presencia de Jan Well la confunde. Es evidente que el siniestro fotógrafo y los agentes responden a sus órdenes, a las órdenes del tal Andrei Kozlov, pero las preguntas son demasiado imbéciles como para venir de él, canalla pero inteligente. Parecen seguir un formulario que se aplica a cualquier detenido.

Y si fue Jan Well quien propició su detención, ¿cuánto será por combatir con el POUM y cuánto por aquella patada bien dada que aún le estará doliendo? Debió de sentirse humillado. No le ha dicho ni palabra de Berlín, como si ya no recordara lo que sucedió.

La imagen de aquella jovencita, Ethelvina, le cruza por un momento por la cabeza, pero por qué lo haría, y a quién le habría dado esa «prueba» falaz… A Jan Well. ¿Será posible? Un temblor sacude su cuerpo. ¿Le sorprende tanto? Si apenas lo conoció, ella supo que había que cuidarse de él. El consejero Andrei Kozlov en Madrid, el camarada de la oposición de izquierda Jan Well, uno de los que propició la vuelta en masa de los oposicionistas al PC, en Berlín, y quién sabe qué otros nombres y otros roles, son la misma persona: un agente de la GPU.

Y un agente de la GPU que tiene con ella una obsesión particular.

Lo que le ha contado Alfred en su carta, y los camaradas en París sobre los procesos de Moscú es escalofriante. ¿Pretenderán hacer lo mismo en España? ¿Será ella una de las víctimas de las purgas en España?

No es posible, piensa Mika al día siguiente, de ser así, no hubiera ido Jan ayer a ¿intentar convencerla? ¿Cómo entender tamaño desatino?

Jan casi nunca le habla, por eso la sorprendió cuando le preguntó, en voz muy baja, si es cierto lo que confesó al agente: que admira a Trotski, ese perro rabioso. ¿O sólo lo dijo para molestarlo?

–Mi admiración por Trotski aumenta en proporción a la siniestra persecución de que es objeto.

¿Es que no se da cuenta, Mika? Que lo escuchara, que aprovechara el aislamiento para reflexionar. Y ahí le soltó todo ese discurso absurdo sobre el camarada Stalin y la revolución. ¿Estaba adoctrinándola? No podía creerlo. Mika permaneció en silencio, escuchándolo, hasta que él la sacó de quicio con eso de que quien está contra Stalin está a favor de Hitler.

–¿Me has metido presa para encarrilarme? –no era gracioso, pero la tensión se disolvió en una risa que creció a la carcajada.

A juzgar por su expresión, Mika piensa que no debió haberlo provocado; ese hombre que tenía enfrente, más allá de su misteriosa identidad, es un tipo de cuidado. Y está loco. Muy loco, ella puede verlo en sus ojos incendiados, y en esos otros ojos que tiene, los de la cámara fotográfica de Oleg Alexandrovich.

–Te arrepentirás –le dijo Jan Well y se fue.

Más de un mes que Mika desapareció. Un vecino la había visto marcharse con un policía. Amparo le avisó a Quique, y él a Juan Andrade, y a los otros camaradas. El coronel Ojeda, personalmente, ha indagado, como responsable de la zona donde Mika combatía, y también el coronel Ramírez, como comandante de brigada, pero nadie sabe dónde está.

El abogado Benito Pabón, ligado al POUM, le envió una carta al ministro: que preocupa en España y en el exterior la desaparición de la ciudadana francesa Michèle Etchebéhère, capitana de las fuerzas republicanas, que fue llevada de la puerta de su domicilio por un agente de la policía, que le indique dónde se

encuentra detenida y cuál es su situación legal actual.

Que le diga la verdad, Andrei, le pide Ethelvina, ella lo ve, lo siente, él está obsesionado con esa mujer, apenas dos veces se han encontrado en todo este tiempo, y porque ella insistió, protesta. Andrei está como ausente, hasta cuando le hace el amor, ¿es por la capitana?, y sin esperar respuesta: Si lo hubiera sabido, no te daba los datos.

No le falta razón a Ethelvina, pero Ruvin no va a dársela.

Que no diga tonterías y lo ame, y para callarla, para negar esa verdad, sin prolegómenos, Ruvin se zambulle en ese cuerpo tibio, abierto a su deseo. Ella le pide más, más. No es Mika quien se lo pide, pero así lo imagina Ruvin y le da todo, todo lo que tiene es para ella, te voy a llenar de leche, susurra agitado, y cuando por fin llega al placer, se adormece, pero ese timbre atiplado de voz lo arranca de su sueño complacido.

¿Por qué Ethelvina tiene que hablar en ese momento?, se enfurece, se pone de pie, ¿no puede quedarse callada?, se viste con brusquedad: que se vaya, necesita estar solo, ahora mismo, y sacude con violencia las sábanas con las que ella parece defenderse, cubriéndose. Él le tira la ropa encima.

–Vete.

Hay un extraño destello en los ojos de Ethelvina cuando se para frente a Ruvin, en la puerta del cuarto.

Él sabe que la ha maltratado; no sin cierto esfuerzo, intenta calmarla con una caricia que ella rechaza. Mejor, que se vaya ofendida, y que no vuelva.

–Mis recuerdos a la capitana. Te la estás tirando ¿no es cierto?

Lo enfurece, Ethelvina lo enfurece.

–No quiero verte nunca más. ¡Fuera! –grita–. Pobre Ramírez, lo compadezco.

Cuando Mika se despierta, Jan Well está ahí, en el calabozo, mirándola con asquerosa ternura. Se sobresalta:

–¿Qué pasa?

–Nada. He venido a verte.

–¿Cuándo me van a liberar?

–Cuando confieses.

–No tengo nada que confesar, y tú lo sabes.

–Escucha, Mika, no seas necia.

Palabras murmuradas, como plegarias, en las que Jan le explica cuán equivocada está.

Hoy ella no le dirá nada, lo dejará hablar, a ver hasta dónde es capaz de llegar, qué pretende. Está verdaderamente convencido de lo que explica.

Curioso, lo que Jan quiere Mika lo podría enunciar del mismo modo: una sociedad igualitaria. Carcelero y presa tienen el mismo sueño y comparten su fe marxista en el futuro, pero mientras ella está convencida de que esa máquina de destruir que es el estalinismo está ahogando la revolución, para él es esencial la más absoluta sumisión al Partido Comunista, a los intereses de la Unión Soviética.

–Si hay que ser duro ahora, Mika, es para que la revolución triunfe.

Su silencio lo anima a hablar, y sí, lo que pretende es que colabore a destruir al adversario, o sea ¡a quienes han combatido con ella hasta ahora! Para convencerla inventa una excusa: Mika seguramente no sabe quién es, en verdad, esa gente, la canalla del POUM.

–Piensa en la distancia que hay entre quienes estamos a la vanguardia de los intereses del pueblo y los esbirros de la Gestapo, Mika.

La indignación la aturde, pero puede quedarse en silencio, puede resistir el deseo de insultarlo, de pegarle, hasta que Jan Well dice esa frase que le arde: ahora ella

puede, ahora que él ya no está, que la quema, y todo ese muro de contención se rompe en mil pedazos y estalla: que se vaya, que desaparezca, que la deje en paz.

Él no parece alterado, comprende, es muy reciente, lo hablarán otro día, pero que se apure, Mika, no hay mucho tiempo.

Fuera toda especulación sobre lo que le conviene o no le conviene decir en una checa:

–Nunca, ¿me entiendes? Nunca colaboraré con Stalin y sus peones, son la escoria enceguecida de poder que aplastó la revolución.

31

Madrid, junio de 1937

La reunión que ha convocado el nuevo Gobierno con los mandos ha dejado a Juan Ojeda muy preocupado. Una atmósfera de pogrom se cierne sobre el POUM, y está persuadido de que Negrín no impedirá su exterminio, le confía a Augusto Ramírez, uno de los pocos militares que esgrimió una protesta. Para Ramírez cada vez es más claro el deplorable juego del PC, y lo peor es que hay camaradas de armas que en verdad creen que los militantes del POUM son agentes de la Gestapo, sólo porque lo dice el PC. Nadie niega la importancia de la ayuda rusa en la guerra, él mismo, meses atrás, no tenía la misma postura que hoy, si hasta invitó a su casa a algún consejero ruso. Pero ahora que se han caído todas las máscaras y ve el costo de esa ayuda y cómo el Gobierno de la República responde a las directrices de la Internacional Comunista… está indignado. Y Ojeda: que mientras los militantes del POUM son tildados de perros traidores, perseguidos, encarcelados, el comandante José Rovira y sus milicianos están en el frente, jugándose la vida por la República. Y tantos más del POUM que han caído en combate, qué infamia.

En este contexto, la desaparición de Mika puede tener alguna explicación, aunque a Ojeda le parece extraño que la hayan detenido a ella, que no es oficialmente militante del POUM, más de un mes antes que a sus dirigentes. Sí, es raro, dice Ramírez, que ha mostrado una gran preocupación por la suerte de la capitana, parece difícil que responda a un mismo plan, a él no le cuadra.

De Mika nadie sabe nada, absolutamente nada. Ni Amparo, la mujer que la alojaba, ni sus camaradas, ni Cipriano Mera, ni sus amigos de Francia, ni el ministro al que se ha dirigido el abogado… ¿La habrán matado?

Una corazonada le dice a Ojeda que no, y que aún es posible rescatarla de donde sea que esté. Deben continuar averiguando, exigiendo respuestas, propone Ramírez.

Con el paso de los días, Ethelvina se convenció de que lo que había pasado con Andrei Kozlov era cierto, que él la había echado de su vida sin más. Y ella ¿qué podía hacer?, ¿nada? Por eso, cuando escucha detrás de la puerta la conversación de Augusto con Ojeda, se atreve a interrumpirlos.

–¿Por qué no le preguntan a Kozlov? –los sorprende Ethelvina–. Probablemente él sepa dónde está la capitana.

No se molesta en disculparse por intervenir en una conversación que no la incluía, está demasiado impaciente.

Qué sabe Ethelvina, acaso ha visto a Kozlov, le pregunta Augusto, la voz tensa, al borde de la tormenta. Ella ni afirma ni niega, ya se las arreglará más tarde con él, ahora lo importante es denunciar a Andrei Kozlov.

–El consejero tiene una obsesión enfermiza con la capitana, que va más allá de la política y de su trabajo –afirma Ethelvina–. Se conocen desde hace años. Una historia pasional quizás…

–Sería útil que nos dijera todo lo que sabe, señora –interviene Ojeda, un esfuerzo en sonar amable–. Se lo agradeceríamos mucho.

–¿Cómo sabes que se conocen desde hace años? –la ira contenida tiñe las mejillas de Augusto, le deforma la boca.

–Él me lo dijo. La odia. O la ama. Lo mismo da –como ella a Andrei, piensa–. Y la quiere tener con él.

–¿Y dónde cree que está la capitana? –pregunta Ojeda.

Ethelvina no tiene datos concretos, pero sí una intuición y ella es una gran observadora de los seres humanos, explica. Sin duda, trata de complacerla Ojeda, no la quiere nada y se le nota, pero le cree y eso es lo importante.

–Podría ser Kozlov un amante despechado que utiliza su poder para ajustar antiguas cuentas. Detenerla con la excusa del POUM, y hacer de ella lo que quiera. Pobre mujer.

Un disparate, corta Augusto, Ethelvina tiene una gran imaginación, pero saber no sabe nada, si hace más de dos o tres meses que no vemos a Kozlov, y la mira a los ojos. Que lo confirme, por favor, parece rogarle.

Patético, le importa más lo que piense Ojeda que lo que en verdad pasó con Andrei. Qué le cuesta a Ethelvina decir: Sí, hace mucho que no lo vemos. Pero no lo dice.

Ojeda lo saca del bochorno, le agradece mucho a doña Ethelvina su ayuda, le da la mano y se despide de ella con una sonrisa.

Ya está, ya lo hizo. Se enterará Andrei de quién es Ethelvina. Lo que le molesta es estar salvándole el pellejo a esa mujer que le cae tan mal. En fin, un mal menor.

A Ruvin le dolió que Mika desperdiciara, de puro testaruda, la oportunidad que él le había ofrecido. Pero también fue un alivio. Ruvin estuvo en Barcelona estos días agitados, y se da cuenta de que hubiera sido muy difícil, imposible, implementar su plan, la guerra desatada contra el POUM es brutal, no dejarán títere con cabeza. Ya han apresado a más de cuatrocientos traidores.

Kurt Landau está escondido, pero Ruvin lo conoce, es temperamental e imprudente, y en cualquier momento se dejará caer por ahí a soltar su discurso, y lo encontrarán. Es cosa de días, a Katia ya la agarraron, en el local del POUM, fue Ruvin quien dio el chivatazo. Detesta a esa mujer, está seguro de que fue ella quien predispuso mal a Mika contra él, ni siquiera era una cuestión de ideas, Katia nunca toleró que Jan Well le hiciera sombra a su marido.

Por suerte, todo eso forma parte del pasado. No fue Ruvin quien lo decidió, pero siente una interna satisfacción al saber que ya basta de andarse con vueltas con estos traidores, que dividirlos, que enfrentarlos, que debilitarlos. Por fin se hará lo que corresponde: borrarlos de la faz de la tierra, desaparecerlos.

¿Y qué hacer con Mika?

El plan es fusilarla si no logran una confesión. Que la apretaran, les dijo cuando se fue a Barcelona, aunque sin lastimarla, aclaró. Pero ahí sigue Mika, sin firmar confesión alguna y Ruvin inmóvil, sin poder encaminarla, ni matarla. Ni tenerla,

ni tocarla. Puede mirarla, eso sí, y ella le sostiene la mirada. Un juego que lo complace enormemente. Pero todo llega a su fin. La conversación con Ojeda ha definido el curso de los acontecimientos.

Cuando el coronel hizo ese largo rodeo: que la preocupación del ministro de Justicia, que las cartas que llegan del extranjero, ahora reclamando el paradero de Andreu Nin, y antes el de Mika Etchebéhère, que qué extraño, ella había desaparecido antes de que detuvieran a los dirigentes del POUM, Ruvin no se inmutó, pero cuando, como al pasar, dejó caer: Ayer lo hablamos con Ramírez y su mujer, ¿la recuerda, Kozlov?, una morena muy guapa, Ruvin supo que Ojeda tenía claro que Mika está en sus manos. Ethelvina, la muy perra, se ha vengado. ¿Sabe algo él de la capitana Etchebéhère?, le preguntó Ojeda, ¿está detenida?

El consejero Andrei Kozlov, por supuesto, lo ignoraba, no es mi función, coronel, se confunde usted. Pero tiene sus contactos y le promete informarse. Se lo agradeceré, le dijo Ojeda, y era de acero su mirada.

La situación no puede dilatarse más. Mañana Mika será trasladada a la Dirección General de Seguridad, que actualmente se ocupa de las actividades subversivas y de espionaje.

Otra vez ella bajando esa escalera, escapándosele de las manos, él mismo empujándola fuera de su alcance. Pero todavía queda esta noche.

En el calabozo, la sinuosa luz de una vela. Hay desafío en la manera de plantarse ante él, la vela en la mano: ¿Qué haces aquí a estas horas?

–Bien lo sabes, ma belle –y avanza hacia ella–. Ni un grito, ni una palabra o te mato.

De pronto la oscuridad. Mika ha apagado la vela y se ha escurrido de sus manos, refugiándose quién sabe dónde. Ruvin podría ir a buscar otra vela, pero lo excita el juego de andar a tientas y buscarla. Ella lo ha inventado: traviesa, y hasta es posible que adivine esta dureza que desde el sexo le tensa todo el cuerpo, y lo esté esperando en algún lugar del calabozo. Mika lo desea –decide Ruvin– desde el mismo instante en que se conocieron, en aquel galpón de Wedding. Por fin, por fin. Se le hace agua la boca. Las manos extendidas, como un ciego, y los ojos buceándola en la oscuridad, empeñados en descubrirla entre las sombras.

–Dime frío, tibio, caliente. Guíame –le pide como un chico–. ¿Dónde te escondes?

Como si estuvieran jugando al gallito ciego, el hombre se ha vuelto totalmente loco, piensa Mika, pegándose a la pared, conteniendo la respiración, haciéndose invisible. ¿Qué hacer? Tiene que pensar algo rápido, ¿y si le sigue el juego? Entonces él la descubre.

–Aquí estás –festeja, entusiasmado en su delirio.

Toca su frente, su pelo, su mano dibuja el contorno del estilizado cuello, el contacto con la piel de Mika lo emociona, sigue hasta el hombro, baja por el brazo, la mano delgada, ella no grita, no habla, ¿tiembla? Ruvin puede sentir la llamada del sexo húmedo entre las piernas de Mika, el clamor de su cuerpo entero, pero irá despacio: Tenemos toda la noche, chérie, tranquila.

Repetirá esos gestos soñados infinitamente. La imagen de sus pezones erguidos es irresistible y sus manos los buscan con urgencia, como si hubiera un incendio que apagar. La boca que se lanza voraz sobre ellos.

La voz de Mika, enérgica y calma, lo sorprende: Jan, lo llama, Jan, lo desconcierta, él le quita las manos del pecho.

–Jan Well, mírame.

La boca de Ruvin busca los labios de Mika, pero ella lo aparta suavemente, lo toma de la cabeza con sus dos manos, con delicadeza, los rostros enfrentados, como si necesitara distinguir claramente sus facciones.

–Jan.

–Dime.

Entonces Mika, intempestivamente, lo escupe. Un asco rancio hecho saliva.

Las cachetadas con que Ruvin le cruza la cara una y otra vez no lo alivian de ese

escupitajo que parece crecer, envolviéndolo todo, ahogándolo. Tiene que salir a la calle, correr, gritar, mojarse la cara, arrancarse a manotazos la vergüenza.

Cuando Jan se fue, Mika se dejó resbalar hasta el suelo, y se quedó ahí, incapaz de moverse. De todas las batallas, la que acababa de librar era la que la había dejado más extenuada. El sueño la venció sin que pudiera comprender cómo, con qué armas, con qué recursos, la había ganado.

Al día siguiente, intentaba encajar las piezas, las fotos de Olev Alexandrovich y la mirada obscena de Jan Well, él, sonriente, agradeciéndole que no lo haya llamado Well delante de los otros, Andrei Kozlov intentando ganarla para el estalinismo, Jan Well jugando al gallito ciego, esa obstinación malsana con ella, ese conjunto retorcido de sentimientos que buscaban… ¿su aceptación? El quería que Mika le correspondiera, escalofriante, que ella lo aceptara, que lo deseara, que lo quisiera… sólo así puede explicarse que Jan Well, Andrei Kozlov o como se llame ese infame, no la haya violado o matado cuando la tuvo a su merced. ¿Algo de ella pudo haberlo alentado? No es posible.

El guardia entró y le tiró su ropa sobre el camastro, la que traía puesta cuando la llevaron a la checa.

–Lávate y vístete. Te llevamos a otro lado.

No sabe por qué la han llevado a la Dirección General de Seguridad, pero en su celda oscura, Mika se siente mucho más cerca de la luz que en la checa. No sabe qué será de ella, pero tiene la certeza de haberse librado de las garras de Jan Well. Y eso ya es mucho.

Tres días después de que Juan Ojeda hablara con Andrei Kozlov, el abogado Pabón recibió la noticia de que Mika Etchebéhère se encontraba detenida en la Dirección General de Seguridad.

Cuando lo supo, Ojeda quiso presentarse de inmediato, estaba indignado, pero el abogado Pabón se lo desaconsejó, a él ni siquiera le permitieron verla, podría defenderla si había un proceso judicial, pero tal como está la situación hoy... tenían que intentar liberarla moviendo otros resortes del poder.

–Mera –dijo Juan Ojeda.

Podían eliminar al POUM, pero cómo prescindir de la poderosa CNT-FAI. Cipriano Mera era su comandante, y un gran amigo de Mika.

Manuel Muñoz, director de la Dirección General de Seguridad, recibe a Cipriano Mera sin dilaciones: ¿Qué lo trae por aquí, comandante?

–Me ha llegado al frente una noticia que no acierto a creer. ¿Tienen aquí detenida a Mika Etchebéhère, una ciudadana francesa, de origen argentino, que es capitana de nuestro ejército?

–Sí, la recuerdo porque es extranjera.

–¿Cómo es posible que hayan encarcelado a una luchadora antifascista de la talla de Mika Etchebéhère? Debe liberarla de inmediato. ¿De qué se la acusa?

–Aún no se han iniciado las acciones judiciales, pero la han señalado como desafecta a la República, comandante.

–¡Mentira! –levantó la voz Mera–. Que sus acusadores se atrevan a decirlo en mi presencia. Esta mujer excepcional ha combatido con todo valor en Sigüenza, en Moncloa, en Pineda de Húmera. Su columna ha sido machacada en el Cerro de Ávila. ¿Y ustedes la encarcelan? ¿Desafecta a la República? –su voz tronando–. La libera en este mismo instante.

–Sobre ella pesan acusaciones serias, comandante.

–Sobre ella pesa el haber combatido junto a milicianos del POUM, de quienes el PC quiere deshacerse, con su irresponsable complicidad. Cómplices de criminales, eso es lo que son.

–¡Cuidado, Mera!

–Los españoles tenemos por costumbre no mordernos la lengua y llamar a las cosas por su nombre.

Pero si sigue por ese camino, no va a lograr sus objetivos, la compañera Mika

bien se merece un esfuerzo, no está la situación para permitirse espontaneidades. Mera baja el tono: Vea, señor Muñoz, la señora Etchebéhère es persona de mi absoluta confianza –y acercándose–, es una amiga muy querida –ve encenderse una luz en los ojos de Muñoz–.Yo respondo por ella.

–Haberlo dicho antes, Mera –y esa sonrisa taimada de Muñoz.

¿Qué está entendiendo? No importa, Mera no quiere detenerse en elucubraciones, lo que sea indica una mejor vía para liberar a Mika y hay que aprovecharla: Le pido encarecidamente que la deje libre.

Muñoz en silencio, pensativo, pero ya con otra cara, y Mera, normalmente parco, argumentando: Aquí encerrada no les sirve para nada –un intento de poner las cosas en claro– y en la división que yo comando bien vendría una capitana como ella.

–Con la información que me da –concede Muñoz– puede marcharse tranquilo, Mera, haré lo necesario para liberar a la prisionera. Pero ni en su división, ni en ninguna. No me ponga en apuros, comandante, ya no se permiten mujeres en el frente, mucho menos en un puesto de mando, y muchísimo menos extranjera y sospechosa. Yo se la mando, y usted se hace responsable de ella. La guarda bien guardada, donde nadie la vea, o se encarga de que se vaya, que vuelva a su tierra, que se esfume. Ya vendrán tiempos mejores y podrá visitarla en Francia.

Con todo gusto Mera le daría una hostia, pero no hace el menor gesto. Lo importante es recuperar a la compañera Mika. Muñoz mira alrededor, como si temiera que los muros escucharan, y en voz muy baja:

–En confianza, Mera, le diré que a su amiga no la quieren nada –hace una larga pausa–. Gente de peso. Póngala a salvo.

Y para poner fin a una incómoda confidencia que él mismo, sin quererlo, ha provocado, le extiende la mano. Cipriano la estrecha, sin la menor pregunta.

Al día siguiente, en el coche de Eduardo Val, Mika llegó al norte del río Tajuña, donde se encontraba la División 14 de las fuerzas confederales, que comandaba Cipriano Mera.

Se lo dijo apenas llegó: Quiere seguir combatiendo pese a lo que le pasó, no va a abandonar la guerra, hay que estar junto al pueblo español. Como lo están los miles de brigadistas de todas partes del mundo que se están jugando la vida por una revolución que es de todos, y que nada tiene que ver con la política canalla del PC y sus lacayos del Gobierno. El PC y el Gobierno no son el pueblo, Mera, incorpórame a tu división.

–No ahora, Mika, ya veremos más adelante –la mirada triste de Cipriano Mera desmentía ese futuro.

Era absurdo, injusto, lo sabía, pero no estaba en sus manos modificarlo, compañera, ésta es la situación ahora, bastante difícil le fue sacarla de la cárcel, créeme, tienes que marcharte, Mika, funcionó una vez, pero no podría garantizarte que… Quién sabe si él estará…

–No hace falta más explicaciones, compañero, me voy.

Supo que para Mera era imposible admitirla en su división, y no quiso violentarlo más. Probablemente ése fue el pacto que tuvo que hacer para que la liberaran: que Mika se fuera. No le había explicado nada de su conversación con Muñoz, y ella tampoco se lo preguntó. Sintió que la garganta se le cerraba.

–El compañero Val se encargará de alojarte en un lugar seguro para ti hasta que te den el salvoconducto para irte a Francia.

–No me iré a Francia. Conseguiré un escondite, tengo amigos. Seguiré aquí, en la retaguardia, hasta que sea posible volver al frente, no dejaré nuestra guerra.

–¿Nos vamos? –se asomó Val.

–Sí. Un momento –dijo Mika, y a Mera–: Gracias por todo, Cipriano.

–Compañera, amiga, hermana, valiente mujer –Cipriano la estrechó entre sus brazos, su voz se quebró–. Te echaré tanto de menos, todos te echaremos de menos –se limpió los ojos con la manga y ensayó un tono de broma–. Tanto te cabreaste por lo que te dije en el Cerro de Ávila, y ahora soy yo quien llora.

Antes de subir al coche de Val, Mika se detuvo a mirar alrededor. A una cierta distancia, podía divisar las primeras trincheras. No habría más trincheras para ella. La habían expulsado de la guerra. De su guerra.

32

Madrid, octubre de 1937

La mujer que la recibe en el Liceo Francés de Madrid le pide que la siga por un largo corredor, abre la puerta de un cuarto y, con un gesto, la invita a pasar.

–Ya están aquí sus cosas –le dice en voz baja, sin dar más explicación–. La dejo para que se instale y descanse. Nos vemos más tarde.

Mika observa este ambiente espacioso y claro que será ahora su refugio. Los muebles sólidos, el suelo de madera, los cuadros, y hasta la dorada luz de la tarde que se cuela por los visillos le duelen. Esta atmósfera ligera, este aire limpio la ahogan. Cosas normales de una vida normal. No sabrá vivirlas. Nostalgia de trinchera, de peligros, de barro y suciedad, de obuses y ametralladoras, de olor a pólvora y a miedo.

En la guerra hay que vigilar, decidir, actuar, atacar, defenderse, velar por los milicianos. En la guerra, hay que hacer algo urgente e imprescindible a toda hora, no hay tiempo ni posibilidad para abandonarse al dolor. En la guerra, todo; fuera de la guerra, nada.

Pero la han dejado fuera, después de esa terrible batalla en el cerro de Ávila donde se jugaron el todo por el todo, a Mika la han echado de la guerra.

Esa frase tuya, «Me han echado de la guerra», me llamaba la atención. ¿Por qué echado?, ¿quién te echó? Tus memoria de la guerra se cortan con la derrota del Cerro de Ávila, pero la guerra siguió.

Leí un artículo que afirmaba que habías sido detenida por una patrulla franquista, aunque el autor es el mismo que, a propósito de Insurrexit, había escrito que en la Guerra Civil española realizaste tareas ¡de enfermería! y que, durante la Segunda Guerra Mundial (cuando te refugiaste en Argentina),

formaste parte de la Resistencia en Francia. Era difícil tomarlo por bueno. Nada en tus notas, ni en las entrelíneas, indicaba que así hubiera sido, pero ahí estaba ese insistente y misterioso «Me han echado», extraña expresión para el enemigo.

Te habían echado, efectivamente, pero no los fascistas, sino quienes combatían contigo en el mismo frente. Fue en las memorias de Cipriano Mera donde encontré la explicación a aquellas dolorosas palabras que escribiste en el Liceo Francés.

Buscada por los fascistas como una mujer peligrosa que manda entre los rojos, buscada por la Dirección General de Seguridad de la República, por los agentes del feroz estalinismo. Desafecta a la República. Presa. En la cárcel de la República, no en la de los rebeldes fascistas. Qué humillación.

Y aquí está Mika, en el Liceo Francés, hasta que le consigan un salvoconducto para poder volver a Francia, le dijeron los amigos. Ha aceptado porque necesita un escondite ahora, pero no se irá, esperará el momento adecuado para volver a luchar, codo a codo, con sus milicianos.

En algunos frentes, todavía hay combatientes del POUM, aunque sí se confirma lo que le dijeron ayer: que la División 21, integrada por militantes del POUM, va a ser disuelta, poca esperanza queda. A Rovira, su comandante, lo han llevado preso acusado de alta traición.

Tantos horrores han sucedido desde que ella entró a la checa. Anoche, Amparo, la tía de Quique Rodríguez, avisada por los amigos anarquistas que la alojaron estos tiempos, fue a verla. Cuando le contó, en detalle, las novedades, a Mika le resultaba difícil asimilar tanta crueldad. Quique preso, como Juan Andrade, y Pedro Bonet, y Julián Gorkin, Escuder y Paul Thalmann. En Barcelona, no sólo los dirigentes del POUM fueron detenidos, sino cientos de militantes. Andreu Nin desapareció de la cárcel y nadie hasta ahora sabe dónde está. Se han llevado a Kurt de la casa de sus amigos, y Katia, en la cárcel de mujeres, está organizando una huelga de hambre, a la que se sumaron presas comunes. La querida y brava Katia, cuánto le gustaría abrazarla, darle coraje.

Fue una suerte que a Mika la detuvieran en Madrid, le dijo Amparo, una suerte Juan Ojeda, Cipriano Mera. Y hasta una suerte, pensó Mika, el giro que tomó la locura de Andrei Kozlov, que le dio un tiempo para que otros pudieran actuar, y

salvar así la vida.

Pero qué vida. La vida tal como ellos la concebían era una malla tejida con dos hilos, no podrá sostenerse sólo con el de Mika. Cómo vivir sola la vida que fue de los dos, la vida de las ideas, de las emociones. La vida única y rica que tenían. Mika no puede vivir esa vida sin él. No puede.

Cuando la muerte la rodeaba, podía estar sola. No lamentó su ausencia, cuando quedó sepultada por el barro con aquella bomba, ni cuando los ametrallaban, ni con el hambre, los piojos y el frío calándole los huesos. No sintió la soledad en el terror cotidiano de la guerra, pero en este bello y luminoso cuarto, él está por todos lados. En este sillón, comentándole sus lecturas, en la cama, esperándola, en la ventana, iluminado por el atardecer.

Se acerca al amplio ventanal sobre la calle arbolada, y el resplandor de la cúpula recortándose en ese cielo rojizo de Madrid que él ya no verá la golpea. Cierra los ojos. El dolor es casi físico. Mareada, perdida, estira la mano para asir su ausencia y se tapa la boca para ahogar un grito, nunca más sus ojos grises, su cálida voz, su cuerpo tibio, nunca más él.

Qué hará Mika, qué puede hacer ahora, se dice mientras se desploma sobre el sillón.

Reconoce sobre la mesa su pequeño bolso de cuero, que dejó en el piso de Meléndez Valdés, cuando se fueron con la columna motorizada a Zaragoza. Quién sabe cómo ha llegado allí, debe de haberlo dejado en algún sitio Marie-Louise antes de irse a Francia con su hijo. Lo abre y encuentra el vestido color malva que le compró Hippo en París, justo antes de viajar a España.

El contacto con la tela suave le trae sus ojos encendidos sobre ella, sus dedos recorriéndola despaciosamente, sus brazos levantándola por el aire, su risa. Los sobrenombres tiernos, ma douce, morena mía, mon cri-cri, susurrados a su oído, mikusha, grillito, se extienden por el cuarto, rebotan en las paredes.

Mika suelta el vestido, como si su suave tejido la quemara. El sobre con las cartas. No puede leerlas ahora, imposible. El cuaderno azul que escribieron en Alemania, en París. La agenda alemana del año 1935 que le regalaron cuando hacía las traducciones. La abre y encuentra unas hojas libres. La pluma, rápido. Escribir. Pineda de Húmera, Siguenza, Moncloa, los nombres de los lugares en los que combatió. Palabras sueltas por ahora. La Chata, Juan Laborda, Corneta,

el Maño, Antonio Guerrero, el Marsellés, Emma, Ramón, Valerio, los nombres de las personas con las que combatió. Dar forma al paso de sus días en la guerra, contarlo para otros, dar cuenta de la historia.

Pero también un tablón al que sostenerse en medio del oscuro océano de su ausencia. Su corazón se aquieta palabra a palabra.

Escribiste esas notas infinitas veces, a lo largo de casi cuarenta años. Algunas las tengo, otras las vi en París, y las describí para no olvidarlas nunca. Las extiendo sobre mi mesa de trabajo. Manuscritas en diversos colores de tinta, a máquina, en una hojita suelta pequeña y gruesa y en una grande que es copia en carbónico de vaya a saber qué original, en las hojas vacías de una agenda alemana de 1935, en un cuaderno de tapa negra, en una libreta de hule anaranjada, en un artículo en la revista Sur *de 1946 que firmás con tu nombre, donde hablás de la guerra, y en los márgenes de otro, que escribís bajo seudónimo para un periódico brasilero, que nada tiene que ver con la guerra de España.*

Notas sobre notas sobre notas, te has pasado la vida borroneando esos recuerdos, hasta que al fin, en 1975, publicaste en Francia tus memorias sobre la guerra.

El sol ya ha caído completamente. Mika deja la pluma, cierra la agenda. La están esperando para la cena. Antes de salir, levanta del suelo el vestido color malva, lo pliega cuidadosamente y lo guarda en el fondo del bolso.

El frente me estaba vedado, no podía hacer nada más que leer, y mantener algunas reuniones, pero no me fui de Madrid hasta que los nacionales entraron en la ciudad, el 28 de marzo de 1939. Recién entonces gestioné mi pasaporte francés y en septiembre logré pasar los Pirineos. Por consejo del cónsul, viajé con lo puesto. Mi maleta con los libros, el bolso de lona y mi máquina de escribir llegaron a París en noviembre del 39.

No alcancé a pasear mi dolor por algunos puentes, y a empacar otra vez: en

Marsella tomé el barco con destino a Buenos Aires.

Mi amiga Salvadora Botana insistió en que no me demorara y no le faltaba razón: en junio los alemanes entraron a París. Y yo, judía, ya estaba en la Argentina. La humedad de Buenos Aires me envolvió como un manto, absolutamente irreal, nueve años fuera me habían desacostumbrado.

33

París, 1936

Los largos meses que Hipólito pasó en el sanatorio le dieron la oportunidad de reflexionar sobre algunos aspectos en los que, en la vorágine de la vida, con sus urgencias, sus demandas, no se había detenido. El amor. El equilibrio. El tiempo.

Nunca dudó de su amor por Mika, pero ahora que ha podido detenerse y pensar, le da su justa y enorme dimensión. Es importante mantener el equilibrio, pase lo que pase, la política los apasiona, pero hay que evitar que los fagocite. Y tener en cuenta que el tiempo no es infinito, la enfermedad desnuda sin piedad la tiranía del tiempo.

Por eso esa tarde de abril, con los francos que le han adelantado por una traducción, Hipólito entra a una tienda, luego a otra, se demora largo rato, mira, compara, imagina, y finalmente elige un vestido liviano, color malva, con amplio vuelo, lo paga y pide que lo envuelvan en papel de seda. Es el primer dinero que gana en ya ni recuerda cuánto tiempo, y está contento de haberse permitido ese pequeño lujo.

Una tos inoportuna le crispa un instante la expresión. Cuando se conocieron, en la época de Insurrexit, Hipólito le diseñó un vestido, y a Mika le encantó. Otra tos. Se lo mandó hacer con la tela que él le regaló y lo usó años. No debió haberse olvidado. Una tos se encabalga a otra. Pero aún está a tiempo.

Tiempo, no debe olvidarse de lo que pensó durante las largas curas: el tiempo no es infinito.

Desde que Hippo salió del sanatorio, dos meses atrás, le daban vueltas a la idea, pero el inquietante resultado de las últimas pruebas diagnósticas y la

conversación con el especialista los decidió: se irían a España. El clima seco es fundamental para su salud, y España está viviendo un momento histórico muy interesante.

Hace unos meses, su amiga Marie-Louise, que está viviendo en Madrid, le había propuesto compartir un piso, y la semana pasada le confirmó que ya tenía trabajo. Esa misma noche Mika le escribió una carta: que tomara un lápiz e hiciera números, por cuánto dinero podrían vivir convenientemente en Madrid ellos cuatro, Mika, Hippo, Marie-Lou y su hijito, Jackie (a Vicente Latorre, su compañero, no lo contaba puesto que, por su trabajo, sólo pasaba los fines de semana en Madrid), comida sana, sin lujos pero buena, gas, luz, el alquiler de un pequeño departamento de tres ambientes; que lo averiguara rápido. También Hipólito le escribió a Marie-Lou: que no imaginara ese hombre en piel y huesos, destartalado, que ella había visto en Francia, había ganado 10 kilos en el sanatorio, el aire de Madrid haría el resto, dile a Jackie que pronto tendrá un amigo gigante con quien jugar en el parque.

Antes de recibir su respuesta, Mika le mandó otra carta: Hippo viajaría a finales de la semana entrante, y estudiaría sobre el terreno cómo resolver las cuestiones prácticas, llevaba contactos de camaradas, ideas, algo de dinero y una gran ilusión. No estás sola, cuenta con nosotros, Marie-Lou, comienza nuestra aventura, ya verás la bella vida que nos daremos juntos.

Y que se cerraran esos agujeros en los pulmones de Hippo, por favor, que se cerraran, que desapareciera toda mancha, toda amenaza, que se curara de una vez y para siempre.

Mika se quedaría en París uno o dos meses para levantar todo y ganar dinero para vivir en España sin sobresaltos, tenía buenas posibilidades laborales: traducciones, clases, copias a máquina, y lo que saliera.

Y luego, a quemar las naves, a volar los puentes detrás de ellos. Vida nueva. España. Alegría.

Alegría… y miedo. Algo amorfo, oscuro, amenazante, la asalta porque sí, en cualquier momento. Ahora, cuando llega a casa, cansada, después de un día infernal, por la mañana de un lado a otro, entre clases y trámites; desde el mediodía, separando ropa, ordenando papeles, todavía más difícil decidir; y por

la tardecita, a buscar la traducción que le encargó Pepin, a dos francos la página, ochenta hojas que empezará ya mismo, porque cuanto antes termine serán 160 francos y podrá mandarle dinero a Hippo, no quiere que pase penurias. Que coma bien, que descanse, que duerma la siesta, le pidió antes de que partiera, prometémelo.

Se descalza y se tira sobre la cama, deberá dejar la traducción para mañana, está exhausta. Mejor, así se duerme pronto y no sufre tanto. Ha pasado mucho tiempo sola cuando Hippo estaba en el sanatorio, meses y meses, pero esta ausencia cargada de presagios le duele muy dentro y muy fuerte. Una mano de hierro le estruja las entrañas.

Hippo mejorará en España, como en la Patagonia, intenta convencerse. Es la tristeza que le da dejar París, esa ciudad que aman tantísimo. Y su roulotte, un huequito para ellos entre los techos de París, el cobijo de su amor, tan pequeña y tan clara, tan silenciosa, tan alegre, con sus pósters y su ventanita al cielo, y el dulce sonido de las campanas del Val-de-Grâce. Suenan porque llegaste, le había dicho Mika cuando Hippo conoció la buhardilla, en el primer descanso del sanatorio, que tanto disfrutaron, sus cuerpos como campanas, tañendo por el reencuentro.

En esta noche tibia todo le recuerda a él, todo huele a Hippo, al amor.

Se desviste, el camisón, se lava los dientes, la cara, y se cepilla el pelo. Antes de dormirse, seguirá un rato con esa carta que le escribe todos los días, hasta que sepa a qué dirección mandársela.

«No están tus brazos para alzarme, ni esa risa con la que festejas mi llegada, ni el sonido que imita la sirena que tanto me hace reír, ni tu voz. Nadie me pregunta nada, nadie me espera. Tu ausencia es tan enorme, cae pesadamente sobre la cama, vestida de verano, y desde allí salta a las repisas y las tablas que nos sirven de pupitre y de mesa, trepa por las paredes ahogando los pósters y cubre de oscuridad la ventanita. ¿Me he equivocado de casa? Ya no quiero saber de ese jilguero, ni mucho menos de los arrumacos de los gatitos que se aman en el techo que ya no escucharás. No quiero mirar nuestro cielo de París, ni los castaños del Val-de-Grâce, que ya nunca mirarás conmigo.»

¿Cómo que nunca? Por exagerar escribe cualquier cosa. Algo helado repta sobre la columna y se aloja en su cuello. Ella sólo quería expresarle que sin él no es lo

mismo, que las cosas de siempre ya no le gustan, pero ha escrito ese horrible futuro, y en la última línea ese «nunca» aterrador. Aun cuando se queden a vivir en España, podrán volver a París y disfrutar de un cielo de verano, y escuchar amarse a los gatos. Está sacando las cosas de quicio. Tacha las palabras equivocadas, pero se nota mucho, la pasará en limpio. Tiene que impedir que la tristeza la gane, Hipólito está en Madrid, y ella debe preparar el viaje con alegría.

«Te quiero», escribe para conjurar esa opresión en el pecho, ese llanto acogotado. «Dime, querido, ¿pasas al menos dos horas acostado durante el día?, ¿comes bien? No te apresures a buscar trabajo, aprovecha el sol, no camines demasiado. No olvides pesarte. Cuidado con perder peso. No te enojes si te repito una y cien veces mis recomendaciones. Estoy lejos y mi inquietud comienza. Debes cuidar tu salud, a cualquier precio.»

Las letras desbordando del renglón, despatarradas, a cualquier precio, ahora sí está llorando, «a cualquier precio», repite, en letras enormes, «cuidate, cuidate», así sin acento, en argentino, y subraya las palabras con una línea gruesa, pero ya no le importa porque ha seguido en una página cualquiera de su cuaderno. «No te mueras, por favor, no te mueras», escribe debajo de una de las tantas listas que elabora: «Devolverle el dinero a André. Consultar sobre los reportajes. Vajilla». Y ahora, como un punto más que deberá cumplir antes del viaje: «Calmarse. Combatir la angustia».

Recorro las páginas de tu cuaderno con tapas de hule negro, y veo tus listas, tus largas listas de tareas, tu necesidad de preverlo todo, qué llevar y qué no, que si convenía comprar las toallas en París o en Madrid, que si el impermeable de Hippo aguantaría otras lluvias o no. Esa desesperación por la menudencia, y los preciosos días que perdiste –y que tanto lamentarías– por ganar más y más dinero. Al principio eran seiscientos francos lo que te proponías llevar a Madrid, luego novecientos, mil trescientos, dos mil cuatrocientos era posible, y no lo ibas a perder, un colchón confortable donde Hippo pudiera recostarse, el largo viaje que harían por toda España. «El porvenir nos pertenece cuando lo encaramos los dos», le escribiste.

Asegurar el futuro se convirtió en tu obsesión. Innumerables proyectos de todo orden en tus cartas a Hippo. Reportajes que mandarían a Francia, la colección

de libros infantiles, artículos, traducciones, hasta una página de moda que simplificaba modelos de alta costura para ponerlos al alcance de la habilidad de las muchachas trabajadoras. Se pasaron horas con Katia armando ese proyecto que ofrecerías a las revistas para mujeres.

Los viajes que harían, la gente, el precio de las chauchas y del tranvía que comparaban en un país y en el otro, el clima, las anécdotas, las conquistas obreras, pero nada que revelara la magnitud de lo que se acercaba. En tu vida, sin embargo, en tu cuaderno, sin que pudieras controlarlo, algo peligroso acechaba.

Sabías por las cartas de Hippo, por lo que escuchabas en la Librería española de la Rue Gay-Lussac y en las reuniones con los camaradas que en España se vivía una atmósfera de mucha ebullición con el Frente Popular. Le pedías a Hippo que te lo contara todo, que escribiera un diario con las novedades de la política española, y él lo hacía minuciosamente, pero no parecían sospechar que estaban a un paso de desembocar en una sangrienta guerra que dejaría un millón de muertos. Una sola frase en una carta de Hipólito, perdida entre otras, apenas un detalle: «Luego recorreremos España, y luego habrá lucha».

«Traeme tu cariño y reharemos el mundo», te escribió. «Enviame tu amor y tendré toda la fuerza», le escribiste.

Hipólito hará lo que Mika le pide en su carta, se quedará descansando en la pensión. Está agotado, no ha visto tanta gente en toda su vida como en estos días en Madrid, trata de establecer relaciones con editoriales, mantiene diversas entrevistas, hasta anuncios en el periódico lee para ganarse el pan. Por una vez que sea él y no Mika, pobrecita, que no para de trabajar por los dos hace cuántos años ya.

Esta situación transitoria por todos lados en la que vive, casa, trabajo, política, le impide concentrarse en la labor que debe y quiere hacer, y si algo tiene claro es que la hora de la acción se acerca.

Por suerte, él ya no más un enfermo, aunque hay momentos en los que la fatiga todavía lo derrumba, el aire de Madrid, con su tonicidad, y la energía de este pueblo lo están curando. Sólo necesita a Mika a su lado, mon cri-cri, mi dulce, cuánto la extraña, tres semanas ya, el que ya sabes mueve la cabeza y dice no no

no, esto no es posible, no puedo vivir así, le escribió anoche, y fue tan cálido imaginar a Mika al leerlo, sonriendo, pudorosa y radiante como es.

Cuando ella llegue, Hipólito tendrá una casa para recibirla, un trabajo, cierta seguridad, Mika la necesita, y él también. Conseguirá trabajo, Andrade y Enzina le han dado esperanza, podrán vivir bien en Madrid. Y quién sabe… lo que no encontraron en Alemania está aquí, a la vuelta de la esquina.

La política está presente en todos lados, hasta en los niños. Jeanne Buñuel le contó que la otra tarde estaba en el parque de La Moncloa, con su hijo, de año y medio, cuando se acercó un grupo de chicos y uno de ellos le preguntó si era de la UHP, la Unión de Hermanos Proletarios, que nació en Asturias en 1934 al calor de la insurrección de los mineros, quizás porque Jeanne llevaba atado al cuello un pañuelo rojo.

–Por supuesto –le contestó.

–¿Y el niño?

–También.

–Salud, compañera –la saludaron, con el puño en alto.

Las cartas de Hippo, conmovedoras, ricas en detalles, coloridas, eran un aliciente en esa catarata de idas y venidas, ajetreos, puesta en orden de libros, ropa, y toda suerte de objetos, conversaciones con los camaradas, cursos, copias a máquina, traducciones, los periódicos, la efervescencia que produce la huelga de los metalúrgicos, largas caminatas, las clases de alemán con Katia, los viajes a Perigny.

Pero cuánto, cuánto corre Hipólito tras el pan esquivo, eso es lo que Mika temía, así no podrá mejorar, que descanse, que tome el tranvía, le pide en su carta, cuesta tan poco un tranvía en Madrid.

Magnífica la anécdota de Jeanne, con tres o cuatro de ese género se podría componer un pequeño artículo para Vendredi, que ella podría ofrecerle a Madeleine Paz. «Ardo en deseos de estar ahí. Cuéntame más.»

El pánico en las clases acomodadas en España es profundo. Los rumores corren como pólvora y se agrandan bajo la censura. Lo que les contó Rodolfo, un amigo de Vicente Latorre que trabaja en una empresa puede darle una idea de la situación. En esa empresa, el personal fue seleccionado de modo especialísimo, los obreros son todos recomendados de curas, militares, amistades de los propietarios. Rodolfo escuchó varias veces decir al administrador que él estaba seguro de su gente, que allí no habría huelga. Ayer, una delegación del personal se presentó con un pliego de condiciones y el hombre se ha enterado ahora de que están todos sindicados, unos en la UGT, otros en la CNT. Se puso furioso, lo tomó a la tremenda. Uno de los socios le dijo: No amigo, nada de eso. Hay que agachar el morro y sonreír. No están los tiempos para hacerse el listo.

¿Qué te parece, Mikusha? Hipólito ha leído las noticias sobre las impresionantes huelgas de los metalúrgicos en Francia, qué formidable lo que están logrando, cuéntame.

Magnífico, de no creer, casi todas las grandes fábricas, ocupadas. Los obreros, en el interior, disciplinados y alegres. Los locales, escrupulosamente limpios. Se canta y se desfila con música. Los pequeños comerciantes y los desocupados ayudan a los obreros en huelga. Hay comida y aparatos de radio. Aumento de salario, una semana de vacaciones pagadas, y el contrato colectivo ya admitido por algunos patrones. Las huelgas comienzan a estallar en todas partes.

El martes Mika fue con Georgette a visitar a una amiga huelguista en las Galerías Lafayette, se quedaron toda la noche acompañando a los trabajadores en el vasto subsuelo transformado en sala de visitas; al día siguiente estaba cansada en sus clases, pero qué maravilloso compartir esa experiencia, ver esa cohesión, la disciplina impecable, el espíritu de lucha, el buen humor. Cuando piensa que seis mil empleados tienen en sus manos, hace ya una semana, toda la riqueza acumulada en el enorme edificio y que no falta ni un solo alfiler, que hombres y mujeres guardan las puertas dispuestos a impedir toda intromisión, que los delegados sindicales son obedecidos por un personal que hasta ayer ignoraba el sindicato. Emocionante. Sólo le falta su Pichón.

Hipólito no es tan optimista como Mika, es evidente que en este primer período del Frente Popular, el proletariado está ganando fuerza, gracias a su acción independiente. Pero atención, hay un peligro serio, que esté vendiendo su apoyo ulterior a la burguesía y su política de guerra. La buena voluntad relativa con que el Gobierno y los patrones proceden respecto de los obreros muestra a las claras dónde está el peligro.

Pero basta de política, tiene dos buenas noticias para darle.

Hoy se ha firmado el contrato de alquiler del piso de Meléndez Valdés 36. Una tercera planta, luminosa, alegre. Mañana, para festejar, Hipólito, Marie-Lou y Jackie irán de pic-nic al parque de La Moncloa. Vicente, después de firmar los papeles, se ha tenido que marchar, pero volverá el sábado.

Y Juan Andrade le ha confirmado que podrá hacer algunos trabajos para la editorial Zenith, aún no han concretado cuáles, se les ha ido el tiempo en apasionada discusión sobre la realidad de España y del mundo. La derecha está muy nerviosa con los pasos que da día a día el pueblo, Mika, da gusto. Está feliz, sólo le hace falta «la abandonada confianza de tu boca, tu cuerpo tibio».

Qué alegría la carta de Hippo con ese notición de que ya consiguieron un piso. Lo ve tan vital, tan saludable, que sea cierto, que se cure para siempre. Quisiera terminar de cualquier modo con lo que le falta y subirse ya al tren, pero le ha salido un trabajo de 15 días, y otra traducción, y no quiere desperdiciar la oportunidad, le pagan muy bien ¡como para dos o tres meses en la montaña con mi Hippo querido! ¿la entiende, amor?

Las garras de la angustia: si no va, él podrá fatigarse con la mudanza al nuevo piso, conoce de sobra esa capacidad de pasarse de todo, de privarse de lo esencial. Si no fuera por las duras carencias que pasó cuando dejó la casa de su familia en Buenos Aires, no habría enfermado. Que se ocupe pero sin fatigarse. Mika le mandará 200 francos, que pida prestado si necesita, lo pueden devolver sin problema. Por qué ha aceptado ese trabajo, debería ir ya mismo a cuidarlo. Son sólo unos días más, y podrá contar con más dinero de reserva. Ahora a expulsar esa sombra oscura y trabajar.

Tiene ya una valija hecha con toda la ropa de invierno, y bien envueltos el único tesoro que poseen: los seis platos de Limoges. La liquidación de papeles

continúa y los rincones están casi limpios. Queda la espinosa cuestión de los libros, pero ya está dividiéndolos en grupos: los que llevará ella, los que más tarde les traerán los Rosmer y los Baustin, se desprenderá de algunos, pero qué difícil...

Es tarde pero quiere terminar la carta: En París llueve y hace calor. Abrazame y esperame.

Ya están instalados en el piso de La Moncloa. Finalmente. Hipólito tiene fatiga. Marie-Lou lo ha prácticamente obligado a que se acueste, no importa si no han terminado de arreglar, ella debe salir, que le prometa que va a descansar.

–No te muevas, vuelve a la cama –le dijo Jackie, cuando lo vio tratando de arreglar el postigo–. Acuéstate. Mamá no te deja.

Le da ternura cómo lo cuida, ese niño es un sol. Hipólito disfruta tanto con él. A Mika le encantará vivir con Jackie. La vida es así de extraña, los pone ahora en la circunstancia de compartir la vida con un niño, a ellos que han decidido no tener hijos para no limitar la lucha. Desde aquella tarde en Saint-Nicolas-la-Chapelle no han vuelto a hablarlo, casi diría que lo había olvidado, y estos días, jugando con Jackie en el parque, conversando, porque con él se puede conversar, le ha cruzado la idea de tener un hijo. Pero no, ni es el momento, ni tiene él salud para permitirse ser padre. ¿Se lo dirá a Mika?

No cree, quizás más adelante, si mejora. Cuánto la extraña. Quiere que llegue ya, ya.

El viernes, por la tarde, Mika tomará el tren y el domingo por la mañana estará en Madrid. En su bolso de mano guardará el vestido color malva para cambiárselo en el tren. Quiere llevarlo puesto cuando Hippo la descubra en el andén.

–Estás más linda que aquella tarde de 1920 –le dijo cuando ella se lo probó–. Los años y las luchas te han embellecido.

–Y este vestido –le contestó Mika.

Y ahora, ante el espejo, lo comprueba, se ve linda con el vestido que le regaló Hippo. Gira sobre sí misma y el movimiento del amplio vuelo le da alas, está casi feliz.

No era necesario, le dijo cuando abrió el paquete, pero él tenía razón, le hizo tanto bien.

Ella tiene un regalo para Hippo que les hará bien a los dos: un largo viaje, como cuando se fueron a la Patagonia. Así sueña su vida en España: días anchos, largos, plenos, calmos.

34

Atienza, agosto de 1936

Un sol fuerte, implacable, un calor que sube con las horas, y es tan intenso como el que abrasa los ánimos de quienes se han convocado en Sol para decir: aquí estamos, y no pasarán. ¿Cuántos son? Cientos, miles. Hipólito tiene la impresión de que todo Madrid está en la calle plantando cara a los rebeldes de Melilla.

Todos no, los cómplices de los fascistas estarán bien guardados en sus casas, custodiando sus tesoros, muertos de miedo ante estos ríos humanos que bajan a Sol desde los barrios más lejanos, y que no podrán detener. Son muchos. Hombres de todas las edades, y unas cuantas mujeres.

No saben cómo se organizarán, ni dónde conseguirán las armas, ni cómo usarlas, ni adónde combatirán, pero hay en ellos una voluntad férrea de lucha, una determinación que no necesita, que no espera, instrucción alguna del Gobierno, ni de ninguna organización en particular.

Cuando Mika e Hipólito piden armas en los locales de las JSU o de la CNT, nadie les pregunta a qué partido u organización política pertenecen; por derecho revolucionario, todo el que quiere armarse, se arma.

Pero ya es noche cerrada y armas no hay, sólo rumores de que llegarán, que en la calle de la Flor, que en Cuatro Caminos. Por los altavoces de la Gran Vía y de la calle de Alcalá, se escuchan las voces de los ministros llamando a la calma, comentando la tranquilidad que reina en toda la República. La situación está totalmente controlada, afirma el Gobierno en los periódicos vespertinos. Pero esas gentes que caminan de un lado a otro, en búsqueda de armas, no parecen escucharlo. A las barricadas, a las barricadas, cantan. Es hora de acción, digan lo que digan los funcionarios. Y si el Gobierno no les da las armas, las conseguirán en los sindicatos o donde sea.

–Descansemos –le pide Mika por tercera o cuarta vez–. Llevamos horas caminando, Hippo. Te va a hacer mal…

Y en sus ojos, esa alarma que no logra ocultar, aunque disimule.

–Después de tanto amague, no me voy a morir justo el día que empieza la revolución.

La risa que estalla, el fuerte abrazo, le gusta tenerla así, haciéndose un ovillo contra su pecho, tan chiquita y tan enorme mujer, cómo te quiero. Por suerte está ahí Mika, nada sería tan excitante sin ella.

–Te das cuenta, grillito, todo lo que ha pasado desde que llegaste. La revolución te estaba esperando. ¿No te lo dije? Traéme tu cariño y reharemos el mundo. Aquí, en Madrid, ahora, esta misma noche.

–Hippo, por favor, tenés que descansar.

Está bien, pero él no quiere ir hasta el piso de Meléndez Valdés, pueden llegar las armas al local de las JSU y, si se van, las perderán, todos quieren un fusil. Se recostarán allí mismo, en la plaza Santa Ana, Hipólito extiende unas hojas de periódico sobre las baldosas, ¿quién les dirá nada?, la ciudad es del pueblo esta noche, ésta y todas las que siguen.

–Vení, Mika, tu camita al sereno y tu hombre te esperan.

Hipólito estaba muy excitado aquel 18 de julio de 1936. Al fin, dijo cuando saltó la noticia. El alzamiento de Franco en Melilla sorprendió sólo al Gobierno de la República, el pueblo estaba alerta, vigilaba. El asesinato del teniente Castillo de la Guardia de Asalto, y su venganza: el de Calvo Sotelo. Un lado y el otro. La tensión se respiraba en el aire, y al fin, el enemigo daba la cara. Fue un alivio, la señal de partida. Un camino arduo, de lucha, pero certero se abría. El pueblo español decidió tomar en sus propias manos su destino y organizó la batalla que habría de durar casi tres años. Esa tarde, ante el peligro del enemigo, olvidaron sus diferencias y se aliaron en un solo frente contra el fascismo. Así nacieron las milicias, y nosotros estábamos allí. Fue emocionante, maravilloso. Y terrible.

Esa noche desembocó en un domingo claro y esperanzado. No había armas

tampoco a la mañana. Logré convencer a Hippo de volver a casa: comeríamos, nos daríamos un buen baño, dormiríamos un par de horas en una cama, con sábanas limpias, y ya saldríamos más tarde a buscar la lucha.

En casa, Vicente Latorre se despedía de Marie-Lou y de Jackie. Fue él quien nos sugirió ir al local del POUM, la organización más cercana ideológicamente a nuestro grupo de oposición Que Faire. Era una buena idea, Hippo ya había conversado –y coincidido– con Juan Andrade. Aunque no era necesaria una exacta afinidad ideológica, un acuerdo punto por punto en minucioso debate para combatir en una u otra organización. El enemigo era el fascismo, y del otro lado estábamos quienes queríamos eliminarlo: socialistas, comunistas, anarquistas, poumistas, y varios que no formaban parte orgánicamente de ninguna agrupación o partido político pero que tenían el mismo objetivo.

Era la revolución en estado puro, la que habíamos soñado desde nuestra temprana juventud. Pudo ser la CNT-FAI, las JSU, pero lo cierto es que fue en el POUM donde encontramos nuestro lugar.

El 20 de julio una multitud inmensa asedió durante horas y tomó luego el Cuartel de la Montaña. No eran muchas las armas que consiguieron los camaradas del POUM, pero ya era algo. Hippo les enseñó a manejar los fusiles, y de manera natural se convirtió en el jefe.

El 21 de julio de 1936 la columna motorizada del POUM, al mando de Hipólito Etchebéhère, salió en búsqueda del enemigo. Dos camiones, tres coches de turismo, cien milicianos, treinta fusiles, una ametralladora sin trípode, y una clara determinación de lucha.

El 22, en Guadalajara, se unió a una formación de alrededor de cuatrocientos milicianos de todas las agrupaciones políticas y sindicales, que dirigía Martínez Vicente, un militar de carrera republicano. Cada agrupación tenía sus responsables.

En esos días en Guadalajara la figura de Hipólito creció enormemente ante los milicianos. Su lucidez, su calma para afrontar la multiplicidad de complejas situaciones, ese saber decir exactamente lo que hacía falta en el justo momento, su innata capacidad para mandar, para tomar decisiones, su arrojo: era un líder. Los milicianos no sólo le obedecían, lo admiraban, lo querían. Tenía un poder mágico que aglutinaba a la gente a su alrededor.

Fue mucho lo que hizo en aquellos días. Promovió la formación de un tribunal revolucionario, integrado por distintas agrupaciones, para juzgar a los fascistas que caían en manos de los milicianos o sobre los cuales pesaban denuncias de la población civil. Resistido al comienzo, poco a poco su prestigio fue ganando a las otras formaciones, mucho más importantes que nuestra pequeña columna de unos 150 hombres.

Yo todavía era quien era antes de la guerra, con mis prejuicios, mis ideas y mis costumbres de militante, mis dilemas morales, me costaba entender ese mundo tan diferente de lo que yo había conocido hasta entonces. Tenía tanto que aprender, tanto que cambiar. La guerra, la guerra de verdad, con su fuego, sus muertos, todavía no me había atravesado. No habíamos llegado a Atienza.

Esa mañana temprano salen para Atienza en los camiones. Hipólito confía en sus hombres, se están entrenando bien y, en poco tiempo, serán combatientes excepcionales. No le ha sido fácil imponerse, algunos lo miraban con recelo, ¿quién era él, un extranjero, para mandarlos? Pero esas vallas que los separaban han ido cayendo poco a poco con el trabajo concreto y la organización de la columna.

Un extranjero sí, le dijo al Maño, pero qué importancia tiene dónde naciste o viviste, ésta es la lucha de todos, la revolución que todos queremos, compañero.

Y si Etchebéhère toma decisiones es porque ha aprendido algunas cosas a lo largo de su vida, porque se viene preparando desde muy joven para este momento. Él ha tenido que cambiar a gran velocidad, dejar de lado costumbres y principios para adaptarse a los milicianos y a la situación en la que viven.

Sonríe cuando evoca la mirada espantada de Mika ante esos toneles de vino que trajeron los compañeros:

–Debes prohibirles el vino, Hippo –le dijo, cuando nadie los escuchaba.

–¿Y qué beberán?

–Agua.

–Las guerras no se hacen con agua.

–Pero nosotros pensamos que no se bebe alcohol cuando hay que actuar.

–Tendremos que poner algo de vino a nuestros principios.

Se rió y le dio un beso.

A Mika le cuesta aceptar las reglas de este mundo de guerra. Le da pena que nadie recoja la cosecha. Faltará trigo para el pan, razona con una lógica que no corresponde al momento que viven, a quién le importa el trigo, hoy todos quieren ser combatientes. Estamos en una guerra civil, mujer, le dijo cuando ella reaccionó tan mal porque se había ajusticiado a un hombre por saquear. Pero ya se irá adaptando Mika, él está seguro, ya cambiará.

Hipólito no quiere que ella corra un riesgo físico, le ha pedido que mañana se quede junto al médico, en la retaguardia.

Pero ni a la retaguardia llegó. Un absceso en la garganta y una fiebre altísima la confinaron en el hospital. Mika apenas si vio Atienza. Le contaron que la artillería republicana le quitó aquí y allá algunas astillas de piedra, y que todo terminó muy rápido. Habrá otra batalla, seguramente. Ahora la columna se ha desplazado a Sigüenza, y desde allí se moverán a Atienza cuando sea necesario.

Mika ya está mejor. Decide esperar afuera del hospital que Hipólito la venga a buscar. La desmesurada luz del mediodía la hace parpadear.

La luz de España ya la había impresionado cuando estuvieron en 1931, los colores son más nítidos, el verde de los árboles es más verde, el gris del adoquín, más acerado, las pupilas de Emma, la joven miliciana, un caramelo brillante, Hipólito, radiante como nunca lo ha visto. No es sólo ella, no son sus sentimientos, el viejo Quintín lo ha dicho el otro día: El jefe lleva un sol puesto, ¿lo habéis visto?

Su amor, su hombre, irradia alegría en su mundo de guerra.

Una alegría a la que Mika sólo puede subirse de a ratos para volver a despeñarse en ese sordo miedo: perder a Hippo. Perderlo porque a él comer, dormir, descansar ya no le parece necesario, no quiere desperdiciar un solo instante de ese, su tiempo claro, el de la lucha, y ¿cómo resistirá su salud?

Aunque es verdad que casi no tose, ni tiene fatiga, que hasta su andar es diferente, como si la fuerza de la revolución hubiera diluido cualquier síntoma de su enfermedad. Pero no olvides, querido, le dijo la otra noche, que las últimas radiografías… La mirada de Hipólito dejó su frase inconclusa: no es tiempo de hablar de sus pulmones enfermos.

Perderlo, porque él mismo lo ha dicho cuando Mika le pidió que por favor no se exponga, que sea prudente.

–En España hay que ser temerario si quieres que te obedezcan. El jefe debe marchar al frente.

Ahí llega, y su ancha sonrisa barre de un plumazo todo mal presagio. Un fuerte abrazo. Hipólito está bien. Lo observa mientras conduce el camión. Está muy bien. Mika no recuerda haberlo visto con estos colores desde que estaban en la Patagonia.

El lago color jade, el río corcoveando entre las montañas, esa tierra donde construirían la cabaña que Mika creyó su lugar en el mundo. Este camino que los conduce al frente, ese depósito en la estación de tren de Sigüenza donde se aloja la columna es su lugar en el mundo. Lo que buscan desde muy jóvenes es aquí y ahora. Por esta revolución renunciaron a tener un hogar, hijos, eligieron voluntariamente, con los sentimientos y la razón, pertenecer a una generación sacrificada. No se dejará caer más en ese abismo oscuro. Mirar a Hipólito, tan bello, con su mono azul, agujereado en las rodillas, esas manos largas sobre el volante, escucharlo contarle las novedades, contaminarse de su optimismo.

Y esa tarde y al día siguiente y al otro Mika se ocupa con un entusiasmo labrado por la voluntad de tareas nada heroicas pero necesarias: limpiar y poner en orden los galpones donde se alojan, en el andén de la estación, la organización de los alimentos, la ropa, que no haya peleas. Y hasta lo logra, aunque a ratos se deslice por el tobogán de la angustia.

Hipólito, mientras tanto, organiza, instruye, planifica, habla con los responsables de las otras agrupaciones. Su sueño es unificar las operaciones militares que se preparan contra el enemigo. El otro día, a propósito de la organización del tribunal, Hipólito tuvo un encuentro con la Pasionaria y le parece posible: Estamos juntos en esta lucha, camarada, le había dicho ella y ni palabra de

Trotski, Stalin, ni siquiera del Gobierno de la República, nada que pudiera distanciarlos.

Por mucho empeño que Mika ponga, esa noche, la víspera del combate, no puede impedir ese súbito terror que la sacude. Está masajeando los pies lastimados de Hipólito, y tiene que buscar una excusa, levantarse, un pañito húmedo, dice, que él no se dé cuenta, se moja la cara, que el aire fresco le zurza los jirones. Cuando regresa, él ha cerrado los ojos, por suerte no la ve. A Mika le gustaría pedirle una vez más que no se deje matar, que comprenda que él es imprescindible, fundamental. Pero no lo hará, apenas una caricia leve que no lo perturbe. Acercar una colchoneta y tenderse a su lado. Tan cerca. Y tan lejos.

Hipólito tiene los ojos cerrados, pero puede sentir ese llanto que está ahí, al borde, coagulado, ese miedo atroz latiendo en el cuerpo de Mika, le haría bien estrecharla entre sus brazos, consolarla, pero no es lo mejor. A ella le cuesta entrar en esta senda por la que él ya está andando hace unos días. Hipólito debe ayudarla a asumir esta guerra, a hacerla suya. Lo antes posible. Por la lucha y por su propio bien.

Aunque está seguro de que Mika cambiará, poco a poco. O de golpe.

El negro de las botas que va a calzar Hippo la estremece, un mal signo. Absurdo, desde cuándo es supersticiosa. Es el miedo que no la suelta un instante. Él la abraza con fuerza, como si quisiera llevársela puesta: Dame tu calor y ganaremos ésta y todas las batallas.

Se tiene que ir ya, es la una y deben llegar a Atienza antes del alba. Tomarán el castillo como se han propuesto, se lo promete. Mika lo sigue unos pasos, y en un murmullo: No te dejes matar. Hipólito extiende su mano y le acaricia la mejilla, la mira largamente: que no sufra, amor, él confía en su buena estrella, que se cuide ella también, que no se separe del médico, y que vigile que las muchachas se queden en la retaguardia. Otro beso, nos vemos prontito.

Prontito. Y así es. Qué alegría. En una parada del camino, Hipólito llega hasta Mika, envuelto en una larga capa negra, la boina ladeada, los ojos brillantes. Una corta visita, sólo un beso, necesita cargar combustible. Y decirle que la quiere

mucho.

–Cuidate.

–No tengas miedo –ríe Hippo–. Questo e ferro.

La frase que le decía cuando ella lo iba a ver al sanatorio. Ojalá.

Detrás de la colina, Atienza, ese burgo medieval desparramado al pie de su castillo. Es día ya, el médico, Emma y Mika han instalado su tienda de primeros auxilios. Imagina a Hippo, avanzando a rastras hacia el pueblo, guiando a sus hombres, que llevan portentosas granadas. Tomarán el castillo, a toda costa. Se lo ha prometido.

El sol que sube, tiros que aumentan y el tabletear de ametralladoras. Emma y Mika se miran, el miedo enciende los ojos de la muchacha. Silencio. Y más silencio. Todo parece detenido. Emma se acerca a Mika y se acurruca contra ella. Está temblando. A lo lejos, la figura de un hombre que corre hacia ellos. Es Quintín. Y atrás, otros más.

Está llorando, llorando a mares: Qué desgracia, dios mío, qué desgracia horrible. Quintín se para frente a Mika: Lo han matado.

Qué dice, no le entiende: Han matado a tu marido.

Mika lo escucha pero no comprende. Está muerto, dice Quintín, y el Maño, con los ojos rojos, se acerca y la abraza: Han matado a Hipólito, lo siento mucho. Atrás Carmen, y Rolo, y Emma, que llora un llanto finito y ácido.

¿Lo han matado? ¿Hippo está muerto? La cara ardiendo, y algo inmenso y filoso, helado, incrustándose en su cuerpo.

Muerto. Hippo está muerto.

Un salto al vacío. Una inmensa nada. Alguien da una explicación titubeante: un obús, estalló un obús. No sufrió, asegura otra voz. Pero nadie lo niega. Está muerto. Y ella, ni una lágrima.

Le dan su pistola. Mika la pasa de una mano a la otra. Si Hippo está muerto, ella no quiere vivir. Un solo tiro y basta.

Puede ver los ojos grises de Hippo sobre ella: ¿Te matarás porque te duele mucho, ahora, en plena lucha? ¿Y nuestros principios? Ya resolverás tu pequeño destino personal después de la revolución, si no te matan en el combate. No es hora de morir por uno mismo.

Nadie se lo pide, nadie lo pretende, pero allí está Mika, en la noche oscura, montando guardia en el cerro, al igual que otros en el campo, y en las inmediaciones de la ciudad de Sigüenza. Un temblor la sacude cuando distingue los puestos del enemigo, cada vez más cerca. También los fascistas apilan piedras, pero detrás tienen poderosas ametralladoras, y ellos ¿qué?: una miseria de fusiles, unos pocos cañones, dinamita y bombas caseras.

Sí, porque ya no es sólo que no les falte abrigo o comida, Mika se siente responsable del destino de sus milicianos.

¿Mis milicianos?, se sorprende. Cuánto tiempo ha pasado de aquella incomodidad de los primeros días ante estos combatientes tan poco parecidos a los militantes internacionalistas a los que Mika estaba acostumbrada, tan diferente lo que ella sentía de esa felicidad compacta, luminosa que traslucía Hipólito en su mundo de guerra. ¿Dos, tres meses? Tres siglos. El tiempo se cuenta distinto en la guerra.

Una sonrisa cómplice al aire: ¿Era esto, Hippo, lo que tenía que pasarme?

París, marzo de 2007-Buenos Aires, mayo de 2011

Postfacio y agradecimientos

Este libro comenzó hace muchos años, un domingo de otoño de 1986, cuando el escritor Juan José Hernández me habló de la argentina que comandó tropa en la Guerra Civil española. Todo cobraba vida en la pastosa voz de Juan José, y yo me dejaba hamacar en esas historias donde las personas de un mundo fascinante, que él había conocido y yo no, se mezclaban sin conflicto con los personajes de los libros que leía y escribía. ¿Mika es un personaje tuyo o de quién?, le pregunté. Mika es real, vive aún, en París. Él y su amigo Pepe Bianco, un pilar de la legendaria revista Sur, la habían visitado varias veces. Una mujer fantástica, extraordinaria.

No imaginaba que esa historia habría de acompañarme como un río paralelo a mi vida, que se sumerge y vuelve a salir a la superficie. Me zambullí en su vida y desistí de contarla varias veces, hasta que por fin nos abrazamos en esta novela.

Y recalco «novela», aunque se apoya en documentos históricos. La elección de las situaciones y los personajes responden a las necesidades de la narrativa.

Los capítulos de la guerra siguen, batalla a batalla, lo más fielmente posible, las memorias de Mika y otros libros que consulté. Elijo contar la guerra desde la óptica del POUM porque es la de mis personajes. (Aunque, a esta altura, no exagero si digo que soy del POUM, pero no partí de allí, son mis personajes quienes me llevaron.)

Los capítulos que recrean la vida de Mika están basados en manuscritos, cartas y testimonios que fui acumulando a lo largo de casi veinticinco años. De ahí en más, conjeturas de lo posible, composiciones literarias que convienen a la novela sin contradecir la historia. Ardua tarea. La imaginación tuvo que dar un duro combate para imponerse a la agobiante exigencia de la historia. Con personas que vivieron y hechos que sucedieron, más allá de mis escritos y los suyos, abandonarse a la invención puede resultar un placer descomedido.

Vos vas a escribir sobre Mika, vaticinó Juan José Hernández en 1986, aunque yo estaba lejos de concebir un libro. Y lo repitió, con certero entusiasmo, en 1996, en mi ático de Madrid, cuando yo le conté las curiosas peripecias de la investigación. Y en diciembre del 2006, en su departamento en Buenos Aires,

después de escuchar mis últimos hallazgos, con vehemencia: Dejate de buscar y buscar, Elsita, ya está, ahora escribila.

Tenías razón, Juanjo querido, era hora de salir de aquella trampa. Aunque sé que no hay posibilidad de memoria sin imaginación, un excesivo respeto a mis personajes, comprometidos hasta el tuétano con su época, me tenía presa de pies y manos a una historia que crecía, como un cuerpo extraño, en todas direcciones. Aquellos documentos inéditos, aquellos sorprendentes manuscritos que había encontrado ejercían sobre mí un especial embrujo, un cierto delirio de misión, me pedían otras búsquedas, más datos, ver los lugares donde ellos habían vivido, caminar las calles que ellos habían transitado, conversaciones, libros, revistas y periódicos, bibliotecas en distintas ciudades, mapas de los años treinta. Y la desazón, las etapas de basta, lo guardo todo en una caja y me olvido. Nunca podría saberlo todo, entenderlo todo, como si ignorara que para escribir no hay que saberlo todo, entenderlo todo. Justamente: es escribiendo cuando se descubre. Yo me paseaba, como una equilibrista sobre una cuerda de datos cada vez más gruesa, más larga y no por eso menos resbaladiza, hasta que la imagen desoladora de la casa de Mika en Perigny, condenada al olvido como su propia vida, me permitió dar el salto.

Le escribí un largo mail a Juanjo, que era el embrión de esta novela. Pero no pudo leerlo porque esa misma tarde de marzo de 2007 en que yo caminaba, conmovida, por el jardín de Perigny pisoteado por el tiempo, con el olfato abierto a los aromas de las flores de antaño, y esa urgencia de contar la historia de Mika, en Buenos Aires, se murió Juan José Hernández.

Pocos días después de que él me descubriera a Mika, en 1986, devoré Ma guerre d’Espagne à moi, sus memorias de la Guerra Civil, que publicó Denoël en Francia en 1975. ¿Cómo era posible que yo, que soy argentina como Mika, nunca hubiera escuchado hablar de una historia tan extraordinaria?

Para corregir el injusto olvido, publiqué un artículo en la revista Crisis en 1988. ¿Sos trotskista?, me preguntaron. No, respondí, me interesa su vida. ¿La de una trotskista?, insistieron. Esa manera de reducir la historia a encasillamientos habría de ser un escollo con el que iba a chocar más de una vez en esta búsqueda, piedras en el camino difíciles de evitar, que se han ido acumulando unas sobre otras hasta construir un muro mohoso, que impidió que figuras como la de Mika –y tantos otros antifascistas que vivieron la gran aventura intelectual y revolucionaria del siglo xx– tomaran su verdadera dimensión. No hay partido o

agrupación política que deje la epopeya de Mika como legado a las generaciones venideras. Mika Etchebéhère es una de las grandes olvidadas de la historia.

¿Anarquista, comunista, trotskista, opositora de izquierda al estalinismo, del grupo Que Faire, del POUM? Todas estas clasificaciones, y ninguna de manera definitiva, podrían caberle a Mika. Esos nombres zumbando como moscardones me dieron miedo. No me alcanzaría una vida y media para desentrañar esas alianzas y rupturas, proximidades y traiciones. Comprender el lugar del POUM no era tarea sencilla. He de confesar que en esta sinuosa y excitante búsqueda, varias veces he estado a punto de desertar. Debí regresar a la fascinación inicial, a la que entré desnuda, en el puro tejido del relato de Juan José Hernández. Fue un escritor de ficción quien me planteó el desafío, y yo recogí el guante.

En 1990 publiqué otro artículo sobre Mika en Todo es historia, la revista que dirigía Félix Luna. No recuerdo por qué elegí la segunda persona –tan poco adecuada al periodismo–: yo le contaba a Mika lo que había leído en su libro. Lo titulé «Carta abierta a Mika Etchebéhère». Era sólo una manera de acercar su historia al lector. Uno inventa una combinación de palabras, y ellas acaban por inventarlo a uno: la segunda persona me dio una proximidad que no tenía. Y una osadía. Mika vivía entonces, pero nunca se me había ocurrido la idea de hablarle, ¿a alguien tan grande, tan valiente, tan lejana a mí? ¿Qué iba a decirle? Fue sólo una idea fugaz que no se instaló en mí hasta aquel viaje que hice a Barcelona. No lo había programado, si no me habría informado mejor antes de salir de Buenos Aires. Yo sólo sabía que vivía en Saint-Sulpice. Tenía tres días libres. El tren a París.

La Place Saint-Sulpice tiene ocho números. Las once de la mañana era una buena hora para encontrar algún portero. Logré hablar con dos, pero no conocían a Madame Etchebéhère. Volví a la tarde y seguí indagando, esta vez por la Rue Saint-Sulpice. Pasé delante del número 4. Todavía estaban allí sus papeles –que habrían de correr tantas vicisitudes–, aunque yo por entonces desconocía su existencia. Una lástima que Conchita, la portera, no hubiera salido a la calle en ese momento, podría haberme indicado la dirección de la residencia para mayores donde estaba Mika. Y yo hubiera tenido la oportunidad de verla, de hablar con ella, aunque fuera una vez.

La historia de Mika se sumergió unos años en el olvido.

Ya estaba instalada en Madrid, en 1994, cuando encontré a Arnold Etchebéhère,

el sobrino de Hipólito. Mika había muerto dos años antes. Hablamos de Mika, pero también de literatura, de política, de historia, de cine, de Argentina, España y Nicaragua. Un par de reuniones con Pepe Lamarca, fotógrafo argentino, residente en España, que iba a agregar pistas que yo habría de seguir en años posteriores. Mika iba cobrando matices, pero seguía siendo para mí el personaje de su libro, hasta esa tarde en la que Arnold me mostró los documentos de Mika: su partida de defunción, el certificado que le hicieron en París en los años cincuenta que acreditaba legalmente la muerte de Hipólito en Atienza. Fue una gran conmoción, como si poder ver, tocar esos documentos me enfrentara a la constatación de su existencia real. Sellos, personas que legalizaban su paso por el mundo. Su nombre: Micaela Feldman (hasta ese momento, yo sólo conocía el apellido Etchebéhère). Una fecha de nacimiento, un lugar, los nombres de sus padres. Ese día concebí la idea de escribir un libro sobre Mika. Quise saber varias cuestiones que Arnold no pudo responderme (él conoció a Mika en los setenta), pero me dio algunos nombres y teléfonos de amigos de Mika que vivían en París.

Ésa fue la puntita de un inmenso ovillo que aún hoy sigo desmadejando. Otras personas me ayudaron en este camino; a todas, mi agradecimiento.

La China Botana, aunque acordó conmigo una entrevista en 1995, decidió no verme porque un tío de mi padre, que fue senador, se había batido a duelo con su marido sesenta años atrás. Nada sé de ese episodio, no debe de haber sido muy grave porque los dos sobrevivieron. (Recuerdo al lector que esta nota no es ficción.) Pero yo soy muy insistente. Dejé que pasaran los años y en 2006 volví a llamarla. Dije muy rápido mi nombre y la razón por la que quería verla. Me recibió en su casa con un té con masitas, una foto de Mika que tuvo la gentileza de regalarme y unas sabrosas anécdotas. Hablamos largo rato de su hijo, mi admiradísimo Copi, que tan bien se llevaba con Mika, y me mostró unas tiras de La femme assise, y la cubierta que hizo de un libro de recetas ideado por la China.

A Conchita Arduendo, que ayudaba a Mika en la limpieza, la vi dos veces, con doce años de diferencia. Algunos de sus relatos se habían difuminado con el tiempo, pero el recuerdo de cuando ella bendijo el cuerpo de Mika en el cementerio estaba intacto, tan conmovedor como cuando la conocí. Conchita está acostumbrada a ser entrevistada. Ella trabajó para Mika, para André Breton, luego para su viuda, y para Marguerite Bonet, la especialista en el surrealismo.

En la casa de Breton, en los sesenta, se conocieron Ded Dinouart y Mika. Conversaron sobre la compleja relación que tuvo Mika con sus milicianos y Ded con los argelinos, a quienes apoyó. Mayo del 68, manifestaciones varias, reuniones con amigos, teatros. A Ded le debo, entre otras historias, la del periodista Roger Klein.

A Guillermo Núñez lo conocí en 1995, en el primer viaje que hice a París para investigar sobre Mika. Más adelante habría de mostrarme cartas, fotos, la máquina de escribir, el famoso bastón ¿de Rosmer o de Trotski?, pero ya en ese primer encuentro puso pinceladas precisas para que yo pudiera imaginar a Mika e Hippo en la Patagonia, en París, en Alemania. Mika estaba tan viva en él que sucumbí a la tentación de hacerlo personaje de mi novela. Ella contándole sus aventuras a su joven amigo. El cuaderno de la Patagonia, Juan Rústico y las notas que tomaron en Berlín. Encontrar los papeles de Mika e Hipólito se convirtió en una obsesión para mí, y no cejé hasta dar con ellos.

Los tenía Guy Prévan, poeta y militante trotskista, amigo de Mika desde los años sesenta. Yo lo supuse, bastante antes de que me lo confirmara. Y acerté. Al principio, sólo me mostró recortes de prensa sobre el libro de memorias de la guerra de Mika, y me habló largamente de los procesos de Moscú y de las numerosas escisiones de la oposición estalinista, de los surrealistas, de Benjamin Péret y de tantas otras personalidades. Me llevó varios viajes a París y muchas horas de fascinantes conversaciones con Prévan poder llegar a todos los archivos. Los fui paladeando poco a poco, en la medida en que ganaba su confianza. Las cartas entre Mika e Hipólito, notas de lecturas de los dos que me llevaron de libro en libro, cartas de amigos, los cuadernos de París, de Berlín, la agenda alemana, las libretas. Dos cartas de Alfonsina Storni que Prévan me regaló, una carta y una tarjeta de Cortázar. Yo tomé notas, saqué fotocopias. Un día decidió prestarme los cuadernos y las cartas para que yo pudiera trabajar con ellos todo el tiempo necesario en mi casa en Madrid. Gracias a su generoso gesto pude escribir esta novela. Leí a mis anchas, descifré letras, archivé, y en mi siguiente viaje, le devolví los documentos. Siempre iba a poder consultarlos en su casa. Pero cuando varios años más tarde quise verificar un dato, Guy Prévan ya no los tenía.

Después de tanta búsqueda, tanto viaje, hoy los escritos de Mika e Hipólito Etchebéhère están mucho más cerca, en la misma ciudad en la que vivo, Buenos Aires, en una biblioteca especializada. Pero ni yo ni nadie los puede ver, están «catalogándose» hace años, los niegan sistemáticamente y hasta han

desaparecido del sitio web de la institución, donde hasta hace un tiempo se exhibían como uno de sus tesoros. Espero que estas desafortunadas e injustas circunstancias se modifiquen, y que todo el que quiera pueda acceder a los archivos que Mika Etchebéhère confió a Guy Prévan.

Por Prévan, llegué a Widebaldo Solano. Y por él, a Emma Roca.

En el Musée Social encontré las cartas de Mika a Alfred y a Marguerite Rosmer que me permitieron conocer aspectos importantes de su vida, sus ideas y de la peculiar relación que los unía. Allí consulté la revista Que Faire.

Gracias a las cartas que Mika le escribió a su amiga Adriana Pecoroff pude imaginar el jardín de su casa en Perigny, la relación con los gatos y esa lucidez fantástica en una mujer de su edad. Jacky Noel y Esther Ferrer me aportaron interesantes matices de Mika en sus últimos años. Busqué a Paulette Neumans desde mediados de los noventa, todos la nombraban pero nadie pudo darme su dirección. No supe su apellido, hasta que me escribió Alfredo Corti, cuando se enteró de que estaba escribiendo sobre Mika. Él fue una suerte de sobrino de Paulette. Lamentablemente, ella ya había fallecido en 2002.

Gerardo Mazur, director de la Hebraica, me facilitó unos artículos. Isaac Waxemberg me dio una lista de los que llegaron en el vapor Waser. Las hermanas Silvia, Nora y Lidia Stuhlman compartieron recuerdos de su infancia conmigo y con sus esposos, mientras tomábamos un rico té en la casa de Silvia. Cotejando datos, testimonios y documentos descubrí que hay una confusión entre Micaela Feldman y otra mujer que se apellida Felman (hija de otros padres) en los archivos de Moisés Ville que están en Nueva York.

En los primeros tiempos de mi investigación no había Internet, fue una piedra preciosa descubrir la página de la Fundación Andreu Nin y la valiosa información sobre el POUM. Conocí a través de la fundación a Juan Manuel Vera, que conversó en varias oportunidades conmigo y me acercó libros fundamentales para la comprensión de esta historia, como el de Katia Landau y el de Ignacio Iglesias.

Pese a toda la información acumulada, renuncié varias veces a escribir sobre Mika. Pero cuando yo la dejaba, ella me encontraba a mí en un recodo de la vida. En 2006, le conté la historia de Mika a mi editor italiano, Luigi Brioschi (que tiene la habilidad de sacar de mí en media hora la novela que luego me

lleva años escribir), volví a entusiasmarme y a dejarla.

Quiso el azar que, en marzo del 2007, yo me alojara en París en un departamento de la Rue Campagne Première. Desde el balcón de ese quinto piso, me quedaba largo rato disfrutando la maravilla de los techos de pizarra y las chimeneas dibujadas sobre el cielo humoso. Un poco más allá, detrás de la Porte Royale, estaba la bohardilla de la Rue Feillantines, testigo de tantas ilusiones.

Aunque los ordenadores no juntan polvo como las cajas, desempolvé mis archivos. Todo estaba ahí. Y yo, en el lugar adecuado. Caminaba todos los días por las calles por las que Mika trajinaba con la distribución de la revista Que Faire, y cuando volvía al cálido departamento, la precisa iluminación, las proporciones, el marco de la biblioteca, ese sillón, y la alegría llana de estar instalándome en un libro. Yo no lo busqué, mi editora francesa Anne-Marie Métailié no tenía ni idea, mucho menos su amigo Pierre Séguy, el propietario del departamento, con quien apenas me crucé un día, cuando me dio las llaves antes de irse de viaje, pero ese espacio me sumergió de lleno en la historia de Mika e Hipólito. Suspendí todo compromiso y comencé a escribir esta novela, la misma noche que volví de Perigny.

Era un domingo helado y con sol cuando Guillermo Núñez me llevó a Périgny en su moto. En lo alto de una colina estaba lo que algún día fue la casa de Mika. Aquel terreno gris, devastado, era el cuadradito verde que Mika, en sus últimos años, había transformado en «la sucursal de los jardines de Versalles»: lirios y amapolas rojas, claveles de Indias, rosas, ciruelas y cerezas.

Gracias a Ulrich Schreiber, director del Festival de Literatura de Berlín, pude participar del proyecto LiteraturRaum que me permitió vivir un tiempo en el Berlín de mis personajes, recorrer en sus calles y plazas los renglones del precioso cuaderno que escribieron Mika e Hipólito en 1932 y 1933. Tuve el privilegio de disfrutar de la compañía y el apoyo de la editora Michi Strausfeld, que me aportó datos históricos y un material gráfico extraordinario del Berlín de los treinta. El fotógrafo Ekko von Schwichow fue un guía de lujo, que me llevó por el corazón de Berlín, con él pude ver donde habrían de vivir mis personajes y donde se reunían con sus camaradas de Wedding. Mi traductora al alemán, Stefanie Gerhold, me ayudó a encontrar los planos de 1932 y revisó los originales de mis capítulos sobre Berlín.

Con los archivos me ayudaron Catherine Monier, en Madrid, y Nina Jaguer, en

Buenos Aires.

En el largo proceso de escritura, fue fundamental el apoyo de Ana Inés López Accotto que tuvo la paciencia de escuchar mis dudas, leer y comentar las innumerables versiones de esta novela. Los siempre lúcidos aportes de Javier Rovira en la construcción fueron de gran ayuda. La lectura de mi editora francesa, Anne-Marie Métailié, me descubrió un aspecto que yo no veía. Me enriquecieron y orientaron los comentarios de Virginia Gallo, Gaby Meik, Mónica Soave y Constanza Gallo a mi manuscrito.

Agradezco a Fernando Gaona de la editorial Siruela y a Mariano Valerio de la editorial Seix Barral, a María Adela Mogorrón. Y un especial agradecimiento a mis traductores.

Créditos

Edición en formato digital: enero 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

ISBN: 978-84-9841-820-0

Conversión a formato digital: El poeta. Editores digitales, S. L.

www.siruela.com